the POISONER



Una mordida mortal

I.V. OPHELIA

Planeta

the POISONER

Una mordida mortal

I.V. OPHELIA

Planeta

CONTENIDO

Nota de la autora
Fetiches
Prólogo
Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24

Capítulo 25
Capítulo 26
Capítulo 27
Capítulo 28
Capítulo 29
Capítulo 30
Capítulo 31
Capítulo 32
Capítulo 33
Capítulo 34
Capítulo 35
Capítulo 36
Capítulo 37
Capítulo 38
Capítulo 39
Capítulo 40
Capítulo 41
Capítulo 42
Capítulo 43
Capítulo 44
Capítulo 45
Capítulo 46
Capítulo 47
Capítulo 48
Capítulo 49
Capítulo 50
Capítulo 51
Capítulo 52
Capítulo 53

Acerca de la autora
Créditos
Planeta de libros

Ninguno de estos personajes debe tenerse en alta estima. En ocasiones no resultan agradables ni para el más insensato de nosotros. Fueron diseñados estrictamente para el consumo de los lectores de ficción. Aliméntense bien, amores míos.

I.V. OPHELIA



Nota de la autora

Este es un romance gótico e incluye escenas sexuales explícitas. El libro también contiene elementos de horror y misterio, lo cual significa que puede haber descripciones de violencia y sangre. Algunos personajes quizás participen en el consumo inapropiado de sustancias, característica que no debe replicarse. Ciertas escenas incluyen BDSM suave que en la vida real, debería ser realizado por parejas experimentadas que hayan tenido extensas conversaciones en torno a la confianza, el consentimiento y los límites. En cierto momento se discute una agresión sexual y existe una escena en donde el consentimiento es dudoso. No todas las acciones de este libro se realizaron en favor de la gratificación sexual y no deben servir como referencia de relaciones sexuales o emocionales sanas o realistas. Si usted es sensible al consentimiento dudoso o al no-consentimiento, por favor, entre en el capítulo 48 con cuidado.

Como siempre, la representación no supone una aprobación.



Fetiches

Los fetiches principales incluyen:

Vampirismo, fetiche primal, variaciones del «knotting» (anudamiento), fetiche de riesgo asumido y consensuado, persecución, mordeduras, jalones de pelo, juegos con sangre, lenguas bífidas/partidas, teratofilia ligera, dinámica de poder sumisa/domador, escupitajos, juegos de predicamento y acecho mutuo.

Otros fetiches incluidos que vale la pena mencionar, aunque no estén necesariamente pensados para causar un efecto romántico/erótico teniendo en cuenta su contexto son:

Consentimiento dudoso o no-consentimiento, juegos de impacto con látigo, uso inapropiado del arroz, degradación/alabanza, sadismo.

Mi querido lector: si alguna vez te sientes inseguro respecto a un fetiche o lo que este implica, por favor, investiga el nombre para asegurarte de que, si decides participar, lo hagas con consentimiento informado.

Por lo demás, que lo disfrutes.



Prólogo

¿Te has preguntado alguna vez cuánto tardaría una dosis letal de arsénico en quitarte la vida?
Treinta y cinco horas, veintinueve minutos y quince segundos.

Yo debería saberlo. Yo misma conté el tiempo.



CAPÍTULO 1

La Envenenadora

Al bajar del carruaje, mis tacones resonaron sobre los adoquines encharcados. Esa noche llovía sin parar; gotas gruesas caían desde la inmensa oscuridad en las alturas, iluminándose solo cuando pasaban cerca de las farolas en su descenso. El lacayo me tendió un paraguas mientras yo me quedaba de pie, alzando la mirada hacia los departamentos de piedra blanca. Las ventanas brillaban repletas de vida; había gente en todas las habitaciones y una cierta calidez recorría los numerosos pasillos. Las sombras de la gente parecían sugerir todas las actividades que ocurrían al interior. A juzgar por su tamaño, la casa de Phoebe debía de tener al menos cincuenta habitaciones. Uno podría perderse en ellas con facilidad y nunca salir.

—¡Alina! —Phoebe gritó desde la puerta—. ¡Perfectamente tarde! —bromeó—. ¿Y además vienes de negro?

—El negro es adecuado para cualquier ocasión. —Sonreí, entrando al tiempo que le daba un saludo.

—Bueno, no tiene por qué ser en todas las ocasiones. Esto es una fiesta, no un funeral. —Mi querida amiga soltó un dramático suspiro, alzando las manos en señal de derrota. Ella sabía que mis gustos eran particulares y no sería la primera en hacerme cambiar de opinión.

Levanté el ceño, divertida con el enojo de la pequeña pelirroja.

—Phoebe, relájate. Prometí que mi atuendo cumpliría con el código de vestimenta. —Me retiré el abrigo y un sirviente cejijunto se lo llevó a toda prisa. Le di a Phoebe un apretón tranquilizante en el hombro—. Además, una nunca está demasiado preparada. ¿Y si un invitado te hace enojar tanto que terminas por golpearlo? En ese caso, estaré elegantemente preparada para la ocasión.

Phoebe no pudo mantener su fachada de irritación; su expresión mudó a un brillo de entusiasmo. Sus brazos me rodearon el cuello en un fuerte abrazo.

—Me alegra tenerte de vuelta. ¡Tenemos que ponernos al día! Incluso con un año de cartas, ¡no he leído suficiente de las pequeñas aventuras en las que te has embarcado!

—No te has perdido de mucho. Estoy segura de que tienes historias mucho más emocionantes.

—Bueno, en ese caso, tendremos que causar algunos problemas ahora que estás en casa. —Cruzaba los brazos, una sonrisa burlona decoraba sus vivaces y delicadas facciones. Un bucle rojizo se desprendía de su peinado bien apretado, enmarcando su pálido rostro. Phoebe era una de esas chicas de belleza natural. Su piel era como el alabastro, lo suficientemente pálida como para que a través del calor sonrosado que adornaba sus mejillas, cada emoción fuera visible. Su pelo rojo hacía que sus ojos verdes resultaran aún más cautivadores.

—A causar problemas, entonces. —Le correspondí la sonrisa.

Phoebe y yo habíamos sido amigas desde que tenía memoria. Éramos como dos espinas de la misma rosa; había una conexión natural entre nosotras. Nuestros padres habían trabajado juntos en varias ocasiones en la industria farmacéutica, aunque el suyo también se dedicaba a muchas otras cosas. En la industria, mipadre

era un caballo de un solo truco: dedicó su vida entera a estudiar medicina a través de la botánica, la química y la fisiología. Lo admiré por ello. Era una profesión noble y consiguió llegar lejos gracias a la inversión del padre de Phoebe. En ocasiones, me preguntaba qué más podría haber dado al mundo si no hubiera fallecido un año atrás.

Perderlo rompió una parte de mí que nunca lograría comprender. Había pasado el último año encerrada en nuestra finca como una ermitaña. Dada la presión social que implicaba ser amiga de Phoebe, no podía arriesgarme a ser vista en ese estado. La reputación de mi padre era lo único que me quedaba de él y si la mancillaba al actuar de esa forma, nunca me lo perdonaría. No esperaba estar de vuelta tan pronto, pero extrañaba la vida en la ciudad.

Nunca acostumbré a perderme las veladas que organizaba Phoebe, aunque tal vez había sobreestimado mi capacidad para soportar tanta interacción social tras algunos días de viaje. Sobreestimulada era decir poco cuando se trataba del caos que Phoebe era capaz de crear.

Todo en su casa era grande y fabuloso. Una extraordinaria escalera decorativa serpenteaba por ambos extremos de la sala, uniéndose en la parte superior. Había arcos a cada lado y otro justo al frente, bajo el balcón de la escalera. Decenas de obras de arte cubrían las paredes y los muebles raros estaban esparcidos en cada rincón. Algunas de estas piezas habrían hecho llorar de asombro a los mejores artesanos. Todo irradiaba riqueza y estatus; un sitio perfecto para alojar a los cientos de personas que salían dando tumbos al amanecer, solo para repetirlo todo a la semana siguiente.

Ella me tomó del brazo, jalándome hacia una de las muchas salas. El murmullo de las conversaciones aumentaba a medida que nos acercábamos. Todo el mundo iba vestido con trajes de seda hechos a la medida. Las siluetas bastaban para intimidar a cualquiera, incluso a los más familiarizados con las últimas tendencias de la moda.

El vestido que había elegido para la ocasión tenía una silueta sencilla. Ceñía mi cintura, acentuada por el corsé, y se alisaba

delante de mis caderas antes de llegar hasta el suelo. La espalda del vestido se alzaba ligeramente, para luego caer en una sutil cola que me seguía por detrás. La seda negra despedía un brillo lustroso, reflejando la suave luz del ambiente en cada fruncido y cascada. El escote era bajo y ancho; se asentaba casi encima de mis hombros, adornado con rosas de tela que decoraban la parte delantera de mi busto y se esparcían a lo largo del drapeado. Una gargantilla de encaje grueso con una flor negra a juego adornaba mi cuello. Me había recogido el pelo a medias y unos rizos negros como la tinta caían sobre mi hombro. En la mano, sostenía mi abanico de plumas negras entre los dedos enguantados; los guantes de seda de ópera cubrían hasta justo arriba de mis codos.

El vestido de Phoebe era parecido, aunque de un suave rosa ruboroso, con detalles de encaje blanco. Había escogido una silueta de corsé más dramática, la cual acentuaba sus pechos en una impresionante exhibición. Sus guantes estaban hechos de un grueso encaje blanco, mientras que su abanico era de seda con elementos decorativos semejantes a los de su vestido. Además, había escogido joyas menos modestas: pesados diamantes que besaban la piel de su cuello y sus orejas. Phoebe brillaba como las gotas de rocío sobre las rosas de su jardín. Yo siempre había creído que era la mujer más hermosa sobre la Tierra y hasta entonces, ella nunca me había dado razones para pensar lo contrario.

—Y después escuché que Benjamin vino aquí buscando Mary, nuestra conocida, lo cual no podría ser más delicioso, porque también he oído que tal vez ella ya tenga un amante. —Phoebe volvió a mirarme mientras me agarraba del brazo, dándose cuenta de que me había distraído por completo—. Alina, ¿qué te preocupa? Desapareciste ahí dentro. —Frunció el ceño, dándome un golpecito en la sien con el dedo índice.

—Me encuentro bien. Es solo que todavía no he organizado mi rutina —murmuré, siguiéndola entre la muchedumbre con nuestros brazos entrelazados. Tomamos un par de copas de champaña de la bandeja más cercana y nos mezclamos con el resto de los invitados.

Phoebe irradiaba elegancia y hospitalidad. Mi propia aura, en cambio, siempre había sido un tanto inaccesible, quizá hasta un poco macabra. En lo personal, no me resultaba un problema; prefería mantener cierta distancia con los extraños. La mayor parte del tiempo, llamaba suficientemente la atención por el mero hecho de existir. Aunque, pensándolo bien, averiguar qué clase de personajes se atrevían a acercarse a mí era divertido.

Phoebe estaba charlando con unas personas ampulosas que yo no había visto nunca. Al cabo de un tiempo, todas las caras empezaban a parecerse entre sí, de modo que no podría recordar si los había tratado alguna vez.

—Esta es mi querida amiga, Alina Lis. Es la dueña de la botica junto a la florería del West End. Es una especie de científica.

Me crispé tan pronto me percaté de que se refería a mí. Valoraba su entusiasmo por mi profesión, pero no todos los hombres veían con buenos ojos que una mujer fuera dueña o heredera de una propiedad; menos aún que trabajara en un ámbito científico. La tienda había pertenecido mi padre y cuando murió, pasó a mis manos.

—Últimamente, escribo artículos para revistas científicas acerca de la toxicidad de los productos de belleza y ofrezco alternativas más seguras. Si leen los tabloides, es posible que se hayan encontrado con mi trabajo. —Esbocé una sonrisa educada, esperando no recibir comentarios sobre las mujeres que trabajan fuera de su «área de especialidad». Con frecuencia, tranquilizaba a los hombres el saber que mis habilidades estaban relacionadas con algo más femenino. Explicarme resultaba agotador; en lugar de eso, prefería quedarme muda para mantener la paz.

Hablando de paz, también estaba el asunto de aquellos productos no del todo legítimos que reservaba para las mujeres que buscaban eliminar a cualquier personaje desagradable, ligado a ellas por matrimonio o cualquier otro motivo. Mis excepcionales conocimientos de botánica y química me habían permitido contribuir a la desaparición de muchos hombres. Era una

envenenadora profesional, por así decirlo. Phoebe no conocía ni la mitad del negocio; sin embargo, sus chismes hacían que elegir a mis próximos sujetos fuera bastante fácil.

Prefería no llamarles víctimas. Eran cualquier cosa menos eso.

El trabajo de un envenenador nunca termina: un veneno siempre puede ser mejor. Más refinado, más puro, más letal… Hasta que se consigue crear algo nuevo y, entonces, el proceso comienza de nuevo. Por eso, para mí, cada recipiente del veneno era un sujeto de pruebas; cada cadáver dejaba pistas sugerentes acerca de cómo mejorar el veneno para el siguiente pecador.

No pasó mucho tiempo antes de que Phoebe dirigiera su atención a sus labores de anfitriona, dejándome a solas con la muchedumbre mientras hablaba.

—Oh, ¿así que eres una especie de farmacéutica? —Aunque las palabras del hombre eran adecuadas, se dirigió hacia su amigo para burlarse antes de antes de voltearme a ver de nuevo—. Dime, ¿qué ocurre con el color de tu pelo? Ahí, en tu rostro.

Esbocé una sonrisa tensa como respuesta, rozando mi ceja con los dedos.

—No le ocurre nada. Es poliosis. Tan solo se me pone blanco el cabello en la parte izquierda de mi rostro. —Mi voz buscaba ser amable para ilustrar; aunque no era como si un bueno para nada como este pudiera darse cuenta de ello.

—Si eres farmacéutica, sin duda alguna debes saber cómo curar una dolencia de este tipo.

—No es ninguna dolencia, es más bien un curioso fenómeno biológico. —Me tranquilicé con una profunda respiración para no recurrir a expresiones más desfavorables—. Prefiero llamarlo una rareza.

La ignorancia era de esperarse; no podía culparlos. Ser estúpido no es una elección, así que a menudo hacía lo posible por ser comprensiva. De haber nacido rubia, quizás no hubiera dado tanto de qué hablar. Por desgracia, me fue concedido el pelo negro de mi

madre, que contrastaba como un conejo melánico sobre la nieve recién caída.

Me excusé para abandonar la interacción, cambiando mi copa de champaña vacía por otra llena, de camino al resto de los salones.

Sostuve un par de conversaciones repetitivas con otras señoras acerca de algunos de mis escritos; sobre todo de los que aparecían en los tabloides, los cuales trataban de regímenes de belleza. Me agradó saber que mi trabajo era apreciado, incluso si la otra mitad continuaba siendo desconocida —y con buena razón—. Algún día, tal vez sería tan notoria como Giulia Tofana, pero por lo pronto, aquel asunto quedaba entre las mujeres que más lo necesitaban y yo. Los placeres personales son como las flores que se secan: es mejor mantenerlas alejadas de la luz si se quiere preservar su vitalidad.

En otro salón, levanté los ojos para contemplar la escena. Los techos eran altos, con una impresionante colección de cuadros subiendo por los muros. En cada pared, lienzos de tamaños dispares estaban colocados juntos en ecléctica armonía. Había retratos, paisajes exóticos, animales queridos y una que otra escena folclórica. Todos los cuadros se exhibían con orgullo en marcos cubiertos con hoja de oro. Paseé tranquila entre la multitud, cambiando mi atención de un cuadro al otro. Este era el tipo de habitaciones que gritaban «dinero».

El trino de los instrumentos afinándose distrajo mi atención de aquella opulenta exhibición de arte; todos los invitados se dirigían hacia el salón de baile. Bajo mis pies, la madera estaba teñida de tonos tostados y cafés, complementándose en un patrón enrevesado que enmarcaba el suelo. Había un piano en la esquina y los músicos se concentraban en sus instrumentos. Permanecí de pie en el perímetro de la sala, entre muchos otros invitados que esperaban con anticipación los festejos que pronto iban a comenzar. Me retorcí un mechón de pelo entre los dedos y sorbí el resto de mi champaña, casi derramándolo entre la comisura de mis labios.

Cálmate, Alina. La noche es demasiado joven para que seas así de descuidada.

Apartada en la esquina, observé cómo la multitud se dividía entre bailarines y espectadores. Esta vez, opté por ser espectadora. Estudiar al resto de las personas tenía algo reconfortante; me gustaba preguntarme cómo se sentiría *ser* el resto de las personas. Mis ojos se detuvieron en la variedad de parejas que se balanceaban por el salón, revoloteando alrededor del otro. Algunas eran matrimonios de años que pasaban juntos la velada; otras, parejas de amantes magnetizados que brillaban en la presencia de su acompañante. Y luego estaban aquellas que por primera vez se encontraban con otro par de ojos ávidos, mostrando cautela y curiosidad en cada uno de sus movimientos. Pensé en las distintas especies de pájaros; en cómo eligen atraer a sus parejas.

La temperatura de la habitación aumentaba y mi cabeza comenzaba a creer que podía flotar; menos mal que interrumpí mi búsqueda de licores. La manada de cuerpos hizo difícil escabullirse para entrar en la habitación contigua donde, un rato antes, al pasar frente a ella, había notado una zona de descanso.

¿Por qué me hago esto? Debería haber aprovechado la noche para descansar.

Entré a trompicones en la habitación y me pellizqué el puente de la nariz con dos dedos, aliviando el ataque de náuseas que surgían a toda prisa.

Un quejido agudo me devolvió un poco de sobriedad.

Dos figuras se encontraban en el diván al otro extremo de la habitación.

Un hombre estaba sentado al centro del mueble, con las rodillas en una posición abierta mientras mantenía a una mujer entre ellas. Con una mano enguantada de negro, agarraba el cuello de la mujer por un lado y con la otra, sostenía su brazo con firmeza. Su atuendo era completamente negro, lo que provocaba que el vestido azul cielo de la mujer resaltara encima de él.

El golpeteo de mis tacones lo alertó de mi presencia.

Sus ojos recorrieron la habitación con lentitud, sin prisa alguna, antes de posarse sobre mí. No hizo ningún movimiento. Ni siquiera

un respingo que indicara pudor por su vergonzosa posición.

Sus ojos eran de un gris pálido, frío, del tipo que podría cortarte con una mirada. Su cabello, de un rubio dorado, caía ligeramente sobre su rostro. En cualquier otra situación, podría haber sido descrito como un ángel, sin embargo, esa calidez celestial no parecía hallarse en su mirada.

No consigo recordar nada más que aquellos ojos muertos, que despojaban al aire entre nosotros de cualquier forma de consuelo.

Su agarre sobre la mujer se hizo más fuerte y ella soltó un sollozo que resonó incomprensible hasta mis oídos; solo podía escuchar mi sangre correr a través de ellos.

Una sonrisa ávida, hambrienta, torció sus afilados rasgos. En el cuello de la mujer, goteaban rastros húmedos de color carmesí, manchando la preciosa seda azul de su vestido.

Juraría haber visto un destello de luz reflejarse en los ojos del hombre.

Los hombres brutales no me eran ajenos; los conocía bien. Sin embargo, nunca había visto a uno que fuera tan descarado como para alegrarse de ser descubierto. Sin discreción, sin vergüenza alguna.

Había un aire salvaje en su expresión cuando la tomó por la mandíbula, estirando su cuello aún más. Una lengua roja y húmeda recorrió la yugular de la mujer. Él me miró con el rabillo del ojo, como preguntándome: «¿Qué harás al respecto?».

Ojalá pudiera decir que hice sufrir a ese hombre: que metí sus manos en frascos, que le arranqué la lengua de la boca. En lugar de eso, hice algo mucho peor.

No hice nada.



CAPÍTULO 2

La Criatura

Vamos, sigue retorciéndote. Así te podré mostrar cuán delicadas son las tráqueas en realidad —susurré, rozando la oreja de esa linda avecita con mi labio inferior. Cuando mis palabras causaron el sollozo de la frágil criatura, un grave gemido de satisfacción escapó de mi garganta.

Bajé los labios hasta su cuello. Casi podía sentir el regusto metálico en las raíces de mis caninos.

Se removió una vez más antes de que mordiera su cuello y apretara sus caderas entre mis piernas para mantenerla en su sitio. El calor me colmó la garganta entibiando mi cuerpo más rápido que el whisky solo. Me retiré un poco para inspeccionar el resultado de mi obra, tratando de deleitarme en su sabor y prolongar mi cena un poco más. Además, cargar con un peso muerto sería más desagradable que su ligereza actual.

Clic.

Realmente *odiaba* las interrupciones.

Tardé un instante en arrancar mi atención de la carne fresca; lentamente, mis ojos se posaron en la figura en el arco.

¿De verdad? Todavía no estaba listo para otro platillo. Mi noche de suerte.

Inspeccioné el cuerpo de pie en el arco. Me pareció mucho más apetitoso que el que tenía entre los brazos.

Su alta y grácil figura estaba cubierta por un untoso tejido negro. De inmediato, las imágenes de aquella prenda tirada en el suelo se abrieron paso en mi mente. De no ser por su carne lechosa, la habría confundido con una sombra, con su vestido negro y su cabello de medianoche. Sus ojos eran como el hielo de la tundra; implacablemente fríos e iracundos.

Una sonrisa burlona se abrió paso hasta mi rostro, causando que aquellas bonitas pestañas suyas se agitaran con incredulidad.

¿Estaría lo suficientemente sobria como para recordarme? ¿Se sentía asustada o fascinada? ¿Por qué permanecía ahí, de pie?

¿Por qué su expresión era más satisfactoria que el bocado que me acababa de saborear?

Mis dedos se clavaron aún más en la presa sobre mi regazo, arrancándole otro frágil sollozo.

Un destello de furia decoró aquel par de ojos relucientes.

¿Haría un sonido semejante cuando tomara un puñado de su cabello negro? ¿Cuando apretara aquel grácil cuello entre mis dedos? ¿Se resistiría, maldiciendo mi nombre como una bruja? ¿O acaso lloraría, rogándome que siguiera? Todas eran preguntas para las que felizmente buscaría una respuesta.

Aplasté mi lengua contra el cuello de la pobre alma, deslizándola lenta y firmemente. Un rastro de sangre y de saliva pintó el lienzo de su piel.

¿Qué harás ahora, mirona?

Un fuego se encendió en ella. Si hubiera estado más cerca, lo habría podido sentir irradiar hasta mí como el calor de un horno. Perdido entre mis pensamientos, mi diversión se vio interrumpida en cuanto la vi escabullirse.

Qué lástima.

Mi apetito había cambiado. El platillo que acababa de ver valía más que los cien bocados de borrachera que podría atrapar esta noche.

Hacía tiempo que no sentía esa pasión desbocada por la caza, la cual regresaba rápidamente a mí. Quizás solo me hacía falta algo que valiera la pena perseguir.

¿Tendrás una expresión igualmente deliciosa en el rostro cuando te atrape?



CAPÍTULO 3

La Envenenadora

Náuseas.

El alcohol amenazaba con volver debido a mi incapacidad para medir mis propios límites. La cabeza me dio vueltas hasta que los recuerdos de la noche anterior resurgieron de las profundidades de mi cerebro.

Esos ojos muertos se habían quedado grabados en el revés de mis párpados, atormentando tanto mis pesadillas como mis ensoñaciones.

Al fin, en el cuarto de aseo, mi estómago dejó salir algunos necesarios recordatorios, aunque aquellas memorias en particular se habían tornado en bilis.

La resaca y el pinchazo que me trajo recordar los hechos me hicieron sentir asco, *repugnancia*.

Me hubiera gustado decir que aquellas emociones estaban enteramente dirigidas hacia el hombre, pero la culpa pesó sobre mí tan pronto dejé a la chica en aquel sitio, en las garras de esa trampa para osos humana. En ese momento, mi instinto de autopreservación

pudo más que mi necesidad de justicia. Nunca olvidaré lo inmunda que me sentí.

No comprendía del todo lo que había visto, pero me bastó con saber que no había sido un sueño. Esa mirada hambrienta solo podía ser descrita como vulgar; carnal, incluso.

Me aferré al borde del lavabo con los dedos mientras contemplaba mi reflejo vacilante, deseando que este saltara para darme una buena bofetada. Oscuras hebras de cabello suelto se esparcían en todas direcciones, enredadas tras una noche de desasosiego.

Contrólate. Tienes trabajo que hacer.

Había acordado encontrarme con Phoebe más tarde. Sin embargo, invadida por ese malestar repleto de culpa, me costaba siquiera salir de los confines del cuarto de baño.

Con mucho esfuerzo, a duras penas logré recomponerme. Moviéndome por la casa, busqué ciertas prendas de ropa perdidas en alguno de los baúles dispersos, los cuales aún esperaban para ser vaciados de su contenido.

No hace demasiado tiempo, Phoebe y yo recorríamos estos pasillos con nuestros caballos de madera jugando a ser aventureras, haciendo de este hogar un mundo propio con posibilidades infinitas con las cuales podíamos explorar nuestra imaginación.

Por ahora, la mansión Eastwater era mi hogar temporal. El lugar pertenecía a la familia de Phoebe. Yo era una mera inquilina hasta que pudiera adquirir otra cosa.

La propiedad era una hermosa casa adosada de estilo georgiano, con tres pisos y demasiadas habitaciones. Se encontraba al final de una calle tranquila, rodeada de residencias igual de elegantes. Un exuberante jardín amurallado se ocultaba en la parte trasera, lejos de la mirada de los vecinos. Mi parte favorita era el humilde invernadero escondido entre la hiedra.

Me sentía agradecida de poder alojarme en la mejor zona de Londres. La casa estaba cubierta de blanco y de suaves tonos crema, y cálida madera revistiendo cada rincón y barandilla. Cuando era

joven, este era el sitio que más me gustaba visitar. Incluso entonces me resultaba tan laberíntico como ahora. Nada había cambiado.

Tras abrir mis cajones de ropa, me puse encima el primer atuendo de paseo que encontré. Mi humor era tan sombrío como lo que vestía; sin duda un esqueleto se hubiera visto más alegre.

Mi mano se deslizó por los intrincados tallados de la barandilla. La luz matinal se filtraba a través de una particular ventana circular, la cual vigilaba el vestíbulo como un ojo, iluminando los tenues dibujos de hoja de oro en el empapelado color marfil. La ventana circular se encontraba justo encima del rellano, separando la escalera del siguiente piso y arrojando luz sobre un espacio que, de otro modo, permanecería en penumbras.

Me froté la nuca para aliviar la tensión de los músculos. El fino encaje negro del cuello me hacía cosquillas bajo la mandíbula.

Me acerqué al portal para revisar la bandeja del correo y abrí la puerta por si habían traído algún encargo. La brisa que me recibió me recordó cuán cerca estábamos del final del otoño. Los árboles a los costados de la calle se estaban deshojando y habían quedado casi desnudos. El bullicio de los cascos de los caballos y el parloteo de los cuervos resonaban con la rampante nostalgia de la estación.

Cuando cerré la puerta tras de mí, el chasquido de la cerradura resonó al interior de la casa, reverberando entre las paredes como un rumor. Una vez que hubo viajado lo suficiente, el sonido se desvaneció. Un recordatorio de la entrañable soledad que acogía mi corazón.



—¡Te aseguro que me hubiera gustado quedarme más tiempo! No sé qué sucedió. Una fiebre se apoderó de mí. Fue imposible preverlo. —Sonreí con timidez mientras arrancaba otro trozo de mi pastelillo.

Phoebe y yo habíamos acordado desayunar en el parque para compensar mi repentina huida de la noche anterior. Nos

encontrábamos en un diminuto café con sillas y mesas en el exterior, un lugar tranquilo para leer o contemplar. En nuestro caso, era el sitio perfecto para la charla matutina.

—En todo caso, me alegró recibir una llamada tuya, saber que te encontrabas bien. Me preocupé mucho cuando desapareciste de la nada. —Phoebe resopló, incapaz de seguir enojada conmigo—. ¿Al menos pudiste convivir un poco? ¿Conociste a alguien? ¿Algún detalle que me puedas contar?

Negué con la cabeza antes de hacer una pausa, recordando a esa extraña criatura de hombre. Mis mejillas debieron de delatarme, porque Phoebe soltó un chillido de emoción. Aunque su rubor no se debía a la timidez, sino a la ira.

—Fue así, ¿verdad? ¿Por qué no me lo dijiste? —Se removió en la silla como si se dispusiera a escuchar un largo y jugoso chisme—. ¿Y bien? —Sus dedos enguantados apretaban su taza de té con anticipación.

—No fue así —la reprendí, aunque su entusiasmo me obligaba a curvar los labios—. Apenas nos conocimos de paso. No ocurrió nada.

Phoebe me dirigió una mirada inconforme, arrugando la nariz. Entonces, algo por encima de mi hombro atrapó su atención y olvidó de inmediato su interrogatorio.

Regresó su elegante sonrisa.

—¡Mira! ¡Hemos llamado la atención de un ilustrador! ¡Ahí! —Hizo un gesto, inclinando la cabeza en su dirección, como para no delatar que había descubierto al artista.

No sería la primera vez; a menudo, nuestros contrastantes estilos llamaban la atención de los artistas errantes de la ciudad. Phoebe siempre era reluciente, elegante, limpia. Yo, en cambio, prefería lo oscuro y ominoso.

Debido a mi trabajo, había adoptado el rito personal de vestir de negro. Yo había sido la causa de muchos funerales; acontecimientos por los que no podía ni quería rendir pleitesía alguna. Lo más apropiado era que me vistiera siempre para la ocasión. Era un

homenaje a mi peculiar talento. Además, no había necesidad de cambiarme el atuendo fúnebre, pues todos los días muere algún hombre: un motivo de celebración.

En cuanto a motivos espirituales, no tenía ninguno. El negro siempre estaría de moda, con o sin luto. Además, el negro tendía a reducir al mínimo mis interacciones con la gente, lo cual me traía una gratificación adicional. En todo caso, estaba segura de que, si algún espíritu fuera capaz de verme, mi atuendo le parecería una especie de regodeo. Un pensamiento poético.

Permanecimos sentadas unos instantes más, dándole al ilustrador un buen vistazo de nosotras antes de embarcarnos en nuestro paseo matutino.

—¡Asesinato! ¡Un cuerpo arrojado en los muelles! ¡Un destripador entre nosotros! ¡Un monstruo sediento de sangre! —gritó el chico de los periódicos con los impresos en una mano, extendiéndolos con la otra para que la gente los viera.

Le lancé una moneda y tomé un periódico, acelerando el paso mientras Phoebe se esforzaba por seguirme.

—¿Un cadáver en los muelles? Eso no es ninguna noticia. —Frunció el ceño, intentando echarle un vistazo el periódico mientras yo desdoblaba la primera plana.

—No es un cadáver cualquiera —murmuré, sobre todo para mí misma.

Al mirar la ilustración, apenas logré distinguir el rostro; posiblemente se debía a que el cadáver, en realidad, no tenía rasgos identificables para empezar. Era la silueta de una mujer con un vestido elegante.

Aunque en el papel no había más que tinta negra, supe reconocer el azul celeste de aquel vestido en particular.

Mis dedos arrugaron el periódico al arrojarlo a un basurero en el camino, limpiándome nerviosamente las manos sobre la falda, como si quisiera arrancar de ellas la culpa que las mancillaba.

Mi nuevo sujeto ha vuelto a asomar su horrible cabeza.

En ese momento, Phoebe y yo nos separamos para cumplir con los recados del día cada una por su lado. Mi primera parada fue la

florería.

«Caldwell, florería y botánica», decía el letrero.

Conocía a la señora Caldwell desde que era pequeña; mi padre siempre la atormentaba con pedidos extravagantes. Su tienda era una de las pocas que importaba flores y plantas por encargo especial. Su marido tenía buenos contactos en la industria del transporte y la importación. Esto era imprescindible para mi padre, quien a menudo experimentaba con flora exótica para sus medicinas, tinturas o cualquier otra cosa en la que estuviera concentrado en aquel momento.

Con el tiempo, llegué a depender de ella en todo lo relacionado con las necesidades de mi trabajo, hasta que dejé la ciudad un año atrás. Ella no hacía preguntas, a excepción de: «¿Cuánto deseas?» o «¿Cuándo lo necesitas?». Con los años, se había vuelto cercana para mí, al punto de convertirse en una especie de familia extendida.

—¿Llegó mi pedido especial? ¿Por el que llamé la semana anterior? —pregunté, observando por encima del mostrador a esa mujer bajita y rolliza.

—¡Alina! Sí. Parece que enviaron más de lo necesario. Pero no me sirve de nada tu extraña plantita, ¡así que llévate todo el manojo! —trastabilló, sacando una caja plana que dejó caer sobre el mostrador. Al retirar la tapa, esta dejó ver una generosa cantidad de polígala de virginia blanca, también conocida como raíz de serpiente.

La inspeccioné, alejando mis manos de la tupida planta, aunque me costó no recorrer sus frondosas hojas con los dedos. Era de un radiante color verde, con pequeñas flores blancas que salpicaban la parte superior, semejantes a las del perejil. Aunque la planta tenía un aspecto poco impresionante, la sustancia química que contenía era magnífica.

Al interior de esta hierba tan poco apasionante, había una sustancia química llamada tremetol. Los síntomas tardaban unos días en manifestarse y, si la cantidad suficiente era administrada con sutileza, podía derribar rápidamente a hombres y bestias por igual.

Era un buen elemento para esconder en la colección de perfumes para el comprador adecuado.

—Es perfecto, señora Caldwell. —Exhalé. Ya no podía ocultar mi sonrisa.

—Tú y tu extraña elección de arreglos florales. No lo entiendo, pero me agrada verte feliz. —Se rio entre dientes—. Es bueno verte de vuelta en casa. ¿Qué tal te estás adaptando?

Me dio una mirada que había visto con demasiada frecuencia desde que regresé de la soledad. Una mirada condoliente, de lástima. En espera de lo que seguía, descubrí un viejo rostro conocido frente a mí; el recordatorio interminable de que había regresado a casa con un familiar menos.

Mi voz se endureció de nueva cuenta.

—Gracias de nuevo. Nos vemos pronto.



Lo más práctico de la tienda de la señora Caldwell, era que se encontraba a solo tres manzanas de la botica de *mi* padre. De mi botica.

Meciendo la caja en un brazo, puse la llave en la cerradura. En cuanto empujé la puerta, sonó la campanita de la tienda.

Si pudiera concentrar el olor de la botica en un solo perfume, no querría que mi piel guardara ningún otro aroma durante el resto de mi vida.

Al interior, una preciosa variedad de hierbas se mezclaba con los aromas de la madera antigua. Cada vez que abría esa puerta, una oleada de nostalgia me inundaba. Casi todas las noches, mi padre solía llegar a casa cargando el olor de la botica, cuando no era el de la morgue. Me fascinaba que los perfumes del lugar me siguieran a casa; podía saborear cada instante que estos pasaban adheridos a mis sentidos. Gracias a este sitio fantástico, el recuerdo de mi padre nunca se desvanecería. Cuando me encontraba en la botica, era como

si él siempre estuviera aquí, conmigo, en todos los sentidos, menos en el corpóreo.

Tras el mostrador de madera oscura se hallaba la trastienda. Aunque fuera un sitio caótico y no del todo adecuado, tenía la costumbre de llamarlo mi laboratorio: aquí era donde sucedía la magia.

En la trastienda, sobre las amplias mesas de trabajo, se esparcían los instrumentos de latón que habían pertenecido a mi padre o que fueron discretamente sustraídos del laboratorio del King's College. Recipientes de vidrio de diversas formas, colores y capacidades estaban acomodados con cuidado debajo de los bancos, sobre cuya superficie se había formado una paciente capa de polvo. El olor era menos agradable que en la parte frontal de la tienda, más cercano al moho y la lejía. La única luz provenía de unas estrechas ventanas horizontales en lo alto de los muros, que podían abrirse para ventilar el lugar. Por último, una sencilla puerta trasera daba al callejón, donde se encontraban las ratas y los botes de basura. Aunque antes acostumbraba atrapar a mis ratas de laboratorio en la parte trasera, había decidido que esta vez lo mejor sería criar las mías propias para obtener resultados más consistentes.

A los ojos de los demás, me dedicaba a estudiar la toxicidad de los compuestos utilizados en la belleza y el bienestar, lo que me daba una buena razón para coleccionar aquel tipo de plantas inusuales. La jerga académica desorientaba a las personas de inmediato y más allá de eso, las preguntas adicionales eran más bien escasas.

Tan pronto coloqué la caja de madera sobre mi mesa de trabajo, sonó la campanilla de la puerta principal. Por desgracia, tendría que esperar para diseccionar este hermoso espécimen.

A lo largo del día, las clientas deambulaban por la botica haciendo preguntas acerca del maquillaje, de qué tomar para tal dolencia, qué plantas les aclararían la piel, cuáles las harían ver más delgadas o cuáles harían que sus maridos pudieran llevar a cabo lo consabido.

No me molestaba en lo más mínimo. Cualquier tipo de curiosidad botánica me hacía disfrutar esta parte del negocio. Prefería que la gente hiciera preguntas a que creyera lo que los periódicos de la tarde aseguraban sin un artículo que lo respaldara. Por eso, con frecuencia, presentaba mis propias contribuciones. No era difícil simplificarlas lo suficiente como para que todo el mundo entendiera: «*X* es venenoso, opte por *Y*».

Si bien la campanilla sonaba a lo largo del día, oírla me emocionaba especialmente cuando era ella la que entraba en la botica. Madam Berdot era una de mis «clientas especiales» a largo plazo. Apreciaba a todos mis clientes relativamente por igual; sin embargo, a ella la esperaba con ansias durante largas semanas o meses. El mes anterior le había enviado por correo una generosa cantidad del veneno experimental de la raíz de serpiente; había utilizado muestras sobrantes que mi padre había escondido para algún experimento novedoso. Un par de semanas atrás, ella me escribió para informarme que estaba surtiendo efecto; por eso mandé traer más.

Su ocupación conllevaba el desafortunado riesgo de tratar con hombres indeseables. Era dueña de uno de los burdeles mejor establecidos de la ciudad, a un lado del puerto; el lugar perfecto para probar cualquier mezcla que se me pudiera ocurrir. Ella estaba encantada de someter individuos especialmente horribles a mi curiosidad. Mi única condición era que debía tratarse de hombres de naturaleza abusiva.

—Tenemos que hablar —dijo con brusquedad, desviando la mirada hacia el grupo de clientes que examinaban el estante de las hierbas. Recorrió con sus manos ansiosamente su encrespado cabello rubio y sus párpados pintados de esmeralda aleteaban con inquietud en dirección a la puerta principal, a pesar de que acababa de entrar.

—Por supuesto. Por favor. —Desde atrás del mostrador, señalé la trastienda para que pudiéramos hablar más discretamente.

Me tomó el brazo con una mano húmeda.

—No sé qué ocurre, pero dejó de funcionar.

Levanté una ceja.

—Eso no es posible.

—Sí, sí lo es. Estaba funcionando, lo reconozco. Pero después dejó de hacerlo. ¿Sabes el peligro en que me pones a mí y a mis hijas?

Bajé la voz.

—No es posible, no habría podido degenerarse con el tiempo. Una pequeña cantidad podría derribar a un caballo. Me aseguré de ello.

—Tan solo enfermó. Después comenzó a mejorar y… —la voz se le atascó en la garganta—. Creí que tal vez no había usado la dosis correcta. Pero, en ese caso, funciona para algunos, no para todos.

—No me debes explicaciones. Déjame que te traiga otra cosa. ¿Alguien salió herido? ¿Necesitas alguna otra cosa? —pregunté, rebuscando entre los estrechos cajones tras el mostrador. Saqué un diminuto frasco de vidrio—. Arsénico. Aunque, si el peligro es inmediato, recomendaría alternativas más rápidas, más decisivas. No corras más riesgos de los necesarios.

Me arrebató el frasco de la mano, asintiendo con la cabeza. Sin otra palabra, abandonó mi tienda a toda prisa. No sabría decir si estaba enojada conmigo, aunque era de suponer que nuestra relación profesional se vería afectada por este inconveniente.

Ahí va mi suministro permanente de sujetos de prueba.



El sol había desaparecido del horizonte brumoso y la luz de la tienda era cada vez más tenue. El brillo del farol me guiaba conforme cerraba la botica. Los suelos habían sido barridos, las estanterías dispuestas y los artículos repuestos antes de la jornada siguiente. A este ritmo, nunca tendría tiempo de acomodar mis nuevas plantas.

Hasta mañana, mis hermosos ejemplares.

Le di la espalda a la puerta para concentrarme en mi gabinete de ciento cincuenta cajones, acomodando el inventario que hubiera

quedado suelto. Antes de asegurarme de no estar olvidando nada, posé los ojos sobre la pequeña cartera de piel que contenía mis pedidos a domicilio, los cuales debían ser entregados a la brevedad.

Un chasquido que no supe identificar resonó en la habitación.

El sonido era tan extraño que tardé un instante en comprender que no se trataba de alguna especie de zumbido dentro de mis oídos. Parecía una combinación del sonido de una cigarra con el mascullar de un gato al acechar a un pájaro por la ventana. Un sonido de curiosidad, de depredación.

Siguió sonando durante un largo minuto que me pareció eterno.

Provenía del laboratorio, de algún rincón apartado de esa oscuridad que me examinaba a través de las grietas en la puerta. Me debatí entre cerrar la puerta con un golpe, o invitar al bicho que estuviera haciendo ese ruido a entrar, abriéndola más aún. Me decidí por lo segundo. Al hacerlo, la luz de la lámpara se derramó sobre el suelo en penumbras, iluminando únicamente las partículas de polvo que flotaban en el aire: el extraño ruido se calló de golpe.

Entonces quedó solo una botica a oscuras, vacía, junto con un silencio ensordecedor.

Apreté el ceño mientras cerraba la puerta, llevando conmigo la cartera y la lámpara. No me engañaría creyendo que aquello había sido fruto de mi imaginación. O bien mi nuevo cargamento de raíz de serpiente había atraído un insecto exótico o había un animal agazapado en algún rincón de mi botica.

Aquella noche, el camino a casa fue más largo de lo habitual. El sonido todavía me inquietaba, erizándome la piel. Había sido un ruido gutural, del todo desconocido, aunque me trajo cierta ilusión la idea de hallar a la criatura por la mañana: sin importar lo que fuese, siempre me había preguntado cómo nombraría a un insecto o mamífero recién descubierto.

Cuando llegué al umbral de la casa, sentía las piernas agotadas de tanto caminar y mantenerme en pie. En el vestíbulo, la luz de la luna me dio la bienvenida conforme se asomaba por la ventana encima de las escaleras, esparciéndose sobre las pulcras baldosas.

Tras instalarme en la sala, me serví una merecida copa de whisky. Un detalle acerca del padre de Phoebe, el señor Aston, era que conocía *bien* su licor y poseía únicamente el mejor de todos. También tenía el don de coleccionar algunas de las botellas y barriles más antiguos que hubiera visto jamás, según pude constatar la última vez que examiné la colección en su finca.

Con la copa de cristal en una mano, me saqué las botas al pie de la escalera antes de subir. El difícil comienzo de la mañana no ayudaba al cansancio que estaba sufriendo. A medida que ascendía cada peldaño, el dolor se hacía más notorio.

Al agotar el primer tramo de escaleras, se escuchó un chirrido disperso.

—¿Otra plaga? —me quejé.

Mi arma preferida era una escoba que guardaba en el pequeño armario en lo alto de la escalera.

Scritch. Scritch. Scritch.

Asomándose por la esquina, arrojé la mirada hacia el final del pasillo. Entonces esperé. Solo pudo haber venido desde la izquierda o la derecha. Mientras me recargaba sobre la pared, dando otro sorbo a mi bebida, escuché una perturbación más.

Scritch. Scritch. Scritch.

Ahí estaba de nuevo. Mi dormitorio se encontraba a la izquierda. Arrastré la escoba sobre la alfombra, dispuesta a atrapar a cualquier bicho que pudiera encontrarme en el camino.

Al final del pasillo, la puerta de mi dormitorio se encontraba a medio abrir.

El silencio se instaló por un momento. El líquido que quedaba en mi copa se balanceó de un lado al otro, al igual que mi postura. En la otra mano, sostuve la escoba con más fuerza, esperando que el sonido surgiera de nuevo en la oscuridad del dormitorio.

Con un ligero empujón, la puerta dejó escapar un chirrido agudo, mostrando la habitación detrás.

Si quería encontrar algo allí dentro, no tenía sentido alguno dejar el dormitorio a oscuras.

Me deslicé por la habitación para encender una luz junto a mi cama. En cuanto giré el dial, la lámpara parpadeó; su llama creció con languidez hasta esparcir un poco de luz por el sombrío dormitorio.

Entonces escuché el ruido de nuevo. Justo detrás de mí.

No eran arañazos, sino el mismo chasquido que había oído antes, en la tienda.

Petrificada una vez más, escuché con atención, queriendo convencerme de que esta vez podría descifrar de qué se trataba. Nunca había oído nada semejante. Había viajado por el mundo entero en busca de plantas y animales exóticos, pero nada se parecía en lo más mínimo a la *cosa* que había escuchado.

Al girar sobre mis talones, el ruido cesó de golpe. No había criaturas a la vista. Solo una oscura habitación vacía.

Hubiera jurado que se encontraba a escasos metros de mí, pero no había evidencia de ello. La única prueba estaba escondida en los rincones de mi imaginación, junto con el mareo causado por mi veneno preferido.

CAPÍTULO 4

La Criatura

¿No es acaso deleitante?

Alina Lis, su sabrosa disposición extendida justo frente a mí.

Su espeso cabello negro se había esparcido sobre las sábanas de seda. Al parecer, en toda la noche no dejó de girarse sobre la cama. Tal vez podía intuir la presencia de cierto depredador que acechaba su acogedor nido.

Una chica lista. Pero no lo suficiente.

Tan solo la miré, jurando que me comportaría. *Solo por esta vez*. Habría tiempo de sobra para jugar. Mi hambre no había hecho más que crecer desde mi último almuerzo en anticipación de *ella*.

Yo era un caballero. Me gustaba conocer a mi presa antes de devorarla. Era de buena educación. Aquel día, trabajé duro para seguir todos sus movimientos. También leí acerca de ella, realicé mi propia investigación sobre este fascinante nuevo juguete.

Me merecía una recompensa tan íntima como personal, especialmente con lo mucho que caminaba esta mujer. Por lo menos,

ahora sabía que, al ser tan activa, su circulación sería

No me esperaba ni la mitad de las cosas que descubrí acerca de mi almuerzo. La señorita Lis se movía deprisa, algunos de sus recados eran difíciles de entender. Había tantos rituales peculiares en su rutina. Aunque la botica era algo interesante. Supuse que le pertenecía, pues parecía ser la única que tenía llaves del lugar.

Hacía tanto que no acechaba nada que valiera la pena. Intimar tanto con una vida, lista para ser tomada. Sería decepcionante que, luego de haber trabajado tanto, me supiera insípida. Dejando a un lado el sabor, casi había olvidado lo estimulante que era el acecho. Diría que mi tiempo estuvo bien aprovechado. Memorizar su rutina, su vida, su olor; era casi como si ya fuera mía. La pobrecita era dolorosamente inconsciente de todo esto.

El cuerpo encima de la cama me pedía que me acercara a él. Un banquete reservado solo para mí.

La belleza de esa escurridiza criatura hacía pensar que una bruja la había arrancado de un antiguo bosque, de un lugar atormentado por espíritus de antaño, que cobijaba siglos de secretos. Por no hablar de su… particular coloración. Era como si alguien hubiera esparcido azúcar refinada sobre un montón de carbón triturado. Accidental, único en su especie: sería una pena desperdiciarlo.

Se removió bajo las sábanas, dándose la vuelta.

¿Podría sentir lo cerca que estaba?

Tan cerca como para darle un mordisco.

Con delicadeza, levanté la seda de la ropa de cama con la esperanza de averiguar lo que se escondía bajo su acostumbrado atenuado taciturno. Me decepcionó descubrir que no se había quitado el camisón, pero quizá así era mejor. Al fin de cuentas, esto se sentía *incorrecto*.

Un cuerpo desnudo no era nada misterioso para mí; sin embargo, mirar el suyo me parecería un pecado. Uno nunca debe engullir un manjar con prisa. Sería descortés. Sobre su piel pálida, sus cabellos serpenteaban en rizos sueltos hasta las caderas, como si trazaran un mapa de los lugares que yo ansiaba tocar. Envuelto por la tela, solo

el contorno de su cuerpo era visible. De cierto modo, me sentía como si estuviera espiando bajo un hábito de monja.

Incliné la cabeza hacia el costado mientras la miraba, sin deseos de molestarla al separar demasiado las sábanas de su cuerpo. Ojalá se girara hacia mí. Quería ver un poco más. Se protegía deliberadamente de mi mirada. *Bien, como gustes. Pero solo esta noche*.

Su aroma me acarició la nariz, causando que mi respiración se agitara.

Me arrodillé junto a la cama, fijé mis ojos en la hechizante criatura ante mí. Mis dedos le apartaron los mechones de la nuca.

No puedo evitarlo. ¿Quién soy yo para privarme de los simples placeres de la vida?

Me acerqué más, hundí la nariz en su cabello y enredé un rizo oscuro en la palma de mi mano. Mientras inhalaba con fuerza, mis sentidos parecían danzar. Olía a cerezas negras, almendras amargas y licor. Había pequeñas notas de algo más, algo que estrechó mi garganta con una ligera quemazón. Ah, de inmediato supe que esta iba a deshacerme por completo.

Esas nuevas agitaciones eran como un hechizo en mi cabeza, cerciorándose de que la mujer quedara bien grabada en mi memoria. Después de todo, era esencial conocer a las presas como la palma de la mano; conocerlas lo suficiente como para anticipar cada uno de sus movimientos. A esta no me importaría conocerla de cualquier forma posible, a su debido tiempo.

Al interior de la carne, debajo de todas las motilidades, había algo más difícil de precisar, aunque en el pasado había experimentado algo semejante unas cuantas veces.

Algo sin diluir, potente, intacto. Una gota de ese dulce destilado podría enloquecer a cualquiera de hambre y deseo.

En realidad, tuvo suerte de que yo la encontrara primero.

Cualquier otro la habría hecho trizas si se hubiera acercado lo suficiente.

—Ah… pero qué dulce —murmuré, hundiendo el rostro en el pliegue de su cuello.

Estaba en lo correcto cuando dije que era único: un tipo de sangre al alcance de pocos, un sabor como ninguno en este mundo. Era lo que se podría llamar una «anfitriona meliflua»; un manjar poco común.

Me fascinaba tener razón.

Su sangre tenía un sabor especiado, el cual le añadía unas exquisitas notas aromáticas.

Se veía tan tentadora así, con el cuello colocado con delicadeza ante mis mandíbulas, esperándome. Podría partirla por la mitad de un solo mordisco.

Levanté la vista hacia su rostro: era tan suave, tan apacible. Como un pequeño ciervo que duerme envuelto en la comodidad de la noche, confiando en estar a salvo de los terrores que acechan en la oscuridad. Indefensa, inocente.

Sufría *físicamente* por ella.

Mis caninos se crisparon, adoloridos de anticipación, suplicando hundirse en la tierna carne que tenían justo debajo. Marcar esa piel intacta sería el afrodisíaco definitivo. La misma sensación me atormentó anoche e hizo un desastre de mi comida anterior. Sabía bien que, esa mañana, ella había visto las consecuencias de mi obra en el periódico. Quise que supiera que había sido yo.

En un intento de ponerme más cómodo, cambié el sitio en el que me arrodillaba. Mientras ajustaba mis caderas, un grave chasquido de excitación escapó de mi garganta haciendo que los dientes me castañearan por el frío. La expresión en su rostro cuando vio el boceto en el periódico me había hecho temblar de emoción. Me pregunté si pondría esa cara de nuevo para mí. Al pensar en ello, no pude evitar el coro que vibró en mi garganta. Todo era tan estimulante. ¿Por qué no preguntó por mí? ¿Por qué no había hecho siquiera una mención a la policía?

Pero qué grosera.

Era del tipo perspicaz. Hubiera pensado que su primera llamada sería a la estación de policía o al periódico.

¿Qué estás haciendo? ¿Por qué no juegas conmigo?

Fue bastante frustrante pasar por tantas molestias solo para que ella ignorara mi gesto. No entendía su razonamiento. Tal vez necesitaba ser más obvio. Normalmente, no me preocuparía por hacer un esfuerzo adicional, pero ella me había encendido por completo. Era imposible ignorarla y, sin embargo, tampoco podía imaginar cómo se las arreglaba para ignorarme.

—Te espero con ansias, mi pequeña sombra —susurré cerca de su oreja, acomodando un mechón de cabello tras esta antes de permitirle una última noche de descanso. Una noche más antes de que nuestros juegos dieran comienzo.

CAPÍTULO 5

La Envenenadora

Sangre, hay sangre en todas partes.

Estoy de rodillas, mirando mi reflejo en este líquido espeso y pegajoso.

¿Por qué hay tanta sangre? ¿Es mía?

Levanto la vista. Me rodea una oscura inmensidad y el charco escarlata se extiende hasta donde alcanza la vista. Mi cuerpo se encuentra completamente cubierto de sangre, de pies a cabeza.

Las gotas inundan mi visión, la vuelven roja y difusa. No se aclara por más que me frote el rostro. Pareciera que cuanto más me rasco, más sangre gotea.

—Ah…, pero qué dulce.

Habla una figura borrosa en la distancia. Parece que más bien me encuentro bajo el agua. Parpadeo e intento aclarar mi vista con desesperación, intentando ver qué es lo que está aquí conmigo.

Es una figura alta, que permanece de espaldas a mí. La sangre gotea sobre sus músculos enjutos. Parece tallado en piedra. Si me dijeran que se

trata del mismísimo Lucifer, lo creería. Su apariencia trasciende el ámbito de lo humano y encarna una mística que supera los atributos de los simples mortales.

Gira la cabeza por encima del hombro para mirarme. Esa terrible sonrisa familiar combina a la perfección con la mirada que sus ojos pálidos me devuelven.

Mientras la comisura de sus labios se tuerce en una mueca, aquel chasquido depredador crece en su garganta, como un demonio de uno de los círculos más profundos del infierno. Uno que tiene la misión explícita de torturarme.

Pierdo el equilibrio y mi visión se torna borrosa de nuevo. Lo único que alcanzo a ver es el brillo depredador de sus ojos en la penumbra mientras se acerca.

—Te espero con ansias, mi pequeña sombra.

El salto de mi corazón me arrancó de mi ensoñación y me colocó de vuelta en la realidad.



—Es porque pasas el día entero trabajando en lugar de divertirte *conmigo* —interpuso Phoebe, dando golpecitos en el borde de su taza.

—No es eso. No he dormido bien los últimos días. El trabajo me relaja.

—¿El trabajo te *relaja?* Por favor, ¿cuándo fue la última vez que oíste a una persona normal decir eso?

—¡Lo digo en serio! —Reí, pero la expresión de Phoebe me hizo saber que no me creía.

Dado que la lluvia había arruinado nuestro paseo, decidimos reunirnos en casa de Phoebe para nuestra sesión matutina de chismes.

—Quizá no estés durmiendo bien porque, tal parece, hay un destripador suelto en las calles. Estoy segura de que viste la historia

de los nuevos cadáveres —murmuró Phoebe.

—¿Qué nuevos cadáveres? —Extendí la mano con impaciencia—. Enséñame esa historia.

Me ofreció el periódico de aquella mañana.

Habían hallado dos cadáveres en el puerto. La ilustración mostraba sus rostros pálidos y sus cuerpos rígidos, tendidos sobre los adoquines opacos a los que habían sido arrastrados.

Era de notarse que las dos chicas eran bastante parecidas entre sí. El periódico decía que no eran parientes, ni siquiera conocidas. Sin embargo, me resultaron *tan* familiares.

Sus ojos se habían nublado, pero se alcanzaba a vislumbrar un atisbo de tonos claros. El pelo, oscuro y húmedo, se pegaba a su rostro en desorden.

Otro elemento de interés era la piel en el lado izquierdo de sus rostros; había sido cuidadosamente arrancada desde encima de la ceja hasta el ojo. Los músculos expuestos y los bordes nítidos de las heridas, sugerían que se había hecho con meticulosidad, metódicamente, incluso.

No había duda sobre quién lo hizo; sin embargo, me pregunté sobre la necesidad de toda esa teatralidad.

Esto era un mensaje para mí. Créanme que fue recibido. Aunque el motivo de mi reconocimiento era, cuando menos, desagradable.

Mi repulsión debió reflejarse en mi rostro, porque Phoebe me arrancó el periódico de las manos apretadas.

—Han sido suficientes noticias macabras por una mañana.

Mi mente estaba inundada de posibilidades. ¿Vendría por mí hoy mismo? ¿Mañana? ¿Dentro de quince días? Me sentí aliviada de que aún no hubiera aparecido; no me apetecía en lo más mínimo esa interacción. Solo podía esperar que esta amenaza fuera algo aislado. Por suerte para él, no tenía que preocuparse por la policía. En cambio, tendría que preocuparse por lo que *yo* podría hacerle a él; sobre todo si continuaba con estas provocaciones.

Sin embargo, tenía que estar lista para el escenario que él escogiera. No tenía idea de lo que haría, pero a juzgar por los crueles

gustos de esta criatura, tenía la impresión de que matarme sería demasiado gentil. Si pensaba hacerlo rápido, hacer tanto esfuerzo para enviar un solo mensaje sería un desperdicio.

Después de separarme de Phoebe, hice algunas paradas en el mercado y la botica. Los frascos y artículos de metal tintineaban en mi bolso durante el viaje de vuelta a casa. No me asustaba la oscuridad, pero tampoco iba a ponerme en una situación desventajosa. Cerré la tienda temprano para asegurarme de ello.

En cuanto llegué a casa, vacié los contenidos de mi bolso sobre la barra de la cocina. No pude decidir qué necesitaba, así que tomé un poco de todo. Pequeños frascos de formas extrañas y varios colores rodaron por la madera. Algunos eran de un cristal transparente y dejaban ver líquidos de distintos colores. Otros, de un vidrio teñido de café oscuro, para las soluciones más fotosensibles de mi colección. Olvidé etiquetarlos, así que, si decidía utilizarlos, sería una sorpresa para ambos. Otros objetos se amontonaron estrepitosamente sobre la mesa: una jeringuilla metálica, unas tijeras de costura recién afiladas y una cuchilla de barbero. Tenía muchos cuchillos en casa, aunque nunca eran suficientes.

Tenía que admitirlo: me sorprendí a mí misma al borde del mareo al pensar en lo que podría usar; fantaseando con el enfrentamiento. ¿Se sorprendería al saber que esta cacería acabaría con su propia muerte? Imaginé la mirada que aparecería en su rostro al darse cuenta de que sería perseguido de vuelta. ¿Debería hacerlo rápido o sin prisa? Lo cual me recordó: si quería alargarlo un poco más, debía tomar un poco de cuerda del invernadero.

La superficie de los frascos de cristal se sentía fresca al tacto. Deslicé los dedos entre la variedad de estos, insegura de cuál tomar primero. Mis yemas tenían un ligero tinte rojo; a menudo, olvidaba usar guantes cuando apreciaba mi amada vegetación. Una de mis tantas malas costumbres.

Phoebe a menudo me reprendía e intentaba prescribirme su propio régimen de belleza a base de sebo de buey y otros ungüentos para deshacerme de la irritación. Por suerte, los guantes serían para

siempre la norma y, mientras estuvieran de moda, nadie tendría por qué verme las manos.

No me molestaba. Me había costado horas de trabajo que mis manos se vieran de esa forma. Eran el reflejo de un logro alcanzado. Mi padre decía que unas manos sin marcas eran señal de un hombre que no había trabajado por sus éxitos. Seguramente lo decía aludiendo a un futuro marido, pero decidí que a mí también me gustaría cumplir con esa norma.

Finalmente, mi atención se alejó de mis baratijas para centrarse en las tareas más importantes de la noche. Me dirigí hacia las puertas, las ventanas y todo aquello que pudiera ser abierto, asegurándome de que estuvieran bien aseguradas. Incluso cerré las contraventanas.

Tal vez fuera exagerado, pero no se trataba de un sujeto cualquiera. Sabía de lo que era capaz. Sin embargo, su pobre alma ni siquiera se imaginaba el daño que podría infringirle a cambio.

Los cuchillos y demás objetos afilados quedaron bien ocultos entre los cojines y otros escondites. Satisfecha con mis esfuerzos, me retiré al baño, con plena confianza en mi fortificación. No esperaba que alguien entrara precisamente esta noche, pero, por si acaso, me aseguré de tener ventaja sobre el terreno conocido.

Pasé una o dos horas bañando mi cuerpo exhausto. Me coloqué un suave camisón y, al terminar, me cepillé el cabello. Después de trenzar mis largos mechones, los recogí en un chongo y lo aseguré con un detalle especial.

El palillo que me sujetaba el cabello llevaba una aguja empapada con veneno de *Bitis arietans* comúnmente conocida como serpiente hojaldre. Recién importada. Era un detalle sutil que incluía en mi cabello como precaución cada vez que realizaba alguna encomienda nocturna. Esta era la primera vez que sentía la necesidad de llevarlo estando sola en mi propia casa.

Antes de ponerme la bata de seda negra, mi reflejo me lanzó una sonrisa de seguridad a través del vaho del espejo. Era mi prenda de descanso favorita, repleta de cardos cuidadosamente bordados con

hilo púrpura a lo largo de los hombros, sobre las mangas y en los dobladillos.

Dormir no estaba en mi lista de prioridades, así que preferí pasar un poco de tiempo de calidad a solas. Un rato de ocio nocturno.

Tarareé una melodía sin nombre al entrar en la sala. Esa habitación siempre había sido mi preferida. Había una inmensa chimenea de piedra, con historias de antaño talladas sobre su repisa. Las ominosas figuras danzaban a la luz oscilante del fuego, cobrando vida para contar su historia. No fue necesario encender las lámparas de gas; la chimenea otorgaba un brillo lo suficientemente cálido. Faltaban unos treinta minutos para que ese resplandor se convirtiera en pálidas brasas.

El ambiente no habría estado completo sin algo para agradar al resto de los sentidos. Me serví un poco más de whisky de la colección del señor Aston.

Con delicadeza, posé la aguja del fonógrafo en el borde de la grabación que reposaba en el aparato. Comenzó a sonar, crepitando antes de convertirse en un vals: una pieza instrumental encantadora para una noche oscura y lluviosa como esta.

Conforme la música se dejaba oír por toda la casa, dejé caer mi cabeza y le di un sorbo a mi vaso recién servido, meciéndome al son de los instrumentos de cuerda. Di una pequeña vuelta dramática mientras cruzaba el vestíbulo hacia el comedor.

Me reí hacia mis adentros.

Qué placeres más simples, más infantiles.

Fui hasta la cocina y posé los ojos en el cuenco de fruta sobre la barra.

Naranjas. Una cantidad bastante generosa. Eran frutas caras, pero valían cada moneda. Algo tenían los cítricos; posiblemente lo que más me gustaba era la forma en que, a veces, te mordían de vuelta con su sabor. Quizás era mejor guardarlos para más tarde, una vez que el alcohol hubiera asentado mi humor.

Aquella noche, muchos otros momentos fueron recordados u olvidados mientras bebía hasta caer en un estado similar a la manía.

En cuanto terminé de pelar la fruta madura, un crujido se escuchó a lo largo de toda la casa. Deje salir un quejido, estampando el cuchillo sobre la mesa a un costado de mi esperado manjar.

Puede que fuera capaz de mantener apartados a los asesinos, pero no era tan buena alejando a otras plagas más pequeñas.

En una mano, sostuve con fuerza el candelabro de la vela encendida. Sospeché que el ruido era causado por el bicho de la otra noche o por un tronco carbonizado que finalmente había cedido al interior de la chimenea.

Volví a cruzar el vestíbulo, entré en la sala principal y me coloqué frente a la gran chimenea. Sin embargo, al acercarme, noté que todos los troncos se habían convertido en cenizas. Quedaban solo unos rescoldos incandescentes, que no parecían haber sido perturbados en lo más mínimo. Chasqueé la lengua con fastidio, agazapada frente a la pila de polvo al tiempo que inspeccionaba los troncos con mi única vela.

Para aquel momento, la oscuridad había engullido al mundo exterior. Las primeras horas de la mañana caían sobre mí. Toda la casa se había tornado en sombras.

Perdiendo el interés por ese montón de nada, me ajusté la bata alrededor del cuerpo. Por un instante, la vela parpadeó con violencia. La llama bailó sobre la cera. Por unos instantes, la estudié con ingenuidad antes de sentir un hormigueo sobre mi piel, anunciando una presencia que se cernía sobre mi hombro.

Ojos.

La llama fue sofocada por un repentino soplo de aire, soltando un silbido sordo al extinguirse.

Grité, girando a toda prisa sobre mis talones. Dejé caer el candelabro. Este resonó contra el suelo, y se derramó el resto de la cera derretida.

El fonógrafo chilló en cuanto su aguja se salió de la pista; me pareció un ruido vagamente similar al que yo había proferido un momento atrás.

Finalmente, rodeada por la oscuridad y el silencio, esperé.

Me costaba reunir el aire. Era como si mis pulmones no pudieran expandirse lo suficiente, dejándome mareada, sin aliento. Me sentía como un murciélago tratando de reconocer cualquier elemento fuera de lugar en la oscuridad a su alrededor, salvo que sin ecolocalización, únicamente con ceguera.

Me rodeó un perfume ahumado. El tipo de aroma que desprenden los barriles de whisky añejo, los puros exóticos o los hombres que pueden echar a perder una reputación.

Vino después un regusto con notas de laurel y zarzamora.

—Pero qué dulce sonido acabas de hacer…

Una voz suave cortó el aire, igual a un cuchillo al rojo vivo atravesando una barra de mantequilla antes de quemar la madera de la tabla debajo.

Mi cuerpo se puso rígido, petrificado por la críptica voz que flotaba hacia mí. Pensé que lo mejor sería no responder, tener más tiempo para ordenar mis pensamientos.

—No seas grosera. Tienes un invitado en casa. ¿Qué clase de anfitrión ignora dos veces seguidas a un invitado? —Chasqueó con la lengua. Los pasos sonaban más cerca.

—*Invitado* es un título demasiado generoso. —Me burlé—. Quizá te convenga abandonar esta persecución infantil, si deseas que tu sistema nervioso permanezca intacto.

—Ah. —Pude oír una sonrisa tomar forma en su voz—. No solo habla, sino que también muerde.

—Estoy segura de que eres el tipo de degenerado que disfrutaría eso —dije con sorna.

Se escuchó una risa sarcástica, antes de fundirse en ese ominoso chasquido de depredador, semejante al eco en la garganta de un cocodrilo.

Los vellos de mi nuca no solo se erizaron, quisieron arrancarse de sus cutículas y salir corriendo. Cada fibra de mi ser quería despegarse de mi esqueleto para escapar de la presencia que tenía ante mí.

Me moví hacia el centro de la habitación, escrutando la oscuridad en busca de cualquier sombra que se moviera.

—¿Quién eres? —pregunté, colocando las manos delante de mí para no chocar contra los muebles.

—Soy lo que tú quieras que sea. —Su voz se manifestó junto a mi oído—. Te dejaré decidir. Será lo último que hagas antes de que te devore.

Una mano se posó a cada lado de mis caderas y mi nuca fue rozada por algo similar a agujas. Aunque la sensación me hizo dar un respingo, también desató en mi cuerpo un calor que me avergonzaba admitir.

—Pero qué atrevido de tu parte suponer que llegarás tan lejos. —Mantuve una voz firme.

—No tenemos por qué comenzar nuestro cortejo con mentiras, mi querida sombra. —Suspiró—. Pronto te darás cuenta de que somos iguales. Por eso, sé que quieres ver qué tan lejos puedo llegar.

—¿Iguales? Me das asco. Eres un hombre, un *demonio*.

—Te aseguro que no soy ninguna de esas dos cosas. —Se rio; algo húmedo se deslizó por el costado de mi cuello.

Me di vuelta y me limpié con furia la humedad de la piel.

—¡Demonio! —Grité. Tomé el jarrón de estaño de la mesa y lo arrojé al otro lado de la habitación. Chocó contra la pared, golpeando el suelo con gran estrépito.

Un gruñido grave resonó por lo ancho de la habitación. Era imposible distinguir de dónde procedía, lo cual me desorientaba aún más.

—Si quieres que sea el diablo, entonces, ¿qué te parece si apostamos?

—Yo no hago apuestas.

—No con dinero, pero te juegas otra cosa todos los días.

—No es una apuesta cuando tengo por seguro que ganaré.

—¿Es así? —Hizo una pausa—. ¿Sabes que ganarás?

—Claro que lo sé. Siempre lo sé.

—Entonces, ¿qué tendría de malo apostar? Adelante, compláceme.

Su voz me rodeó en la oscuridad como una serpiente que se enrosca en torno a su presa antes del inevitable apretón.

Solo pude ver una larga silueta negra pasando brevemente frente a las ventanas.

—Si consigues llegar a tu dormitorio antes de que te atrape —algo me tiró de un mechón de cabello y una mano desconocida rozó la mía—, entonces te dejaré en paz por esta noche. —Tiró de la manga de mi bata, como si inspeccionara su premio antes de hacerse con él.

—¿Y si no lo consigo?

Mi pregunta fue respondida con una risa sofocada.

—Como prueba de buena fe, te daré un poco de ventaja. —Las palabras brotaron con una dulzura enfermiza, lentas y tentadoras.

Mis piernas se movieron antes de que pudiera pensar.

El arco estaba apenas a unos pasos. Me apresuré hasta las escaleras, pero escuché sus movimientos justo detrás de mí.

Llegué a la mitad de mi camino. Entonces sentí un dolor agudo en mi tobillo.

Con lo rápido que me alcanzó, no era posible que me hubiera dado ventaja.

¡Maldito tramposo!

Dejé salir un quejido mientras alcanzaba el palillo en mi cabello. Mi cuerpo giró de golpe para enfrentarlo al tiempo que caía. Blandí la aguja hacia ese hombre —esa *cosa*— que tenía delante de mí. Su rostro estaba siendo iluminado por la luz de la luna que caía por la ventana circular sobre la entrada.

Vislumbré un destello de cabello rubio angelical y, entonces, aquellos ojos pálidos y muertos se acercaron a mí. Lo último que vi fue mi aguja cortando su mejilla, antes de que mi nuca chocara con el afilado peldaño de la escalera.

CAPÍTULO 6

La Criatura

–Bueno, ¿qué es lo que le gusta a ella? —preguntó la florista regordeta.

—En realidad esperaba que usted pudiera ayudarme con eso. —El corte cicatrizando en mi mejilla me tensaba la piel al sonreír—. Según entiendo, es una clienta habitual suya.

—¡Oh! Por supuesto —sonrió—. ¿Cuál es su nombre?

—Alina Lis —dije. El nombre se sentía demasiado cómodo en mi boca. Casi podría salivar al sentir su sabor en mi lengua.

—Ah, sí. Ella es de lo más particular —asintió—. Tiene suerte de que conozca sus gustos a la perfección. Deme un minuto para ordenar la parte de atrás.

Estrujé las palmas de las manos, dando un suspiro exasperado.

–Es usted un regalo del cielo.

La mujer regordeta se dirigió a la parte de atrás. Tan pronto desapareció, dejé caer la sonrisa en mi rostro.

La herida cicatrizaba más despacio de lo normal, pero cicatrizaba de cualquier modo. Al principio, no comprendía por qué Alina se

había armado con una simple aguja. Me pareció bastante anticlimático. Solo después de los primeros días me di cuenta de que había intentado *envenenarme*.

Es verdad cuando digo que esta mujer me causaba mariposas en el estómago. Aunque bien podría tratarse de una hemorragia interna. De cualquier modo, ella me había hechizado por completo.

—¡Señor Forbes! Por favor, sígame; creo que le resultará más fácil elegir usted mismo. Por motivos de seguridad, no puedo sacarlos todos a la vez —me dijo la mujer.

Alcé una ceja con escepticismo. Sin embargo, me adelanté, pasando por delante del mostrador para doblar la esquina hacia la trastienda.

—Todo lo que puede ver en la pared izquierda son importaciones que ordenó antes de volver a casa. Por favor, no las toque. Yo las recogeré cuando usted las elija. Avísame cuando haya terminado. —Hizo un gesto señalando la estantería antes de marcharse para atender el mostrador tras escuchar la campanilla de la tienda.

En cuanto vi el muro de flores, todo empezó a cobrar sentido.

Con cuidado y preparación adecuadas, cada una de las plantas en aquel muro podía matar a un hombre común y corriente.

¿Podría ser ella la causa de todos aquellos envenenamientos repentinos de hombres y víperas? Empezaba a creer que Alina tenía más ases bajo la manga de lo que asumí en un principio.

Arranqué un tallo de belladona del jarrón y le di vueltas entre los dedos. En retrospectiva, tenía sentido: un botánico, importaciones exóticas mortales, una apotecaria, las agujas con veneno. Ella tenía tanto un propósito como una pequeña fortuna para llevarlo a cabo. Las escalas comenzaban a igualarse, lo que no era un problema para mí. Tan solo significaba que me estaba permitido ser un poco más brusco en el trato.

Me reí para mis adentros, rozando el corte en mi mejilla con la flor de belladona sin pensarlo. Posiblemente pensó que me había matado. Imaginar su alivio después de aquella noche me parecía divertido. Sería aún mejor cuando la volviera a ver. Resultaría

delicioso ser testigo de su confusión, saber su ego desbaratado. Al ver que el veneno no había surtido efecto, incluso podría creer que era una mala envenenadora.

Nunca me había divertido tanto en una cacería.

—¡Señor! ¡Le pedí que no la tocara! La pobrecita ya hace caso omiso de mis ruegos: ¡se irritará la piel! —me regañó la vendedora, arrancándome la planta de mi mano.

—Mis disculpas. Deseaba verla más de cerca —dije—. Parece que usted comprende sus gustos mejor que yo. Hay mucho de donde elegir. ¿Sería posible que usted hiciera algunos arreglos?

—Sí, por supuesto. Solo dígame cuántos…

—Todos los que pueda hacer. Llámeme una vez que termine. Enviaré a alguien para recogerlos. —Tomé una tarjeta de presentación de mi bolsillo y se la entregué al pasar.

Tras mi nuevo descubrimiento, las ideas se agolpaban en mi cabeza a cada instante. Ahora, sabiendo que mi juguete no se rompería tan fácilmente, la naturaleza letal de Alina me permitía ciertas libertades creativas.

Noté que Alina comenzaba sus mañanas más o menos de la misma forma todos los días. Tenía una rutina estricta.

Primero, salía para tomar el desayuno, aunque no comía mucho, a pesar de los frívolos lugares que visitaba. Supuse que lo hacía para complacer a su contraparte, Phoebe Aston. Los círculos sociales eran reducidos, aunque la conexión entre ellas me sorprendió.

De cualquier modo, siempre empezaban con el desayuno.

Cada mañana, *casi* sin falta. Cuando se golpeó la cabeza con aquellos escalones, estuve cerca de estropear aquella máquina bien engrasada.

Me alegró no haberla devorado sin más; me habría enojado conmigo mismo de haber desperdiciado la oportunidad de seguir

jugando con ella.

Aunque Alina sin duda era brillante, tenía el peor caso de fijación que jamás había visto. En cuanto abría un libro, era como si desapareciera para convertirse en un cascarón vacío. Estuve a punto de tropezar con ella en muchas ocasiones. Al pasar junto a ella en el mercado, incluso permití que chocara contra mi hombro. Me pidió disculpas sin dejar de caminar.

Repetiré hacia mis adentros: *pidió disculpas* y ni siquiera me *miró* al hacerlo.

Aquellos ojos helados nunca se despegaron de la tinta en las páginas. El único esfuerzo que hizo, además de para leer, fue para darle un mordisco a su manzana después de murmurar sus disculpas. A decir verdad, era bastante molesto. Sentí ganas de empujarla por el puente, pero sin duda le molestaría más ver su libro empapado que verme a mí.

Pasaba la mayor parte del día en el taller, fabricando Dios sabe qué cosas tras bambalinas. Nunca me interesaron las ciencias, pero a juzgar por los instrumentos de aspecto costoso en la trastienda, todo aquello debía resultar impresionante. No eran nuevos ni mucho menos, pero parecían lo bastante complejos como para intuir que no debían ser baratos. A pesar de las herramientas de segunda mano, Alina era una profesional.

Usualmente, podía observarla desde la trastienda mientras los clientes la mantenían ocupada en la parte delantera. Ella creía que el pestillo de la puerta se había estropeado, pero era yo quien mantenía la puerta entreabierta para poder espiarla con comodidad desde su querido lugar de trabajo. Yo siempre estaba allí. Incluso cuando iba a la parte trasera en busca de suministros, la observaba desde atrás de la puerta.

De nuevo, tenía la más pobre capacidad para darse cuenta de su entorno que hubiera visto. Se encontraba tan absorta en su trabajo que no creía que nada ni nadie pudiera tocarla, tan segura de sus habilidades que perdió ese miedo instintivo a lo que acechaba en la oscuridad. Era arrogante.

Al terminar su jornada, era un poco más impredecible, pero usualmente terminaba en casa antes de las ocho y media de la noche.

Hoy realizó una visita a domicilio. Esto no hizo más que confirmar mis sospechas de que ella era la Envenenadora, pues su visita fue al burdel de los muelles.

Mantuve una distancia saludable mientras seguía su oscura figura, deslizándose hasta el fondo de la taberna. La vi hablar con una mujer. La luz al interior de la taberna iluminaba los descuidados mechones rubios de la dueña mientras hablaban.

Alina le entregó una pequeña bolsa llena de frascos de distintos tamaños; me pareció ingenioso de su parte utilizar viejos frascos de perfume. Solo quedaba imaginar qué clase de horrores encerraban esos frascos tan delicados. Parecía que su objetivo era todos aquellos hombres que le resultaban desagradables, lo cual era comprensible, sabiendo cuántos hombres de mi clase caían repentinamente enfermos con aflicciones y dolores. Y pensar que muchos creían que se trataba de un esfuerzo coordinado para dañar el nido, lo cual era gracioso, considerando que ella lo había hecho todo por accidente y sin siquiera saberlo.

Como todas las noches anteriores, volvió a casa una vez terminados sus asuntos. Cada paso de su rutina servía a un propósito, sin dejar espacio alguno para el ocio o el placer. Incluso en casa, estudiaba artículos o conducía sus propios experimentos. El único placer que se permitía parecía ser la bebida o darse baños, en los que tenía la mala costumbre de quedarse dormida. No la culpaba por ello. Su rutina era agobiante incluso para los espectadores.

Me senté en el taburete junto a la tina, observando cómo recargaba su cabeza en la porcelana del borde. Su cabello húmedo resaltaba al adherirse a la superficie de blanco puro.

No, no la vi desnudarse.

En realidad, esperé a que se sumergiera.

No era el momento adecuado para verla de ese modo. Quería esperar el instante perfecto: verla retorcerse como un ratón con la cola bajo mi bota.

Estaba aquí para observarla, al igual que en esa primera noche que la vi dormir. Me sorprendió la frecuencia con la que se ponía a sí misma en peligro, incluidas sus interacciones conmigo.

Recargué el codo sobre la rodilla, con la barbilla en la palma de mi mano. Abrí y cerré la navaja de barbero que había dejado sobre el taburete, jugueteando con ella mientras me extraviaba en mis propios pensamientos. La expresión apacible de su rostro hacía difícil creer que fuera capaz de ser una amenaza.

Quería dejarla en paz, pero me preocupaba que se ahogara antes de que yo pudiera hacer los honores. De ser así, todo mi esfuerzo sería en vano.

Tras ponerme de pie, me acerqué al extremo de la tina, estudiando el cabello que caía suelto sobre el borde de la pila. Las costuras en su cabeza mantenían unidos los bordes desiguales de la herida, la cual se encontraba ligeramente levantada, todavía enrojecida por nuestros juegos. Le aparté el cabello, cuidándome de no molestar a la serpiente dormida. La herida era más grande de lo que había esperado; casi me estremecí al verla.

Los humanos son tan odiosamente delicados.

CAPÍTULO 7

La Envenenadora

Había pasado una semana desde aquella noche, pero la recordaba como si hubiera sido ayer.

O al menos pensaba que podía haber sido ayer. ¿Habían pasado una semana o dos? ¿Un día o unos cuantos? Intenté no fastidiarme con ningún tipo de recuento mientras me recuperaba de la contusión. Tratar de mantener la cuenta de las dosis ya era bastante difícil, no digamos llevar la cuenta de los días.

Me gustaría decir que lo ocurrido no me afectó, que era fuerte y no tenía miedo de nada de lo que la vida pudiera traer, pero honestamente me hizo cuestionar mis capacidades. Nunca en mi vida había estado tan cerca de la muerte. Y no pensaba volver a estarlo.

La luz de la gran ventana circular relucía en mis ojos aquella horrorosa mañana. Cuando me desperté, tenía el cabello enmarañado junto al rostro y lleno de sangre vieja. Sin importar las veces que la tallé, ahora la madera de la escalera guardaba una mancha carmesí permanente. Aquella marca era el único indicio de

lo que había ocurrido esa noche. Por lo demás, no había señales de allanamiento ni de desorden alguno. Incluso el jarrón que arrojé había sido colocado de vuelta sobre la mesa, con un ramo de amapolas rojas en su interior. Un descarado recordatorio de que si estaba viva, era solo porque él me lo permitió.

El único motivo por el que no informé a la policía fue porque sabía que el hombre no pudo haber sobrevivido mucho tiempo después. La toxina lo debió matar en un día. No había cura para el veneno de la serpiente. Por lo menos, no una que fuera sencillo obtener.

En lo que a Phoebe respecta, me emborraché para luego caerme, lo cual no era del todo inverosímil. Si le contara lo que realmente ocurrió, no volvería a tener un momento a solas por el resto de mi vida. Acudía a visitarme para asegurarse de que estaba bien todos los días, llegando a mi casa por las mañanas para nuestra rutina matutina y ver que estuviera descansando.

Phoebe había adquirido la costumbre de quedarse más tiempo del necesario. Me acompañaba a todas las actividades; incluso visitaba la botica y fingía interesarse por las plantas para hacerme sentir mejor. Era divertido, pero su cercanía dificultaba las consultas con mis clientes especiales. Aquel día, parecía estar practicando una clase específica de parloteo.

—Creo que Edith consiguió una invitación para la fiesta de máscaras. Supongo que dejan entrar a cualquiera en estos días —balbuceó, tratando de llenar su aburrimiento con chismes.

—¿Ah, sí? ¿Quién es ella? —pregunté distraída, incitándola a buscar algo de qué hablar mientras hacía el inventario de las estanterías. Tomé nota de lo que era necesario reabastecer mientras subía por la escalera de pared, paso a paso, hasta llegar al estante más alto.

Phoebe siguió despotricando acerca de los sucesos, triángulos amorosos y otras historias secundarias que aún no se había sacado de la cabeza.

—Celebraré un evento dentro de unos días. Algo pequeño e íntimo en los jardines botánicos. Es el evento ideal para ti, considerando todas tus… *cosas* de plantas —dijo con extrañeza, señalando el muro frente a ella sin saber qué más añadir al respecto. Se removió en su asiento al tiempo observaba las botellas de las paredes y se mordía las uñas.

—No tienes que quedarte conmigo. Te prometo que estoy bien. —Le lancé una sonrisa tranquilizadora.

—¿Cómo sé que no te caerás de esa escalera? ¿O en la trastienda, con todos esos instrumentos peligrosos? ¿O…?

—Phoebe, estoy bien. —Me incliné hacia ella en la escalera y extendí el meñique hacia ella—. Te lo prometo.

Me dirigió una mirada inquieta antes de ceder, enlazando su meñique con el mío.

—Por favor, llámame así solo tengas un poco de frío. ¿De acuerdo? —me suplicó.

Asentí, apretando nuestros meñiques antes de soltarla.

Se marchó vacilante al tiempo que llegaba mi siguiente cliente. Tomé un frasco de la estantería más alta y me incliné para entregárselo, repitiendo la información más importante antes de volver a concentrarme en el inventario. Mordí la punta del lápiz con fuerza mientras me preguntaba si debía elaborar botellas de distintas onzas para variar más las cantidades.

En cuanto sonó la campanilla junto a la puerta, el aire de la tienda se hizo más pesado a mi alrededor. Se me erizaron los pelos de la nuca. La herida en mi cabeza, aún sin cicatrizar, palpitó de nueva cuenta.

No. Era imposible.

Conforme los pensamientos desfilaban por mi mente, aquel *incesante* chasquido cortó el aire. Su vibración me hizo cosquillas en los tímpanos.

—Por casualidad, ¿tienes algo para el veneno de serpiente? —preguntó una voz gélida.

Permanecí con la mirada fija en la estantería. De inmediato, mi mente repasó todas las formas en que pudo haber sobrevivido. Cualquier conclusión tenía una probabilidad cercana a cero.

—Cuando una serpiente te muerde, suele ser porque antes te dio un aviso razonable para que huyeras, ¿sabes? —Sonreí con dulzura, mirando por encima del hombro desde mi lugar en la escalera.

Me percaté de que esta era la primera vez que veía a mi atacante con claridad.

La figura rubia alzó inocentemente la cabeza hacia mí, pero no hacía falta ser un santo para percatarse de que aquel hombre rezumaba pecado. Esos mismos ojos grises me devolvieron una mirada que bien podría haber sido de adoración.

Que Dios me ayude. A mí y a lo que sea que este hombre esté pensando.

Y no estaría mintiendo. Él era mucho más de lo que me hubiera esperado. Llamarlo atractivo a secas no le haría justicia. Cada fibra de este hombre estaba hecha deliberadamente para tentar; diseñada para la depredación. Su mandíbula definida y su fisionomía musculosa eran algo que solo un maestro podría esculpir, pero no a partir de la realidad, sino de su propia imaginación. Llevaba el pelo recogido y peinado hacia el costado, a juego con un atuendo de la sastrería más elevada. Casi me sentí celosa de la ropa que se ceñía a su cuerpo; aunque envidiaba más al pañuelo que llevaba alrededor del cuello, el cual me encantaría sustituir con mis manos.

Se acercó a las estanterías, pasó un dedo cuidadosamente por los innumerables frascos y estudió las pequeñas etiquetas. Luego se inclinó tranquilamente para mirar un estante inferior.

Qué arrogante. Tan cómodo en un lugar al que no pertenecía. Típico de un hombre.

—¿Sabes por qué la mangosta *casi* siempre gana contra la serpiente? —preguntó mientras se acercaba con sigilo, sin molestarse en mirarme de nuevo—. La serpiente cree que su mordedura es la forma más segura de matar, porque nada le ha demostrado lo contrario. —Cuando al fin estuvo a mi lado, colocó una mano en el costado de la escalera—. El único problema, es que la serpiente no

sabe que la mangosta posee una resistencia a su *implacable* veneno. Y que ha desarrollado un gusto por la carne de su rival. —Ladeó la cabeza, levantando los ojos hacia mí.

—No seas tonto. Eres un hombre, no una mangosta —dije con sorna.

—A decir verdad, no soy ninguna de esas dos cosas. Pero sé que las metáforas son difíciles de comprender para ustedes los científicos. —Torció los labios en una sonrisa, apoyándose en la estantería sin dejarme de observar.

Mis botas golpearon el suelo al bajar de la escalera.

Ahora, a plena luz del día, su altura resultaba alarmante: poco menos de dos metros. Me sentí desconcertada; por lo general, yo tenía la misma altura o incluso era más alta que los hombres a mi alrededor.

Así debió de sentirse Phoebe todo este tiempo, obligada a estirar el cuello para verme.

Su expresión no titubeó mientras lo estudiaba. Al darme cuenta de que quizás lo había estado mirando por demasiado tiempo, la sangre subió hasta mis mejillas.

Giré sobre mis talones, otorgándome la comodidad de tener el mostrador de madera entre nosotros.

—Casi pareces decepcionada. Eso duele —dijo con tono de burla, aferrándose al corazón con fuerza a la vez que apoyaba los codos en el mostrador. Aunque su comportamiento podía parecer juguetón, la mirada de sus ojos era puramente carnal; estaba concentrada en una sola cosa—. Creí que lo habíamos pasado bien juntos.

—¿Cómo es que estás aquí? —pregunté, movimiento los cajones con inquietud, rebuscando en su interior.

—¿Por qué no iba a estarlo, cariño?

—El veneno.

—Todo mi cuerpo está hecho de veneno. —Se rio—. O tal vez solo tuve suerte.

—No creo en la suerte.

—Hay muchas cosas en las que no crees, pero en las que quizás deberías empezar a creer. —Se inclinó hasta quedar más cerca. Una mano enguantada alcanzó el costado de mi cabeza.

Le aparté la mano de golpe. Él me miró con una especie de piedad, como si estuviera cuidando a un cordero herido.

—Relájate. Puedo oler lo agitada que estás desde aquí. Solo quería volver a ver el resultado de mi obra.

—No sé quién te crees que eres, pero la próxima vez que me pongas un dedo encima, me aseguraré de licuar tus entrañas. —Hizo falta toda mi energía para no apartar la mirada; cada uno de mis sentidos estalló como disparos en la noche.

Su mirada era intensa. Algo insondable en ella hacía que mi cuerpo me gritara que debía alejarme, huir, esconderme de su vista.

Mi amenaza solo hizo crecer su sonrisa.

—Entonces es una cita.

—¿Qué?

—Me oíste perfectamente. —Me guiñó un ojo, extendiéndome una tarjeta de presentación.

—¿Intento matarte y lo tomas como una especie de coqueteo? —Alcé una ceja, giré el papel y miré la tipografía con cuidado:



El nombre sonaba familiar. Lo más probable es que lo hubiera escuchado varias veces en diversos eventos o entre conversaciones. No me extrañaría haberlo oído antes de boca de Phoebe, aunque admitiera que rara vez la escuchaba de verdad.

Por supuesto que este bastardo nadaba en dinero. De otra forma, ¿cómo podía permitirse ser tan indiscreto?

—Señor Forbes. —Estudié la tarjeta.

—Silas —corrigió—. Si vamos a conocernos, preferiría que no te dirijas a mí como si fuera un extraño. —Apoyó la cabeza en la mano.

—¿Qué te hace pensar que quiero conocerte?

—Eres una criatura curiosa. *Sé* que lo quieres. ¿Acaso no buscas respuestas?

Levanté las cejas con fingida sorpresa.

—¡Ah, por supuesto que sí! Organizaré una reunión en mi casa con té y bocadillos. Claro, ¡eso si no me asesinas antes! Es completamente razonable. ¿Me tomas por una idiota?

—Todo lo contrario, pero sé que la curiosidad no dejará de comerte por dentro hasta que tu mente esté satisfecha.

Cambié el tema.

—Hiciste trampa.

—¿Disculpa?

—Nuestra apuesta, la última vez que hablamos. Dijiste que me darías ventaja como prueba de buena fe.

—¿Y qué tal si hubiera decidido perseguirte de *mala* fe? —Ladeó la cabeza—. No puedo evitarlo. No te enojes con un sabueso por perseguir algo que se echa a correr frente a él.

—Otra vez con el zoomorfismo. —Puse los ojos en blanco, metiendo la tarjeta en un cajón al azar antes de cerrarlo con un manotazo—. Si fueras un animal, serías una peste.

—Espero que la próxima vez te pongas algo más lindo. Me gusta cuando mi cena viene acompañada de esas bonitas guarniciones. —Hizo caso omiso de mis insultos.

Me mordí la lengua y le arrojé una mirada fulminante. Apartándome, me obligué a fijar mi atención en una tarea distinta. Ya me había causado suficiente irritación. Tal vez si lo ignoraba, desaparecería, como un espectro.

Sus pasos se alejaron, seguidos por la campanilla de la puerta principal. Su presencia era omnipresente y, sin importar la

habitación en la que estuviera, traía consigo un aire sofocante. Incluso cuando se había marchado ese aire persistía, al igual que una colonia potente.

Aunque sus palabras me inquietaron, me descubrí esperando las siguientes con impaciencia. Mentiría si dijera que no me sentí decepcionada por su partida.

Quería arrancarle esa mirada petulante del rostro, encontrar la forma de borrar para siempre su mancha de este mundo. Por primera vez, tenía un sujeto competente, pero había una inconveniente curva de aprendizaje de por medio. La mayor parte de mi trabajo no implicaba una persecución ni ataque ni defensa. El veneno era más sencillo que eso. En los próximos días, semanas, meses, en el tiempo que le tomara sucumbir ante mí, le demostraría que cada uno de sus pensamientos estaba equivocado.

Los hombres eran todos iguales. Este solo tenía el apetito para esta clase de cosas. Al final, sería igual que el resto; de una forma u otra, todos ellos cedían y se quebraban ante mi voluntad.



Brrrrrrring.

Levanté la vista del libro y miré hacia la puerta. Oí un ligero crujido, seguido por el ruido metálico de la tapa del buzón. El correo había llegado.

Dejé el libro con cuidado sobre la mesita, colocando la pluma en el centro para marcar la página.

Cuando eché un vistazo al buzón, había un ejemplar del periódico de moda *Young Ladies' Journal* en la cesta, pero nada por lo que mereciera la pena llamar a la puerta.

Abrí la puerta y me asomé, una pequeña caja rectangular yacía en el escalón de entrada.

Con cautela, recogí la caja y la coloqué sobre la mesa. Me senté con extrañeza frente a ella. La caja me confundió, pues no esperaba

un paquete.

Estaba envuelta en papel caro y parecía ligera, como si se tratara de un regalo. Phoebe me habría avisado si me hubiera mandado algo, así que esa remitente quedaba descartada. El único otro conocido que podría tomarse semejante molestia era el señor Forbes.

¿Realmente quiero abrir esto? ¿Y si actúo como si no lo hubiera visto y lo arrojo a la basura? Aún estoy a tiempo de dar marcha atrás.

Tras pensarlo varias veces y decidir en contra de mi buen juicio, desenvolví el papel de la caja y descubrí un estuche de terciopelo.

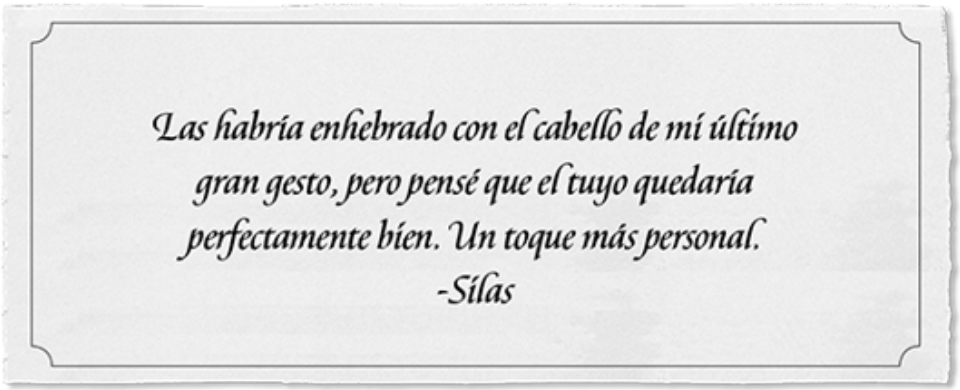
Dios, empiezo a pensar que está menos interesado en asesinarme que en cortejarme.

Al abrirlo, descubrí una de las piezas de perlas más hermosas que había visto jamás.

El collar *demi-parure* era una gargantilla hecha enteramente con hilos de perlas de cultivo. Los hilos estaban doblados, formando rosetas con un cierre de oro en la parte posterior. Era bastante grueso; tenía varios hilos apilados de manera horizontal. Cuando lo examiné más de cerca, noté algo particular en las joyas.

Normalmente, una pieza como esta habría estado unida con crin de caballo, algo fino pero lo bastante resistente como para mantener juntas las perlas más delicadas. Sin embargo, en esta el cabello parecía más fino. Además, el negro era un color inusual para enhebrar perlas blancas.

Había una nota al interior de la caja:



Al comprenderlo, sentí cómo la bilis me subía por la garganta.

Dejé caer el collar y obligué a mi cuerpo a salir de la habitación, soltando sobre la baldosa lo que fuera que mi estómago estuviera guardando.

Es el mismo diablo. De eso estoy segura.

Una ira ardiente se apoderó de mi pecho, helándome los dedos de las manos y los pies mientras la sangre bombeaba deprisa en mi corazón. ¿Qué pude haber hecho para merecer mi demonio personal?



CAPÍTULO 8

La Envenenadora

Apreté la navaja con la mano hasta que los nudillos se me pusieron blancos.

Paseando de un extremo al otro de la habitación, miré de nuevo el reloj.

La una de la madrugada. Trece horas después de nuestro último encuentro.

Esta noche no lograría conciliar el sueño. Cada sonido que la casa producía me ponía los nervios de punta, esperando a que apareciera mi silueta menos preferida en la noche. Mi intuición me advertía por todos los medios que algo se avecinaba.

Ese mentiroso me había prometido una visita. No solía enfrentarme a preguntas de las que no supiera la respuesta y el hecho de que hubiera sobrevivido me inquietaba. Necesitaba saber cómo lo había logrado. Solo sería cuestión de tiempo para que lo averiguara y entonces, podría deshacerme de mis dudas.

No sabía cuándo vendría; solo sabía que vendría. Entonces, esta danza mortal daría comienzo y yo tenía que ganar. No había otra

opción. Si yo desaparecía, ¿quién se encargaría de los hombres de su tipo? Él no merecía estar aquí, pero las mujeres que asesinó, sí. Tenían vidas, familias y aspiraciones. Y él se las arrebató como un ladrón.

Tenía las manos y los pies helados, y el cuerpo húmedo por la adrenalina que no dejaba de bombear por mi corazón exhausto. Aún apretando la navaja en el puño, levanté y bajé las manos con lentitud, como un conductor de orquesta, mostrándome a mí misma cómo tomar aire para soltarlo después.

Añadí a la tina más jabón y un poco de lavanda seca. Ninguna hierba sería lo bastante fuerte para calmarme, pero mi esfuerzo era digno de admiración.

Coloqué la navaja en el taburete de madera junto a la tina para guardarla.

Tan pronto me sumergí, el agua caliente me hormigueó, causando que la sangre volviera a mis extremidades. Suspiré cuando el agua me subió hasta el cuello. Cuando al fin me sumergí, la tensión se rompió como el hielo en un vaso de agua. Habría sido más agradable si no estuviera lista para salir corriendo en cualquier instante. Por mucho que atesorara la oportunidad de recostarme en la tina durante horas, significaría perder demasiado precioso tiempo.

A pesar de mis esfuerzos, mi cuerpo me traicionó. Mi mente no tardó en flotar por sí sola y, como resultado, se precipitó al vacío.

Un ruido sordo me sacudió el corazón al abrir los ojos. El latigazo del repentino despertar me produjo un desagradable mareo. Mi vista pasó de la puerta cerrada al reloj de pared.

Las tres de la mañana.

¡Alina, eres una idiota!

Tomé la navaja del taburete y la sumergí en el agua, ocultándola entre la espuma restante. Por mucho que prefiriera no ser descubierta en ese estado, quizá no tenía elección.

Nuestro último encuentro me había hecho dudar de si podría salir viva de esto sin el auxilio de alguna toxina. Quizá si guardaba silencio, él no entraría en esta habitación. Mi vela se había

consumido y hacía tiempo que no me movía. Él no tenía forma de saber que estaba aquí. Pensé que tal vez me quedaban unos minutos.

El pesado sonido de un par de botas resonó en el pasillo, el viejo suelo de madera quejándose con cada paso. Mi respiración se hizo más lenta cuanto más se acercaba. Un paso tras otro, sin prisa.

Me tapé la boca con una mano, asordinado mi respiración. El ruido llegó hasta la puerta del cuarto de baño; la perilla comenzó a girar con lentitud.

Inhalé profundamente antes de sumergirme en el agua, con la esperanza de que, al encontrarse con un cuarto de baño vacío, siguiera su camino. Era un buen momento para comprobar cuánto tiempo podía aguantar la respiración. Intenté relajar el cuerpo bajo el agua, ahorrando todo el oxígeno que podía mientras los pasos amortiguados se adentraban en la habitación.

Cerré los ojos, esperando. Creo que incluso escuché una vocecita rezando en el fondo de mi mente. El silencio bajo el agua era ensordecedor. Me dolían los pulmones, exigiendo aire a gritos.

Solo un poco más.

De pronto, el dolor agudo de un tirón de pelo me forzó a aspirar, pero mis pulmones se encontraron con agua en lugar del oxígeno que ansiaban.

Mi cabeza fue jalada hasta quedar encima del agua, al tiempo que mis manos arañaban la mano cubierta de cuero que jalaba mi cuero cabelludo.

Escupí un poco de agua y me encontré con esa conocida mirada feral.

—¿Intentabas arruinarme la diversión suicidándote antes de siquiera empezar? —preguntó, inclinándose junto a la tina—. Eso no habla bien de tu espíritu deportivo. —Sus ojos descendieron hasta la espuma de jabón que me cubría el pecho.

Le escupí en la cara.

Eso solo hizo que se aferrara a mi cabello con más fuerza.

—No malgastes tu energía. La persecución solo es divertida si realmente lo intentas, querida.

—Tú…, criatura. —Me quejé.

—¡Vaya! Eso sería un poco más acertado que tus conjeturas anteriores. —Ante mí, una sonrisa feroz brilló acompañada de una mirada demente. Diría que estaba enamorado, pero lo más probable era que no soportara la necesidad de matarme.

Tirándome del cabello, me acercó a su rostro.

—Demos inicio, ¿te parece? Repasemos primero algunas reglas básicas —me ordenó, soltándome súbitamente el cuero cabelludo, lo cual causó que me desplomara. Cuando el hombre se puso de pie, alisó las arrugas de su abrigo oscuro conforme se apartaba de la palangana—. Levántate. Déjame verte.

—Eso es injusto. Estás completamente vestido. —Me abracé el cuerpo, hundiéndome aún más en la tina. Mis dedos acariciaron la empuñadura de la navaja que descansaba en el suelo de la tina, bajo mis piernas.

—Alina, no me hagas pedírtelo dos veces. —Su rostro se tornó gélido. Nada en su tono indicaba que estuviera bromeando—. La próxima vez, no seré tan caballeroso como para pedirlo de nuevo.

Respiré insegura, retrasando todo lo que podía el destino que me esperaba. Antes de levantarme tímidamente, tomé la navaja, ocultándola contra mi espalda. El cabello me caía en mechones gruesos y húmedos sobre el cuerpo, cubriendo mis pechos. Crucé las piernas con torpeza. Todo estaba demasiado expuesto. La espuma del jabón se deslizaba por mi figura, volviendo al agua de donde había salido. Mi mano desocupada cubría todo lo que podía.

¿Qué sentido tiene esto para él? ¿Humillación? ¿Sadismo? ¿Ambas?

Me dejó retorcerme con vergüenza durante un largo minuto sin decir una sola palabra. Sus ojos recorrieron mi cuerpo a un ritmo dolorosamente lento. No me atrevía a mirarlo. Solo podía imaginar la expresión de avidez que sin duda dominaría su rostro. O tal vez temía encontrar una mirada de victoria, de satisfacción.

¿Era esto una especie de juego de poder? ¿Una forma de quebrarme antes de empezar?

Me ardían las mejillas, calientes al tacto. Puede haber sido la falta de sueño, pero podía sentir como si un millar de insectos se

arrastraran por mi piel.

Por fin, habló:

—¿Te gustan los juegos? Juguemos a algo. Tú te escondes y yo te busco. —Se acercó a mí.

—¿Y yo cómo gano? —pregunté, temblando mientras el aire frío de la ventana agrietada lamía mi cuerpo.

—Escóndete hasta el amanecer. Tienes tres horas hasta entonces. —Sonrió, acercándose hasta que estuvimos a un metro de distancia.

—¿Me matarás?

—No.

—Entonces, ¿qué ganas?

—Consigo comerte viva —dijo fríamente, ladeando la cabeza mientras aventuraba la vista hacia abajo, mirándome temblar ante él —. ¿Tienes miedo?

—Tengo *frío* —siseé, apretando los dientes, encogiéndome sobre mí misma para obstaculizar su vista.

—¿Así temblarás cuando te atrape? ¿O te gustará estar debajo de mí de todas las formas en que planeo tenerte?

Blandí la navaja, apuntando directamente a su pecho.

Mi muñeca se encontró con su agarre, sus dedos me apretaron con fuerza.

Su expresión no vaciló en ningún momento y aquel destello de maldad se propagó en mi interior como un incendio.

—Me estaba preguntando cuándo atacaría mi pequeña serpiente. —Me permitió enterrar la punta un centímetro al interior de su hombro, después otro y otro más. La camisa blanca bajo su abrigo oscuro se tornó húmeda y negra por la herida.

¿Cómo puede solo estar ahí de pie?

Su cuello crujió con un movimiento hacia los lados y se inclinó hacia mí. Algo cambió. La sangre inundó el blanco de sus ojos, llenándolos de oscuridad hasta que solo quedó un halo de iris plateado rodeado por un mar de negro.

—Nuestro juego comienza ahora. —Se cernió sobre mí. Una lengua húmeda, dividida en dos, se deslizó lentamente sobre mis

labios.

Mis ojos se abrieron de par en par ante el hombre —la Criatura— que tenía frente a mí.

Mi asombro se disipó en cuanto el hombre extrajo la navaja de su hombro. Esquivando su brazo, salí corriendo de la habitación. No había tiempo para pensar en lo que había visto. Esto iba más allá de lo que podía haber esperado. Nunca había sido un juego limpio y él *lo sabía*.

Me moví con presteza por el laberinto de habitaciones. Me aseguré de no tocar puertas chirriantes y de evitar todos los paneles del suelo que sabía podrían hacer ruido. Para rescatar la poca dignidad que me quedaba, alcancé a tomar una bata que había arrojado sobre una silla.

Sus pasos se escucharon por toda la casa antes de detenerse. Me había estado escuchando con atención, esperando a que cometiera un error.

Era difícil moverse rápido sin hacer ruido alguno. Sería complicado hallar un escondite, pues no podía ser tan obvio como un armario. Este juego de escondidillas podría ser más difícil de lo que había previsto.

Mi arma elegida fue un atizador afilado de la chimenea de la habitación de invitados. El primer escondite que se me ocurrió fue bajo la cama, oculta por el tapizado de tela.

En las inmediaciones se oían estruendos, golpes sordos y un ruido confuso, como si estuviera hurgando. Cada cierto tiempo, se escuchaba su chasquido.

Todo empezaba a tener sentido. Me daba una extraña sensación de tranquilidad el saber que mis métodos no eran los que habían fallado: tan solo no había considerado que pudiera no ser humano. Algo por lo que, incluso si tenía mis sospechas, me habría tachado a mí misma de histérica por siquiera considerar.

A menudo las especies desarrollaban mutaciones, aunque nunca habría esperado tantas en un mismo organismo, mucho menos en

una persona. Sus pesadas botas se adentraron en la habitación con lentitud, pisando con la planta entera del pie.

Con calma, se acercó a las cortinas, apartándolas como si esperara encontrar algo más que polvo recién levantado tras ellas. Enseguida abrió de golpe las puertas del armario. Miró el interior durante una larga pausa, al parecer distraído por mis prendas.

—Tu aroma es intoxicante —dijo en voz alta—. Sospecho que, cuando mis dientes penetren tu fría compostura, tu sabor será equivalente a la madreselva y la cayena. —Prácticamente gimió antes de alejarse.

Perdí de vista sus movimientos y dejé de oírlo. Con lo que sabía en ese momento, me pregunté si sus amenazas de devorarme debían ser tomadas de manera literal.

Unas manos me rodearon los tobillos y me jalaron con fuerza hacia el exterior.

Un grito de dolor escapó de mi garganta, antes de darme vuelta y asestarle un fuerte golpe en la cabeza con el atizador. El golpe fue tan contundente que su cabeza se torció hacia el costado, dándome un instante para recuperarme.

Mientras luchaba por ponerme de pie, un crujido agudo brotó de mi tobillo, haciéndolo girar de manera desagradable.

Solté otro alarido, viéndome obligada a volver al suelo.

Sus dedos se enterraron en mi pierna y me hizo caer de espaldas, arrastrándome por el suelo de madera. A pesar de la bata de seda, la madera rechinaba contra mi piel.

—¡Muy bien! Estoy tan orgulloso de ti por al menos aguantar el golpe. —Se burló, aplastando mi pecho con su bota para mantenerme en el suelo. Me arrancó el atizador de las manos, arrojándolo al otro extremo de la habitación.

Mi pulso se detuvo al escuchar el acero golpear el suelo, lejos de mi alcance.

Como si mi corazón no estuviera lo bastante agitado por tanto correr, ahora daba golpes violentos bajo su pie.

Sus ojos negros me miraban, penetrando en los míos a la vez que mis uñas se clavaban en su pierna.

—Voy a *matarte.* —Exhalé, dando golpes en su pierna. Mi pecho se movía con dificultad, luchando por mantener el aire bajo su peso.

—¿Ya terminaste?

—No me puedes devorar. La gente se dará cuenta de que no estoy, me buscará —dije sin aliento—. No tendré buen sabor. He estado expuesta durante mucho tiempo a demasiadas toxinas. Mira… —Supliqué, extendiendo los dedos alargados para mostrar la piel enrojecida por las consecuencias de mi curiosidad.

—¡Ah! —Una sonrisa presuntuosa se instaló en su rostro—. ¿Pensabas que lo decía de manera literal? Supongo que en cierto sentido sí, pero no como tú crees —sacudió la cabeza—. La carne humana es demasiado fibrosa. Se me atasca en los dientes —dijo sin rodeos, abriendo la boca para señalar dos finos y largos caninos en su mandíbula superior.

Parpadeé confundida, intentando hacer sentido de la imagen frente a mí. Intenté levantarme para ver más de cerca, pero su bota me seguía presionando hacia abajo.

—¿Qué? ¿Es esto suficiente para convencer a la escéptica? —Serio. De pronto sus colmillos desaparecieron. Dio un paso atrás y él mismo me levantó.

—Espera…

Hizo caso omiso de mi súplica. Se sentó en la silla del rincón y me colocó encima suyo. Sus piernas se abrieron, forzando las mías a separarse hasta sentarme a horcajadas sobre sus caderas.

—He ganado limpiamente. —Me miró con arrogancia.

—¿Cómo es posible que esto haya sido *limpio?* —solté, aunque me costó mantener el contacto visual dado mi estado de pánico.

En mi mente seguían desfilando las imágenes de sus colmillos, su lengua, sus ojos. Justo cuando creía entender las cosas, estas cobraban menos sentido todavía; al menos cuando intentaba trazar los niveles de clasificación de todas las especies de las que esta criatura podría haberse ramificado.

—No te preocupes. Como recompensa por tu valiente esfuerzo, me aseguraré de que lo disfrutes —dijo en mi oído con un ronroneo.

Sus manos subieron por mis caderas hasta rodearme la cintura. Su musculosa estatura hacía que mi cuerpo se sintiera delicado entre sus manos; un apretón bastaría para quebrar mi columna.

Un calor húmedo me recorrió el cuello. Su lengua bífida se deslizó sobre mi piel, haciéndome cosquillas en el lóbulo de la oreja. Aquellos chasquidos, ahora demasiado familiares, resonaron en mi oído; aunque no sabía si eran buena o mala señal. A esa distancia, noté que el ruido era en exceso complejo, como dos tonos armonizados a la vez.

Rehuí como pude de sus caricias, mareada por el efecto de la adrenalina.

Se quedó cerca de mi cuello, exhalando contra mi piel.

Me encogí a la espera de una mordida que, sin embargo, no llegó.

Un momento, ¿estaba él…?

—¡Detente! —Empujé su pecho y me incliné hacia atrás. Sin duda, la sangre que subía hasta mis mejillas era visible incluso en la penumbra. Me ceñí la bata, consciente de mi impúdica posición.

—¿Qué? Si así lo prefieres, podría ser egoísta —sugirió, hundiendo los dedos en mis costados.

Me estremecí.

Él no pensaba dejarme ir.

Si no tengo otro remedio que estar así de cerca, mejor aprovecharlo.

Me incliné hacia él con cautela, dejando que mis manos se deslizaran sobre su pecho.

A pesar de mis prejuicios, ahí dentro latía un corazón. Era increíblemente veloz; contando los latidos, me di cuenta de que debían de ser unos trescientos por minuto. Lo habría juzgado imposible, pero desde hacía una hora, había descubierto que mi acosador tenía algunas adaptaciones particulares. Todo habría resultado más emocionante si mi descubrimiento no tuviera su mente puesta en devorarme.

Mientras mis manos lo recorrían hacia arriba, le pasé el dedo por el labio inferior, temiendo que me mordiera.

—Abre. —Mis labios se acercaron al tiempo que bajaba el dedo, jalando de su labio inferior.

Él obedeció cortésmente, siguiendo cada movimiento de cerca, como si estuviera esperando para reaccionar si alguno de mis movimientos no lo complacía.

Mis dedos índice y corazón pasaron por sus labios. Sentí su lengua bailar alrededor de ellos.

Su lengua se dividió justo por la mitad, produciendo dos mitades que se movían de manera independiente. Ambas eran flexibles, coordinadas, deslizándose a lo largo de mis dedos. Soltó un gemido grave mientras los succionaba.

Con urgencia, enganché ambos dedos hacia abajo, obligándolo a abrir la mandíbula.

—¿Dónde los escondes? —exigí saber, inclinando la cabeza a un lado para tener una mejor vista. Mi otra mano se unió para empujar su cabeza hacia atrás.

La Criatura retrocedió, tomándome de las muñecas.

—Por el amor de Dios, ¿qué estás haciendo? —Su farsa cayó, abriendo paso a una mirada de auténtico asombro.

—No metas a Dios en esto. Enséñame dónde escondes los colmillos. No puedes mostrarme algo así y esperar que no haga preguntas. —Tiré de mis muñecas hasta liberarlas—. El otro día me prometiste respuestas. Me las debes.

Ahora, *él* me miraba como si yo fuera la loca. Sus cejas se fruncieron.

—Bien, pero no más dedos.

Inclinó ligeramente la cabeza hacia atrás, abriendo la boca para mí.

Si siempre fuera así de obediente, no me molestaría tanto.

Al parecer, los dos colmillos se mantenían perfectamente plegados contra el paladar, como los de una serpiente. Los flexionó hacia el frente, a la altura de sus caninos, coincidiendo a la perfección con sus dientes humanos al quedar apretados entre estos. Dos largos pares de agujas perfectamente letales, aunque la más cercana al exterior era más corta y más gruesa. No me quitaba los ojos de encima, como esperando mi reacción.

—Tienes colmillos accesorios tanto delanteros como traseros… Como una especie de mezcla entre un *Viperidae* y un *Colubridae* —proferí con entusiasmo, pasando el dedo por la aguja más grande, sin alcanzar a reprimir una sonrisa mientras mi mente saltaba de teoría en teoría—. ¿Hay más como tú? —susurré con curiosidad.

Mantuvo una expresión seria mientras escudriñaba mi rostro, buscando algún indicio de que mi comportamiento fuera parte de alguna broma.

—¿Por qué me miras así? —Le devolví la mirada, estudiándolo de vuelta.

Un gruñido profundo hizo vibrar su pecho.

¿Ahora qué pasa?

Perdió su aire presuntuoso. Se tornó peligrosamente firme.

Se me cortó el aliento. No me había percatado de que estaba conteniendo la respiración. O tal vez era un ataque de ansiedad. Desvié la mirada con torpeza, insegura de si seguir alimentando mi curiosidad era lo más sensato.

El halo plateado de sus iris no cesaba de examinarme. Era como si, al primer movimiento brusco de mi parte, estuviera listo para devorarme, cosa que no estaba del todo fuera de las posibilidades. Sabiendo lo mucho que le gustaba a este hombre escuchar su propia voz, su silencio resultaba antinatural.

Sus manos pasaron de mis caderas a mi cintura. Se inclinó hacia mí, respirando contra mi cuello, como si disfrutara de la proximidad.

Cuando sus manos estuvieron demasiado cerca de mis pechos, empujé contra sus anchos hombros. Mi cuerpo estaba rígido por la incomodidad.

Él no me soltaba. Cualquier forcejeo lo hacía aferrarse con más fuerza.

¿Por qué mi cuerpo estaba tan imposiblemente caliente?

—No puedo —dije con dureza, apartándome.

Me tomó el pelo de la nuca y tiró de él, dejando mi cuello al descubierto.

Me sentí temblar con agitación entre sus brazos, tanto por el miedo como por la vergüenza, pero sobre todo por la vergüenza.

Estremecido por los nervios, mi cuerpo se sentía más exhausto que antes. Para mi sorpresa, no me mordió con aquellos dientes horribles. En cambio, succionó mi piel con toda deliberación, como si la quisiera saborear antes de probarla.

Dejó un suave beso sobre mi arteria palpitante; tan suave que, por un momento, lo pude haber confundido con un amante. Después, la calidez de su tacto descendió hasta mis pechos, tomándome del cabello con fuerza para hacer que me inclinara de nuevo hacia delante. Se escuchó un rugido depredador mientras daba mordiscos y succionaba la piel sensible, apartando la tela de mi bata.

Me pellizcó el pezón entre los dientes; respiré con agitación.

Un sonido que podría interpretarse como un profundo ronroneo escapó de él.

Hizo que la opresión de la boca de mi estómago se anudara con ansias.

¿Esos sonidos son para mí o a causa de mí?

Su otra mano recorrió mi abdomen, abriéndose camino hacia abajo.

—¡No! —grité y mi mano se alzó deprisa, clavando las uñas en la herida de su hombro.

Mis zarpazos desesperados no lo hicieron retroceder en lo más minimo. Alzó el ceño con diversión, al tiempo que se inclinaba y recorría mi pecho con su lengua.

Me mordí el labio, pero él no me dio tiempo de pensar antes de seguir succionando, dejando marcas a medida que avanzaba hacia la clavícula. Me retorcí entre sus brazos mientras me exploraba con sus manos y su boca, dejando marcas violentas en mi piel pálida.

Su tacto posesivo me hizo sentir de formas que me avergonzaba admitir. Me dio pellizcos y mordidas por todo el torso, dejando una marca tras otra: su enfermiza manera de reclamar a su presa. Tocó cada lugar que pudo, hurgando hasta descubrir lo que me hacía estremecer, aunque no hizo otro intento para tocar más abajo. Era como si guardara lo mejor para el final.

Una opresión ardía dentro de mi pecho. No sabía si era la agitación restante por haber creído que iba a morir o que una criatura tan letal como él prefiriera jugar conmigo antes que devorarme. Me sentí halagada, por no decir otra cosa. No creía en el cielo, pero sabía que, con las ideas que cruzaban mi mente, de ningún modo acabaría ahí. Me preguntaba cuándo terminaría conmigo de una vez por todas. Cuándo me clavaría los colmillos en la yugular, poniendo fin a mi sufrimiento.

—¿Adónde te fuiste? —me susurró en el pliegue del cuello—. Te fuiste a alguna parte. Lo noté.

—Al infierno —respondí con sinceridad, luchando para mantener los ojos abiertos.

Eso me valió una entrañable carcajada de su parte.

—Me parece justo. —Suspiró, dejando besos a lo largo de mi mandíbula y mordisqueando mi piel, succionando con fuerza en lo alto de mi cuello.

No recuerdo qué sucedió a continuación, porque entonces mi cuerpo quedó rodeado de oscuridad, sucumbiendo al agotamiento.

CAPÍTULO 9

La Criatura

No había palabras que pudieran describirla en aquel momento.

Era doloroso rodear su carne con la boca sin llegar a probarla del todo. Los pequeños sonidos que emitía me saciaban mucho más que sus gritos. Quería devorarla hasta que no quedara nada de ella, hasta verla hecha un desastre entre mis brazos, patética y temblorosa.

Al mismo tiempo, quería protegerla del mundo; mantenerla encerrada en mi habitación como si fuera una mascota.

No era sencillo cautivar a las criaturas como yo y, sin embargo, Alina lo había conseguido de todas las formas que se me podían ocurrir. Verla en ese estado, con la piel sonrosada por la vergüenza y la excitación. Mis marcas pintaban su cuerpo como un lienzo, anunciando con orgullo cada una de mis intenciones para que su cuerpo supiera lo que estaba por venir. Incluso el sabor de su piel era dulce, tal como lo había imaginado, incluso diría que más.

Cuando la solté del cabello, se desplomó hacia atrás. Si mi brazo no hubiera estado ciñendo su cintura, se habría caído de mi regazo.

Se había quedado dormida.

Pero qué irritante.

Cuando tiré de ella hacia adelante, la cabeza de Alina dio un golpe perezoso contra mi hombro. Su expresión pacífica estaba iluminada solo por la luz de la luna que entraba por la ventana; un cuerpo derrotado desplomándose entre mis brazos. Podría haberla tomado entonces, pero por alguna misteriosa razón, no lo hice.

Si dejaba arder esta imagen el tiempo suficiente, se convertiría en un recordatorio que cargaría en mi mente a todas partes. Casi me hizo olvidar la tentación de enojarme con ella por haber preferido el *sueño* por encima de mí.

La noche había sido demasiado corta. Deseé que fuera un poco más larga. Todo era *tan injusto*.

Levanté su cuerpo para dirigirme hacia la habitación principal; últimamente, mi lugar favorito en toda la ciudad.

Su espacio privado me resultaba tan familiar, que podía formarme una imagen mental de cada uno de los objetos en la habitación. Sabía dónde guardaba el cepillo del pelo, en qué cajón colocaba las medias, cómo escondía una navaja de barbero de diez centímetros bajo la almohada izquierda y cómo guardaba el arsénico en el cajón lateral, solo por si acaso.

La recosté sobre las sábanas suaves, sedosas. Esa noche había sido gentil con ella; sin embargo, fue una grata sorpresa que se enfrentara a mí en lugar de limitarse a forcejear. Lo decía en serio cuando afirmé que estaba orgulloso, como un profesor que se maravilla de su alumna. Sin duda, ella se volvería más feroz conforme la sometiera a cada terrible idea que se me pasara por la mente. Sería todo un espectáculo ver hasta dónde podía llevarla antes de que no pudiera más.

Quería controlar lo que pudiera provocarla.

Cada inflexión, tensión o liberación. Cada empujón, cada tirón. Cada gota de sangre o de lágrimas.

Sin excepciones.

Quería que todo me perteneciera a mí.

Pero por esa noche, se había ganado algo de paz.



El espeso humo de mi cigarro inundó mis pulmones, llenándolos al máximo antes de ser expulsado de nuevo.

En el puerto, los barcos se mecían con pereza, iluminados solo por las farolas de la calle o una que otra llama perdida en la distancia. Las campanas repicaban de vez en cuando, mientras los cascos se balanceaban con el paso de cada estela. Hacía más frío esta noche, ¿o debería decir esta mañana? La oscuridad lo cubriría todo por una hora más, antes de que el sol comenzara a disipar la niebla con su calor.

El hambre afectaba mi concentración más de lo que hubiera querido admitir. Con cada minuto que pasaba, me sentía más molesto.

¿En qué demonios estaba pensando?

Debí haberme alimentado de Alina cuando tuve la oportunidad. Hacerla gritar mi nombre, rogarme que parara o rogarme que siguiera; cualquiera de las dos cosas habría apaciguado el hambre que me oprimía en estos momentos. En lo que iba de la noche, todos mis alimentos me habían decepcionado. Fantaseé con su sabor si hubiera hundido mis dientes en ella horas atrás. Ahora, nada se acercaba a su aroma siquiera. El perfume aún se aferraba al interior de mi nariz, aunque empezaba a desvanecerse como un sueño que no desea ser recordado.

¿Cómo podía quedarse *dormida* ante un peligro tan inminente? Un enigma.

Y esos ojos curiosos. La forma en que me miraban.

Me ponía fúrico.

Nunca antes había alguien colocado sus dedos en mi boca para inspeccionarme como si fuese un sujeto de pruebas. Una parte de mí quería que siguiera, que me explorara tal como yo deseaba explorarla a ella. Quería mostrarle todo lo que quería ver. ¿Se acobardaría Alina cuanto más me expusiera o le emocionaría descubrir más acerca de mis hábitos de criatura?

La primera regla de un depredador: no encariñarse con la comida. Pero ¿qué podía decir? Yo era un hombre indulgente. Sumergida en su propia curiosidad, Alina parecía haberse olvidado por completo del peligro. Eso encendió algo en mi interior. Asustarla era una cosa, pero en ese momento, percibí algo más: ella me observaba como una cosa que era necesario abrir, examinar. Parecía casi aliviada de que no fuera un simple hombre.

Puede que estuviera mirando el asunto de forma equivocada.

¿Qué la motivaba? Era raro encontrar a alguien —un humano, nada menos— que tuviera en tan alta estima a la naturaleza y todas sus criaturas. Tal vez ella pudiera entenderme de verdad. No sabía si sentirme asustado o excitado por ese entusiasmo. Sobre todo, no sabía si era posible mantenerla a mi lado.

Pero quizá no tenía otra opción. Alina era demasiado importante para dejarla por su cuenta. Ella seguiría persiguiendo la euforia que le traían los descubrimientos hasta caer en manos de otra persona. Y eso no lo podía permitir.

Imaginarme algo que me pertenecía en manos ajenas me ponía los pelos de punta. Ella era *mi* comida. Me la había ganado.

Detente.

Me estaba alterando demasiado.

Concéntrate. Es hora de cazar.

Aspiré la última pizca de humo de mi cigarro antes de aplastarlo contra la tierra.

Algunos ciudadanos comunes se afanaban en sus tareas cotidianas. Junto a la taberna, una chica de cabello oscuro arrojó un bote de sustancias dudosas a la calle.

Atraparla fue rápido; su cuerpo era ligero como una pluma. Le cubrí la boca con la mano, arrastrándola hasta el callejón.

Temblando de anticipación, hundí mis dientes en ella. El calor inundó mi boca. Dominado por la codicia, mordí con más fuerza hasta saciar el impulso. Tan pronto el primer par de largos colmillos le perforó la garganta, soltó un grito. Al clavar el segundo par en su carne, el veneno relajó sus músculos y la sangre corrió más deprisa por su cuerpo exangüe.

Me supo insípida, como pan hecho sin sal. Carne hervida sin hierbas. Galletas rancias dejadas al aire libre durante la noche. El desabrido líquido se escurrió hasta secarse en mi boca.

Me forcé a terminar, fingiendo que en realidad se trataba de mi querida sombra. Cuando cerré los ojos, imaginé cómo inundaría mis sentidos aquella dulce especia; su espeso cabello negro enredado entre mis dedos, sus ojos azules abiertos de terror…

Se me retorció el estómago e hice una mueca de dolor. La comida no me sentaba bien, aunque me esforzara por abrirme el apetito. Apreté las mandíbulas con más fuerza y, frustrado, arranqué un trozo de carne mientras dejaba caer el cadáver.

Al soltarla, mi presa se dobló como un saco de harina, dando un golpe sordo contra el suelo. Expulsé de mi estómago la sangre recién extraída, solo para ver cómo era absorbida por la grava.

Otra comida desperdiciada, igual que las tres anteriores.

Era como si pensar en Alina hiciera que todo me supiera insípido, arrebatándole tanto el sabor como el sustento de todo lo que intentaba consumir. Así debía sentirse Tántalo, tan cerca y tan lejos de su fruto.

¡Bruja vil! ¡Me ha maldecido!

Por mucho que me repitiera que ella no era más que otra cena, sabía que me estaba engañando. Estos cambios eran demasiado repentinos, catalizados por mi obsesión.

Por ahora, necesitaba sustento. Lo intentaría toda la noche si era necesario. Solo me hacía falta más tiempo.

CAPÍTULO 10

La Envenenadora

El cuerpo me dolía como si hubiera dormido sobre grava.

Mientras me sentaba sobre la cama, inspeccioné los moretones rojos y morados. Algunos habían sido causados por la persecución, otros, por su inmunda boca. Además de las marcas, el altercado me había dejado grandes arañazos desde el hombro hasta la parte baja de la espalda. Incluso el roce de la tela de mis sábanas me producía un desagradable escozor.

—Maldito idiota —resoplé, balanceando las piernas al borde de la cama. Al hacer presión sobre mi tobillo, me di cuenta de que debía añadirlo a la lista de los daños causados; debió de haberse torcido de manera desfavorable durante el forcejeo. Sin duda era inconveniente, pero nada que no se quitara caminando.

Sobre la mesilla, descubrí un único tallo de belladona.

¿Por qué insiste en dejar regalos?

Junto a las flores había un pañuelo. La tela blanca parecía sangrar por uno de sus lados. Al desenvolverlo, descubrí un frágil dedo mutilado, dispuesto con cuidado sobre la seda.

Se me arrugó la nariz con el hedor. Estaba segura de que habría una noticia en el periódico sobre la dueña del apéndice en cuestión. No importaba: hoy no tenía tiempo para enigmas. Me deshice discretamente del dedo en el retrete.

Me recordó a un gato que tuve alguna vez, al cual le gustaba traerme alimañas muertas cada mañana.

Por más divertido que pudiera ser, no tenía tiempo para analizar los hábitos de mal gusto de la Criatura. Hoy tenía cosas que hacer.

Se suponía que Phoebe y yo iríamos a comprar vestidos para su fiesta en el jardín, la cual sospechaba que había organizado solo para hacerme sentir mejor.

Al presionar el hematoma en mi esternón, resurgieron los recuerdos del peso de su bota. El aroma de la piel seguía fresco en mi nariz. Las marcas se esparcían por mi cuello, mis pechos, mis costillas.

Sin embargo, sentí que mi rostro se entibiaba al recordar cómo reaccioné ante aquel encuentro: aún no podía creer que hubiera hurgado en su boca. *Qué vergüenza*. En ocasiones, deseaba poder apagar esa faceta tan molesta e impulsiva de mi cerebro. Pero no podía culparme del todo: tenía mis motivos. ¿Cuántas veces podía alguien acercarse tanto a una especie nueva? Tenía que saberlo todo.



Para ocultar las marcas recientes en mi cuello, el atuendo del día era un conservador vestido de luto: nada que se desviara de mi vestimenta habitual. Me froté el cuello adolorido con la palma de la mano, dejando salir un profundo suspiro. Aunque no fueron más que caricias, había sido absurdamente brusco. No había necesidad de tan burda demostración.

—¿Cuál prefieres? ¿Rosa o azul? —preguntó Phoebe. Me miró por encima del hombro mientras la costurera sostenía un par de telas.

—¿Por qué no algo distinto?, ¿color menta o salvia? —sugerí exhausta.

—Ah, casi olvido que los verdes son una opción —murmuró, dirigiéndole una mirada a la costurera antes de que la ágil artista se escabullera a la trastienda en busca de más sedas—. Tienes los ojos rojos. ¿Sigues sin dormir? —Phoebe se puso de puntillas para tomar mi rostro e inspeccionar ambos lados. Al hacerlo, notó el moretón de un morado brillante que asomaba bajo el cuello alto de mi vestido—. ¡Alina Katarzyna Lis! ¿Qué es eso? —chilló, apretando mi cara en un arranque de emoción.

Mis ojos no eran lo único que se había puesto rojo.

—¡Nada! ¡Nada! —Intenté acallarla.

—Me siento tan traicionada. ¿Estás por ahí haciendo conquistas y no me has contado todos los deliciosos detalles? Estoy realmente ofendida —dijo con fingida decepción.

El ritmo vertiginoso de sus palabras se sosegó en cuanto sonó la puerta principal de la tienda, indicando un nuevo cliente. Sin embargo, al mirar por encima de mi hombro para ver de quién se trataba, su expresión fue menos que divertida. El cambio en su talante fue tan brusco como la primera brisa invernal.

Mis cejas se juntaron, antes de torcer el cuello para ver quién podía haber provocado una alteración tan drástica en su actitud.

Aquella sonrisa diabólica apareció ante nosotras.

—Hoy Dios debe de estarme mirando con buenos ojos, si te ha puesto en mi camino —dijo la Criatura al entrar en la tienda. Su tono era tan enfermizamente dulce que casi pude sentir cómo me abría una caries. En su mano, estaba la camisa ennegrecida de la noche anterior.

—Señor Forbes… —Empecé.

—Silas. —Me recordó, mientras sus ojos se dirigían hacia Phoebe.

—*Silas.* —Lo reconoció Phoebe con una sonrisa tensa, aunque demasiado expresiva para ocultar su desagrado—. ¿Qué te trae con una costurera? ¿No tienes la tuya propia? —preguntó con frialdad.

—Es domingo, señorita Aston. No pediría a los buenos cristianos que trabajasen en domingo —respondió con un toque de sarcasmo.

Estos dos parecían tener… *¿historia?*

—Además, una asquerosa polilla ha carcomido la tela de mi camisa —dijo al tiempo que la levantaba. Seguía teniendo una amplia mancha negra en el hombro, justo donde mi cuchillo lo había atravesado.

Me concentré en la camisa y cuando volteé a su cara, ya me estaba mirando.

—¿Era una polilla o un calamar?

Se limitó a soltar una carcajada antes de dejar la camisa sobre el mostrador. Un aprendiz la recogió con rapidez.

—Bueno, ha sido un placer verla como siempre, señorita Aston —se despidió de ella con sorna antes de dirigirse hacia mí—. Alina —saboreó mi nombre, levantando mi mano para besar mi nudillo golpeado, sin despegar sus ojos de los míos.

Hizo una pausa para acariciar mi piel con su pulgar. La comisura de sus labios se levantó sutilmente antes de apartarse.

Conforme lo miraba marcharse, un par de ojos verdes penetraban el costado de mi rostro con la intensidad de la mirada de Phoebe.

Al girarme avergonzada, me encontré con la expresión más furiosa que hubiera visto jamás en mi querida amiga.

Mis hombros se tensaron. Solo alcancé a esbozar una sonrisa incómoda, limpiando contra el vestido la parte de mi mano que él había tocado.

—Por favor, no me digas que…

—No, no es…

—¡*Cualquiera* menos él, Alina! —me reprendió, dándome un golpe en el hombro con sus guantes recogidos—. Prométeme que te mantendrás alejada de él. —Su expresión era severa.

—Lo he intentado, créeme. Es a mí lo que un perro al basurero de una carnicería —refunfuñé, rascándome la nuca de nuevo—. Simplemente… pasó. No fue nada.

No podía decir mucho más sobre el encuentro sin que Phoebe pensara que estaba loca. Alarmarla era lo último que quería hacer; ella no entendería esta enfermiza persecución en la que me había metido. Afortunadamente, no tendría que preocuparse por mucho tiempo más. No me faltaba demasiado para librarme de él.

Su mirada pasó de mi rostro a mi cuello con desconfianza.

—¡Señorita! Sus telas.

Me sentí aliviada en cuanto escuché hablar a la costurera, quien mostraba unas cuantas sedas para que Phoebe eligiera. La tensión se disipó con lentitud conforme ella volvía a concentrarse en sus asuntos.

Un hilo de celos rodeó mi corazón hasta apretarse en un nudo.

¿Se había obsesionado conmigo solo para vengarse de Phoebe por alguna aventura que no llegó a buen puerto? Me había estado siguiendo, estudiando mi vida. No me sorprendería que supiera de mi relación con los Aston. Ella nunca lo había mencionado, pero pasé mucho tiempo lejos, así que pude haberme perdido de algunas cosas. Hubiera creído que, de haber un hombre en su vida, no dudaría en mencionarlo, pues nunca escatimaba en detalles sobre sus andanzas. Aunque sospechaba que ella no era consciente de su… *verdadera* naturaleza. De ser así, todo el mundo se habría enterado ya. Eso me hizo sentir que mi relación con la Criatura era algo especial.

Si hubiera descubierto que él arrancó así sea un pelo de la cabeza de Phoebe, le sacaría el corazón y lo guardaría en un frasco sobre mi escritorio. Sería un pisapapeles perfecto.



Phoebe me compró unos cuantos vestidos nuevos. Me convenció de escoger uno rojo oscuro y otro azul marino. Dijo que me los enviaría más tarde, para que no tuviera que cargar con ellos mientras hacía mis recados.

El mercado bullía aquella tarde; hacía un clima agradable, con los rayos del sol asomándose entre el cielo encapotado. Tenía un poco de calor con mi atuendo negro, pero no era como si pudiera utilizar otra cosa. Mi cuello se había tornado de todos los colores por las abrasiones de la noche anterior. Las marcas empeoraban a medida que avanzaba el día, así que compré algunos ingredientes para elaborar un aceite que pudiera aliviarme.

Con mi cesta cubierta, hojeé la lista arrugada entre los dedos: naranjas, lirios, violetas, cerezas, aceite de ricino, vinagre y lombrices, aunque ya había recogido lombrices en el parque un rato antes.

Un cuerpo me presionó la espalda; casi me hizo tirar la cesta. Cierta Criatura se inclinó junto a mi oído.

—El día de hoy hueles a cerezas. ¿Es un perfume que te has puesto para mí?

—O quizá hueles cerezas porque estás a punto de tener una convulsión. Tal vez el veneno sí te afectó, después de todo. —Me burlé, negándome a apartar los ojos de mi lista.

—Sabes, esa herida que me hiciste se curó bastante bien. ¿Has pensado en incursionar en el campo de la cosmética? —dijo en tono juguetón, acercándose para arrebatarme la lista de los dedos. La sostuvo por encima de mi cabeza al tiempo que inspeccionaba la letra.

—¡Maldito insecto! —Levanté la vista; mi nuca golpeó contra su pecho.

—Esta es… vaya lista. ¿Ya te han dicho que eres una mujer sumamente extraña o la gente da por hecho que lo sabes? —Inclinó la vista hacia mí.

Me paré sobre las puntas, se la arrebaté y me alejé.

—Siempre pareces tan decepcionada cuando me ves. —Suspiró —. ¿Es porque esperas que una de tus pequeñas pociones funcione? Odio decírtelo, pero si una navaja no surtió efecto en mí, tampoco lo harán esas tinturas elegantes.

—¿Por qué conservaste esa camisa? Está arruinada. Podrías comprarte un millón de camisas nuevas. —Todavía estaba aturdida por el encuentro de aquella mañana.

—Porque es una obra maestra hecha por mi querida sombra. No puedo tirar el arte a la basura —dijo juguetonamente—. Además, en ese caso, tendría que admitir que te he estado acechando. Prefiero inventarme todas las excusas del mundo para verte —me dijo con dulzura, caminando a mi lado.

Seguimos juntos hasta la tienda de la señora Caldwell. O, mejor dicho, me siguió ahí.

—¡Alina! ¡Oh! ¡Señor Forbes! —dijo la señora Caldwell, azorada, retirando algunas hojas sueltas del mostrador al tiempo que sonreía con nerviosismo— ¿Qué los trae hoy por aquí?

La Criatura abrió la boca para hablar.

—Solo la importación que pedí. Y algunos artículos más. —Me adelanté, deslizando mi lista hasta ella.

Qué vergonzoso era que tanta gente nos viera juntos. Sabía que Phoebe me rompería los tímpanos por teléfono al día siguiente. En esos días, los rumores corrían más deprisa que las máquinas de vapor. Cuanto más lo vieran conmigo, más sospecharían de mí una vez que arrojara su cuerpo —pronto sin vida— al mismo puerto donde se deshizo de aquellas chicas.

La señora Caldwell levantó una delgada caja de madera desde atrás del mostrador y la colocó frente a mí. Sus ojos saltaban entre nosotros.

—Así que…, ¿asumo que fueron de su agrado? —Su mirada se posó en la Criatura.

—Se podría decir que sí. —Le mostró una sonrisa engañosamente dulce.

—Señora Caldwell, en realidad tengo otra petición. ¿Podría revisar la parte de atrás para ver si me sobró algún tallo de mora? —pregunté, tratando de ocultar mi desagrado hacia él mientras hablaba.

—¡Oh! Sí, por supuesto, déjame revisar. —Asintió, dándose la vuelta antes de desaparecer en las profundidades de su tienda.

Giré rápidamente hacia la Criatura.

—¿Qué crees que estás haciendo? —Apreté los dientes al hablar, estampando un dedo contra su pecho.

—¿Es realmente un crimen tan terrible comprarte flores? —Una ligera sonrisa irónica se torció en sus labios en un intento de hacerse el tonto. Estaba segura de que, en esos momentos, su podrido cerebro hervía con pensamientos que más me valía no conocer.

La señora Caldwell regresó con mis cosas. Coloqué las flores sueltas dentro de la cesta, manteniendo la tapa a medio abrir para dejar que los capullos respiraran. Cuando me adelanté para tomar la caja, él me la arrebató.

—¡No hace falta que cargues con una caja tan grande! Deberías descansar en vez de hacer trabajos pesados. —Se mofó. Qué condescendiente.

Si mi mirada fuese una flecha, le habría atravesado la cabeza hace mucho.

Con mi sonrisa más dulce, le deseé un buen día a mi florista.

Una vez en el exterior, le arrebaté la caja.

—No vuelvas a hacer eso a menos que quieras arsénico en tu whisky —espeté.

Podía humillarme todo lo que quisiera en privado, pero hacerlo en público era jugar con dinamita.

—¿Ah, sí? Me encantaría verte intentarlo —bajó la voz—. ¿Cómo lo harías, mi querida sombra?

Con una sonrisa sacarina, me puse de puntillas para susurrarle al oído.

—Me dejarás hacerlo. Me suplicarás que lo haga, porque sé que no soportas estar lejos de mí. ¿No es cierto?

Me miró con fijeza.

—Tal vez. —Ladeó la cabeza hacia mí—. Permíteme al menos que llame un carruaje para ti. No puedo dejar que te sigas esforzando tanto como *anoche*.

Mi expresión volvió a su estoicismo habitual. Me tomé mi tiempo para estudiar su expresión. Finalmente, di un paso atrás.

Él lo tomó como una tregua y le hizo señas a un cochero que pasaba.

No alcanzaba a entender las intenciones de la Criatura. Teniendo en cuenta los sucesos de la noche anterior, ahora todo parecía demasiado lúdico, demasiado amistoso. Noté que su mirada se posaba sobre mi cuello. A pesar de sus propias palabras acerca de la miseria que me causaba verlo, parecía decepcionado de no alcanzar a distinguir la marca de sus proezas en mi piel. Incluso me atrevería a decir que estaba molesto.

Me ayudó a subir al carruaje sosteniendo mi mano con la suya. Se inclinó hacia ella en lo que pensé que sería un beso, pero sus colmillos se desplegaron de golpe, adelantándose para morderme un dedo.

Aparté la mano con rapidez.

—Eres un demonio —siseé, cerrando de un tirón la puerta del carruaje.

—Solo para ti. —Se encogió de hombros.

—Eso es mentira, Criatura. Siempre eres un demonio.

El carruaje avanzó con brusquedad y, mientras pasábamos, su silueta desapareció.



CAPÍTULO 11

La Criatura

Empezaba a creer que vivía en esa tienda a tiempo parcial. Para ese momento, hubiera pensado que se marchó un rato atrás; habían pasado tres horas y cincuenta y dos minutos desde la hora de cierre y aún no la había visto salir de su guarida.

Cada día se quedaba más tiempo. En ocasiones, tomaba una silla de la cafetería cerrada de enfrente y me sentaba a esperar para acompañarla a casa.

Esto está tardando demasiado.

Me levanté de mi asiento, a punto de entrar por la puerta trasera para hacerle una visita, cuando la vi salir de su cueva.

Aquí estás.

Las llaves tintinearon entre sus dedos mientras cerraba, dándole un tirón adicional a la puerta para cerciorarse.

Empecé a caminar calle abajo, pero ella tomó una ruta equivocada.

Cuando me giré, estaba caminando en la dirección opuesta.

Ese no es el camino a tu casa, pequeña sombra.

La seguí por el lado opuesto de la calle, caminando deprisa para alcanzarla. Llevaba un bloc de papel en la mano; mientras serpenteaba entre las calles, mantenía los ojos puestos sobre la hoja. Empecé a preocuparme; nunca se alejaba tanto de su rutina. Podía contar los lugares que Alina frecuentaba con una sola mano y tener números de sobra. Ni una sola vez la había visto caminar en esta dirección.

Al cabo de por lo menos treinta minutos de caminata, la vi quedarse de pie, inmóvil, justo afuera de mi casa.

Parecía una figurilla frente a la gran mansión señorial, que podría haber sido un museo considerando su tamaño, así como la cantidad de cosas que había coleccionado a lo largo del tiempo.

Salió de su estado de quietud para anotar algo.

¿Qué planeas, descarada?

Se paseó por delante y después, se escabulló en busca de alguna forma de asomarse al interior. A lo largo del costado de la casa, probó suerte con la entrada de servicio. Estaba cerrada, pero me dije que de ahora en adelante, debía dejarla abierta: encontrarme a mitad de la noche con una Alina extraviada sería todo un placer.

Esperaba que intentara llamar a la puerta, pero eso no parecía estar en sus planes. Entonces se retiró, caminando en la dirección que debió haber tomado desde el principio.

Se me tensaron los músculos de la mandíbula. ¿Para qué había venido hasta aquí si no planeaba hacer nada?

CAPÍTULO 12

La Envenenadora

Al menos veinte tubos de ensayo de cristal estaban apiñados en los soportes de madera repartidos por mi laboratorio. Algunos habían sido diluidos con agua en diferentes proporciones, otros eran muestras de control y, otros más, pruebas adicionales. Era difícil decidir qué veneno elaborar, así que decidí hacerlos todos. Incrementar el abasto nunca estaba de más, mucho menos ahora, que debía averiguar cuál surtiría efecto con la Criatura que no dejaba de acecharme.

Quizá había importado demasiadas plantas. El tiempo no era suficiente para realizar extractos con todas ellas. Dudaba que fuera capaz de tenerlos todos listos de manera puntual.

Sonó el reloj. En respuesta a su llamado, mi pluma dejó una marca accidental en el papel.

Las dos de la tarde.

Entre todo el frenesí, casi había olvidado la fiesta de jardín de Phoebe. Me asesinaría si llegaba tarde a otro evento. Ya era bastante

malo que hubiera cancelado nuestro paseo matutino, asegurando que necesitaba tiempo para prepararme.



Si todos los eventos de Phoebe fueran como este, me divertiría mucho más.

El acto se celebró en el jardín botánico, dentro de su apreciado invernadero. Para mí, fue como ser una niña de visita en el zoológico. Mi pecho se hinchó de mariposas; sin duda, mis ojos permanecían abiertos de par en par con asombro. De entre todos los actos a los que me había visto obligada a asistir en las últimas semanas, este era el primero en el que sentía auténtica felicidad.

La catedral de vidrio se alzaba en intrincados paneles. Arriba, el cielo se mudaba del azul al rosa y después al rojo, pintando su propio fresco para que todos lo pudieran contemplar a través de las cúpulas del invernadero. Este era mi refugio personal; una capilla del mundo vivo.

Las flores, árboles y arbustos más raros decoraban la gran fortaleza de cristal. Los pájaros trinaban con gozo, revoloteando por cada rincón de su residencia celestial. Una punzada de envidia me asaltó al imaginarme como una de esas aves, viviendo en este arboreto protegido. Ah, cómo me hubiera gustado metamorfosearme en uno de aquellos pichones.

Bajo las cálidas luces rojas del cielo, el vestido de noche bermellón que Phoebe había elegido para mí prácticamente resplandecía. También tuvo que prestarme unos rubíes a juego, pues nunca me preocupé por conservar ninguna joya familiar y el único adorno que tenía en casa era el cruel arreglo de perlas de la Criatura.

Mi amiga pelirroja aún no había aparecido, aunque supuse que estaría zumbando por ahí al igual que una abeja distraída. Eso me parecía más que bien: me daba tiempo para relajarme por una vez. Aunque estar cerca de demasiadas personas me producía náuseas,

era tolerable cuando me hallaba en mi elemento, como en ese momento.

Mi atención se concentró en una flor: un huso alto y verde que se erguía como una lanza. Algo del aire que la rodeaba me atrajo hacia ella, casi rogándome que la inspeccionara de cerca.

La placa de latón decía: «Flor cadáver» (*Amorphophallus titanum*).

—Magnífica, ¿no es cierto? —dijo a mi lado una voz con profundo acento ruso.

Girando hacia mi derecha, descubrí a un personaje que miraba con embeleso al extraño espécimen frente a nosotros. Sus suaves ojos ambarinos estaban colmados de asombro y curiosidad.

Podía comprender el sentimiento, sobre todo en un lugar como este.

Me miró a los ojos antes de encogerse en una postura torpe, que parecía inadecuada para su imponente musculatura y su rostro bien parecido. Una sonrisa humilde se dibujó en la comisura de sus labios y mientras se ajustaba los anteojos de alambre, los hoyuelos se hundieron en su rostro. Parecía tener veinticinco años, dos más que yo. Usaba un traje café del tipo académico.

—Viktor Kaskov —dijo con un acento entre dulce y juguetón, al tiempo que me tendía la mano cortésmente.

Levanté las cejas, embargada por lo que solo podía ser sorpresa y escepticismo. ¿Un hombre quería darme la mano como iguales?

La tomé con cautela, dando un suave apretón.

—Alina Lis…

—Lo sé. Mis disculpas. Debí haber mencionado que soy un admirador de su trabajo. —Sus ojos eran intensos: miraban más profundamente de lo que me hacía sentir cómoda—. Su artículo sobre los efectos de la *Ageratina altissima* en el sistema nervioso de ciertos animales pequeños fue fascinante. ¿Cómo obtuvo la idea de utilizar la *Ageratina altissima*? No es frecuente por aquí —inclinó la cabeza hacia un lado, dejando caer un par de rizos negros sobre su frente al tiempo que me estudiaba con detenimiento.

Decir que me sentía abrumada no habría sido una exageración. No estaba acostumbrada a que los hombres se tomaran en serio nada de lo que escribía.

—La conocí en uno de mis viajes con mi padre. A él le fascinaban estas cosas. —Observé mi mano, que seguía apresada entre las suyas.

—Qué interesante. ¿Una mujer de ciencia y, además, de aventura? Eso es algo poco común. —Apretó mi mano antes de soltarla—. ¿Ha visto la muestra de flores venenosas y carnívoras que hay en estos jardines?

—No sabía que hubiera una. Sin duda debería venir más a menudo —respondí emocionada por el ofrecimiento.



La sección de plantas venenosas y carnívoras se encontraba apartada de las demás. No estaba segura de que se nos permitiera la entrada; el conservatorio cerrado se encontraba en un ala distinta de los jardines.

A lo largo del sendero, las plantas de espuela de caballero se alineaban a un metro y medio de altura en tonos azules, rosas, morados y blancos. Las dedaleras florecían a gran altura y a lo largo de su tallo, se abrían sus pequeñas flores en forma de trompeta. Otras flores que brotaban de la tierra eran las solanáceas, el perejil gigante, la adelfa, la flor de trompeta y otras toxinas exóticas que nunca había visto. En los extremos, había plantas de jarra, atrapamoscas y otras de aspecto pegajoso, aunque, a decir verdad, yo estaba poco familiarizada con la flora caníbal.

Exploramos juntos durante un rato. Ninguno de los dos llevaba la cuenta del tiempo. Este era un pequeño paraíso, lejos del infierno social que me esperaba tras la puerta. Señalamos con el dedo, buscamos placas adivinando su nomenclatura binomial y robamos alguno que otro esqueje mientras él hacía guardia para no ser vistos.

Al tomar las plantas, me quité los guantes para protegerlos de cualquier mancha de suciedad.

—¿Sabes cómo propagarlas? Algunas no creo haberlas visto nunca antes. —Tomé los esquejes de cada planta como si fueran de oro. Los dos nos habíamos sentado en una banca frente a uno de los estanques artificiales.

—Puede que tenga uno o dos artículos al respecto. Puedo enviarle algunos por correo, siempre que me los pueda enviar de vuelta. —Sonrió.

En cierto sentido, su comportamiento era cálido, tranquilizador. Tuvo que haberme resultado familiar.

—¿Tengo que devolverlos? Pero qué cruel —bromeé, guardando los esquejes en mi bolso.

—Sus manos… —Me tomó la mano de repente—. Lo siento. Debería haber hecho los recortes por usted; le están irritando la piel —dijo con preocupación, mirando las puntas enrojecidas de mis dedos.

No podía decirle que se debía a la docena de plantas que había estado procesando; sin embargo, su preocupación hizo que me sonrojara. ¿Me estaba volviendo tímida? ¿Y con un hombre, además?

—No hay de qué preocuparse. Solo son sensibles —le aseguré; tan pronto aparté la mano, mi piel echó en falta la ternura de su tacto —. Yo… debería volver —dije rápidamente.

—Por supuesto. Sin duda está usted muy ocupada. —Viktor sonrió—. No me espere. Puede que me quede aquí un rato. Las reuniones sociales no son mi fuerte.

Realmente él lo entendía.

Asentí en señal de comprensión.

—Bueno, agradecí la compañía, en verdad.

—Cuando quiera. Lo digo en serio. —Guiñó un ojo.

Con eso me fui, dejándolo solo en aquel hermoso espejismo junto con esos pesados sentimientos.

Conforme avanzaba entre la multitud, mantenía la mirada fija en las plantas del sendero. Me agaché, sacando una cuchilla de mi manga para cortar algunos tallos que propagaría más tarde. Aunque

podría parecer que robaba joyas de un museo, en realidad me hubiera extrañado que a alguien le importara.

Al ponerme de pie, admiré mis nuevos especímenes, los guardé en mi bolsa y estudié a la multitud.

En el centro, una figura se movía de manera ligeramente frenética. Tardé un minuto en darme cuenta de quién era.

La Criatura giró la cabeza en mi dirección con expresión de enojo, como si me hubiera estado escondiendo de él a propósito. Venía directamente hacia mí.

Las alarmas sonaron en mi cabeza. Me moví deprisa entre la multitud para escapar del área principal. La gente chocaba conmigo, desviando mi ruta al tiempo que me deslizaba por el espacio entre sus cuerpos.

—¡A un lado! —siseé.

En el otro extremo del invernadero, había una puerta con un cartel que decía «Clausurado».

La puerta estaba a punto de cerrarse a mis espaldas cuando fue abierta con un empujón; cerrándose de golpe en cuanto el depredador entró detrás de mí.

—¿A dónde crees que vas? —Echó el pestillo de la puerta.

—Tu conclusión es tan buena como la mía. —Me mantuve firme.

Habíamos entrado a un pequeño vivero. La habitación era pequeña, con cristales viejos y empañados. Los estantes de madera albergaban un revoltijo de macetas pequeñas, las cuales contenían una variada selección de plantas de semillero. Al menos este sitio era más tranquilo que el área principal.

Mi atención se desvió hacia las diminutas plantas; me sentí tentada a tomar unas cuantas.

—Mírame. —La Criatura se puso delante de mí—. No nos distraigamos tan pronto. —Su sonrisa no cargaba más que sarcasmo, incluso diría irritación.

—¿Ahora qué pasa? ¿No puedo tener una noche para mí sola?

—Te dejé unas cuantas noches para ti sola. —Dio un paso al frente.

Me mantuve firme en mi sitio. No iba a permitir que me intimidara.

—Como si no supiera que me estuviste observando a cada instante. ¿Alguna vez te tomas un día libre? ¿No has pensando en encontrar alguien nuevo con quien jugar?

—Estamos muy lejos de eso, mi sombra. —Se rio entre dientes, elevado justo encima de mí como si fuera una horca. Sus dedos me acariciaron el rostro, su otra mano descendió por mi brazo hacia mi puño cerrado.

—Tienes suerte de ser tan deliciosa. No suelo dejar que mis presas sufran durante tanto tiempo.

Me recorrió la mejilla con el dedo y luego me apretó el labio inferior con el pulgar. Apresé su dedo entre mis dientes.

Gritó de dolor mientras corría hacia la puerta; sin embargo, su otra mano me tomó por la nuca, estampando mi pecho contra la madera de la puerta.

—¡Alina! —Chasqueó la lengua en señal de desaprobación—. ¿Qué hemos aprendido acerca de huir?

—Búscate otra damisela. —Escupí un poco de su sangre.

Un ardor se intensificó en mi garganta, haciéndome retorcer bajo su agarre. La penetrante sensación se hizo más fuerte; era como si una mano apretara mi tráquea y al mismo tiempo, me obligara a engullir brasas calientes.

Mi respiración se hizo más urgente. Tosí con fuerza. Al no conseguir aclarar mi garganta, dejé salir un quejido. Un amargo sabor metálico me invadió.

La Criatura me giró a la fuerza para que lo mirara.

—¿Qué fue lo que te dije? —Ladeó la cabeza—. ¿No te dije que estaba hecho de veneno? Hubiera pensado que tú, de entre todas las personas, tomarías esa parte en serio.

Mis ojos lagrimeaban y a causa de la desesperación, mis puños se habían cerrado con fuerza contra su camisa. Di en vano otro jadeo dificultoso. El ardor era insoportable, como si intentara sacarme las brasas de la garganta, solo para que estas se extendieran más aún.

¿Qué es esto?

Lo cierto es que, como Envenenadora, nunca imaginé convertirme en la Envenenada. Las últimas semanas habían estado llenas de muchas primeras veces. Qué poético morir con una cucharada de mi propia medicina.

Inclinó su rostro hacia el mío; mi cuerpo protestó por la proximidad.

—¿Confías en mí? —susurró cerca de mis labios.

—No. —Mi voz brotó como un lamento. Las lágrimas me habían nublado la vista. En un intento por controlar el mareo, me aferré a él con más fuerza. El aire se cortaba en mis pulmones, que luchaban por expandirse.

—Busca la forma de hacerlo. Solo por esta vez —susurró.

Me tomó el rostro con una mano, empujándolo hacia él. Sus labios encontraron los míos; sentí cómo su lengua se deslizaba dentro de mi boca. A pesar de su voracidad, el beso no pudo ser más suave.

Me negué a corresponderle. Sin embargo, en ese instante, el ardor comenzó a dispersarse con lentitud. Mi cuerpo me obligó a abrir la boca para tomar aire y él no desaprovechó la oportunidad. Se me escapó un jadeo; mi garganta se distendió, provocando que nuestro beso se hiciera más profundo.

La Criatura me levantó, empujándome sobre la mesa de trabajo mientras las herramientas de jardinería caían al suelo.

Mi respiración se interrumpió por la brusquedad del movimiento. Nuestros labios se acercaron sin pensarlo. Si la habitación hubiera estado a oscuras, la tensión entre nosotros causaría destellos de electricidad estática. Mis manos se sacudían trémulas por el susto.

Casi me había asesinado. *De nuevo*. Y ahora, por más que quisiera echarle toda la culpa, yo era la única responsable. *La envenenadora que se envenenó a sí misma*. Pude verlo escrito sobre la lápida.

Fue lo bastante generoso como para dejarme recuperar el aliento. Pero qué humillante.

No me hizo falta mirarlo para saber que, mientras el color volvía a mi rostro, tendría una expresión indudablemente tímida.

—¿Sabes?, te ves bastante linda cuando tus labios se ponen azules. —Sus ojos pasaron de mis labios a mis ojos—. Puedo entender por qué prefieres ejecutar a la gente de esta manera.

Sentí una terrible punzada en el estómago. Cuando comprendí la posición en la que me encontraba, un nudo se formó en mi abdomen.

Esta Criatura se hallaba justo encima de mí, hambrienta, expectante. Sus caderas se apretaban entre mis piernas, sus manos calmaban mis temblores.

No sabía cómo explicarlo, pero era como si un relámpago me hubiera atravesado el cuerpo entero. ¿Por qué hacía que la temperatura de mi cuerpo subiera *tanto?* Podía ser la adrenalina o una manifestación de mi propia hambre.

—Dime, ¿qué pequeños pensamientos se estampan contra el interior de tu cráneo? —Sus pupilas se habían contraído. El aire que lo rodeaba era tan peligroso como el que precede a una tormenta.

—No… No tengo pensamientos —murmuré, negándome a mirarlo.

—Pareces descontenta.

—Lo estoy.

—Ah, entonces eso último no será suficiente, ¿verdad? —Se inclinó, dándome un suave mordisco en la oreja mientras apretaba su cuerpo contra el mío.

Mi cabello se escapó del chongo en cuanto sus dedos se enredaron entre los mechones azabache. Me subió el vestido hasta dejar mis piernas al descubierto, utilizando sus caderas como una barrera que me impedía cerrarlas.

—Espera… —No había terminado de hablar cuando me besó el cuello cerca de la mandíbula. Una mano fría, cubierta de cuero, se deslizó bajo mi vestido, subiendo por mi muslo. Intenté cerrar las piernas, pero él se interpuso.

—Pórtate bien —me susurró en el cuello—. Intento ser gentil. Deja que te anime un poco.

Donde quiera que él exhalaba, tocaba o succionaba, la piel me ardía. Cualquier pensamiento sobre mi rígida brújula ética desapareció y esta comenzó a girar sin control. En ese sentido, él era puramente magnético.

Por mucho que lo odiara por hacerme sentir así, él, de entre todas las personas podía tener a quien quisiera, así que ¿por qué molestarme a mí? ¿Por qué fijarse de forma tan obstinada en la mujer que buscaba asesinarlo?

—¿Recuerdas cómo se sentía mi lengua entre tus dedos aquella noche? —preguntó contra mi cuello, colocando otra marca encima de uno de los moretones que casi se habían curado.

Asentí, ocultando el rostro con vergüenza.

Él respondió apartándose.

Un nudo de decepción se formó al sentir su ausencia. Sin embargo, al mirar abajo, descubrí aquellos anchos hombros entre mis piernas. Mis ojos se abrieron de par en par, pero mi reacción se vio retrasada por una sensación de calidez húmeda contra mi piel.

—¡No! —espeté, pero él se apuró a tomarme de los muslos, con mis piernas sobre sus hombros y acercó mi cuerpo al borde de la mesa.

Su lengua recorrió mis labios con suavidad, acariciando la zona antes de que pudiera sentirme a mí misma palpitar con anticipación, estremecerme ante cualquier movimiento. Su lengua humedeció la piel alrededor. Sus dedos jugaban con el dobladillo de mis medias de seda, mientras su atención seguía puesta entre mis muslos.

—¡Suéltame! —Lo tomé del cabello y levanté su cabeza.

Sus ojos, ahora negros, me miraron a través de sus pestañas rubias. Su rostro volvió a esconderse detrás del vestido recogido, ignorando mis protestas.

Una larga lengua bailó juguetona entre mis piernas antes de empujar suavemente para pedirme entrar.

Si hubiera mordido mi propio labio con más fuerza, me habría hecho sangrar. Aunque tampoco creía que eso le importara, se estaba haciendo más difícil sofocar los ruidos que me dolía formar en la garganta. ¿Qué me impedía decirle que no? Cada vez que pensaba

en ordenarle que se detuviera, me distraía la sensación de su lengua provocándome. Mi puño seguía aferrado a su cabello, pero no sabía si quería apartarlo o tenerlo más cerca.

Lentamente, introdujo la lengua hasta que sus labios pudieron succionar la zona circundante, arrancándome un suave gemido.

Aquello era nuevo para mí. En las muchas ocasiones en que había intentado obtener placer de un hombre, nunca me acerqué a nada semejante. La opresión que se formó en el fondo de mi abdomen me hizo jadear, luchando por recuperar el aliento. A nuestro alrededor, las ventanas de la pequeña habitación de cristal comenzaron a empañarse.

Su boca vibró contra mi piel con el chasquido grave que brotó de su garganta.

Tras soltarle el cabello, me recosté hacia atrás sobre la mesa, incapaz de sostenerme mientras el placer reverberaba por mi cuerpo.

Él cambió de posición, poniéndose de pie sin bajar mis piernas de sus hombros, de modo que ahora se encontraba a la vista, al igual que yo. Me clavó la mirada desde arriba mientras lamía el área entre mis muslos y con una de sus manos, jugaba con mi clítoris.

Mis mejillas se habían puesto rojas, tanto por la vergüenza como por la sangre que bajaba hasta mi cabeza a causa de la posición. Mis uñas se clavaron en la superficie de la mesa, tratando desesperadamente de encontrar algo a lo que aferrarme.

Lo único que pude hacer fue mirarlo fijamente. Si le permitiría sacar el suficiente placer de esto, empezaría a creer que él había ganado.

—Ah, si esta no es la vista más hermosa de todas —aplastó su lengua contra la humedad que brotaba de mí—, entonces no sé cuál sea. —Sin perder un instante más, volvió a deslizar esa lengua de demonio en mi interior, llegando más profundo de lo que hubiera creído posible.

Dejé salir un grito agudo, arqueando la espalda.

Él jadeó contra mí al tiempo que movía la lengua, estirándola para luego enroscarla, llegando a ese punto prohibido que no se

encuentra a menudo.

—*¡Silas!* —gemí, cerrando los ojos con fuerza mientras él se movía dentro de mí.

El sonido de su nombre hizo que se tensara físicamente, tornando sus movimientos aún más voraces.

No podía aguantar mucho más. Mi abdomen estaba tan tenso que lo sentía arder de calor. El final se acercaba con rapidez. No había forma de detener la ola que me inundaba.

El orgasmo me desgarró con tal intensidad que juraría que hasta *él* pudo sentirlo atravesar mi cuerpo, apretándose alrededor de su lengua. Me recorrió en oleadas, cada una menos intensa que la anterior, antes de abandonar mi cuerpo y llevarse consigo toda la tensión restante.

Mi cuerpo se debilitó. Mi pecho se movía con un jadeo desorientado. El corsé no me ayudaba en lo más mínimo a recuperar el aliento.

En respuesta, sacó aquella lengua imperdonable, dejándola deslizarse por sus labios.

—¿Sabes? Tu sabor es mejor de lo que imaginaba. —Sonrió satisfecho—. Pero todos esos encantadores sonidos realmente lo convirtieron en una experiencia. —Bromeó.

—No puedo… esperar a… *matarte.* —Jadeé, dejando caer la cabeza sobre la mesa con un golpe sordo. Necesitaba cerrar los ojos un momento.

¿Qué había hecho?

—¿Así me lo agradeces? —Dejó caer mis piernas y de inmediato, me hizo sentarme de nuevo, con mis muslos todavía temblando—. Si me dejaste hacer eso, ¿por qué no me permites probar algo más?

—Tengo que volver…

—¿Por qué tanta prisa? —preguntó, inclinándose hacia mí—. ¿Por qué no nos quedamos aquí toda la noche? —Presionó sus caderas entre mis piernas de nuevo: una horrible insinuación.

Repugnante.

—Estás alucinando si crees que eso va a ocurrir.

—En una misma noche, te he salvado la vida la vida y he probado tus dulces labios. Cualquier cosa puede pasar.

Bajé la mirada, avergonzada. Con prisa e irritación, me empujé fuera de la mesa.

—El rojo te sienta bien —dijo—, sobre todo cuando la sangre corre hacia tu rostro y no fuera de él. —Se rio, pero yo ya estaba saliendo por la puerta.

Volví a recogerme el pelo, utilizando la cinta que lo había sujetado antes para atarlo en su sitio. Pero qué desastre.

Mis manos temblorosas jugueteaban con la cinta en un intento de hacer un chongo, cuando mi rostro impactó contra un pecho duro.

—¡Señorita Lis! —balbuceó una voz nerviosa—. Lo siento tanto, debí haberla vis… —Viktor me puso las manos sobre los hombros, mirándome con sus dulces ojos castaños. Su expresión pareció torcerse de preocupación ante al estado de mi rostro—. ¿Está bien? Parece un poco agotada —me dijo.

—Sí, sí, estoy bien. Solo necesitaba un descanso —exclamé con nerviosismo, deseando alejarme lo más posible de aquella habitación, con mis piernas aún temblorosas—. ¿Qué tal si bailamos? ¡Sí! Bailemos. Vamos.

Mientras avanzábamos por los senderos hacia el área principal del evento, nuestras manos permanecieron juntas. Entre la escasa luz del ambiente, algunos instrumentos de cuerda iluminaban la sala con un espíritu reconfortante. El sol se había escondido y unas cuantas estrellas cubrían el cielo oscuro al otro lado del techo de cristal.

Quizá lo mejor era estar rodeada de gente, pues no deseaba lidiar con mis pensamientos durante el resto de la noche. Tomé una copa de champaña de una bandeja y, de un solo trago, permití que el frío líquido se deslizara por mi adolorida garganta.

Viktor me miraba con perplejidad al tiempo que lo arrastraba conmigo.

Nos unimos a la multitud en la pista. Entonces, me aferré a esta nueva figura con todas mis fuerzas, como si fuera un salvavidas en un barco que se hunde.

—Señorita Lis, ¿está segura de que se encuentra bien? —susurró, colocando una mano en mi cintura al tiempo que tomaba mi mano con la otra.

—¡Sí! ¡Fantástico! ¡Todo va de maravilla! —Me forcé a sonreír, mirando por encima de su hombro con aprensión, como si pudiera irme flotando con cualquier movimiento repentino.

No insistió más; tan solo tiró suavemente de mi cuerpo dándome un apretón de reafirmación en la mano. El gesto me tranquilizó un poco. Al menos Silas no podía montar una escena delante de todo el mundo. Aquí no. Bajé la cabeza hasta el pecho de Viktor; él recargó la barbilla sobre mi cabeza como respuesta.

—Señorita Lis…

—Alina. Por favor, llámame Alina —murmuré contra la solapa de su traje.

—Alina —se corrigió, jugando con el sonido de mi nombre en su lengua—. ¿Quieres que te acompañe a casa?

—*Por favor.*



La cerradura se abrió con un fuerte chasquido y me giré hacia Viktor.

Estaba de pie en el primer escalón, mirando hacia la casa. Sus profundos ojos parecían absorber cada detalle.

Me recordaba a mí misma: la forma en que lo estudiaba todo, como si el mundo guardara secretos.

—¿Quieres pasar? —le ofrecí, abriendo la puerta.

Fingió sopesarlo, dándose unos golpecitos en la barbilla.

—No sé… Es una decisión difícil. ¿Y si resultas ser una bruja?

—Hay cosas peores ahí fuera. Como los alienistas. —Le guiñé un ojo.

Se metió las manos en los bolsillos, echando una tímida mirada hacia sus zapatos.

—Por más que me encantaría, debo irme. Rara vez estoy fuera tan tarde.

—Como prefieras. —Me encogí de hombros—. Llámame algún día, ¿quieres?

—Puedo hacer algo mejor. —Sonrió con timidez—. Te enviaré los artículos que me pediste.

—Trato hecho. Siempre y cuando también te envíes a ti mismo por correo.

—Veré lo que puedo hacer. —Se río.

Con eso, nos separamos por la noche.

CAPÍTULO 13

La Envenenadora

Uno a uno, arranqué de los brotes de los lirios que se hallaban dispersos por la casa. A lo largo de sus tallos, sus delicadas flores blancas en forma de campana estaban dispuestas en filas perfectas. No era del todo favorable seguirle el juego a mi Criatura, pero él bien sabía que yo era incapaz de desperdiciar flores tan perfectas.

Cuando me desperté esa mañana, el rastro comenzaba junto a mi cama, atravesaba los pasillos, bajaba por las escaleras y, finalmente, terminaba en la cocina.

La luz entraba por la ventana, iluminando las pequeñas partículas de polvo que se agitaron con mi llegada. La luz se esparcía sobre el suelo y encima de la mesa, donde se hallaba una pila de fibras misteriosas.

No parecía gran cosa. Desde lejos, podría haberse tratado de un montón de lana abandonada sobre la mesa. Al acercarme, su textura se transformó lentamente en cabello fino, hilado en flores y hojas que juntas formaban una corona. Algunas zonas del cabello estaban

teñidas de rojo en manchas desordenadas, las cuales no parecían intencionales, sino residuos del desorden que había sido necesario para hacerse con los materiales.

En el centro de la corona había una rata. Se encontraba extendida boca arriba, con un corte en forma de Y en el abdomen y la piel desollada, sin cabeza. Todo estaba en su sitio a excepción del corazón, que había sido clavado donde debería estar la cabeza.

No hacía falta ninguna nota. Sabía que era un obsequio de mi plaga favorita.

Ojalá pudiera felicitarlo por su creatividad, pero por desgracia, esto era algo que solo podría darle a los pájaros.

Recogí la corona de pelo con cuidado. Los finos mechones aún conservaban el aceite del cuero cabelludo de su dueño. Podía sentirlo entre mis manos. Arranqué el corazón de rata para colocarlo de vuelta al interior del cadáver, acariciando con cuidado el pequeño cuerpo antes de salir por la puerta trasera.

El amanecer estaba tranquilo. Sin embargo, tan pronto salí al patio trasero, estalló un coro de graznidos a mi alrededor. Lo único que conservé fueron las flores; el resto se lo di a mis amigos los cuervos, que habían establecido su residencia permanente en mi jardín. Después, arrojé el cadáver a la hierba y vi como de inmediato las aves se abalanzaron con gran entusiasmo sobre su comida.

Junto al invernadero, colgué la corona en el comedero para pájaros, con la esperanza de que otros constructores de nidos le dieran un mejor uso. Para este punto él estaba desperdiciando sus obsequios: cada vez que me hacía uno, yo buscaba la forma de reutilizarlo si era posible. Aunque no era tan sencillo hacerlo con las partes de un cuerpo. El único lugar seguro para ellas era enterradas bajo los parterres, donde podían ser devoradas por los gusanos.

Solo agradecí que no hubiera sido algo más complicado, pues no tenía empleada doméstica; no era como que pudiera pedirle a alguien que limpiara restos humanos.



—¿Y dejó claras sus intenciones? —insistió Phoebe, recargada contra sus propias rodillas, que había subido hasta el pecho mientras se sentaba a mi lado en el sofá.

Nos habíamos acomodados frente a la chimenea. Nos hacían compañía unas copas de cristal con licor dulce.

—No, aunque no me hubiera importado que lo hiciera. —Me sonrojé, dando un tímido sorbo a mi copa.

—¡Me encanta cuando pasa esto! Debería convertirme en casamentera. Parece que todo el mundo encuentra pareja en mis fiestas. —Se rio—. ¿Podré verlos pronto a los dos?

—No estoy segura. Me prometió que me enviaría unos artículos. Espero que incluya una tarjeta de visita en el paquete. —Me encogí de hombros, vacié mi copa y la alargué hacia Phoebe.

—¡Pero qué emocionante! Podemos ir juntos al museo, a una feria o quizá a un espectáculo —dijo rápidamente, levantando la jarra para servirme un poco más.

—Suena divertido. —Sonreí—. ¿Y tú?, ¿alguien nuevo?

—Lo mismo de siempre. Me temo que nunca encontraré a alguien tan interesante como tú o como yo, y no me conformaré con alguien aburrido. —Hizo una pausa antes de esbozar una sonrisa de ninfa—. Aunque eso no me impedirá probar nuevos sabores.

—Considerando tus fiestas, los dejarías sin nada, en sus carteras o en sus cavas.

—¿No es eso para lo que sirve un marido?

—*Touché.* —Me encogí de hombros.

Tiré de la manta hasta cubrirnos los hombros, acercándome para que pudiéramos estar cómodas debajo.

—¿Has estado fumando? —preguntó Phoebe.

Negué con la cabeza.

—De vez en cuando, pero no últimamente. No me gusta el sabor del cigarro.

—Ah. —Tomó una de mis trenzas y se la llevó a la nariz. Luego se inclinó hacia mi cuello e inhaló, frunciendo la nariz—. Huele a humo.

—Qué raro. —Arqueé las cejas y me llevé el cabello a la nariz—. Hace dos días que me lavé. Pudo haber sido por salir a caminar a la calle.

—Me lo imaginaba. Nunca te había visto como alguien que pudiera aficionarse al tabaco. Aunque también me imagino que bebes cosas que no deberías. —Rio.

—Claro. —Esbocé una breve sonrisa mientras miraba la trenza que tenía entre los dedos.

—¿Qué tal si nos lavamos? Yo te ayudo, ¡vamos! —masculló, sacando las piernas del sofá al tiempo que me jalaba del brazo para que me levantara.

—¡No hace falta! Lo haré mañana.

—¡Será como en los viejos tiempos!

—¡Teníamos cinco años! No creo que ahora quepamos juntas en la tina.

Sin aflojar su agarre, me llevó hasta el baño. Si algo extrañaba era nuestras pijamadas. Ninguna de las dos tenía a nadie tan cercano, pues buena parte del tiempo estábamos pegadas a la otra. Me preguntaba qué hacía en mi ausencia. Una parte de mi esperaba que hiciera más amigos además de mí, pero, de cierto modo, me sentí aliviada de que pudiéramos retomar nuestra relación como si nada hubiera pasado.

—Parece que te las arreglaste como un bandido en el mercado —comentó, dejando su bebida sobre la mesa mientras tomaba el ramo de lirios que se secaba boca abajo en la puerta.

—Había una promoción. No me pude negar —mentí, girándome hacia la palangana de porcelana.

Me moví vacilante a abrir el grifo, pero el agua salpicó de forma extraña, lo que indicaba que había algo en la tina.

Ratas. Dos, no, tres docenas de cadáveres de ratas se amontonaban en el fondo de la tina. Todas estaban abiertas de la

misma forma que la anterior. El agua las empujaba unas contra otras, haciéndolas moverse de arriba abajo como un morboso pantano de arándanos rojos.

Sentí náuseas; me cubrí la boca con la mano.

—¿Necesitas que te sujete el pelo?

—¡No! No, Phoebe —exclamé apresuradamente—. Solo… ¿Podrías ir a buscarme un poco de jengibre?

—¿Estás segura de que…? —Se acercó a mí.

—¡No! ¡Rápido! ¡Por favor, ve a buscarlo! —grité.

Salió corriendo por la puerta, en busca de una especia que ni siquiera tenía en casa.

Mientras me inclinaba sobre la tina, mis manos se aferraron al borde con rabia. Ya era suficiente. Él podía someterme a cualquier juego que quisiera, pero no dejaría que traumatizara a mi querida Phoebe. Ella era un alma gentil; no iba a permitir que él fuera tan descuidado. Al menos los cuervos estarían contentos.

Abrí la ventana sobre la tina. Daba al patio trasero. Era más cómodo dejar entrar a los pájaros que echar a los ratones fuera.

En lugar de cuervos, una Criatura todavía más desagradable se hallaba de pie en medio del jardín.

Estaba en silencio. Lo único que hacía era sonreír con las manos en los bolsillos.

Hice un ruido de disgusto con la lengua entre los dientes, antes de alejarme de la ventana.

Cerré la puerta del baño con llave al salir. Yo sola me preocuparía por el desastre a la mañana siguiente.

—¡Ya me siento mejor! —le grité a Phoebe, bajando las escaleras a toda prisa en dirección a la puerta trasera, para comprobar las cerraduras.

Cuando miré por la ventana, no había ninguna figura en el exterior.

CAPÍTULO 14

La Criatura

Aquel día, ella se apuraba como una musaraña enloquecida, reuniendo sin pensarlo todo lo que necesitaba para el agujero que estaba a punto de cavar para sí misma.

Día con día, sus objetivos parecían estar grabados en piedra, pero hoy su misión parecía ser otra. Quizás mis regalos la habían inspirado a romper con su implacable rutina.

Aguardé en las sombras del pasillo, escondido mientras ella se movía de un extremo al otro del dormitorio. Podía verla a través de la puerta entornada, su silueta temblaba con la luz de las velas.

Ni siquiera se molestó en encender las lámparas de gas, lo cual significaba que se marcharía pronto.

Mantuve mi espalda contra la pared junto a la puerta. Delineada por la luz de la vela de su tocador, su figura comenzó a despojarse de algunas capas.

Luchó con los botones en la parte trasera de su alto escote; deseé con todas mis fuerzas poder ayudarle a desvestirse más deprisa. Finalmente, consiguió desabrocharlos y deshizo el resto con dolorosa

lentitud. Se deslizó el vestido hacia abajo, dejando su ropa interior al descubierto. El resto de su cuerpo permanecía oculto tras sus enaguas y un traslúcido corsé blanco. Se asomaron unas medias de algodón negro, al tiempo que se ajustaba las ligas, atando una pequeña bolsa debajo de su falda. Al recogerse el cabello, se colocó la acostumbrada aguja.

¿Era para mí?

Se vistió con lo que me gustaba llamar su atuendo de trabajo, que consistía en una falda de lana para pasear y una blusa sencilla. La prenda final era un par de botas repletas de lodo.

Esas eran sus botas para caminar; debía de tener trabajo por hacer esta noche. Por lo general, llevaba consigo una bolsa para las entregas, así que esta vez iba más ligera de lo habitual. Sentí curiosidad por descubrir con quién iba a encontrarse. Cuando terminó, abrió la puerta de golpe y pasó a mi lado sin mirarme.

De nuevo, esa desagradable preocupación. Pobrecita.



Su paseo por las calles sinuosas comenzó a resultarme familiar.

Se dirigía a verme.

Observé con atención cómo se acercaba a la casa, inspeccionando el exterior de nueva cuenta. Había dejado la puerta de servicio abierta, pero ella no picó el anzuelo. En cambio, la vi agacharse para abrir la ventana del sótano, deslizándose al interior.

Por fin, una movida en forma.

Comenzaba a preguntarme cuánto tiempo me dejaría coquetear con ella antes de contraatacar.

Tras rodear la mansión, subí hasta el borde de piedra para echar un vistazo al interior. Ella se movía de un lado al otro, rebuscando entre mis cosas para hallar el sitio perfecto donde colocar su trampa.

Era como estudiar a un animal en su hábitat natural, descubriendo cómo se comportaba cuando creía que nadie lo estaba

observando.

No tardó mucho en entrar en mi estudio. Dejó la puerta abierta,

así que pude ver perfectamente cómo vertía uno de sus viales en mi decantador de vidrio.

Pero qué descarada. Quizás era momento de que yo «volviera a casa».

Me acerqué a la puerta principal; la abrí con lentitud para darle tiempo de recomponerse. Cuando giré la perilla, la cálida luz de mi hogar me dio la bienvenida.

Para tratarse del lugar donde menos tiempo pasaba, era bastante espacioso. Aunque lo utilizaba para reuniones y otros fines más bien egoístas, por lo demás era igual a un laberinto. Si no hubiera contratado a mis criadas, la mayoría de las habitaciones estarían cubiertas por una gruesa capa de polvo. Al entrar, un gran vestíbulo y dos tramos de escaleras se unían para formar un balcón central sobre la sala. A mi izquierda, se hallaba la sala de estar y a mi derecha, mi estudio privado. Justo delante de mí había un pasillo que conducía a las muchas habitaciones que solían permanecer vacías.

Un movimiento súbito desapareció en la esquina, seguido por un ruido de pasos.

Pero qué provocadora.

Dejé caer las llaves sobre una pequeña mesa junto a la entrada, haciendo que estas resonaran con fuerza sobre la madera.

Se escuchó el suave arrastrar de unos pies.

Yo no tenía ningún objetivo concreto más que deambular por la casa. Avancé con lentitud, preguntándome si cada paso me hacía estar más o menos cerca de ella.

En cuanto entré en el largo pasillo que conducía a las habitaciones del primer piso, percibí un aroma.

Al seguir hacia el frente, el profundo gorjeo se intensificó en el centro de mi pecho. Me encontraba lo suficientemente lejos como para hacerle creer que ella llevaba la delantera. Podía oírla arrastrar los pies por las habitaciones conectadas a la izquierda del pasillo.

Seguí de cerca el rastro de olor, atravesando una de las salas de estar hasta haber cruzado otra por el medio.

Una sombra se movió brevemente bajo una de las puertas.

Ahí estás.

Conforme avanzaba por el pasillo, el aroma se hizo cada vez más notorio. Llegué a la habitación en la que se escondía. No entré. Ella se encontraba justo al otro lado de la puerta. Me recargué contra la madera, inhalando lentamente. Podía oler su miedo: el sudor que descendía por su nuca y el calor que sin duda le ardía en las mejillas.

Actuar con premura en una ocasión tan especial sería un desperdicio; había esperado mucho tiempo a que ella hiciera algún esfuerzo de este tipo. Las ventanas del primer piso no podían abrirse, así que, tarde o temprano, ella tendría que salir.

Me alejé de la puerta y tras caminar por el pasillo, me detuve en el otro extremo.

A esperar.

Hice todo lo posible por reprimir ese chasquido involuntario que luchaba por escaparse de mi garganta. Aunque me dolía contenerlo, verla salir valía la pena.

Puntual como un reloj, Alina tardó veinte minutos en sosegar su pulso lo suficiente como para dar el siguiente paso. Podía oler cada latido que empujaba la sangre por sus venas. La adrenalina le sumaba un toque picante a su aroma habitual.

La sombra se escabulló fuera de la habitación, mirando primero hacia el extremo opuesto del pasillo: un callejón sin salida. Entonces giró el rostro hacia mí.

Su expresión me hizo salivar. Sus ojos azules se entrecerraron al verme. Un destello de horror adornó sus delicados rasgos antes de que su mente se extraviara en cálculos, imponiéndose una impresionante fachada para ocultar el terror que se escondía bajo su piel.

¿Qué piensas hacer ahora que te han atrapado en tus propios términos? Esta vez, tú eres la que empezó. Tú quisiste esto. Tendrás que perdonarme por lo que haré a continuación.

La vibración resonó a coro en mi garganta, haciéndose más profunda en mi pecho a medida que se tornaba más hambrienta,

más *ávida*.

En lugar de entrar en pánico, ella enderezó la espalda al tiempo que se movía hacia el centro del pasillo, completamente a la vista.

No sirve de nada esconderse. ¿Ahora qué sigue?

Se quedó en su sitio, escrutándome de pies a cabeza, evaluando sus opciones. No le quedaba ninguna, en realidad. O por lo menos no demasiadas.

Saqué la mano del bolsillo, arrojando una mirada al reloj en mi muñeca. No sentía una curiosidad especial por saber qué hora era, pero estaba seguro de que para ella, el tiempo transcurría como una eternidad. A cada instante que pasaba quieto, sin hablar, podía intuir cómo la inquietud la consumía por dentro, aunque se negara a demostrarlo. Le daría cinco minutos más; entonces, haría que lo confesara.

—Las tres y veintiséis —dijo ella. Miré en su dirección—. La hora —aclaró.

—Me lo imaginé.

—¿Cuántos minutos más antes de que empieces?

—Creí que estaba claro que te estaba esperando a ti. Este es tu juego, querida.

—No me llames así.

—¿Querida?

—No.

—Pero qué terca. —Chasqueé la lengua, metiendo de vuelta la mano en el bolsillo del pantalón—. ¿Qué será, entonces?

Se había soltado el pelo durante nuestra conversación, lo cual solo podía significar una hermosa cosa: agujas.

Empujó una de las puertas. Supuse que intentaría sortear las habitaciones comunicadas.

Era escurridiza, pero yo era más rápido.

Abrí la tercera puerta de una patada, golpeándola con ella antes de que pudiera salir. Se desplomó hacia atrás.

—Estoy cansado de este juego. —Me acerqué al cuerpo débil en el suelo. En la mano, se aferraba con fuerza a la aguja de la vez anterior. Sentí nostalgia al recordar el cosquilleo de su veneno.

—No mientas. Te encantan los juegos —repuso con sorna.

—Por supuesto, pero preferiría que la próxima vez fueras un poco más meticulosa. —Sonreí, acercándome a ella.

Ella se movió hacia atrás con rapidez. Tras pisar su falda para impedirlo, me incliné sobre ella.

—Juguemos otro juego. Esta vez lo elijo yo.

Ella soltó una patada y de inmediato, la tomé por el tobillo. Blandió el brazo hacia el frente. Me clavó la aguja en la pantorrilla.

Giré el tobillo bruscamente hacia dentro. El grito que salió de ella solo consiguió emocionarme, haciéndome sentir un poco más excitado.

—Creo que es hora de que tomemos una copa juntos. Te gusta beber, ¿no es cierto? —Arranqué la aguja de mi pierna y la tiré lejos.

Ella no respondió. Sus hombros estaban tensos.

—Lo tomaré como un sí. —Sonreí y, entonces, la arrastré del tobillo con dureza.

—¡No! —Se retorció, dando patadas. Hizo un par de lamentables intentos por aferrarse a los muebles, al pasillo, a las esquinas, a los marcos de las puertas; cualquier cosa que estuviera a su alcance. Incluso se agarró a la alfombra, dejando con sus uñas un rastro de fibras desordenadas hacia mi estudio.

—¡Suéltame! —chilló—. ¡Voy a gritar!

—Esta no es tu casita adosada. Yo soy la única persona que te escuchará gritar. —La arrastré a través de las grandes puertas dobles. A espaldas de un intrincado escritorio ejecutivo, entre los libros que cubrían las paredes, había un alto ventanal arqueado. Por lo demás, era un estudio como cualquier otro, aunque no lo usaba para nada en particular.

Hoy, sin embargo, sería de gran utilidad.

La coloqué frente al escritorio a la fuerza; sin embargo, dejé las puertas abiertas: una vía de escape fuera de su alcance.

Ella se estremeció, mirándome con una furia que solo podía provenir del fondo del mismísimo Flegetonte.

—Relájate. Solo es un trago —dije con inocencia, dirigiéndome a la esquina para llenar un par de copas. Lo que sea que hubiera

vertido en mi decantador no tenía aroma alguno, pero estaba seguro de que, con un poco de presión, me diría de qué se trataba. Al volver, me recargué en la parte delantera del escritorio. Ella no se había movido de su sitio en el suelo.

Pero qué obediente.

Me llevé la copa a los labios, separándolos mientras inhalaba su ardiente aroma. Le lancé una mirada de reojo.

—Sabes, deberías beber tú primero. Es de buena educación que los invitados disfruten primero. —En cuanto le ofrecí un vaso, ella negó con la cabeza—. ¿Alina Lis rechaza un trago? Ahora sé que algo debe de andar terriblemente mal. —Le dirigí una mirada de preocupación impostada.

—Prefiero beber en otro tipo de ambiente.

—Dime, Alina, ¿le has puesto algo a mi bourbon?

—No.

—*Alina* —le advertí—, no me mientas.

—Me ofende que asumas lo peor de mí con tanta facilidad —respondió con tono juguetón.

Me incliné hacia el frente, cerniéndome sobre su delicada figura.

—¿Estás dispuesta a darme tu palabra?

—Te doy mi palabra.

—¿Y por qué lo juras?

—Por Dios.

—No, tiene que ser algo que te importe. —Incliné la cabeza hacia un lado con curiosidad—. ¿Qué te parece sobre tu propia vida?

Sus labios se apretaron en una fina línea.

Ahora te tengo.

—Pongamos esta teoría a la prueba. —Mi sonrisa se hizo más amplia. Eché la cabeza hacia atrás, permitiendo que el licor envenenado inundara mi boca. Enjuagué el líquido para saborearlo mejor. Luego la miré con fijeza.

Sus ojos parecieron suavizarse, mirándome con esa inconfundible vivacidad que había visto tantas veces antes; aunque ella no quisiera que se interpretara de ese modo, sin duda se trataba de una

expresión de esperanza. Aquel destello de curiosidad que brillaba con más fuerza que su fachada parecía ser lo único honesto que había en ella.

La tomé del rostro. Las yemas de mis dedos presionaron sus mejillas, obligándole a abrir la boca mientras sus manos se aferraban a mi muñeca, clavando las uñas en mi piel. Apreté hasta que su mandíbula se abrió para mí.

Escupí el líquido directamente en su boca, presionando mi mano sobre ella antes de que este pudiera derramarse por las comisuras de sus labios.

—Y ahora traga —le dije, inclinándome al tiempo que bajaba la voz.

Un aliento cálido brotó a toda prisa en su nariz para después extenderse sobre mi mano.

Sus ojos se enrojecieron, anegados de lágrimas. Me hubiera gustado pensar que era a causa del miedo, pero sabía que, cuanto más lo retenía, el alcohol quemaba en su boca con más intensidad.

—¿Qué? No es veneno, ¿verdad? ¿Por qué todo el alboroto? —le pregunté, retirando con lentitud la mano de su boca.

Ella misma la mantuvo en su sitio.

Con toda honestidad, me pregunté qué pensaba hacer Alina. ¿Terminaría todo aquí mismo o se sometería a más torturas de mi parte?

Al cabo de un momento, abrió la boca, escupiendo el licor. Se asfixió ligeramente, empapando el frente de su falda y su camisa. Escupió varias veces sobre el suelo, luchando por quitarse la sensación de entumecimiento de la boca.

—Eso es lo que pensé. —Suspiré, caminando alrededor suyo.

Su blusa blanca se tornó traslúcida, formando un pequeño espacio de humedad que permitía ver sus pechos apretados entre sí por el corsé. Era una pena que llevara algo debajo.

—¿Qué haré contigo, eh? —le pregunté—. ¿Qué tal otro juego? Te daré una segunda oportunidad para que recuperes el control sobre este desastre que has hecho.

—No más juegos.

—Eso ya no depende de ti —tararеé, con ideas dando vueltas como un enjambre en lo más profundo de mi imaginación—. Levántate.



CAPÍTULO 15

La Envenenadora

Sus ojos cargaban algo siniestro. Una idea bailaba detrás de esa mirada diabólica.

Me levanté con lentitud.

—Codos y palmas sobre el escritorio —canturreó la Criatura, señalando el mueble con un movimiento de la cabeza.

—¿Y por qué haría eso?

—¿Acaso no quieres salir de aquí?

Exhalando con más dificultad de la que hubiera querido, obligué a mi cuerpo a obedecer. Me incliné sobre el escritorio y coloqué los codos y las palmas sobre la madera oscura. Solo podía concentrarme en los intrincados detalles tallados en la superficie.

La tela húmeda se pegaba a mi pecho y a mis muslos, recordándome lo pegajosa y fría que me encontraba. Los cortes y rasguños me causaban escozor contra la tela empapada de licor.

Mis piernas no dejaban de temblar. No sabía si era por la impaciencia o por la adrenalina de la persecución. Lo habría descrito

como cualquier cosa menos miedo, aunque sin duda esta emoción también estaba presente.

Él se colocó en el extremo opuesto del escritorio.

—Si levantas un solo codo o una sola mano —comenzó, colocándome un mechón de cabello detrás de la oreja—, te mataré. ¿Comprendes?

—¿Cómo hago para ganar? —pregunté con la mirada fija en él, y las palmas temblorosas sobre el escritorio.

—El único premio es que tú decides cuándo morir y, además, que te mataré rápidamente; un favor que no concedo a muchos —dijo con dulzura—. Recuerda, las palmas y los codos.

Dio dos golpecitos en la madera del escritorio antes de darse media vuelta.

Me dejó allí.

Inclinada sobre el escritorio.

Temblando, sola.



La noche avanzaba con lentitud, como una babosa arrastrándose sobre un bloque de sal.

Poco a poco, la luz de la mañana me envolvió con su manto. Dejé de intentar mantenerme erguida. No sería tan malo si sencillamente posaba la cabeza en el escritorio. Con los párpados pesados, finalmente me permití descansar un poco, mientras el miedo al demonio que acechaba en algún rincón de la casa desaparecía de mi mente.

—Buenos días —susurró una voz baja en mi oído. La voz de Silas hacía parecer que recién estaba despertando. Hizo ecos en mi cabeza mientras hablaba. No abrí los ojos hasta que sus manos se posaron en mis caderas.

—¿Qué estás haciendo? —incliné la cabeza para mirar por encima del hombro.

—Estoy siendo educado. ¿Que acaso no das los buenos días?

—Sabes muy bien a qué me refiero.

—Ah. —Podía oír la satisfacción en su tono—. ¿Te refieres a esto? —Sus manos descendieron hasta mi falda para levantarla.

—¡Peste asquerosa! —Jadeé, retorciéndome en mi sitio, pero mi corazón dio un salto cuando me percaté de lo cerca que estuve de separar los brazos del escritorio. Lo miré por encima del hombro—. Estás haciendo trampa otra vez.

—Si mal no recuerdo, solo había una regla —se inclinó sobre mí, presionando su pecho contra mi espalda. Deslizó la mano entre mis muslos y jugueteó suavemente con el borde de una de mis medias.

Quería apretar los puños, pero eso significaría mover las palmas. Estaba jugando conmigo, esperando que me moviera.

No se atrevería a hacer nada. Podía acariciarme todo lo que quisiera, pero no me iba a mover.

Sus dedos subieron por mi muslo. Las caricias llegaron hasta la abertura de mi ropa interior, dejando suaves marcas a lo largo de la piel sensible.

Me estremecí; sin embargo, no me moví de mi sitio.

—¿Te estoy poniendo nerviosa? —preguntó, respirando con pesadez mientras enterraba el rostro en mi cabello.

—No estoy nerviosa —respondí con voz cansada.

Con la otra mano, me tomó del cabello por la nuca y tiró hacia atrás para alcanzar mi oreja.

—Ah, mi querida Alina… Quiero hacerte cosas tan terribles y repugnantes. Espero que lo sepas.

Su aliento tibio me hizo cosquillas en la oreja. Entonces alargó esa extraña lengua, lamiéndome la mejilla, sin duda queriendo saborear los restos pegajosos del bourbon de la noche anterior.

—No te tengo miedo.

—Mentirosa —susurró—. Estás temblando tanto que casi vibras debajo de mí.

—Tengo frío. Has desperdiciado un licor excelente.

—Eso lo hiciste tú cuando decidiste escupirlo. Deberías haberlo tragado. Entonces no estarías en esta posición. —Me succionó el

cuello con suavidad—. Me pregunto qué sabor tendrás después de haberte estado marinando en el miedo. ¿Cuánto más me harás esperar de esta forma tan cruel?

—Una eternidad. Sea lo que sea que eso signifique para ti.

—Muy bien. —Suspiró, soltándome antes de retroceder. En cuanto alcanzó el otro lado del escritorio, la Criatura volvió a aparecer en mi campo de visión y se recostó en la silla tapizada en piel. La luz de la ventana a sus espaldas lo hacía parecer una visión celestial, aunque sabía que no debía confiar en ningún tipo de halo, por más bonito que fuera. Recargó la cabeza en la palma de su mano y me observó en silencio, de la misma forma en que lo había hecho cuando me sorprendió en la tina. Quería ver cómo me retorcía, pero esta vez no le daría el gusto.

Tan solo recosté la cabeza sobre el escritorio, cerrando los ojos para descansar un poco más. Tendría que arrancarme del escritorio si quería que me moviera. La paciencia era una de mis virtudes. Solo era cuestión de averiguar cuánta le quedaba a él.

CAPÍTULO 16

La Criatura

Nunca había conocido una mujer tan testaruda.

Recargado en el marco de la puerta, golpeé mi pie en el suelo al tiempo que miraba mi reloj. Ella llevaba por lo menos doce horas en la misma posición. A pesar de su sombría y deprimente actitud, me temí que, esta vez, ella de hecho deseaba seguir viviendo.

Todo esto estaba mal. Ella no había cooperado como debería. ¿Por qué se negaba a jugar según lo previsto desde el principio? De haberlo hecho, no habríamos llegado tan lejos.

Por alguna razón, cuando amenacé con matarla unas horas atrás, no tuve tan buen sabor de boca: las palabras se sintieron amargas en mi lengua.

Cuando imaginé mis manos exprimiéndole la vida, limpiando su carne de entre mis dientes y separándola de los huesos, no obtuve el placer que esperaba. La imagen me dejó entumecido; por mucho que me esforzara por recrearla en mi mente, no sentí nada.

Comenzaba a caer en cuenta de que mi obsesión por ella no correspondía a *ese* tipo de hambre. Su vivacidad, su terquedad, su lengua afilada y su ingenio eran lo que más ansiaba. Su indiferencia ante el riesgo, la forma en que me perseguía y nuestro coqueteo morboso: eso era lo que esperaba con mayor impaciencia. No importa qué tan bueno fuera su sabor; nunca podría divertirme de ese modo con un cadáver.

Mientras la estudiaba desde el umbral, noté que Alina ya no estaba de pie; se había recostado sobre el escritorio, con las rodillas dobladas. Supongo que nunca le dije que debía mantenerse de pie.

Me acerqué a ella, inclinando la cabeza sobre el escritorio para mirar su rostro. Tenía una expresión tranquila, como la estatua de un cementerio. Debía de estar exhausta para encontrarse tan cómoda al descansar en esa posición.

Apoyé la frente contra su cabeza mientras inhalaba profundamente. No me molestaba que tuviera el hedor de un borracho expulsado de una taberna a primera hora de la mañana. Era divertido —casi cómico—, teniendo en cuenta sus propios hábitos. Cuando me aparté, noté que algo más contaminaba su olor.

La estudié con los ojos entrecerrados y enseguida me incliné hacia atrás para mirar el suelo. La alfombra bermellón había cambiado de color. Una mancha roja más oscura había aparecido debajo de sus botas. Si no hubiera estado lo suficientemente cerca como para comprender de qué se trataba, podría haberla confundido con una sombra.

Se había orinado encima.

Esa mocosa malcriada.

—¡Alina! —grité.

Se despertó con un sobresalto. Sus pupilas se encogieron al posarse sobre mí, causando que sus iris adoptaran un azul imposible contra el rojo de sus ojos cansados.

—¿Sí? —Su voz se quebró.

—Vete.

—No.

—Se acabó el juego. Solo vete.

No parecía convencida. Me miró con el ceño fruncido.

—Lo digo en serio. Perdí el apetito. —Gruñí, alejándome del estudio en dirección a la puerta de servicio. Deslicé el pestillo con un fuerte ruido y la abrí. Esperé, mas ella no apareció.

—¡Alina! —grité de nuevo—. ¡Antes de que cambie de opinión! —Seguía sin haber respuesta—. Por el amor de Dios —refunfuñé, saliendo de nuevo al pasillo. Sin embargo, para cuando estuve de vuelta, ella se había marchado.

Entonces oí cómo, al final del pasillo, la puerta de servicio se cerraba de golpe.

Pequeña descarada.

CAPÍTULO 17

La Envenenadora

No me consideraba supersticiosa.

Sobre la tumba de mi padre crecían pequeñas flores.

Dicen que si eres una buena persona, las flores crecen sobre tu tumba. Si eres una mala persona, tan solo crecen malas hierbas.

Seguía convencida de que era un cuento que las personas se contaban a sí mismas para sentirse mejor.

El cuerpo me dolía como nunca. Estaba destrozada. Por todas partes tenía moretones y rasguños —viejos y nuevos—, fruto de los numerosos encuentros con esa bestia de hombre. Además del dolor físico, los músculos me ardían por haber dormido tanto tiempo encorvada sobre un escritorio, sin moverme ni un centímetro durante horas. Todavía me parecía increíble que hubiera escapado con vida en tantas ocasiones, solo por resultar extraña o demasiado molesta.

Me arrodillé ante la tumba de mi padre. Su lápida me pareció tan intimidante e imponente como él. Era una piedra alta y oscura,

tallada en algo semejante al granito. Su máscara mortuoria estaba colocada justo en el centro. Aunque se encontraba «en reposo», su gesto era a la vez severo y concentrado. Cuando su entierro tuvo lugar, me percaté de lo permanentes que eran en realidad las arrugas de su rostro. Era una pena que no lo hubieran enterrado junto a mi madre, pero nunca estuvieron de acuerdo respecto al lugar de su último descanso.

JACEK ALEKSANDER LIS

ABRIL DE 1845-ENERO DE 1889

Más vale un pájaro en mano
que un ciento volando.

Era su frase favorita. Me la repetía tan a menudo que, al leerla, alcancé a oír su voz con toda claridad. A menudo la pronunciaba con respecto a mis ambiciones; constantemente, mi padre me advertía que no acometiera más de lo que era capaz, criticando mis ideas por ser demasiado grandilocuentes, vagas e inalcanzables.

—Estoy segura de que te alegras de verme, ¿no es así, padre? —Hice una mueca, como esperando que me pudiera responder. Sabía que si mi padre me viera ahora mismo, se sentiría decepcionado. Había transcurrido más de un año desde que lo vi en su funeral, antes de huir para ocultarme en el campo—. Ya verás que mi retraso habrá valido la pena. Han pasado muchas cosas desde que llegué aquí.

Pasamos —pasé, mejor dicho— la siguiente hora hablando al aire libre. Él era la única persona a la que podía contárselo todo, pues los muertos rara vez juzgan. Fue terapéutico, aunque también un poco patético. Los difuntos eran los únicos que podían entender mis problemas.

—Phoebe y yo seguimos siendo amigas. Ahora vivo en la vieja casa adosada. He hecho algunos amigos nuevos, quizá también un par de enemigos. Solías decirme que ambos iban de la mano. Es un

equilibrio natural. Aunque, a decir verdad, no sé qué he hecho para merecerlo. —Me reí mientras me mordía las yemas enrojecidas de los dedos—. Y antes de que me lo preguntes, no, todavía no tengo marido.

Respiré hondo, con la garganta encogida por el dolor que me afanaba en contener.

—He descubierto algo nuevo —empecé a decir. Tras arrancar una flor de la tumba, retorcí el tallo entre mis dedos—. Creo que puedo estudiarlo. Sacar algo bueno de ello. Se trata de una nueva criatura. Es… fascinante. Algo que nunca había visto. —Tragué saliva, con los ojos llorosos—. Ojalá estuvieras aquí para echarme una mano. No sé si podré hacerlo sola. Cuando te fuiste, fue como si mi Biblioteca de Alejandría se hubiera incendiado por completo. Lo que ignoro, lo ignoro por completo. Parece que cuanto más aprendo, menos sé. Lo detesto —murmuré, echando la cabeza hacia atrás para rogarle a mis lágrimas que se absorbieran de nuevo en las cuencas de mis ojos. Las nubes cubrían el cielo encapotado, cerniéndose sobre nosotros.

Gruesas gotas de lluvia comenzaron a caer desde esa gris inmensidad. Fueron pocas al principio; luego, antes de darme cuenta, el agua me estaba empapando por completo. Era una lluvia inusual, con gotas más pesadas de lo habitual. Otro mito diría que eso significaba que la muerte estaba cerca. Supuse que la muerte siempre estaba cerca. Después de todo, era mi compañera más íntima; el gato callejero que ronroneaba contra mi puerta, sabiendo que era una fuente confiable de alimento.

Cuando finalmente me puse de pie, las rodillas me dolían por haber pasado tanto tiempo sentada.

—Hagamos esto en otra ocasión. En un día más alegre. —Arrojé la flor sobre el lecho de hojas.

La lluvia me recordó lo mucho que el clima había enfriado en esos meses. El otoño estaba terminando con rapidez. Incluso con mi atuendo negro, no podía evitar que el frío penetrara en mis huesos, en mi mente, en mi estado perpetuo.

Caminando por el sendero repleto de neblina, pude ver algunas urracas que se posaban a mi alrededor, así como un par de gatos que

corrían entre las tumbas en busca de refugio. La niebla se removía a su paso, enroscándose antes de desaparecer en el aire. Si ni siquiera los cuervos tenían algo que decir, una tormenta debía de estarse avecinando.

A pesar de la lluvia, el cementerio poseía una inquietante belleza: siglos de secretos ocultos bajo el suelo cubierto de hiedra, encerrados en sus criptas para siempre. Como una especie de arboreto, este cementerio gozaba de la protección de los árboles que lo rodeaban. Cuando seguía con vida, mi padre solía venir en busca de insumos, pues no había muchos lugares cercanos a la ciudad donde fuera posible hacerlo.

Las estatuas se alzaban imponentes, mirándome con lástima mientras caminaba entre ellas. A pesar de sus elegantes formas, los ojos de los ángeles siempre me parecían un poco severos. Me juzgaban, mirándome con desprecio. Por eso, mis estatuas favoritas del cementerio eran las de perros, caballos, o bien, la de una mujer dormida que descansaba sobre una tumba.

Al transitar por un sendero oscuro, unos graves chasquidos armoniosos penetraron la espesa niebla. El aire enrarecido permitía que el sonido viajara como la luz que resplandece en el cielo.

Ahora no.

Avancé por el sendero, cruzando un puente cubierto. Me escondí bajo la hiedra que colgaba frente a las catacumbas olvidadas. Un trueno retumbó en el cielo, haciendo vibrar las paredes. Al exterior, los árboles comenzaron a agitarse, chocando entre sí con un coro de crujidos, golpes y silbidos.

Si aquel chasquido se repitiera, no habría podido escucharlo entre los sonidos de la tormenta que comenzaba a formarse; sin embargo, no me quedé para averiguarlo. Bajo el puente se abría un camino de catacumbas, con un cedro que crecía desde lo alto de una estructura en el centro. El camino circular a desnivel rodeaba el árbol, bordeado por una multitud de puertas que daban a tumbas privadas y escaleras que conducían al nivel superior, dividiendo la estructura circular en cuatro partes.

A lo largo del camino, crecían altas ramas de acanto espinoso, descuidadas por el jardinero; una larga planta con pequeños frutos semejantes a aceitunas, colocados ordenadamente a lo largo de su tallo. Los bordes de las hojas se curvaban formando puntas afiladas.

Arranqué una del suelo, pinchándome las manos en el proceso. No llevaba nada afilado con lo que defenderme; esto me serviría de ser necesario.

Se escucharon pasos debajo del puente, así que subí corriendo las escaleras para llegar a un lugar más elevado, ignorando tanto el aire frío que azotaba mi piel como el roce de mi húmedo vestido de luto.

Me asomé desde arriba, encorvada, viendo cómo la Criatura rubia entraba en mi campo de visión. Cuando pasó debajo de mí, distinguí otra serie de ruidos guturales. Frustrado, dio una patada a la pared, murmurando al tiempo que se pasaba la mano por el pelo mojado.

Mientras me recargaba en el borde del terreno elevado, un poco de tierra se desprendió del borde hasta caer sobre su hombro.

Levantó la cabeza de golpe y ambos nos quedamos paralizados por un instante. Como si nos estuviéramos apuntando con pistolas a la cabeza. Los dos permanecimos inmóviles. Un relámpago iluminó el cielo y el destello se reflejó en sus ojos, una analogía perfecta de lo intensa que resultaba su mirada.

La parálisis se interrumpió cuando él se movió a toda prisa hacia las escaleras.

Retrocedí, corriendo hacia las tumbas altas que se extendían por el cementerio como casas en una ciudad en miniatura. Las puertas selladas no cedieron cuando tiré de cada una de sus manijas, desesperada por encontrar una que estuviera abierta. Corrí entre las lápidas, saltando de una tumba a otra mientras él se acercaba por mi visión periférica. Subí a los sarcófagos cubiertos de musgo, ascendiendo por la empinada colina hasta llegar al siguiente rellano.

Me detuve en una encrucijada. La garganta me ardía por el cansancio; la pausa apenas me aliviaba del pánico. La multitud de imponentes estatuas me rodeaba como un jurado, mientras que mi verdugo se hallaba cada vez más cerca, justo detrás de mí. Al

girarme hacia cada uno de los caminos, los mechones de cabello mojado me golpearon el rostro. Ningún sendero parecía mejor que el resto; cada uno tan oscuro y desconocido como el anterior, con la lluvia mezclando todas las sombras en una misma.

Solo entonces el destello de un relámpago me indicó qué camino no debía tomar. La luz iluminó una figura en el medio, la cual se acercaba con una firmeza calculada que solo podía provenir de un ser verdaderamente despiadado, listo para matar.

No importaba qué camino eligiera, siempre y cuando no fuera el suyo.

Me apresuré a campo traviesa entre las tumbas. Corriendo a toda prisa, fui derribando lápidas pequeñas y humildes, sin prestar atención a las almas perturbadas bajo mis botas.

Lo perdí de vista. Al acercarme a una tumba de gran tamaño, dos manos entrelazadas talladas sobre el marco de la puerta rezaban: «Nos volveremos a encontrar». Mis manos tocaron las puertas solo por un instante.

Mi cuerpo fue empujado hacia el frente, a través de las puertas. Unos brazos fuertes forcejearon conmigo en el suelo. Tomé ambos extremos de la planta espinosa y empujé la hierba afilada contra su garganta, manteniéndolo lo bastante lejos como para que no pudiera morderme.

Me siseó, mostrando los colmillos con tanta rabia y violencia que comprendí que sus amenazas de matarme podían ser sinceras y sobre todo, que no le costaría mucho trabajo cumplirlas. Era un depredador en todos los sentidos. No había razones para esperar nada humano de su parte; sería una idiota si lo hiciera.

Empujé con todas mis fuerzas el arbusto espinoso contra él. La sangre negra comenzó a brotar de su piel mientras él empujaba con más fuerza en mi dirección. Levanté las rodillas y lo empujé hacia atrás con una patada para ponerme de pie nuevamente, pero su persistencia no tenía límites.

El tallo espinoso le arañó la cara, cortándole la piel, pero eso no pareció persuadirlo en lo más mínimo.

Sus ojos se inundaron de negro, entornándose mientras se abalanzaba de nuevo sobre mí. Me tomó del cuello antes de empujarme hacia atrás.

Mis corvas golpearon el borde del sarcófago de piedra. Él me estrelló contra la roca y al caer, mi cabeza se golpeó. La fuerza del golpe me dejó sin aliento.

Enterré las uñas en su muñeca, jadeando en busca de aire. El corazón me daba golpes contra las costillas, amenazando con salirse del pecho si no conseguía escapar. Él apretó con más fuerza, dejándome inmóvil contra la losa.

Intenté levantar la rodilla de nuevo, pero él me separó las piernas con una patada y se colocó entre ellas con firmeza.

—¡Suéltame! —intenté gritar, pero su agarre me lo impedía.

Entonces me levantó el vestido con la mano libre, echando una de mis piernas por encima de su hombro.

—*¡No!* —grité. Mis ojos se abrieron por completo. Luché contra él, aferrándome a todo lo que podía. Se me inundaron los ojos de lágrimas. Era la primera vez que sentía tanto miedo hacia él. No podía hacer nada. Él estaba a punto de acabar conmigo y yo sería demasiado débil para detenerlo.

Deslizó la mano por mi cuello hasta la mandíbula, obligándome a estirarlo, dejándome a su merced. A esa distancia, podía ver cómo sus colmillos temblaban frente a mi cuello palpitante. Se sacudía como un animal rabioso, listo para destrozar lo que pudiera atrapar entre sus fauces.

—¡Silas! —Mi súplica brotó mezclando un grito con un sollozo, indecisa de si quería morir luchando o paralizada por el miedo.

Detuvo su cuerpo tembloroso justo encima del mío, con los ojos clavados en mi cuello. Su cabello anegado dejaba caer gotas sobre mi rostro, las cuales se mezclaban con mis lágrimas frescas.

Fue como si, al oírme gritar su nombre, algo se rompiera en su interior, aunque él mismo no supiera cómo interpretarlo. Su rostro tenía una expresión angustiosa. Se sentía furioso, frustrado o en

conflicto; fuera lo que fuera, no iba a seguirme tolerando un instante más.

—Repítelo.

—S-Silas… —Tragué saliva con dificultad, resintiendo un bulto en la garganta.

—Así no —dijo con voz temblorosa.

—Por favor, no… —Me revolví. Las lágrimas calientes manchaban mi rostro, se acumulaban en el espacio de mis orejas. Sin embargo, me esforcé por mantener una expresión severa.

Se acercó, casi rozando su nariz con la mía. Era como si estudiara un enigma. Parecía incapaz de reconocerme en aquel estado.

—Dilo una vez más —dijo en voz baja.

—Te odio. —Mi voz se quebró. La garganta comenzaba a dolerme por la ansiedad y la presión de sus dedos.

—Otra vez —exigió, enterrando el rostro en el hueco de mi cuello y apretando aún más las caderas entre mis piernas mientras dejaba que sus largos dientes afilados rozaran mi piel.

—*Silas* —logré articular—, no estoy lista, por favor.

Este es el final, ¿no es cierto?

Irritado, dejó que su cabeza diera un golpe contra la piedra junto a la mía.

—No puedo hacerlo —susurró, permitiendo que mi pierna se deslizara hasta caer de su hombro.

Se echó hacia atrás, estudiando el lamentable estado en el que me encontraba. Tan pronto soltó mi cuello, la sangre corrió deprisa hasta mi cabeza. Solté un quejido, aliviada de respirar al fin el aire húmedo a mi alrededor. Cerré los ojos y tosí. Con avidez, intenté aspirar todo el aire fresco que pude, hasta que la ráfaga me irritó la garganta. Me mantuve a la espera de lo que vendría después, pero nada ocurrió. La presencia sobre mi cuerpo desapareció y de inmediato, el aire se tornó más ligero con su ausencia.

Cuando abrí los ojos, me encontré con una tumba vacía. Las puertas metálicas daban golpes perezosos entre sí. Arriba, la sombría

rabieta del tiempo seguía su curso, ajena al alboroto que se producía debajo. No había rastro alguno de aquel demonio de cabello rubio.

CAPÍTULO 18

La Envenenadora

Dormí un poco de más. No, Phoebe, calma, por favor. Solo bebí demasiado. No me encontraba bien. ¡Te prometo que todo está en orden! —le supliqué, aferrándome al teléfono mientras recargaba mi cuerpo contra la pared.

—¡No me mientas! ¡Te llamé una y otra vez hasta que me di cuenta de que ni siquiera estabas en casa! —gritó ella—. ¡Iba a presentar una denuncia ante la policía si seguía sin saber de ti!

—Phoebe, no sucedió nada. Te prometo que me encuentro bien. Estaba visitando a alguien y tomó mucho más tiempo del que esperaba. Y después ayer fui a visitar a mi padre. Simplemente perdí la noción del tiempo.

Tomó un suspiro tembloroso; no se tranquilizó cuando le mencioné que había tenido compañía. La tensión era palpable incluso a través del teléfono.

—Puedes venir un rato si quieres, ¿te parece? Necesito un consejo sobre algo —ofrecí.

—¿Un consejo?, ¿sobre qué? —Su interés se despertó.

—Yo… eh. —Pausé un instante—. Me quedé sin prendas para usar.

—Estaré ahí en treinta minutos. —No perdió el tiempo y colgó el teléfono con un clic. No era difícil convencer a Phoebe para que me visitara, *especialmente* si había prendas de por medio.

Apoyé la cabeza sobre la pared junto al teléfono, dejando salir un largo suspiro de exasperación. Hoy iba a ser un día largo. Podía sentirlo.

Pasé casi toda la mañana frotándome la piel. No solo porque me sintiera asquerosa, sino porque el whisky envenenado de aquella noche me había provocado una erupción rosada que hizo su aparición al día siguiente. Me puse el vestido más ligero y menos áspero que encontré: un vestido de seda para tomar el té que Phoebe había olvidado alguna vez. Su textura suave calmó mi piel irritada. Se sentía como tener una quemadura por fricción en la parte delantera del cuerpo.

Mi plan no solo había fracasado, sino que me estalló en la cara más deprisa que la pólvora mal empaquetada. Él no tuvo que hacer gran cosa; la humillación se debió exclusivamente a mi falta de previsión. Me halló demasiado rápido. Debió de haber visto cómo entré en su casa y, sin duda, cómo envenené su decantador también.

Pero qué amateur.

Se le veía furioso cuando me ordenó que me marchara. Sonreí al pensar que por lo menos, todavía era capaz de provocarle algún tipo de molestia. Aunque me hubiera atrapado, de todos modos había salido victoriosa: seguía *con vida*.

Mi sonrisa se desvaneció al comprender que, indudablemente, vendría pronto por mí. Antes, en el cementerio, parecía bastante decidido. Mi única pregunta era por qué no me había asesinado en ese momento. Era probable que la próxima vez no quisiera andarse con tantos rodeos. Menos mal que Phoebe vendría. Debería sugerirle que se quedara a pasar la noche.

El timbre de la puerta me sobresaltó.

Eso había sido rápido. ¡Juraría que acababa de colgar el teléfono!

Abrí la puerta y descubrí una figura alta con varios montones de libros y un bolso de piel.

Mi querido Viktor, pero qué mal momento has elegido.

—Pensé que era mejor entregarlos en persona, dado que son préstamos, pero después no supe elegir cuáles, así que los traje todos. No están encuadernados. —Viktor miró con timidez por encima del borde de sus finos anteojos—. Lo siento, debería haberte llamado antes, pero por desgracia no tomé tu tarjeta.

—¡No! No, está perfectamente bien. Pasa, por favor —dije rápidamente, mirando por encima de su hombro en caso de que hubiera más visitantes inesperados. Por suerte, no encontré ninguno.

—Es más grande por dentro —comentó, balanceando los libros en sus brazos al tiempo que miraba la ventana circular sobre la escalera.

—No es mía —dije, cerrando la puerta tras él—. Solo estoy usando la casa desocupada de una amiga.

—¿Tienes amigas con casas *desocupadas?*, ¿como si fueran ruedas de carruaje tiradas por ahí? —bromeó.

—Lo sé, suena bastante frívolo puesto de esa forma. —Me rasqué la piel irritada de las palmas—. Déjame ayudarte con eso. Ven. —Tomé algunos de los libros entre mis brazos, haciéndole señas para que me siguiera hacia la sala.

Las paredes de la sala estaban cubiertas con estanterías de libros y en una esquina, había una escalera con ruedas para alcanzar las repisas más altas.

—Sobre la mesa de té, si no te molesta —le indiqué, sentándome con los libros mientras inspeccionaba los títulos en sus lomos, así como los números de volumen.

—Supongo que los libros no pertenecen a tu amiga.

—No, son de mi colección personal. La mayoría los heredé de mi padre —dije sin apartar la vista de las páginas, mientras él se sentaba a mi lado en el sofá de dos plazas.

Tras meter la mano en su bolso, sacó tres artículos sin encuadernar que sumaban unos cuantos centímetros de grosor.

Mis ojos relucieron cuando me los entregó. Leí los títulos con cuidado. Todos eran artículos de revistas botánicas actuales, en los cuales se detallaban nuevas especies de flora, guías y otros temas relacionados con la química de las toxinas naturales. El único obsequio que se le podía comparar hubiera sido tres docenas de naranjas.

—¿Estos están bien? —preguntó, alargando el cuello para averiguar cuál estaba hojeando.

—Son más que *perfectos* —dije irradiando de emoción. Rodeé su cuello con los brazos, dándole un fuerte apretón—. Gracias, Viktor.

Sus manos parecieron titubear; se acercaron a mi cintura, flotando justo encima antes de rodearme y corresponder el gesto.

La cerradura de la puerta principal hizo clic y la puerta se abrió de golpe.

—Tengo algunas opciones, pero no encontré muchos colores que no fueran a causarte náuseas solo de verlos… —La pelirroja entró con la llave de repuesto y mirándonos desde el vestíbulo, se asomó a la sala—. Oh, ¿interrumpo algo? —Movió las cejas, mirándome de forma sugerente.

—No, no, Phoebe. —Sonrojada, solté a Viktor y me alisé la falda antes de levantarme del asiento—. ¡Este es Viktor! El Viktor que conocí en el jardín botánico…

—¡Sí, claro! No creí que hubiera ningún otro Viktor. —Phoebe se rio y le tendió la mano—. Phoebe Aston, encantada de conocerte.

En cuanto se puso de pie para saludarla, su altura hizo que Phoebe pareciera más baja todavía. Tomó su mano y la estrechó.

—El placer es todo mío. Si alguna vez busca un sitio donde celebrar eventos, tengo algunos contactos entre los conservadores de museos, en caso de que le interese.

—¡Por supuesto que sí! Tome mi tarjeta. —Rebuscó en su bolso de mano antes de entregarle una tarjeta de color rosa pálido con su nombre y su número.

Él asintió, tomando la tarjeta antes de guardarla en su saco con una palmadita sobre el bolsillo.

—Le llamaré para hacerle saber si encuentro algo.

Phoebe se asomó por encima de él para mirarme, alzando una ceja.

—Las prendas te deben estar escaseando desesperadamente, si te has puesto *blanco* por una vez.

—Puedo dejarlas solas; parece un asunto importante. —Viktor se frotó la nuca.

—¡No! ¡Quédate! —Sonreí—. ¡Cuantos más, mejor! He tenido unos días sumamente largos. Es agradable tener compañía —dije, negándome a admitir que mi disposición se debía al miedo que sentía. Necesitaba testigos. Mi Criatura solo me molestaba cuando me encontraba sola; rara vez aparecía si había otras personas presentes. Podría estar en la casa en esos momentos, esperando a que se marcharan.



—Se me quemó el café. Espero que lo tomes negro —farfullé, tambaleándome hacia Viktor mientras ponía la taza sobre la mesa.

Había ropa esparcida por las sillas, los respaldos del sofá y en una pila desordenada sobre el suelo, como resultado de la decisión de beber juntos los tres mientras juzgábamos la selección de Phoebe.

—¡Lo has preparado exactamente como me gusta! ¡De hecho, lo prefiero más quemado aún! —El acento de Viktor se acentuaba cuando estaba borracho. Llevó el borde de la taza a su boca, sorbiendo el café sin dificultad. Chasqueó los labios burlonamente—. ¡Delicioso! No te preocupes, así le da más sabor.

Esa noche, Viktor nos había convencido de beber vodka en lugar de licor oscuro. Él se encontraba perfectamente bien: sin embargo, tanto Phoebe como yo teníamos las mejillas sonrosadas y reíamos como colegialas, rebuscando al azar entre las prendas.

Me reí de él al tiempo que me acercaba a Phoebe, quien extendía otro vestido frente a mí.

—¿Qué tal este?

—Viktor, el azul, ¿es un sí o no? —le pregunté, girando hacia él mientras sostenía el vestido contra mi propio cuerpo.

—Cualquier color te quedará bien. —Suspiró antes de recostarse en el sofá, aunque sus piernas eran demasiado largas y se balanceaban sobre el brazo.

—Eso no es verdad —lo regañó Phoebe—. Nadie se ve bien con naranja.

Puse los ojos en blanco y le devolví el vestido.

Cuando me di vuelta, el vestíbulo se había sumido en una oscuridad que parecía infinita, amenazando con extenderse eternamente si no dejaba que mis ojos se acostumbraran a la penumbra.

Fue entonces cuando lo vi: esa silueta inconfundible junto a la ventana de la cocina, al otro lado del pasillo. Tenía razón al pensar que no se acercaba a mí cuando había gente cerca. Sin embargo, ahora que sabía que se encontraba en la casa, no podía permitirme que nadie se fuera.

Seguía enojada con mi Criatura.

—Déjame ver ese —dije, señalando con desgana un vestido rojo.

—¿Rojo?, ¿estás segura? —masculló Phoebe.

—¿Por qué no? Me siento más audaz que de costumbre —bromeé —. ¿Viktor?

Al oír su nombre, se apuró a sentarse con firmeza, como un cachorro.

Viktor observaba todo con curiosidad, portando la misma mirada de asombro con la que había estudiado las plantas del jardín, profesándome el *mismo* respeto. Era una sensación nueva saber que dos hombres me miraban de ese modo, aunque tenía por seguro que, más tarde, uno de ellos en particular me lo reprocharía.

Phoebe sostuvo el vestido rojo contra mi piel, tratando de ver cómo se me veía antes de decidir si debía dejar que me lo probara.

—¿Qué te parece el rojo? —le pregunté a Viktor.

Él mantuvo la vista fija en mí, sin siquiera molestarse en mirar el vestido.

—Nada se te puede comparar —se limitó a decir.

—Ni siquiera lo miraste.

—No hace falta. —Sonrió.

—Descarado —dije, arqueando una ceja al tiempo que echaba un vistazo a mis espaldas: aquel familiar espectro había desaparecido. Una sonrisa victoriosa se dibujó en mi rostro en cuanto mire de nuevo hacia Viktor y Phoebe—. Ambos deberían quedarse aquí esta noche. Me temo que he desarrollado el mal hábito de sufrir daños cuando me encuentro en estado de ebriedad.

—Es curioso que no asumieras que iba a quedarme, con o sin tu permiso. —Phoebe soltó una risa, recogiendo mi vestido para ponerlo entre mis brazos.

—¿Es momento de marcharme, entonces? —preguntó Viktor.

—No, tú también dormirás aquí. Además, ¿quién más me ayudará a subir por todas esas escaleras? Ten por seguro que no será Phoebe —bromeé.

—Me temo que eso sería inapropiado, pero sé que Phoebe es más fuerte de lo que parece. Estoy seguro de que podrá lograrlo sin problema. —Se rio, levantándose del sofá con un estirón—. Me marcharé, pero te llamaré por teléfono por la mañana para conocer el progreso de la resaca.

No recordaba haber visto que se fuera, pero sí cómo Phoebe cerró la puerta tras él. Enseguida, ambas nos tambaleamos hasta el tercer piso para llegar a mi dormitorio.

Me dejé caer sobre la cama, sumida en mareos.

Phoebe tiró de las sábanas y se acomodó junto a mí.

—¿Y bien? —canturreó Phoebe, girando sobre su estómago hasta mi lado en la cama—. ¿Piensas quedarte con este?

—Quizá —le respondí, poniendo los ojos en blanco—. Aún no lo he decidido.

—¿Qué te hace dudar?

Me encogí de hombros.

—No sería justo. Mi atención está dividida.

Su sonrisa se desvaneció.

—¿Quién?

—Nadie.

—¿De quién se trata, Alina?

—Nadie.

—Espero que no sea alguien cuyo nombre empieza con una *S*.

—Bien podría serlo. ¿A ti qué te importaría? —Levanté la cabeza y me giré para mirarla de costado.

Sus finas cejas se fruncieron.

—No quiero verte sufrir, eso es todo —dijo mientras me acariciaba la mejilla suavemente, recorriendo con el dedo mis pestañas oscuras antes de pasar a las más claras.

—No tienes nada de qué preocuparte. Puedo lidiar con cualquier hombre que se me cruce en el camino.

Sonrió brevemente antes de abrazarme con fuerza, dejando caer la cabeza sobre mi pecho.

Me detuve un momento, posando mis ojos sobre la pelirroja; debían de ser solo las emociones alebrestadas por el alcohol. Al abrazarla, recargué la barbilla sobre su cabeza.

Mi dulce Phoebe. Te preocupas demasiado por mí.



No podía conciliar el sueño. La erupción ardía con cada roce de las sábanas. Me molestaba que no fuera posible quitarme la piel para lavarla, igual que un vestido sucio.

El único alivio que se me ocurría era volver a prepararme un baño.

El agua se sentía como el Paraíso. Me hundí con la espuma hasta el mentón. Esta lamía mis heridas, me acariciaba. ¿Quién necesitaba el consuelo de otra persona cuando podía sumergirse por sí sola en la tina? El zumbido en mi cabeza era ensordecedor. Debería haber bebido más agua entre tanto licor.

Mi frente descansaba sobre el costado de la tina. Me aferré al borde y dejé caer la cabeza entre los brazos, ocultando el rostro,

buscando concentrarme en el momento. Me ovillé de costado, contra el margen de la tina. Aunque era apenas un pequeño resplandor, la luz restante de la vela me hacía escocer los ojos.

Seguramente me quedé dormida. Flotaba entre el sueño y la vigilia, y de vez en cuando, las náuseas amenazaban con hacerme vomitar.

Una mano apartó el cabello de mi rostro. Hice otro ruido de arcada antes de soltar un quejido; Phoebe debió de haberme escuchado.

—Estoy bien… Vuelve a dormir. Estoy bien, solo… —Pegué aún más las rodillas al pecho, tratando de respirar profundamente con los ojos cerrados.

Respira hondo. No te vas a marear. Estás bien, me repetí a mí misma.

Unos dedos tranquilizadores me acariciaron el cabello, recorriendo mi cuero cabelludo con suavidad. Tras recogerme el pelo, lo dejaron caer sobre el borde, fuera del agua, en caso de que *sí* terminara por vomitar.

—Por favor, vete. No quiero que también te pongas mal si lo que bebí esta velada hace su reaparición. No más vodka para nosotras —me quejé, con la frente aún recargada contra la fría superficie de la tina—. Hmm… Eso es, se siente bien —susurré. Relajada por el tacto, me incliné hacia la palma que acariciaba mi cuero cabelludo. Me encantaba que jugasen con mi cabello.

Entonces el cosquilleo en mi cuero cabelludo cesó; mi cabello volvió a su lugar.

El sonido de los pasos alejándose fue seguido por un aroma abrumador de humo y metal, el cual azotó mis sentidos al igual que un latigazo en los cuartos traseros de un caballo.

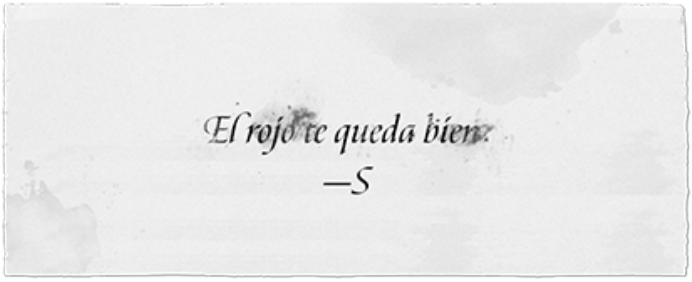
Abrí los ojos de golpe. No había nadie cerca, pero el olor persistía.

Me giré con lentitud. El agua de la palangana se había puesto de un color carmesí, espeso, opaco.

Levanté la vista con vacilación. Una muchacha yacía desplomada en el extremo opuesto de la tina. Su cabello pegajoso se aferraba a su rostro inclinado, adhiriéndose al costado de la tina mientras ella

colgaba pesadamente sobre el borde, con los brazos extendidos hasta hundirse en el agua. Entre sus brazos, un trozo de papel mojado permanecía pegado a la porcelana, justo debajo de su cuello sangrante.

La tinta se había borroneado por la humedad, extendiéndose como venas por las fibras del papel.



Tragué saliva con dificultad, incapaz de concentrarme en nada que no fueran las palabras difuminadas que parecían sangrar en la pulpa del papel antes de convertirse en manchas ilegibles.

Un inquietante chirrido resonó en la casa, llamándome desde la oscuridad. Sin embargo, el llamado era retórico, pues no esperaba mi respuesta.



CAPÍTULO 19

La Envenenadora

Tac.

Balanceé el hacha hacia abajo, clavándola en el tocón.

A diferencia de Phoebe, yo no sentía la necesidad de contar con un equipo completo para mantener la casa. Siendo la única inquilina, contratar empleados me resultaba todavía más vergonzoso. Gracias a mi soledad, me había acostumbrado a hacerlo todo yo misma. Mi padre solía dejarme partir un tronco o dos mientras me enseñaba cómo mantener nuestra casa de campo. Ahora, solo tenía que cortar algunos trozos más pequeños para la estufa de leña, pues los que había comprado eran más adecuados para la gran chimenea.

Otra ventaja de no tener personal era que nadie te cuestionaba cuando añadías tareas más peculiares a la lista.

¡Tac!

Dejé caer el hacha sobre el brazo, justo donde este se unía con el codo. Lo partí en dos.

Nunca antes me había dejado un cadáver completo. Enterrarlo en una sola pieza sería complicado. Los miembros encontrarían un hogar fertilizando mis hortensias. Sin embargo, antes de ponerlos a descansar bajo tierra, permití que los cuervos se llevaran lo que quisieran del montón.

La brisa otoñal se sentía fresca contra el sudor acumulado en mi nuca y mi frente.

Sentí un pinchazo agudo en el abdomen; utilicé el hacha apoyada para recargarme sobre la empuñadura. Este mes, la maldición de Eva me había visitado un poco antes de lo habitual, sin duda por el estrés de tener a un *psicópata* pisándome los talones. No era de extrañar que me sintiera tan aturdida. El dolor empeoraba cuando no me mantenía en un estado constante de tibio malestar, el cual resultaba casi peor que los breves asaltos de dolor en el útero.

Tras dejar los trozos de madera en la caja de leña del vestíbulo, me eché el hacha al hombro y entré caminando con dificultad. Mojadas por la hierba, mis botas dejaron marcas en el suelo, pero me sentía demasiado aturdida como para preocuparme por ello. La blusa blanca que llevaba había sido un error; para ese punto, estaba cubierta por completo de salpicaduras de lodo. Menos mal que mi falda era negra. No necesitaba dos prendas manchadas. El trabajo del día había terminado; la lavandería era un problema del que me encargaría más adelante. Mis músculos exigían un baño caliente; sin la carga de ninguna labor adicional que me sacara de ese estado de relajación.

Cada paso que daba por las escaleras me hacía sentir como si llevara encima una carga ponderosa. Juraría que oí crujir mis articulaciones durante el ascenso. Al final del pasillo del segundo piso, una sombra en el extremo opuesto insinuaba que alguien esperaba a la vuelta de la esquina.

¿Hoy, precisamente?

Hacía falta mucho descaro para presentarse luego de lo ocurrido en su casa, de su rabieta en el cementerio, de dejarme un cadáver

para que me deshiciera yo sola de él. No iba a permitir que interrumpiera mi escaso tiempo de paz.

Con cuidado, dejé que el hacha se deslizara por mi hombro.

¡Tac!

La hoja golpeó la madera de la pared junto a su cabeza cuando giré la esquina.

Tenía los ojos abiertos de par en par. Quizás había logrado atrapar desprevenida a la escurridiza Criatura. Miró el hacha y enseguida miró de nuevo mi rostro. Era una sorpresa *genuina*.

—Cásate conmigo —susurró.

—¡*Fuera* de aquí! —grité, arrancando el hacha de la pared mientras las astillas caían desperdigadas por el suelo.

—No si coqueteas conmigo de esta forma. —Retrocedió unos pasos antes de detenerse, una burlona incitación.

Blandí el hacha de nuevo. Sin embargo, esta era demasiado pesada para alcanzarlo estando alerta. Fallé.

Otro golpe. Se agachó antes de que pudiera alcanzar esa cara petulante.

—Ah, ahora sí que me estás provocando. —Tomó el mango del hacha entre nosotros y me dio un cabezazo en el rostro.

El dolor me atravesó la cabeza y solté el hacha, tropezando hacia atrás antes de golpearme la cabeza contra el suelo.

Cuando levanté la vista, él estaba alzando el hacha por arriba de su cabeza, justo encima de mí.

Me encogí y me cubrí la cara.

¡Pum!

No hubo dolor después del sonido.

Dejé caer los brazos con lentitud, el hacha clavada en el suelo a mi izquierda.

Él me miraba fijamente, esperando a que me diera cuenta de que no me había asesinado.

—Sé apreciar una buena pelea, ¿sabes? Creía que no eras más que una mujer traicionera. Es bueno saber que también puedes atacar. —Pasó a mi lado, agachándose junto a mi cabeza. Cuando se arrodilló,

me puso la mano en la frente y limpió la sangre de la herida que me había causado con el golpe de su cabeza.

—Eso fue infantil. —Le di una mirada rabiosa.

Se chupó la sangre del dedo.

—Valió toda la pena el dolor de cabeza. —Gimió—. Silas, uno. Alina, cero. —Trazó la forma de un cero con sus dedos.



El día siguiente no fue distinto.

Recorrí el pasillo a toda prisa, resbalando con el borde de la alfombra antes de recuperar el ritmo.

Silas no estaba lejos; sus botas golpeaban contra la madera crujiente.

Al pasar junto a un escritorio, tomé una pluma de punta metálica, el único objeto que podía usar como arma con un tiempo tan limitado; era mejor que tener que usar los puños.

Los tacones de mis zapatos dieron golpes duros contra el suelo. Era demasiado tarde para guardar silencio; habíamos pasado la parte sigilosa de nuestra persecución hacía horas. Nunca había logrado eludirlo durante tanto tiempo. Salté por encima de varios escalones hasta bajar al segundo piso.

De pronto, sentí un fuerte tirón en el pelo, jalando hacia arriba mi cuero cabelludo.

Oh, no…

Silas enrolló mi trenza alrededor de su palma y tiró con fuerza.

Grité en cuanto mi espalda dio con su pecho.

—Silas, dos. Alina, ce…

—¡Uno! —Grité y clavé la punta de la pluma en su muslo, aliviando la presión de mi cuero cabelludo.

No supe distinguir si el ruido animal que siguió era fruto del dolor o de la excitación. Prefería no preguntármelo demasiado.

Salté más escalones y di un brinco por encima del barandal, corriendo hacia la puerta trasera que daba al jardín. Estaba a mitad de camino entre el césped y el invernadero, cuando una fuerza me derribó al suelo.

Rodamos unos metros por el impacto, enredados el uno con el otro. Arañazos, mordidas, tirones.

La única pausa que tuvimos fue cuando le clavé una pequeña pala oxidada en el cuello.

Entonces lo único que pudo hacer fue mantenerme en mi sitio colocándose a horcajadas sobre mí.

Al fin, un punto muerto.

Nuestros alientos podían verse en el aire de la tarde, mezclándose en una misma nube de vapor antes de desaparecer.

Estaba enojado, pero al menos también exhausto.

Eso me hizo sentir agradecida; estaba sufriendo el mismo agotamiento por este baile entre los dos.

—¿Cuándo… admitirás… que no voy a ceder? —susurré, con los dedos enrojecidos aferrados al mango de la pala, presionándola contra su piel.

—Lo harás. —Exhaló con cansancio. Mientras recuperaba el aliento, se inclinó hacia atrás con las manos en las caderas, mirándome como si estuviera decidiendo qué haríamos a continuación. La luz tenue hacía que esos crueles ojos grises parecieran más brillantes aún, más calculadores.

Todos los días de esa semana me encontraría con esos ojos, esperando que la última vez que los viera fuera sobre una bandeja de plata.



Empujó mi pecho contra la pared del pasillo fuera de mi habitación, separándome las piernas con la bota.

—¿Qué tenemos aquí? —Apretó sus caderas contra mí, tomándome de la nuca con firmeza.

Ese día me había atrapado mientras me cambiaba.

Solo llevaba encima una fina falda blanca y un corpiño sin mangas. Me encontraba más expuesta de lo que hubiera querido, sin ningún sitio en donde esconder algo punzante.

Tras levantarme la falda por detrás, Silas se quedó mirando mi piel desnuda. Me tomó del trasero y apretó.

Me estremecí con su tacto. Un hilito caliente se deslizó por mi pierna.

—Me siento como si acabara de hallar oro al final del arcoíris —dijo con dulzura—. Ahora todo tiene sentido. ¿Por qué no me dijiste que estabas teniendo la regla? —Sus palabras eran infantiles, burlonas.

Deja de ser tan infantil.

La dejó escurrir por mi pierna, mezclándose con la alfombra persa roja al tocar el suelo.

—¡Ah, pero qué desconsiderado de mi parte perseguirte en este estado! —Su voz resonó en mi oído—. Pero primero, si quieres algún tipo de alivio, suelta eso que tienes en la boca —exigió, extendiendo su mano enguantada frente a mi boca.

Por encima del hombro, le arrojé una mirada larga, hirviente de furia, antes de escupir lentamente un pequeño frasco de cristal sobre su palma.

—Sabía que tenías algo ahí. No es propio de ti rechazar una buena discusión —se burló antes de guardar el frasco en el bolsillo y quitarse el guante con los dientes.

—¿Qué estás haciendo? —exigí. Me empujé con las palmas sobre la pared, pero su agarre en mi nuca me mantenía pegada al tapiz.

—Siendo un caballero, por supuesto —me susurró al oído mientras recogía la tela de mi falda, dejándome al descubierto por delante. El calor de sus dedos bailó a lo largo de mi hueso pélvico antes de ahuecarse entre mis muslos.

—*¡No!* ¡Detente! —protesté.

Su dedo índice empujó suavemente la entrada de mi vagina.

Se me cortó la respiración mientras me empujaba contra su pecho. Este animal me estaba tocando en el peor momento posible. ¿Cómo podía pensar que esto me haría sentir mejor?

Su dedo se deslizó al interior con facilidad, lubricado por la sangre fresca.

—Silas, *por favor*, sácalo —le supliqué, con el cuerpo rígido por la incomodidad tanto por dentro como por fuera.

Añadió un segundo dedo y los movió por dentro con ternura, estirándolos contra mis partes hinchadas. Mi cuerpo soltó un tremor brusco, mi cabeza se echó hacia atrás.

—Así está mejor. Déjame entrar —susurró contra mi hombro, rozándolo con besos suaves mientras sus dedos se frotaban dentro de mí.

Nunca lo admitiría, pero se sentía bien. Muy bien.

Era como si las partes adoloridas de mi cuerpo se derritieran sobre su mano. Aunque la idea era incómoda e impensable, las endorfinas estaban haciendo maravillas con el dolor de mi abdomen, liberando una tensión que nunca sabía cómo manejar más que con láudano.

—*Repugnante*. —Cuando aumentó el ritmo, no pude disimular un jadeo.

—¿Tú? Nunca —me dijo dulcemente al oído, acariciando mi nuca con su aliento.

Aceleró el paso. Todo mi interior se sentía tan sensible, como si hubiera estado aguardando tal liberación.

Con un suspiro, dejé caer la cabeza hacia atrás, sobre su hombro, incapaz de decidir si quería asesinarlo o ceder ante él.

Dio un paso atrás, haciéndonos retroceder hasta que su espalda chocó contra la pared del pasillo opuesto. Su otra mano me acarició el pecho mientras me mantenía pegada a él. Adentro, alcanzó un sitio en lo profundo que rogaba por más.

—Ahí. —Jadeé, tomando su muñeca mientras sus dedos acariciaban mi interior.

—¿Ahí? —repitió, moviendo los dedos más despacio.

Gemí al tiempo que lo miraba con el ceño fruncido.

Me miró desde arriba con un gesto de satisfacción antes de enterrar el rostro en mi cabello, al parecer gozando mi estado de aturdimiento.

—Termina lo que empezaste —le advertí, clavándole las uñas en la mano mientras mis caderas se movían entre sus brazos.

—Si eso es lo que quiere la *princesa.* —Soltó una suave risita.

En cuanto curvó los dedos, sus metódicas caricias hicieron que aquel nudo familiar se apretara aún más en la boca de mi estómago, a punto de dar en el mismo punto que le estaba suplicando que tocara.

El alivio y el placer fueron entumeciendo de a poco el dolor punzante hasta que olvidé que había estado allí en primer lugar. Solo podía concentrarme en sus dedos dentro de mí, en el nuevo dolor que se estaba formando.

A medida que me aproximaba a esa dulce liberación, me mordí el labio inferior, negándome a darle la satisfacción de cualquier sonido que pudiera emitir mientras el orgasmo recorría mi cuerpo.

Una leve vibración emanaba de su pecho mientras mi cuerpo se derretía entre sus brazos, antes de sacar los dedos para inspeccionar el tono escarlata que los revestía.

—¿El punto es para ti o para mí? ¿O es un empate? —canturreó, lamiéndose los dedos hasta dejarlos limpios.

—Qué asco. —Hice una mueca, ignorando su pregunta.

—Sangre es sangre —dijo con una sonrisa burlona—. Aceptaré cualquier cosa que me des. *Cualquiera*.



Este juego se estaba volviendo agotador. Consumía todo mi tiempo y energía, día y noche.

Esta vez, me había acorralado en el ático.

Me quedé de pie en el pequeño balcón, con el cuchillo en la mano. Aquella noche, ese era el único objeto que me quedaba por arrojarle

Su alta figura apareció en la puerta del ático y se abalanzó hacia mí. Me coloqué el cuchillo en la garganta.

Se detuvo de golpe, prácticamente paralizado.

—¿Qué estás haciendo?

—Acabando con esto.

—Estás bromeando.

—¿Eso crees? —Deslicé la punta entre mis pechos, presionando contra la piel para extraer un fino hilo de sangre.

—Detente… —Avanzó con lentitud.

Retrocedí, chocando contra el barandal.

Unos brazos fuertes me separaron del borde con brusquedad, sujetándome contra él, aunque ahora la punta de mi cuchillo se encontraba bajo su barbilla, rozando la carne de su cuello.

—¿Cuál era el marcador? —Presioné la hoja contra su piel.

—Cinco a ocho, a tu favor —murmuró.

—Ríndete o me tiraré del tejado cuando no estés mirando.

—Me rindo —se apresuró a decir.

Una sonrisa de satisfacción se dibujó en la comisura de mis labios.

—¿Puedes bajar eso? —Levantó una ceja, mirando el cuchillo.

Aparté el arma a regañadientes, pero él también lo hizo.

—¿Ya has tenido suficiente de nuestras peleas?, ¿probamos algo diferente? —preguntó, recargándose en el barandal a mi lado al tiempo que sacaba una petaca.

—Estoy cansada de ti. —Me limité a decir, mirando su petaca al tiempo que él le daba un trago.

—¿Un obsequio de celebración? —Me la ofreció.

Él me había mantenido tan ocupada a lo largo de la semana que no tuve ni un momento para dormir, mucho menos para beber. Se la arrebaté de la mano y bebí unos sorbos antes de devolvérsela. Toda esa emoción me estaba causando retortijones en el abdomen, como si alguien me hubiera dado un puñetazo. Habría pensado que Silas era

el culpable, pero nunca me había golpeado durante nuestros pequeños juegos. Lo cual era extraño, ahora que lo pensaba. Solo quería perseguir, atrapar, soltar, repetirlo todo otra vez.

—Sabes, si tan solo te rindieras, ahora mismo te estaría adorando en lugar de perseguirte —me susurró al oído—. Aunque es bastante emocionante cuando juegas a hacerte la difícil.

—No estoy jugando —respondí con frialdad—. No confío en ti. No hay un solo ápice de ternura en tu cuerpo. ¿Qué te hace pensar que alguna vez me interesaría un sádico como tú?

—¿Ni un ápice? —preguntó inocentemente—. Eres una mujer de ciencia. ¿No te halaga que algo superior busque poseerte?

—¿Superior? —lo desafié—. Si mal no recuerdo, la que ganó fui yo.

—Porque te *dejé* que lo hicieras —afirmó con sencillez.

—¿Eso fue lo que pasó en el cementerio? ¿Me dejaste ganar? ¿O fue una derrota?

Se quedó en silencio. Aunque su expresión era imperturbable, pude notar que su cuerpo se tensaba.

Qué interesante. ¿Estaba acaso atestiguando su remordimiento? Si ese era el caso, entonces realmente lo había visto todo.



CAPÍTULO 20

La Criatura

Hoy la encontré en el invernadero.

El crujir de la grava bajo mis zapatos delató mi posición detrás de la puerta.

—Silas, el invernadero es de cristal. Puedo verte.

—No me estaba escondiendo.

Me estaba escondiendo; había asumido que ella no prestaba atención. Al doblar la esquina, me recargué casualmente contra el marco de la entrada.

El invernadero era pequeño, pero eso no le impedía colocar todas las plantas que podía en su interior. Era una colección impresionante; sin embargo, sabía que era mejor no acercarme a nada de lo que tuviera allí.

Alina estaba sentada en un rincón de aquella luminosa sala de cristal, con un libro entre sus elegantes dedos. Ese día vestía de blanco. Era un atuendo menos recatado de lo habitual que dejaba al descubierto su precioso cuello, esa piel pálida que se sonrojaba con el menor cambio de temperatura. La ligereza del vestido hacía que sus

ojos brillaran con un azul imposible, como si me encontrara frente un lago cubierto de hielo, aunque más frío aún. Deseé haber dedicado al menos un poco de tiempo para aprender pintura; entonces sería capaz de plasmar este momento. De otra forma, nadie se atrevería a creer en el espectro que tenía frente a mis ojos.

Sería una hermosa aparición; a decir verdad, desde entonces Alina ya embrujaba cada rincón de mi mente.

Sus ágiles dedos pasaron la página. De su boca colgaba un cigarro apagado.

—Sabes, la parte más agradable de fumar es encender el cigarro. —Me acerqué con cautela, aunque esa mañana ella no parecía tener ganas de huir. Me encontraba lo suficientemente cerca como para percibir su aroma con claridad, sin que la adrenalina o la sangre lo opacaran.

Ella huele a cerezas negras y a cianuro.

—Se me acabaron los cerillos —se limitó a decir, pasando otra página.

—¿Es por eso que no tienes prisa por escapar? ¿Contabas con que yo tuviera fuego?

—Sí. —Inclinó el cigarro en su boca hacia mí, sin apartar la mirada del libro.

Metí la mano en el bolsillo, saqué mi encendedor mecánico e hice girar la rueda hasta encender la llama.

Finalmente apartó la atención de su literatura y se inclinó hacia mí, exhalando el humo del cigarro mientras la punta relucía. Era fácil enamorarse de esos labios engañosos; parecían tan suaves y, sin embargo, ocultaban una lengua más afilada que cualquier otra. Con cada día de persecución mi deseo de destrozarla se desvanecía, pero estaba seguro de que, al mismo tiempo, su deseo de diseccionarme y sacarme las entrañas era cada vez mayor.

En cuanto se apartó, arrastré otra silla para sentarme a una distancia segura y encendí mi propio cigarro en el aire fresco.

El aire de la mañana me pellizcaba el rostro en contraste con la amargura del humo. No era de extrañar que le gustara estar aquí

afuera. Los pájaros revoloteaban durante las primeras horas del día, mientras que el rocío recubría el cristal del invernadero, otorgándole un suave lustre al humilde espacio de trabajo.

Hubiera querido hacer algo para molestarla, pero se veía tan encantadora de esta manera: absorta en sí misma, lo bastante tranquila como para no huir, aunque con la inteligencia suficiente para sin duda llevar algunas armas ocultas entre sus prendas.

En contra de mis impulsos más profundos, decidí dejarla estar: admirarla llanamente, aunque fuera por una vez.

CAPÍTULO 21

La Envenenadora

—Este se parece a ti —dijo Viktor señalando al zorro moteado, disecado en una postura feroz al tiempo que mantenía las fauces abiertas. El espécimen tenía un pelaje oscuro, con manchas rojas asomando entre la capa más densa. Manchas de blanco aparentemente aleatorias cubrían partes de su piel.

—Y este se parece a ti. —Señalé un gusano de cuatro ojos conservado en un frasco con etanol. Él frunció el ceño.

—Bueno, a mí el zorro me parecía tierno.

—¿Quién dijo que a mí no me pareciera tierno el bicho? —Le dediqué una sonrisa burlona antes de seguir adelante con la exposición.

Viktor me había preguntado si quería visitar aquella exposición temporal de rarezas que estaba recorriendo Europa. Me impresionó la habilidad con la que los especímenes estaban articulados, aunque no estaba segura de si la exposición era real; las deformidades y singularidades de animales tanto exóticos como domésticos, expuestas con orgullo para nuestro deleite visual.

Mi favorita era la ternera de dos cabezas. Era muy bonita. La habían colocado de tal modo que parecía que acababa de nacer, con los ojos cerrados, acurrucada. Qué tranquila se le veía. Temía que si hablaba en voz alta, podría despertarla.

Viktor se interesó más por la pared de espinas dorsales, organizadas por colores. Estaba estudiando para ser ortopedista y actualmente, investigaba todo lo que podía sobre la columna vertebral humana. Qué encantador era ver cómo se le iluminaban los ojos al observar las vértebras de cerca: espinas cafés, blancas, negras e incluso verdes. Casi sentí miedo de preguntar de dónde las habían sacado, pero me aseguraron que eran restos de cadáveres utilizados con fines científicos y educativos. Poco importaba si me creía esa respuesta o no; los huesos estaban allí, independientemente de ello.

Una larga vitrina de cristal llamó mi atención. Había tres estantes con cráneos de diferentes formas, tamaños y rasgos, apilados en una fila ordenada. Los miré todos, uno por uno, hasta que di con una pieza especialmente extraña.

Las mandíbulas estaban abiertas, con un largo colmillo expuesto, mientras que el otro se escondía contra el paladar.

Quizás las vitrinas eran auténticas después de todo.

—¿Qué has encontrado? —Viktor apoyó la barbilla sobre mi hombro para mirarlo desde mi perspectiva.

Mi vista pasó del cráneo a nuestro reflejo en el cristal. Inclinando la cabeza, toqué mi sien con la suya.

—¿Crees que sea real? —le pregunté.

—No lo sé, aunque no apostaría por ello.

—¿Crees que pueda existir algo semejante?

—No tiene mucho sentido preguntárselo.

—Compláceme un momento. ¿Cómo crees que un ser humano irregular pueda vivir sin ser descubierto?

—Como muchas criaturas; a plena vista, quizá. —Esta vez miró mi rostro en lugar de mi reflejo.

—Quizá —musité, alejándome tanto de él como de la vitrina antes de continuar.

Cuanto más me sumergía en mis pensamientos, menos interesante me resultaba la exhibición. A juzgar por lo que había visto hasta ahora, era posible que tanto un veneno como un antídoto procedieran del mismo organismo. En el jardín botánico, tuve apenas una probada de ello, de manera bastante literal. Se me ocurrió una idea, una idea terrible, para la cual necesitaba convencer a dos personas, si quería que funcionara.

—Viktor, ¿conoces a alguien que se dedique a la flebotomía?

—Tal vez. ¿Por qué?

—Puede que necesite algunas herramientas.

CAPÍTULO 22

La Envenenadora

Un fuerte golpe en la puerta principal resonó a través de la casa entera, devolviéndome bruscamente a la realidad. Abrí los ojos con aturdimiento, luchando por enfocar la vista.

—¿Quién demonios se levanta tan temprano? —refunfuñé, apartando las sábanas de un puntapié antes de envolverme con una bata.

Cuando bajé al vestíbulo, el sol apenas había salido y la niebla permanecía aferrada a las ventanas. Tan pronto sostuve el frío pomo metálico de la puerta, noté algo pegajoso bajo mis pies. Mi rostro se contorsionó con asco al sentir la consistencia; miré al suelo.

Un charco carmesí se filtraba lentamente por debajo de la puerta. Absorbido por las fibras, el color rojo se extendió por el borde de mi bata y mi camisón. Sentí la bilis subiendo por mi garganta y tuve que tomar varias respiraciones profundas para controlarla.

Me costó bastante trabajo abrir la puerta. Por algún motivo, pesaba más de lo habitual.

Al asomarme, mis ojos se posaron en un cadáver. Una gruesa punta metálica atravesaba la cabeza, clavándola a la madera de la puerta.

El cuerpo pertenecía a una mujer bajita con el pelo rubio y encrespado, de unos treinta años. Sus ojos pálidos estaban decorados con un pigmento verde que me resultaba familiar.

Me cubrí la boca con la mano y cerré la puerta. Al recargar todo mi peso contra la puerta, mis rodillas me fallaron y me deslicé hasta quedar agazapada detrás de ella.

No podía respirar. No quería respirar.

El pecho estaba a punto de aplastarme por la fuerza de la asfixia. ¡Le dije que no se molestara con el veneno si iba a acabar así!

La comprensión me golpeó como una resaca al amanecer. Aunque mis tinturas habían acabado con muchas vidas, nunca vi los cadáveres que estas dejaban a su paso. No solía quedarme para comprobar si mis venenos funcionaban, pues no había motivos para dudar de ello. Las más de las veces, mi trabajo era de segunda mano; mi veneno circulaba entre aquellos que lo habían pagado. Quizás ese fue mi error. Sin embargo, ahora no tenía importancia: la única otra vez que había visto un cadáver de mi autoría fue por accidente. Y aquello no había sido ni de lejos tan gratuito como esto.



La policía tardó cuarenta y cinco minutos en aparecer, al menos treinta minutos más de lo que me hubiera gustado.

La policía no habría sido mi primera opción, pero al tratarse de un acto tan público, no tenía ninguna otra alternativa. Si intentaba ocultarlo, sería como echar más leña al fuego. ¿Por qué Silas iba a romper su patrón de comportamiento solo para ponerme en la mira de esta forma? La próxima vez que lo viera, sin duda encontraría un cuchillo clavado en su pecho.

Pasé toda la mañana respondiendo a un sinfín de preguntas de los detectives, proporcionando información para identificar a la fallecida. De no haber sido por mí, nadie la habría reconocido. Las miradas cautelosas del equipo forense me inquietaban, como si supieran que todo aquello era mi culpa. Sus ojos acusadores me escrutaban mientras respondía.

Estás siendo paranoica. Respira hondo, respira hondo.

Cuando le expliqué la situación, tuve que convencer a Phoebe de que no se tirara por un precipicio metafórico. Estaba tan conmocionada que no me dejó pedir mi propio coche e insistió en enviar uno ella misma. Probablemente tardaría una o dos horas en llegar a la tienda. Iba a pasar la semana siguiente en su casa, por precaución.

¿Por qué pondría algo así en la puerta de mi casa? ¿Quería ponerme bajo los reflectores de alguna forma? ¿O era porque no le prestaba atención suficiente? No sería de extrañarse que la respuesta fuera realmente así de infantil.

Una mujer inocente fue asesinada porque yo le *fallé*; ahora, había pintado una diana en mi propia espalda con su sangre.

La casa de Phoebe no era menos lúgubre que la mía o incluso que la tienda. El día se sentía hueco, aburrido, y las horas pasaban con lentitud. Dicen que el tiempo es un ladrón, pero yo pienso que es un escapista. Por mucho que intentaras aferrarte, por mucho que buscaras mantenerte atada a él, siempre se te escapaba entre los dedos.

Buscando hacerme olvidar el hecho, mi amiga me obligó a comer naranjas y otros alimentos agradables, pero nada podía hacerme tragar el sabor amargo de mi culpa. A pesar de lo que pudiera pensar Phoebe, ninguna cantidad de dulces ácidos era capaz de llenar el vacío. Me seguía de cerca una espesa niebla de la que no conseguía escapar. Todo lo que veía era la sangre acumulándose bajo mis pies. Ni frotándome con fuerza podría borrar la vergonzosa mancha que se había aferrado a mi interior.

El sol salió para luego meterse, como cualquier otro día. Volví a mis hábitos más básicos, acurrucándome con un vaso frío de lo que hubiera a la mano. El cálido abrazo del alcohol era lo único que podía calmar mis nervios.

El agudo trino del teléfono fijo de Phoebe retumbó en mi cabeza. Me recargué en el brazo de la silla, masajeándome las sienes, mientras Phoebe se apresuraba a contestar.

—¿Has encontrado…? —Se detuvo al oír una voz al otro lado del teléfono—. ¿Por qué te lo iba a decir? Ella está… No… —Phoebe resopló y se dirigió hacia mí, apretando el teléfono contra su pecho —. Alina, es para ti.

Fruncí el ceño mientras me levantaba de la silla, sosteniendo el vaso cerca de mí al aproximarme. Me llevé el teléfono al oído.

—¿Hola? —murmuré.

—¿*Tan* emocionada te sientes al escuchar mi voz? —Se rio Silas a través del auricular chirriante.

—Vete a la mierda. —Solté un hipo, dejando caer los hombros mientras le daba la espalda a Phoebe. Podía sentir su mirada sobre mí, incluso cuando se retiró a la sala para darme algo de privacidad. Conocía lo suficiente a mi mejor amiga como para saber que seguiría escuchando en secreto.

—Tan agradable como siempre —comentó él—. ¿Por qué no estás en tu casa? ¿Te estás escondiendo?

—¿Esconderme? Clavaste un cadáver en mi puerta —susurré lo más bajo que pude, cubriendo el teléfono con una mano.

—Mmm… No, creo que lo recordaría. De hecho, me siento bastante molesto por no haber pensado en eso antes.

Un escalofrío me recorrió las extremidades mientras me aferraba al teléfono con fuerza. Mi mano temblorosa se entumeció; estaba segura de que toda la sangre de mi cuerpo se había acumulado en mis pies. Mi corazón se sentía tan pesado que amenazaba con salirse del pecho.

—¿Me estás diciendo que no fuiste tú?

—No. Aunque, considerando el ritmo al que has estado envenenando a la gente, no me sorprende en absoluto.

—Nadie sabe que soy yo.

—Nadie que tú conozcas. Tus trucos no han funcionado conmigo. Estoy seguro de que también han fallado con otros —dijo, aunque su tono no parecía preocupado. Sonaba como si estuviera insultando mis habilidades. Aunque me dolía oírlo, desafortunadamente era plausible—. No te castigues por ello.

—No lo hago. Estoy pensando —balbuceé, terminando mi bebida.

—¿Qué tal si vienes a visitarme?

—Es medianoche.

—Eso no te ha detenido antes.

—¿Hay alguna trampa?

—¿Por qué? ¿Quieres que la haya? Puedo inventarme una si eso quieres…

—Iré a verte, pero no por placer. Tengo asuntos que discutir contigo.

—¿Asuntos?

—Una propuesta.

—¿Ah, sí? —Pude oír la sonrisa burlona que se formó en su rostro a través del teléfono—. Ahora sin duda estoy intrigado.

—Sin trucos —le advertí, colgando el teléfono con un golpe del auricular antes de girarme hacia Phoebe—. Ahora vuelvo.

—¿Vas a salir?, ¿por qué? —preguntó con pánico en la voz—. Es tarde. Deberías quedarte *aquí*.

—Tengo algo que hacer. Volveré antes del amanecer.

—*Alina.* —Me tomó de la muñeca—. ¿Qué quería?

—Solo era un ciudadano preocupado. —Zafé mi muñeca.

Ella me siguió mientras me apuraba hacia la entrada, poniéndome un saco encima.

—Alina —repitió, con el ceño crispándose mientras su gesto se torcía en una mueca de preocupación.

Arqueé las cejas, esperando otra súplica.

Ella apartó la mirada por un instante, solo para evitar mirarme a los ojos.

—Solo… por favor, ten cuidado ahí fuera. ¿De acuerdo?

—¿Cuándo no he tenido cuidado? —Sonreí—. Te preocupas demasiado. Volveré antes de que te des cuenta.



No se sentía natural llegar a su puerta principal y llamar al timbre como una persona civilizada. Sin engaños, sin dagas enfundadas, sin trampas. El simple y modesto anuncio de mi llegada. Aunque parecía que, de cualquier forma, había dejado la puerta abierta para mí.

Las imponentes puertas de madera crujieron al abrirse. Solo quedaban algunos resquicios de luz al interior de la vivienda, unas cuantas lámparas de gas encendidas a lo largo de las paredes, con excepción de la luz más grande, que provenía de su estudio.

Las puertas se cerraron suavemente a mis espaldas antes de que siguiera por la larga alfombra de luz que conducía a la habitación.

A pesar de los terribles recuerdos que tenía del estudio, en otras circunstancias quizá me hubiera gustado quedarme allí. Su colección de libros superaba la mía con creces, lo cual me provocaba una intensa envidia. Me llevaría una eternidad leerlos todos; me conformaría felizmente con terminar algunos en un tiempo razonable.

Aunque la Criatura no estaba por ninguna parte, curiosamente no tuve la impresión de no ser bienvenida. La calma de la escena trajo consigo una breve sensación de pavor agudo en lo más profundo de mi estómago. El instinto de luchar o huir no era algo que mi cuerpo pudiera desactivar a placer; era dolorosamente consciente de que mi plan, en el mejor de los casos, era una tontería, pero los problemas únicos requerían soluciones únicas.

Mis dedos recorrieron uno a uno los lomos de los libros. Debía de haber al menos veinte estantes apilados hasta el alto techo. A juzgar la fina capa de polvo que cubría los libros a la altura de los ojos, parecía improbable que los estantes superiores hubieran sido tocados alguna vez.

Los estantes más accesibles estaban repletos de poesía. Algunos libros de historia, filosofía y derecho estaban colocados un poco más arriba. Muchos parecían ser primeras ediciones, lo cual me hizo querer dejar de tocarlos, temerosa de dañar sus delicadas encuadernaciones.

—Si no intentas matarme esta noche, quizá te deje tomar alguno prestado.

Le di un vistazo a Silas por encima del hombro, lanzándole una mirada de indiferencia.

Se recargó contra el umbral, queriendo aparentar que llevaba ahí varios minutos. Su atuendo parecía relajado, con algunos botones de la camisa desabrochados y las mangas remangadas hasta los antebrazos. Se apartó de la pared antes de acercarse al otro extremo de la estantería, deslizando un dedo por el lomo de varios libros antes de tomar uno. Empezó a caminar hacia mí, examinando las primeras páginas para asegurarse de que fuera el ejemplar que estaba buscando, y me lo tendió enseguida.

—Creo que te gustará.

Le lancé una mirada de sospecha antes de quitarle el libro de las manos.

—*Temor y temblor* —leí el título en voz alta—. ¿Es una broma?

—Es filosofía, así que sí, a veces. —Sonrió con aire burlón—. Tienes cara de existencialista.

Abrí el libro y las páginas se agitaron al pasarlas. Si era algún tipo de broma cruel, no la entendía. Lo cerré de golpe antes de fijarme en la nueva decoración del suelo, delante de su escritorio.

—¿Alfombra nueva? —pregunté, alzando una ceja.

—Sí —respondió con una mueca, pasando a mi lado para dirigirse a la licorera—. Te ofrecería una copa, pero aún no he terminado tu brebaje casero.

—¿Por qué no te deshiciste de él?

Levantó un hombro y se sirvió un vaso.

—Tiene un sabor agradable. Es un poco fuerte. —Dio un sorbo mientras se dirigía a su escritorio, sentándose en el borde, como si estuviera esperando para descubrir lo que realmente había venido a buscar. Aunque su expresión denotaba cierta reserva—. Te has vestido de rojo —comentó.

Tenía razón. Un bálsamo de granada roja pintaba mis labios. Tuve que contenerme para no morderme el labio.

—No lo hice para ti.

—Entonces, ¿para quién? —Había un ligero tono de presunción en su voz.

—Para mí misma —respondí.

—Si eso es lo que piensas, que así sea. —Se encogió de hombros —. Ahora mismo, me siento más interesado en cierta propuesta que mencionaste antes.

—No te preocupes, es algo modesto. —Me aparté de la estantería a regañadientes, dirigiéndome al centro de la habitación.

—Creo que necesitaría saber más antes de estar de acuerdo con esa declaración. —Bebió un sorbo del veneno de su copa, acechándome desde el borde del vaso con esos ojos de intensa palidez.

Inquieta, presioné el pulgar contra la palma de mi otra mano. ¿Por qué me daba tanta vergüenza preguntarlo?

—Dijiste que «no podías hacerlo» —empecé—. En el cementerio.

—¿Eso dije?

—Sí, fue lo último que me dijiste aquella noche.

—Si tú lo dices. —Me miró con fijeza—. ¿Y qué?

—Ibas a comerme.

—Nunca dije eso.

—A juzgar por la forma en que tus dientes se movían, he de diferir. —Me acerqué un poco más—. No estoy enojada contigo, no del todo. Supuse que era algo que no podías evitar.

—¿Me está llamando animal, señorita Lis?

—Tengo nombres peores para ti. Pero, en fin —continué, deteniéndome frente a él, con sus ojos a la altura de los míos—. Estoy dispuesta a ofrecerte un trato.

De él brotó una versión más suave de sus chasquidos depredadores; sonaban amortiguados, como si quisiera disimular que había despertado su interés… o su apetito.

—Quiero hacer un intercambio —dije con firmeza—. Tu sangre por la mía.

—¿Quieres… mi sangre?

—Sí, quiero estudiarte —dije sin más rodeos.

—¿Por qué iba a dejarte hacerlo?

—Porque tienes hambre. No te estás alimentando.

Frunció el ceño, irguiéndose más.

—Tonterías.

—Pasé muchas noches preguntándome por qué eras tan derrochador. Supuse que te alimentabas bien con todos los cadáveres que dejabas por ahí, hasta que interrumpiste la visita a mi padre. Entonces vi lo agotado que te encontrabas en realidad. *Temblabas*. Cada parte de ti quería hacerlo, pero no lo hiciste. —Hice una pausa para pensar mis siguientes palabras con cuidado—. Entonces, dijiste que no podías hacerlo. Eso me hizo preguntarme: ¿por qué no me matas? ¿Por qué actúas como si necesitaras mi permiso?

—No lo necesito.

—Entonces, ¿por qué?

—La tensión estropea la sangre.

—Mentiroso. —Le di un golpe en el pecho con el dedo—. La tensión no estropea la sangre. Quieres probarla acompañada de *placer*.

Él desvió la mirada, negándose a responder como el niño testarudo que era.

—Por favor, si no es verdad, no dudes en rebatirme. A menos que se deba a un cambio de moral, *Criatura*. ¿Qué ha sido de tu deseo de matarme y ultrajarme para tu propio beneficio? ¿Te ha crecido un corazón tan rápido como se han curado las heridas que te infligí?

Se rehusaba mirarme.

—¡Respóndeme, cosa vil! —Empujé su pecho con ambas manos —. ¿Por qué te detuviste? —grité.

Tomándome de las muñecas, me empujó hacia delante. Nuestras narices casi se tocaron. Cada músculo tenso, cada tic en su mandíbula, cada expresión severa ocultaba palabras que no se alcanzaban a pronunciar. Y yo quería hurgar en cada una de ellas.

—¿Por qué no me has asesinado todavía? —le pregunté temblorosa—. ¿Por qué dudas?

—Lo preguntas como si esperaras que lo hiciera. —Sus ojos se entrecerraron en una expresión peligrosa; pude sentir una vibración contra su pecho. Se estaba conteniendo tanto que temí que estallara —. Como si no te importara morir, si eso significa que tus suposiciones son correctas.

A pesar de mis intentos por parecer tranquila, mi pecho se alzaba con urgencia. Fingir era cada vez más difícil, considerando nuestra proximidad: el peligro de estar al alcance de las garras de una cosa incapaz de controlarse más que cualquier animal salvaje.

—¿Quieres saber por qué no te he asesinado todavía? Mi boca *se seca* cuando pienso en matarte. No lograba entenderlo. Me frustró durante mucho tiempo. Normalmente, el *pulso* se me hubiera acelerado de solo pensar en destrozar algo tan divino como tú. — Cuando volvió a mirarme, la oscuridad de sus ojos había desaparecido. Había sido reemplazada por el dolor—. Pero no sería lo mismo. Quería que me dedicaras tus palabras crueles solo a mí. No me importaba que me gritaras, que me insultaras, que me dijeras que no… siempre y cuando me lo dijeras a mí. Pronto, ya no quería que te fueras. Cuando estaba lejos, bailabas en mi mente como el arrepentimiento más profundo que un hombre puede tener, feroz, embriagadora. ¿Quieres saber lo que quiero? Te quiero *a ti*, Alina. Te quiero *toda*. Cada cabello de tu cabeza, cada lágrima, cada risa, cada grito que se desgarra de tus delicadas cuerdas vocales, todo será *mío*.

Este fue uno de esos instantes en los que olvidé cualquier cosa ingeniosa que pudiera decir a continuación. La ira que bullía en mi

interior se mezcló con un nudo que no quería reconocer.

—Eres un ser cruel y despiadado, Silas Forbes —espeté.

—Ahí. Eso es. —Su mano se levantó rápidamente y me tomó de la mandíbula, apretando—. Quiero saborear cada palabra venenosa que salga de tus labios hasta que tengas que inventar otras nuevas solo para mí.

—Solo tienes hambre. —Tragué saliva—. Crees que me deseas, pero lo que quieres es alimentarte. No tengo ningún problema con eso. Pero no finjas que es algo más. —Me liberé de su agarre, retrocediendo—. Acepta mi acuerdo o déjalo. Es la única forma en que podrás seguirme viendo.

—¿Con qué frecuencia?

—¿Disculpa?

—¿Con qué frecuencia te veré? Según el acuerdo propuesto, claro está. —Se levantó del escritorio. Retrocedí aún más.

—Una vez a la semana.

—Siete días a la semana. —Se acercó.

—Dos veces por semana. —Dio un paso atrás.

—Cuatro.

—Tres. No puedo tolerar verte más que eso. —Mi espalda chocó contra la pared.

—Me las puedo arreglar con tres. —Posó una mano en la pared junto a mi cabeza al tiempo que se inclinaba hacia mí—. ¿Con qué frecuencia me harás estas ofrendas?

—Recibirás sangre solo cuando tú des sangre. En mi laboratorio.

Me miró con fijeza, como si lo estuviera considerando. Cuando terminó de sopesar sus opciones, suspiró.

—¿Dónde tengo que firmar? —Tragué el nudo en mi garganta y aparté la vista—. ¿Confías en mí lo suficiente como para cerrar esto con un mero apretón de manos? —Alzó una ceja—. Eres una pésima mujer de negocios.

—Prefiero que no quede ningún rastro en papel que detalle nuestro inusual intercambio —murmuré entre dientes.

—Ya que me consideras un demonio, ¿qué tal si lo sellamos como corresponde? —Sonrió, inclinándose más cerca que antes. Si me

movía demasiado, nuestros labios podrían tocarse.

—No.

—Permíteme al menos un simple placer. —Gimió.

Me agarró el rostro de nuevo, haciéndome retroceder al tiempo que me acercaba. Finalmente acortó la distancia entre nosotros, capturando mis labios con los suyos.

Por más posesivo e insolente que fuera Silas, su beso era suave. El prolongado perfume de humo y moras le daba un toque especial, el cual me transportó de golpe a un lugar lejano. Era tan embriagador como el sabor persistente del bourbon.

Cuando abrí la boca para respirar, él aprovechó la oportunidad para hacer más profundo nuestro beso, pasando suavemente la lengua por mi labio inferior, suplicando entrar.

Me acarició la mejilla para atraerme hacia él mientras me rodeaba la cintura con la otra mano, como si temiera que me escapara, como solía ocurrir.

Dejé salir un suave gemido. El sonido tan solo lo animó, al tiempo que desabrochaba mi abrigo hasta que este resbaló por mis hombros. Tiró de los botones de la parte delantera de mi blusa, dejando mi cuello al descubierto.

—La pomada fue un buen detalle. Deberías considerar ser un poco más sutil la próxima vez. —Alcanzó mi labio inferior con la boca y lo succionó. Su lengua diabólica se limpió el tinte rojo de los labios, mirando a lo lejos mientras intentaba descifrar el sabor—. ¿Cianuro?, ¿en serio? —Chasqueó la lengua, como señalando que esperaba más de mí.

—Al menos admite que soy persistente. —Me encogí de hombros.

—Eres una mujer con muchas cualidades admirables —susurró, besándome de nuevo, succionando, mordiendo mis labios como si quisiera saborear más de mí—. Tienes un sabor delicioso. Quiero más. —Su lengua se deslizó hacia abajo, recorriendo mi mandíbula mientras los movimientos de sus labios contra mi cuello se volvían más voraces.

—Quiero oír que me supliques —susurré—. De rodillas, preferiblemente.

—¿Por qué iba a suplicar cuando puedo hacerte derretir con una sola caricia de mi lengua entre tus piernas?

Saqué una pequeña navaja del dobladillo de mi manga.

Él me miró con cautela.

Me hice un corte en la palma de la mano, dejando que la sangre brotara de las finas líneas de mi mano.

—Considera esto un anticipo.

Sus rodillas prácticamente se doblaron.

Presionó el pecho contra mi abdomen, fijando los ojos en mi mano.

Cuando intentó tomarla, la aparté de un golpe.

—¡Uh-uh! ¿Cómo pedimos favores? —Casi me sentía satisfecha con la imagen que tenía ante mí. La sangre corría desde mi mano hasta el codo, goteando sobre el suelo mientras la mantenía fuera de su alcance.

Su mandíbula se contraía con cada gota preciosa que se desperdiciaba.

—Suplica —repetí.

Su mirada se aferraba a la mía con ira quemante.

Era divertido ver cómo se desarrollaban las cosas. De haber sabido que podía hacer esto antes, quizá me habría divertido un poco más. Domesticar bestias era fácil cuando colocabas la recompensa justo fuera de su alcance.

—Si vas a comparar tus desagradables impulsos con los de un perro —ronroneé—, más vale que ladres.

Para mi sorpresa, sus manos se deslizaron por mis piernas

bajo la falda. Me mordisqueó tiernamente la piel del abdomen. Sin dejar de mirarme, apoyó la barbilla sobre mi esternón.

—*Por favor* —las palabras se escurrieron de su boca como miel, con un tono venenoso en la voz. La malicia se acumulaba en su interior. Podía sentirla soltar chispas a medida que hacía rozar sus nervios como dos pedazos de pedernal.

¡Pero qué espectáculo!

Bajé mi mano ensangrentada hasta él, justo encima de su rostro, para que pudiera ver las gotas que se acumulaban en mi palma antes de caer.

Tras incorporarse, deslizó su larga lengua sobre ella.

No me había percatado de lo larga que era, aunque explicaba muchas de las sensaciones de nuestros encuentros anteriores. El dolor del corte se desvaneció, tornándose en un cosquilleo al contacto con su lengua, como si hubiera algún tipo de agente anestésico en su saliva.

Sus ojos se inundaron de negro hasta que solo quedó una media luna de azul plata mirándome desde abajo. Mi teoría era que, cuando eran incitadas por una presa o algún otro tipo de estímulo, el cuerpo de estas criaturas enviaba sangre a los ojos para mejorar la vista durante la cacería. Sentí mariposas en el estómago, pensando en todas las veces que eso había ocurrido mientras él me ponía las manos encima.

Tomó mi mano entre las suyas, acercándose aún más, como si se la pudiera arrebatar antes de que él terminara de saborearla. Succionó la herida con avidez hasta que la sensación de hormigueo adormeció toda mi mano. Cuando apartó sus labios manchados de sangre, pude ver sus colmillos afilados, incapaces de no alargarse hacia adelante.

—La moderación te sienta bien —dije. Sus ojos se posaron en mí con fastidio.

Mi mano ensangrentada recorrió mi pecho, el calor goteando entre mis senos.

Silas me levantó por las caderas mientras se ponía de pie,

inmovilizándome contra la pared. Deslizó la lengua sobre mi pecho, jugando con un pezón mientras limpiaba cualquier rastro de rojo.

Un gemido de satisfacción brotó de mi garganta al tiempo que rodeaba su cuello con mis brazos.

—¿Ves lo que pasa cuando lo pides por favor? —Lo provoqué, tirándolo del cabello para que me mirara de frente.

—Déjame alimentarme de ti —susurró.

—Ya lo has hecho…

—No, quiero intentarlo aquí —dijo contra la curva de mi cuello, dejando un suave mordisco en mi piel.

—Aún no te lo has ganado.

—Qué cruel. —Soltó un suspiro exasperado, como si estuviera contemplando si realmente valía la pena llevarse al límite de esta forma.

Nuestra respiración comenzó a sincronizarse conforme nuestros cuerpos se apretaban con fuerza el uno contra el otro. Era innegable que habíamos estado evitando la tensión que florecía entre nosotros. Resultaba tan embriagador que ambos necesitamos un momento para recuperar el equilibrio.

Hablé al cabo de un largo momento.

—¿Por qué hacemos esto, Silas?

—¿Por qué hacemos cualquier cosa? —dijo contra mi cuello, tomándome con fuerza antes de posar la frente sobre él.

Atestiguar una muestra de ternura de alguien como él era extraño. Especialmente para alguien como yo.

CAPÍTULO 23

La Envenenadora

Aquella tarde, me reuní con un viejo amigo de mi padre, el doctor William Hayes. Además de ser profesor en el King's College, era consultor en algunos hospitales cercanos. Un hombre peculiar, por decir lo menos.

Su alta y desgarbada figura podía verse desde la distancia, similar a un espantapájaros que se encargaba de ahuyentar a las palomas del parque. Se había sentado en una silla plegable junto a una de las mesas metálicas, desenvolviendo con cuidado un trozo de caramelo.

—Doctor Hayes —lo saludé.

—¡Alina! ¡Qué alegría verte! —exclamó con una amplia sonrisa, levantándose para darme un abrazo—. ¿En qué ha estado trabajando últimamente tu cabecita?

—Pequeñas cosas por aquí y por allá. —Me senté frente a él.

—¿Quieres un poco de caramelo de mantequilla? —preguntó, ofreciéndome un dulce cuidadosamente envuelto. Negué con la

cabeza—. Siempre llevo algunos para los niños de la clínica. Hace que la sangría sea un poco más llevadera. —Suspiró.

—Quería preguntarle algo —comencé, sin saber muy bien cómo explicar la situación—. Estoy desarrollando un antídoto para una nueva toxina.

—¿Qué tipo de toxina?, ¿qué estás tratando de curar?

—Es para un tipo de sangre tóxica. Tengo una muestra de la sangre y una contraparte que la neutraliza. ¿Hay alguna forma de replicarla, pero catalizándola para que neutralice y descomponga la estructura misma de la toxina?

—Es posible, especialmente si tienes esa otra muestra complementaria —respondió con firmeza—. ¿Cómo la has conseguido?

—No importa. Pero tengo otra pregunta. —Me froté la palma de la mano con nerviosismo—. En teoría, ¿cree que sea posible que el cuerpo humano se vuelva venenoso? ¿Como algunas plantas, que son totalmente tóxicas desde la flor hasta la raíz?

—En teoría, todo es posible —respondió con tono tajante—, a menos que tu pregunta esconda algo más.

—Bueno, quizá suene descabellado puesto de esa forma —murmuré—. De todos modos, ¿cree que sea posible que me permitan entrar en el laboratorio de la universidad? Solo necesitaría unas horas a la semana, si es que hubiera algún laboratorio desocupado.

Hizo una pausa, como si estuviera comprobando un horario que tenía guardado en la cabeza.

—Podría hallar algo de tiempo. Pero permíteme comprobarlo cuando vuelva a la oficina. Si encuentro algún espacio libre durante el semestre, te llamaré por teléfono, ¿te parece?

—¡Sí! Sería estupendo. —Sonreí—. Llámeme si encuentra algún espacio. Aceptaré el que sea.

—Por supuesto, lo que sea por la pequeña de Jacek. —Me dio una palmadita en la mano antes de hacer una pausa—. Y, ¿cómo has estado *realmente* desde… el incidente?

Tragué saliva con dificultad y tras bajar la mirada, respondí con una risa insegura.

—En el mejor de los casos, mal. En el peor, completamente vacía —respondí, apretándole la mano de vuelta.

—Me lo dirías si necesitaras lo que fuera, ¿no es cierto?

—Por supuesto —mentí.

El profesor arqueó una ceja con recelo, pero no insistió más.

—Muy bien. —Tensó los labios al forzar una sonrisa, lo cual era mucho para un hombre como él, que podía ser tan severo como un miembro del clero.

—¿Alina? —surgió un acento a mis espaldas.

El doctor Hayes entrecerró los ojos para mirarme y enseguida los posó sobre el hombre que estaba detrás de mí.

Me di la vuelta con una sonrisa.

—¡Viktor! Qué agradable sorpresa. ¿Cómo estás?

—Estoy bien. Me sorprende encontrarte aquí, con mi profesor. —Se rio.

Me levanté para darle un fuerte abrazo.

—¿No deberías estar en clase a estas horas? —El doctor Hayes lo miró con el ceño fruncido.

Viktor esbozó una sonrisa pícara antes de encogerse de hombros.

—Quizá. Al menos la clase no es en su laboratorio. —Me miró—. Además, venía para verte, Alina —dijo al tiempo que levantaba un bolso de piel negro.

—¡Lo trajiste! —exclamé, inclinándome hacia él para que pudiera abrir el bolso y mostrarme su contenido.

—Lo tomé prestado del laboratorio, así que, por favor, devuélvelo intacto. —Miró nerviosamente al doctor Hayes.

—No me mires a mí. Yo no estoy a cargo del inventario de equipos. —El doctor Hayes se encogió de hombros, abrochándose el saco al tiempo que se ponía de pie. Su alta figura se alzó sobre nosotros dos—. Yo me voy. Te avisaré pronto sobre tu horario de laboratorio —me dijo y giró hacia Viktor—. Confío en verte mañana en clase, a menos que también pienses faltar.

—Ahí estaré —respondió Viktor con una sonrisa avergonzada.

—Que disfruten el resto de su tarde —dijo el doctor Hayes. Me dio un abrazo de despedida antes de inclinar el sombrero y marcharse con paso firme. Al pasar, las palomas alzaron el vuelo al unísono, ahuyentando a los insectos que se cruzaban en su camino.

—¿Cómo conoces al profesor Hayes? —preguntó Viktor, cerrando el bolso y sujetándolo con fuerza.

—Era amigo de mi padre —respondí—. Normalmente, es él quien me presta los artículos.

—Ah, ¿de modo que tengo competencia? —bromeó.

—Sí, tengo una fila de hombres que se extiende por toda la calle, esperando para prestarme sus artículos acerca de la teoría de los gérmenes o de si la teoría de la evolución tiene algún fundamento. —Puse los ojos en blanco—. ¿Me acompañas?

—Será un placer. —Me ofreció su brazo.

A pesar del frío que comenzaba a hacer, no había prisa por llegar a casa. Su compañía bastaba para mantenerme caliente.

—¿Qué piensas hacer con este artilugio?

—He encontrado a alguien con un tipo de sangre peculiar. Quiero estudiarla —le dije con sinceridad—. Me alegró tener un participante dispuesto.

—Supongo que debe estar dispuesto, sobre todo si quieres usar eso con él. Que Dios lo bendiga —dijo con sarcasmo—. ¿Quieres que te enseñe a usar el aparato? No puedo dejar que tortures a esa pobre alma.

—¿Es esta tu forma de pedirme que sea tu compañera de laboratorio? —le pregunté con una sonrisa.

—No me molestaría ayudarte. Pero tú te encargas de escribir.

—Trato hecho.

—¿Dolerá?

—Es posible. Solo hay una forma de averiguarlo. Si vas a usar esto con otras personas, es importante que lo pruebes antes —explicó Viktor.

—¿Yo también podré apuñalarte? —bromeé con nerviosismo, mirando la larga aguja curvada que tenía entre las manos.

—Como premio, quizá te deje que lo hagas. —Sonrió con aire burlón mientras me ataba el torniquete alrededor del bíceps.

—Qué amable de tu parte. —Me removí en mi asiento en la mesa de la cocina.

El aparato de transfusión sanguínea era un alto cilindro graduado, con una base ensanchada que permitía mantenerlo en posición vertical. Dos tubos largos se encontraban fijados a la base y en sus extremos tenían un par de largas agujas curvas. Para la extracción y el movimiento de la sangre, se apretaban unas bombas manuales situadas en los costados, creando succión antes de trasvasar la sangre de una persona a otra. Utilizaríamos este método, pues era la forma más fácil de medir y recolectar la sangre.

—¿Estás lista? —Me miró por encima de los lentes, posando la aguja justo encima de la fosa de mi codo.

—Hum —musité, incapaz de apartar la mirada.

Con cuidado, hizo entrar la aguja en una de mis venas. Me sentí en extremo consciente su pulso contra el torniquete, del dolor agudo que se abría paso en mi brazo.

Me estremecí y apreté la rodilla de Viktor mientras observaba.

—No hace falta que mires.

—Sí hace falta. Si no, ¿cómo voy a aprender?

—Me parece razonable. —Giró un dial del aparato antes de apretar la bomba. La sangre se deslizó por el tubo empañado, llenando el vaso con unos cinco mililitros. Tras presionar la punción con el pulgar, retiró la aguja—. ¿Lo ves? Es sencillo. —Mantuvo el dedo sobre la herida antes de limpiarla con un paño.

—Esperaba algo más de ese artilugio. —Me reí, observando cómo su mano me sujetaba el brazo. De pronto, sentí una oleada de calor mientras la náusea me invadía.

—¿Alina? Te ves pálida…

Corrí hasta el lavabo y dejé caer la cabeza hacia el frente.

Cuando me di cuenta, Viktor se encontraba detrás de mí. Se arremangó a toda prisa antes de recoger mi cabello de la parte posterior, evitando que se mezclara con algo desagradable.

—Por eso le advierten a los pacientes que es mejor no mirar. —Intentó aligerar el ambiente—. Es solo la adrenalina.

—Sí —me quejé. Aunque el calor de mi cuerpo disminuía, la experiencia me había provocado un sudor helado. Me quedé inclinada sobre el lavabo, temblando, esperando por si acaso salía algo más.

—Qué tal si nos tomamos un descanso. —Me apartó un mechón de cabello del rostro, asomándose por encima de mi hombro para ver cómo estaba. Sentí su mano rozar mi cuello conforme seguía apartando los cabellos sueltos.

Asentí con la cabeza, temerosa de volver a vomitar si abría la boca.



—¿Cómo te sientes? —Viktor probó la temperatura del paño que había colocado sobre mi frente.

—No tienes que preocuparte por mí —murmuré, tumbada en el sofá con el libro en la mano. Levanté la vista de las palabras en la página.

—Me asustaste. Pensé que te ibas a desmayar. —Se sentó en el suelo junto al extremo opuesto del sofá. Antes de acomodarse nuevamente, ajustó la almohada bajo mis tobillos, levantando su cuaderno.

—No estoy enferma. —Me reí, dándole un golpecito en la nuca con el pie.

—Eres lo único por lo que vale la pena preocuparse. —Sonrió, haciendo delicados trazos con el lápiz en su cuaderno. Me di cuenta de que no estaba escribiendo ni haciendo anotaciones.

—¿Qué tienes ahí? —Puse una cinta en mi libro para marcar la página al tiempo que me incorporaba.

—No es nada de lo que debas preocuparte. —Giró el cuerpo, ocultando el papel.

—¡Dámelo! —Me arrastré hasta él y se lo quité de las manos.

Cuando miré el boceto, descubrí un dibujo al carboncillo de una mujer leyendo. Solo me quedaba suponer que se trataba de mí. De alguna forma, incluso había logrado capturar mis rasgos distintivos. Me dije que esa era la primera vez que me veía a mí misma con tanta candidez.

—Creí que me vería más malvada cuando nadie me estaba observando —bromeé.

—Solo te ves malvada cuando *sabes* que te están observando. —Me quitó el cuaderno de las manos.

—No sabía que eras un artista. —Me tumbé boca abajo para mirarlo dibujar por encima de su hombro.

—Soy muchas cosas. He tenido muchos años para practicar las artes entre mis estudios. Cuando asisto a clases que conozco de antemano, me aburro con facilidad —dijo—. Conforme paso más tiempo en distintas universidades, la información comienza a hacerse repetitiva.

—¿Y qué otros medios has explorado?

—Todos. Siempre me han dicho que tengo talento con las manos. —Sonrió por encima del hombro—. Aunque lo que más disfrutaba era el teatro y la pintura. ¿Qué más se puede hacer cuando todo lo que tienes es tiempo?

—Dices que eres un alma vieja. Pero no pareces tener más de veinticinco años. —Incliné la cabeza hacia él.

—Me dijeron algo similar cuando posé para una clase de dibujo en una ocasión. —Sonrió, pasando la página de su cuaderno al tiempo que comenzaba un nuevo boceto. Empezó a dibujar un animalito bastante tierno, similar a un hurón.

—¿Qué es eso?

—Una marta cibelina. Tenemos muchas en casa, en libertad. Sirven para hacer abrigos muy suaves.

—Pero qué mórbido —lo reprendí.

—Es cierto. Todo lo que no puede ser una mascota, suele terminar convertido en pieles. —Rellenó los ojos saltones de la criatura sobre la página.

—Nunca hablas de tu hogar. —Esta vez lo miré a él en lugar de al dibujo—. ¿Cómo es?, ¿tienes familia allá?

—Soy de un pueblo pequeño —respondió–. Por lo demás, no hay mucho que decir. Es un lugar tan frío como formidable.

—¿Qué te trajo aquí?

—Negocios. Vine por una oportunidad de trabajo.

—¿Trabajas mientras estudias? ¿Eres aprendiz en algún sitio?

—De cierto modo, sí.

—La próxima vez que tengas un día libre, deberíamos visitar la sección de bellas artes del museo. Creo que te podría inspirar. —Dejé caer la cabeza sobre mis brazos cruzados. Aunque la concentración lo hacía ver bastante rígido, al dibujar sus manos parecían ligeras, relajadas.

Pasó la página, girándose sobre su lugar en el suelo hasta quedar sentado frente a mí.

—¿Qué estás haciendo?

—Los museos ya no me inspiran como antes. He visto todos los cuadros que tienen. Ahora todo me resulta anticuado.

—Hay miles de obras de arte en esos archivos. —Levanté una ceja —. No puedes haberlas visto todas.

—Quizá no. —Se encogió de hombros—. Pero ¿por qué iba a ir a ver esas obras maestras cuando tengo una aquí mismo?

Con una sonrisa, le arrojé uno de los cojines del sofá, que le dio en la cabeza.

Él se rio. Se ajustó los lentes antes de continuar.

Me quedé recostada, estudiándolo. Su mano se movía con destreza por el papel. Sostenía el lápiz con partes iguales de habilidad y firmeza. Cambió de lápiz varias veces, difuminando el boceto con el dedo para luego borrar partes del mismo.

—¿Qué te parece?

En cuanto me extendió el cuaderno, lo tomé con cuidado. Ahí estaba otra vez aquel rostro familiar. Quizás era narcisista por disfrutar de ese tipo de atención, aunque en aquel momento no veía nada de malo en ello.

—Si sigues dibujándome así, la gente podría llegar a pensar que soy una persona simpática.

—Lo eres. —Sonrió—. No sé por qué te consideras a ti misma un espíritu tan desagradable.

—Eso lo dices porque aún no me conoces.

—Te conozco lo suficiente como para pasar mi *única noche libre* extrayéndote fluidos corporales y usándote como mi musa. —Se recargó sobre las palmas de sus manos al sentarse de vuelta.

Noche.

Se había hecho de noche.

Me incorporé rápidamente, echando un vistazo al reloj de la pared. Eran casi las siete y media.

—Lo siento. No me había percatado de cuánto tiempo te retuve aquí. —Me apresuré a decir, aunque lo que más me preocupaba era que pudiera encontrarse con mi otro admirador; temía lo que podría ocurrir si mi Criatura hallaba a otro hombre en mi casa. No pensé que su reacción fuera a ser diferente de la que acostumbraba al expresar su frustración. Qué desastre haría con Viktor.

—No es ninguna molestia. —Se levantó, encogiendo los hombros con cansancio—. ¿Tienes una hora de llegada?

—No, solo recordé que debo madrugar. Al fin conseguí hacerme con un espacio en el laboratorio. ¿Estarás libre el miércoles?

—Puedo estar libre para ti. —Me guiñó un ojo mientras recogía su bolso de piel.

—Espero tener muestras listas para entonces. Te diré cómo me va con las extracciones. —Lo acompañé hasta la puerta, tratando de no parecer demasiado frívola.

—Entendido. —Se dio un golpecito en la sien—. Lo recordaré.

—Perfecto. —Sonreí, inclinándome para darle un fuerte abrazo—. Buenas noches, Viktor.

Lo vi bajar los escalones de mi casa, iluminado a duras penas por las farolas. Al llegar a la calle, se convirtió en una silueta más.

Cerré la puerta con llave tras de mí, suspirando mientras caminaba de regreso a la sala. Me dejé caer en el sofá. Viktor había olvidado su cuaderno sobre la mesa de centro. Lo abrí de nuevo, mirando el último boceto que había hecho de mí. Claramente estaba pasando por una crisis de identidad: no lograba reconocerme a menos que frunciera los párpados. Tras acercarme a la estantería, coloqué el boceto en una repisa a la altura de los ojos. Incliné la cabeza al tiempo que retrocedía, admirando la nueva obra de arte. Quizá esta fuera la primera de muchas. No me consideraba una coleccionista, pero tal vez era buen momento para comenzar.

CAPÍTULO 24

La Envenenadora

Era una mala idea.

Mi pecho se sentía oprimido, amenazando con aplastarme las costillas a medida que la hora se acercaba.

En lugar de disminuirla, el reloj tan solo hacía crecer mi ansiedad; cada vez que le echaba un vistazo, tenía la impresión de que había pasado incluso menos tiempo que antes. La manecilla se arrastraba morosa hacia el número tres, más lenta que las gotas de melaza fría.

¿Fue un error hacer un trato con un demonio como este? Él era antinatural; una amenaza en toda forma. Sería absurdo esperar que actuara con la decencia suficiente como para cumplir con un acuerdo semejante. Sin embargo, mi palabra no era mucho más confiable que la suya; *literalmente*, él me la había escupido de vuelta en la cara.

Hasta ese momento, me parecía que estaba a salvo porque tenía algo físico que ofrecerle. Pensaba que la propuesta había salido bien, teniendo en cuenta que podría haberme asesinado ahí mismo, en su casa.

Tanto las mejillas como las orejas me ardían al recordar el intercambio, ese «apretón de manos» tan poco formal con el que sellamos el trato. Me froté la cara en un intento por disipar el rubor.

Durante toda la mañana, mi labio había sufrido los embates de mis propias mordeduras mientras el recuerdo de su fantasma persistía en ese mismo sitio.

No, él no. De ninguna manera. No dejes que tu mente divague de esa forma.

Cuando sonó el timbre, mi cuerpo fue apresado por un escalofrío.

—Llegas tarde. —Cerré de golpe un cajón, ahuyentando mis pensamientos.

Silas se detuvo en la puerta, revisando el reloj de su muñeca.

—Son las tres en punto.

—Llegar a tiempo es llegar tarde.

No pude contener una sonrisa.

—¿Qué has hecho con mi antipática Alina? Si no te conociera bien, diría que alcancé a ver una chispa de emoción en tu rostro cuando llegué. —Habló con un timbre sarcástico—. ¡Quizás mañana también comience a creer en Dios!

—Tan simpático como siempre. Cierra la puerta y dale vuelta al cartel. Tenemos mucho que hacer —le ordené.

—¿También gozaré de tu completa atención? Oh, debo de ser realmente especial. —Tras abrir la cerradura, giró con cuidado el cartel de madera, marcando el inicio de nuestro primer examen físico.



—Eso es nuevo. —Frunció el ceño, estudiando el aparato de transfusión de sangre que se erguía sobre la mesa de trabajo.

—Sí. Pero es para más adelante.

—Creí que la cena corría por tu cuenta.

—*Luego* —repetí, reuniendo algunas herramientas antes de empezar—. Quítate el saco y levántate las mangas.

—Al grano y eficiente, como de costumbre. —Se quitó el abrigo y lo colocó cuidadosamente sobre un banco vacío.

—Ponte cómodo. Puedes sentarte o permanecer de pie. —Tomé un estetoscopio y mi cuaderno de trabajo.

Silas optó por recargarse sobre la mesa, con los brazos cruzados al frente mientras observaba. Aunque parecía tranquilo, pude notar cierta reserva en su gesto conforme estudiaba los numerosos instrumentos, sin duda desconocidos para él.

Me coloqué los auriculares del estetoscopio en los oídos. Le hice un gesto para que descruzara los brazos, lo cual hizo a regañadientes, con las manos aferradas al borde de la mesa. Posé el estetoscopio sobre su camisa de algodón, dolorosamente consciente de la forma en que esta se ceñía a su torso. Su corazón latía tan deprisa como la última vez, a una velocidad imposible. Conté su pulso con la vista en el reloj de mi muñeca. Tomando una base de quince segundos, calculé que alcanzaba una media de doscientos treinta latidos por minuto.

Me quité los auriculares y anoté la cifra.

—¿Qué tal voy hasta ahora? —Se inclinó para ver lo que estaba escribiendo.

—Terrible. Con números como estos, deberías estar muerto —le dije sin rodeos—, pero eso ya lo sabíamos.

—Me parece justo. —Se encogió de hombros.

Cumplimos con todas las pruebas físicas de rigor —presión arterial, reflejos— antes de pasar al interior de su boca, que era lo que más me interesaba.

—Abre. —Le mostré una sonda de cristal.

—¿Para qué sirve eso? —preguntó mirando el instrumento.

—Para hurgar —respondí con impaciencia—. Solo abre.

Con un suspiro, obedeció.

Coloqué la varilla de cristal sobre su lengua, empujando hacia abajo hasta ver el interior.

Al estremecerse, las dos partes de su lengua se curvaron con incomodidad; era increíble cómo hasta que él las separó, el espacio entre ambas podía pasar desapercibido. Nadie sospecharía de esta peculiaridad a menos que mirara con atención.

Lo tomé de la mandíbula, levantándola para estudiar el paladar. La luz que se colaba por la pequeña ventana me permitía verlo con claridad. Sus colmillos estaban cuidadosamente plegados contra este, aunque alcancé a distinguir los músculos en la base, que les permitían flexionarse hacia el frente. También descubrí algo semejante a agujeros en los bordes de su paladar.

—¿Qué son esos? —pregunté mientras los tocaba con la sonda.

Se estremeció físicamente; no creí que esa zona fuera a ser tan sensible. Apartó mi mano.

—Es para los olores. —Hizo una mueca.

—¿Como un órgano de Jacobson?

Me miró, encogiendo los hombros sin entender a qué me refería.

Volví al gabinete a toda prisa, rebuscando entre los numerosos frascos. Tomé uno del fondo antes de caminar hasta el otro lado de la habitación.

Mirando la esquina en la que ahora me encontraba, Silas me observó con frustración, molesto por mi falta de explicaciones.

—Dime qué hueles y cuándo percibes el aroma —le indiqué, mientras abría el frasco—. ¿Ahora?

—No —respondió.

Di dos pasos más hacia delante.

—¿Ahora?

—No.

Empecé a acercarme con lentitud.

—Dime cuándo y me detendré.

Él permaneció en silencio.

Me acerqué más y más hasta que mis rodillas chocaron con las suyas. Le acerqué el frasco.

—¿Nada?

—Almendras. Las olí desde hace seis pasos.

—¿Por qué no dijiste nada?

—Quería tenerte más cerca. —Sonrió con aire burlón, inclinando la cabeza hacia mí—. ¿Es todo?

—¿Intentas coquetear conmigo para que terminemos antes?

—Qué buena observación.

—Una cosa más y luego tendrás tu recompensa. —Tomé un frasco de cristal con un paño estirado sobre la abertura.

Sus ojos se estrecharon antes de volver a caer sobre mí.

—¿Para qué es eso?

—Veneno. Tienes al menos un juego de colmillos que lo contiene, ¿cierto?

—Es posible —dijo con prudencia.

—Te prometo que casi terminamos —le supliqué.

Refunfuñó antes de abrir la boca de nuevo, mostrando sus colmillos. Temblaban, deseosos de clavarse en algo. Era como si tuvieran voluntad propia.

Me incliné hacia él y nuestros pechos se rozaron. Levanté el frasco hasta sus caninos exteriores, los más cortos. Cuando el diente viperino se hundió en la tela, el veneno brotó por sí solo antes de reducirse a un goteo constante. El líquido tenía un tono dorado, como ámbar diluido en agua.

A pesar de la rigidez de los músculos de su cuerpo, no hacía falta tocarlos para notar que se tensaban aún más durante el proceso.

Ahora sus ojos estaban cerrados; parecía un poco nervioso. ¿Se sentía incómodo? ¿Era su boca tan sensible?

Cuando terminé, busqué un corcho para tapar el frasco.

—Ya está. No fue tan difícil. —Tomé el torniquete.

—No para ti —gruñó, pasando la lengua por los dientes antes de volver a esconderlos en su boca.

Me alegró haberle causado algo de molestia. Era lo justo.

Silas tenía un aspecto sombrío, exhausto. Quizá era su karma por haberme privado del sueño durante semanas. Su mirada se mantenía fija en la pared, como si estuviera dudando de su decisión.

Me senté a su lado, al borde de la mesa. Junto al aparato, estaban colocados dos recipientes de vidrio con capacidad para quinientos

mililitros.

—Dame tu brazo. —Chasqueé los dedos y le tendí la mano.

Se subió un poco más la manga, ofreciéndome un brazo corpulento. Su esbelto antebrazo dejaba varias venas al descubierto, por lo que no me resultaría difícil encontrar una.

El torniquete se apretó alrededor de su bíceps, presionando sus venas para que estas se hincharan un poco más. Acerqué su brazo hacia mis ojos para inspeccionarlas.

Viktor lo hacía parecer muy sencillo, pero no iba a permitir que eso me intimidara.

Silas observaba mis movimientos con cautela; sin embargo, no tenía más remedio que confiar en mí. Pensándolo bien, si no confiaba en mí, podría perder los estribos si lo pinchaba mal con la aguja. Eso no le habría impedido hacer lo que hizo con aquellas chicas en el río.

La larga aguja curva se alineó con una vena en el pliegue de su brazo. Se adentró en la piel y al apretar la bomba, el líquido brotó negro. Sin saber si era culpa de la iluminación o si ese era su verdadero color, observé mientras la sangre subía lentamente por el cilindro de cristal.

—Funcionó. —Me mordí el labio con emoción.

—¿Que acaso no habías hecho esto antes? —Levantó la mirada con un breve gesto de horror—. ¿Me estás utilizando como conejillo de indias?

—Creí haber sido clara cuando dije que iba a estudiarte —dije con dulzura—. Además, recién anoche él me enseñó cómo hacerlo.

—*¿Él?* —Entornó los ojos.

—Sí, *él*. Viktor. Mi compañero de laboratorio. —Señalé a Silas con el dedo—. Si lo matas, habrás roto nuestro trato. Necesito su ayuda. Prométeme que no lo matarás.

Él murmuró algo entre dientes.

—Quiero oírte decirlo, Silas. —Mantuve la vista sobre él.

Él apartó la mirada.

—¡Silas! —Hice presión con la aguja.

—¡Está bien! —siseó—. No lo haré.

—¿No harás qué?

—No lo mataré.

—¿Ni lo dañarás?

—No lo mataré ni lo dañaré.

—Me alegra que tengamos un acuerdo. —Dejé que una sonrisa gentil se posara sobre mi rostro, lo cual solo sirvió para enfurecerlo.

Tal como me habían enseñado, presioné la punción antes de sacar la aguja.

Tomé el aparato y vacié su contenido en el frasco de cristal. Empecé a escribir sobre la superficie con un lápiz de cera negro.

—¿Qué estás haciendo? —preguntó, quitándose el torniquete del brazo.

Le mostré el frasco.

«Criatura» Muestra n.º 1, había garabateado en el cristal.

—No querrías que se mezclen, ¿verdad? —Tomé un paño para limpiar el pinchazo en su brazo, sosteniendo su mano libre para que hiciera presión sobre la gasa—. Ahora, déjame limpiar esto y después lo repetiré conmigo misma…

—No te acerques esa cosa. —Me agarró de la muñeca—. Puedo hacerlo perfectamente bien sin eso.

—No me precipites. —Lo miré con severidad—. No confío en que extraigas la misma cantidad.

Miró el frasco con su sangre y enseguida me miró de nuevo.

—Puedo medirlo perfectamente en mi cabeza.

—Precisamente por eso no confío en que lo hagas —espeté mientras intentaba liberar mi muñeca.

—Si vamos a vernos más a menudo, ¿no sería mejor aprovechar el tiempo para empezar a confiar un poco más en el otro? —Torció una sonrisa y, mientras sus ojos se clavaban en los míos, el chasquido comenzó a vibrar en su garganta—. Déjame que te lo demuestre. Déjame darte un mordisco.

—¿Y qué hay del veneno? —pregunté nerviosa.

—No es esa clase de veneno —dijo con una sonrisa burlona—. El error sería no utilizarlo.

—No quiero que lo utilices —le dije con firmeza.

—¿Confías en mí? —preguntó, dándome un tirón para cambiar nuestros lugares. Su cuerpo me inmovilizó contra el borde de la mesa de trabajo, agrandando su sombra al tiempo que se cernía sobre mí con mi muñeca entre los dedos.

La última vez que me había hecho una pregunta semejante, me salvó la vida. Eso no impidió que me sintiera inquieta. Me encogí de hombros, sintiendo cómo la sangre subía hasta mis mejillas. Ahí estaba él, pidiendo mi permiso una vez más. Solo con ese gesto se había ganado un poco de mi confianza, por más escasa que fuera. Tragué saliva y asentí con la cabeza, dándole mi bendición.

Sus ojos se posaron sobre mi muñeca, estudiando mis venas tal como yo había estudiado las suyas. Esas terribles agujas se movieron hacia delante, temblando ante mi carne. A diferencia de los hombres humanos, Silas era sorprendentemente expresivo y fácil de predecir. Si conseguías acercarte a él lo suficiente, te mostraba exactamente quién era y en qué estaba pensando. Sin duda, podrías adivinar todo lo que pasaría a continuación. Era como leer el lenguaje corporal de un animal: probado, verdadero, *honesto*.

Se inclinó, clavando ambas filas de dientes en mi muñeca con rapidez, como para no darme tiempo de pensar en el dolor.

—¡Auch, Silas! —grité, pero él apretó aún más, causando que mis rodillas se doblaran ligeramente. Su brazo rodeó mi cintura para sostenerme. Observé cómo su nuez de Adán se movía al tragar con lentitud, sintiendo cómo el líquido fluía por mi muñeca. Entonces, una ola de entumecimiento me invadió. El mismo hormigueo de antes me recorrió la muñeca hasta que no sentí dolor, sino apenas una presión en los puntos de la punción. Persistía otra sensación, no era solo una ausencia de dolor, sino también un sentimiento de euforia. Era difícil de describir, salvo por su parecido con las drogas. Sin embargo, estaba segura de que se trataba de algo que engañaba a los nervios, haciéndoles creer que aquello no era un asunto doloroso.

Cerró los ojos de nuevo, aunque el ligero fruncimiento entre sus cejas sugería que trataba de mantenerse concentrado. ¿Realmente

llevaba la cuenta de cuánta sangre estaba bebiendo? Tomé una respiración temblorosa, intentando que la adrenalina no me provocara náuseas como la vez anterior.

Dejó escapar un quejido contra mi piel. Me estremecí, advirtiendo un poco más presión en la muñeca. Entonces se apartó de mí con el gesto alterado. Lamió la herida: su lengua se deslizó por los pinchazos con lentitud, como si quisiera demorarse unos instantes más antes de soltarme. Sin embargo, parecía estar considerando romper su promesa con tal de saborearme otra vez. Se limpió el tinte rojizo de los labios con la lengua. Suspirando, dejó caer la mejilla sobre mi palma y me miró. Su piel se sentía cálida al tacto, aunque el entumecimiento de mi mano lo atenuaba.

—¿Qué ocurre? —Fruncí el ceño.

—¿Que acaso no puedo mirarte? —Giró la cabeza en mi mano—. ¿Sabes? Ya antes me había parecido que tu sabor era inusual.

—¿A qué te refieres? —pregunté levantando una ceja.

—Tu sabor te delata. Eres meliflua.

—¿Disculpa?

—Una anfitriona meliflua.

—Sigues diciendo palabras y sigo sin entender lo que significan.

—Es un tipo de sangre, una mutación —dijo—. Significa que sabes bien. Más dulce de lo normal. —Rio entre dientes.

—Gracias… creo —murmuré, retirando mi muñeca de su mano.

—La gente paga mucho dinero por sangre como la tuya —dijo, llevando más arriba la mano con la que sostenía mi cintura, mientras se inclinaba hacia el frente.

—¿En serio? —pregunté, empujando su pecho—. ¿Me estás diciendo que debería hacer que te esforzaras más para conseguirla?

—No seas cruel. —Se rio entre dientes, besándome el cuello al tiempo que me acercaba más a él—. Vámonos a otro sitio, escapemos de esta pequeña cueva tuya.

—Tengo trabajo que hacer.

—¿Hay algún momento en que *no* trabajes?

—Empiezas a sonar como Phoe…

—Da igual. —Se apartó, poniendo los ojos en blanco.

Al parecer había tocado un punto sensible.

Me aparté deprisa para recoger mis cosas. Debido al entumecimiento, me costó mucho levantar el cuaderno, aunque sí logré tomar buena parte de las cosas para llevarlas a la mesa del rincón.

Aunque no lograba verlo, sabía que él había dejado de moverse. Su mirada se clavó en mi nuca. Me pregunté si diría algo más, pero cuando me di la vuelta, se había ido.

—De nada, plaga —murmuré entre dientes.

Bajo la tenue luz, la sangre era similar a tinta espesa. Se mecía con pesadez al interior del frasco cuando lo inclinaba. Me sentía febril solo de pensar en todas las pruebas que podía realizar. ¿Cuál llevaría a cabo primero? ¿Qué conclusiones sacaría? ¿Qué otras propiedades tendría la sangre? ¿Por qué tenía ese color negro? Apenas podía contener mi emoción.

Mis pensamientos no podían plasmarse en papel con la rapidez suficiente. Me aseguré de anotar la fecha y la hora aproximadas de la extracción. Pasé horas haciendo diseños, soñando despierta; mis ojos no descansaron ni dejé de trabajar hasta que el amanecer disipó la niebla nocturna y la luz matutina se arrastró por las ventanas de mi tienda.

CAPÍTULO 25

La Envenenadora

El laboratorio de la universidad era todo lo que había soñado. Rebosaba de un caos encantador, con una deliciosa mezcla de muebles de madera oscura e instrumentos de metal, muchos de los cuales nunca antes había visto. Había una docena de escritorios de madera oscura con estantes que los dividían en dos mitades a lo largo, dentro de los que podía encontrarse una multitud de frascos y herramientas. Todo estaba organizado en cajones o encima de las mesas: pipetas, jeringas, cristalería, sondas y almohadillas de algodón. Los instrumentos más grandes se hallaban esparcidos por los escritorios; algunos en su sitio en la pared, otros a la vista, habiendo sido utilizados por los estudiantes anteriores. Era como si, al espiar por la ventana de un extraño, pudiera descubrir experimentos sin terminar o a punto de ser comenzados. Toda la escena parecía congelada en el tiempo, capturando el momento exacto en que los estudiantes la habían abandonado.

Aquel día el laboratorio estaba desierto, completamente a mi disposición.

—Esto me hace recordar la época en que Jacek y yo, siendo estudiantes, nos colábamos en este mismo laboratorio —dijo el doctor Hayes con una sonrisa—. Aunque teníamos objetivos mucho menos amigables, como prender fuego a cosas por diversión.

—Es extraño escuchar historias sobre lo divertido que era mi padre. —Sonreí—. Aunque nunca entenderé el deseo natural de los hombres por hacer que las cosas ardan.

—Un enigma —dijo encogiéndose de hombros, mientras se recargaba en uno de los escritorios y metía las manos en los bolsillos —. Tendrás que recoger tus cosas y traerlas cada vez. Técnicamente, no deberías estar aquí, así que no puedes dejar nada.

—Por mí está bien. ¿A qué hora dijo?

—Los lunes y viernes a las tres. Los miércoles, a las cinco.

—Puedo trabajar con eso —musité, distraída con la pared del fondo, tapizada con gabinetes de cristal y madera. La variedad de objetos que había en ese encantador país de las maravillas superaba mi comprensión, dejándome tan intrigada como abrumada.

Tras de una puerta situada en lo alto del descanso de las escaleras, había una bonita zona desde la que se podía observar todo el laboratorio. Debajo se encontraba el escritorio del profesor, donde el doctor Hayes había dejado esparcidos los trabajos de sus estudiantes. Se había tomado un descanso de sus revisiones para mostrarme el lugar.

—Aquí deberías hallar todo lo que necesitas. Las herramientas estándar se encuentran en la mesa de trabajo. Puedes trabajar en cualquier sitio que encuentres libre, siempre y cuando lo desinfectes al terminar —me indicó.

Asentí con la cabeza mientras miraba a través del cristal de la vitrina. Ahí estaban todos los productos químicos que se me pudieran ocurrir, etiquetados en orden alfabético y alineados de arriba abajo en la vitrina. Al igual que en los jardines, sería capaz de pasar horas tan solo mirando.

La puerta de la zona de observación se abrió de golpe; apareció un cachorro de pelo oscuro que me resultó bastante familiar.

—¡Alina! ¿Qué tal funcionó el aparato? —Viktor sonrió, bajando apresuradamente las escaleras para encontrarse cara a cara con el doctor Hayes.

—Pero *mira* quién es… —dijo el doctor Hayes alargando un poco la palabra «mira».

—¿Es que acaso se ha olvidado de mi nombre? —Viktor entrecerró los párpados—. Sé que soy un poco callado en su clase, a la que por cierto asisto, pero seguro que usted no se ha olvidado de mí.

—Por supuesto que no te he olvidado. —El doctor Hayes lo miró con ojos entornados. Hubo un instante de silencio entre los dos.

—Viktor. —Levantó una ceja—. Me llamo Viktor.

—Viktor. Por supuesto —dijo el doctor Hayes con lentitud, caminando hacia el escritorio al frente de la sala—. ¿Cómo pude olvidarlo?

—Con facilidad, está claro. —Viktor volvió a centrar su atención en mí—. ¿Y bien?, ¿cómo ha salido?

—Funcionó exactamente como estaba previsto. Gracias. —Le dirigí una sonrisa tímida, frotándome nerviosamente la muñeca vendada.

—¿Qué ha ocurrido? —Sus ojos se llenaron de preocupación mientras me tomaba del brazo para levantarlo.

—¡Nada! No ha pasado nada. Intenté usarlo en mí misma, para practicar —mentí.

—Puedo volver a enseñarte si quieres.

—¡No! No es necesario. —Retiré la muñeca—. Pero tengo muestras para analizar. ¿Me acompañas?

—¿Muestras de qué?

—De un… animal

—No suenas muy convencida.

—Aún no lo sé. Es algo nuevo. —Aclaré la garganta.

Tras colgar mi bolso en uno de los bancos, saqué varios de los frascos con tapones de corcho que contenían las muestras de sangre. A punto de tomar la última muestra de veneno, me quedé mirándola en el fondo de mi bolso. No sabía por qué dudaba, pero, dentro de mí, una sutil voz interior me instaba a quedarme con esa muestra en particular, asegurándome que nadie más necesitaba saber de ella. Además, el veneno era la muestra menos letal del grupo. Necesitaba analizar la sangre; esa era la razón principal de este estudio.

—La muestra tiene propiedades extrañas. Es de color negro, espesa. Y parece venenosa, pero no por una infección bacteriana —expliqué, concentrándome en los frascos.

—¿Qué pretendes hacer con ella? —preguntó Viktor. Frunció el ceño mientras levantaba uno de los matraces de vidrio, observando cómo se movía el líquido.

—Quiero saber cómo funciona, descomponerla y averiguar si le puedo dar algún uso. Me hará falta conseguir otra muestra, pero la saliva de la criatura la neutraliza al entrar en contacto. Primero, necesito saber qué potencia tiene. —Me recargué en la mesa, observando a Viktor mientras estudiaba el extraño líquido.

—Entonces, ¿es veneno *y* un antídoto a la vez?

—Es posible. Quizá tenga que titularlo; tengo algunas hipótesis sobre los compuestos de la solución. Entonces, de esa forma, posiblemente encuentre la dosis letal. Podría traer mis propias ratas —murmuré al tiempo que hacía las pruebas en mi cabeza. A fin de cuentas, tan solo haría falta jugar con las muestras para ver qué pasaba.

—Es tu experimento, solo dime qué necesitas. Podría moverme por este laboratorio con los ojos cerrados.

—¡Por favor, no lo hagas! —exclamó el doctor Hayes desde su escritorio, sin apartar la vista del papel que se encontraba corrigiendo con su pluma.

Antes de recoger las muestras, Viktor y yo intercambiamos una sonrisa.

CAPÍTULO 26

La Envenenadora

—¿Recuerdas la vez que acorralamos a una docena de ratas en casa cuando éramos niñas? —preguntó Phoebe desde su extremo del sofá, dando un sorbo a su té sin azúcar al tiempo que me daba un golpecito con el pie para llamar mi atención.

—Me parece que las colocamos en la tina de latón del tercer piso, ¿o recuerdo mal? —Aparté su pie. Estábamos acurrucadas en el sofá junto a la chimenea de su mansión. Era tan agradable vivir cerca de una amiga de la que nunca sería capaz de separarme. Siempre a un paso de distancia.

—Sí. Solo recuerdo que debía estar más arriba del primer piso, porque bajamos las escaleras a toda velocidad cuando las encontraron. —Se rio.

—No podía creer que les hubiera tomado tres días encontrarlas. Todavía recuerdo el chillido de tu institutriz. Cuando lo escuché, por un momento creí que la tetera estaba lista. —Negué con la cabeza—. ¿Cuántos años teníamos en ese tiempo? ¿Quizá cerca de cinco?

—Quizá seis. —Phoebe se rio entre dientes—. No puedo creer que ninguna de esas cosas nos mordiera. Las pobres criaturas tuvieron que sufrir porque nosotras queríamos jugar a la casita…

—Ah, sí; nuestra pequeña familia de ratas.

—Jugar a la casita parecía más divertido entonces. —Suspiró Phoebe—. Ahora se parece más a esperar lo inevitable. Sobre todo, cuando los hombres se vuelven menos interesantes con el paso de los años.

—Seguro que no puede ser tan malo, siempre y cuando los niños se parezcan a su madre —bromeé—. No puedo imaginarme en qué tipo de problemas se meterían nuestros hijos.

—Ningún problema de los buenos. —Ella negó con la cabeza—. Hablando de eso —se acercó más, dejando la taza de té sobre la mesa —, cuéntame cómo estuvo tu cita en el laboratorio.

—¡No era una cita! —Me sonrojé—. Pero estuvo bien. Hemos estado pasando tiempo juntos aquí y allá. Le pedí que fuera mi compañero de laboratorio.

—¿Y qué te dijo? —insistió, devorando cada palabra que salía de mi boca.

—Dijo que sí. —No pude evitar que una sonrisa apareciera en mi rostro—. Me ayudará con algunas cosas en las que estoy trabajando.

—¡Ya puedo escuchar las campanas! —dijo con una sonrisa burlona—. Si traigo a alguien, ¿podremos salir juntos los cuatro? ¡Qué divertido sería! ¡Por favor, di que sí!

—Por supuesto —respondí con un bostezo—. Seguro que podemos encontrar algo que hacer todos juntos.

—Ya tengo algunas ideas —sonrío de nuevo, aunque pronto se percató de mi agotamiento—. ¿Sigues sin dormir bien?

—No, es extraño. Me acuesto temprano, pero enseguida me perturban la inquietud o ataques de parálisis del sueño. —Suspiré.

—Probemos algo —dijo de súbito, apurándose hacia otra de las habitaciones.

Phoebe era una de esas personas a las que les gustaba cuidar de los demás a pesar de su absoluta inexperiencia en cuestiones médicas. Intentaba que todos se sintieran como en casa, atendiendo

siempre las necesidades de los otros. Le gustaba complacer a la gente, incluso si era en su propio perjuicio.

—Me lo recetaron para el dolor de muelas. —Me entregó un frasco—. Toma un sorbo.

—¿Qué es? —Lo abrí para olerlo.

—Cannabis. No es lo peor en cuanto al sabor. Lo prefiero a otros medicamentos. Se supone que ayuda para todo tipo de cosas, incluida la falta de sueño.

—Ah, sí, lo conozco —murmuré, dando unos largos sorbos antes de devolvérselo. El sabor era dulce, terroso, con un toque amargo que me escocía en la garganta. Solo esperaba que hiciera efecto lo antes posible, para así olvidar el regusto.



Mis dedos se deslizaban sin rumbo entre mis largos mechones de cabello. Al pasar por la mesa de la cocina, tomé una naranja y, alegremente, la pelé mientras regresaba a mi habitación de invitados. De camino al piso superior, tomé una revista que me había prestado el doctor Hayes: una publicación sobre la teoría de los gérmenes.

Era interesante pensar en cómo esas pequeñas partículas, semejantes a insectos, podían causar la descomposición de diferentes partes del cuerpo de manera similar a una toxina. Aunque no fuera nada nuevo, todas las teorías que caían bajo esa categoría resultaban entretenidas. El doctor Hayes me había pedido devolver la revista en unos días, de modo que no tenía mucho tiempo para disfrutar de ella.

Con el ejemplar bajo el brazo, subí las escaleras hacia la habitación con mi naranja a medio pelar en la mano.

Mi habitación de invitados tenía un intrincado ventanal con una salediza en la que acurrucarse: el rincón perfecto para leer. Me dispuse cómodamente, pelando mi aperitivo al tiempo que dejaba

caer las cáscaras sobre la mesita junto a la vela. Cuando le di un mordisco a la rodaja, un destello de luz roja llamó mi atención.

Mi corazón volvió a latir con fuerza en mis oídos. Cada pulso me resultaba doloroso. De pronto, se hizo difícil ignorar la voz en mi cabeza, advirtiéndome a gritos que no me encontraba a salvo. Era evidente que la privacidad había dejado de formar parte de mi vida. Sin importar el lugar, él estaría ahí, esperándome.

—¿Ibas a quedarte ahí enfurruñado hasta que me diera cuenta? —le dije, desviando a regañadientes mi atención de la fruta.

Las brasas del cigarro brillaron con más intensidad durante un instante antes de apagarse. Una nube de humo salió por sus fosas nasales mientras se recostaba en la silla de la esquina.

—Nunca antes habías notado mi presencia. —Apagó el cigarro en el jarrón decorativo sobre la mesa auxiliar.

El resplandor rojo se repetía en sus ojos, semejantes a los de un gato mirando fijamente desde la penumbra. Si no me fascinara, me habría resultado siniestro. Cuanto más lo observaba, más ganas tenía de diseccionarlo, de perderme en sus detalles. Abrirle el pecho, sacarle todas las partes y numerarlas del uno al setenta y ocho, suponiendo que no tuviera órganos adicionales.

Sus gustos eran similares a los míos: siempre estaba ataviado de negro. Aunque supongo que en su caso, era para mimetizarse con la oscuridad. Esa noche llevaba una sencilla camisa negra, con los primeros botones desabrochados y las mangas remangadas hasta los codos. Solo entonces me percaté de las manchas de rojo que se extendían por sus brazos y sus manos, así como por el cuello, como si alguien le hubiera ofrecido resistencia.

—Tienes un aspecto terrible. —Arranqué otra rodaja de naranja —. Debe de ser agotador fungir como mi nefasta compañía nocturna…

—Basta. —Su voz hizo eco en la habitación. Estábamos en extremos opuestos y, sin embargo, sus palabras habían sonado tan claras como tensas. Sus dedos se levantaron para pellizcarse el puente de la nariz con fastidio.

Estaba molesto.

Una mirada maliciosa se apoderó de mis ojos en cuanto me percaté de que lo tenía entre mis manos. Algo había sucedido y ahora, él me necesitaba. ¿Por qué, si no, habría entrado de una manera tan educada, o por lo menos más educada de lo habitual? Pero qué oportunidad tan deliciosa.

—Me vas a dar más. —Dio otra larga calada al cigarro, echando la cabeza hacia atrás para dejar que el humo se elevara y desapareciera en el oscuro techo.

—¿Qué te hace estar tan seguro de eso?

—Porque lo digo yo.

Solté una carcajada.

—*Quid pro quo* —sugirió.

—¿Tus respuestas valen la pena el intercambio? —Me levanté de mi sitio junto a la ventana.

Podría ser posible averiguar exactamente lo que quería. No iba a matarme. Si ese fuera el plan, lo habría hecho tiempo atrás. Si lo que buscaba era jugar, entonces jugaríamos. Él mismo lo había dicho: le gustaba mi compañía. Pero sabía que si esa noche estaba ahí, era porque tenía hambre. A pesar de las marcas que su presa le había dejado, su rigidez me hacía pensar que se encontraba en cualquier estado menos saciado.

Me acerqué a él. Sus ojos me siguieron con lentitud hasta que levantó la cabeza hacia mí desde donde estaba sentado.

—¿Qué quieres?

—Comer.

—Parece que ya te has alimentado. —Me crucé de brazos.

—Necesito más de ti. —Había un tono de irritación en sus palabras—. No fue suficiente.

Mi respiración se entrecortó ligeramente.

—¿Es una necesidad o un deseo?

—Es una necesidad. Nada más funciona —dijo con desdén, pasando la mano libre por su cabello rubio para limpiarse un poco de la sangre. Cuando terminó, tiró el cigarro al jarrón.

—¿Y si digo que no? ¿Tendría la oportunidad de ver cómo pereces? —Me reí.

Se incorporó de golpe, haciéndome trastabillar hacia atrás.

—No quieres descubrir lo que pasaría si llego a ese punto. —Ese grave chasquido primitivo emanaba de lo más profundo de su pecho —. Estás familiarizada con mi trabajo, ¿no es así? ¿Necesito recordártelo dejando más recuerdos en tu casa? ¿O te hago una demostración aquí mismo?

Retrocedí, pero él se acercó más. Siguió avanzando hasta que me encontré de vuelta en la ventana. Cuando la parte posterior de mis rodillas dio con el borde, caí encima del asiento. Me estremecí. Mis ojos se abrieron del todo cuando frente a ellos apareció la imagen de él en el cementerio.

La Criatura se inclinó sobre mí, colocando las manos en los cojines de la salediza a mis costados.

—Eres inteligente, Alina. Confío en que tomarás la decisión correcta —susurró mientras el blanco de sus ojos se inudndaba de negro. Colocó una mano en la base de mi cuello para acercar mi rostro hacia él. Alcancé a escuchar una respiración profunda antes de que se detuviera. Inclinó la cabeza, acercándose—. Solo te dolerá un segundo…

—¡Sin morder! —le dije, empujándolo con fuerza. Un músculo de su mandíbula se crispó—. Pero —continué— podemos hacer un intercambio.

Su ceño se frunció.

—¿Intercambio?

—Sí. Hace un momento dijiste «*quid pro quo*», ¿no?

—Sí.

—Compláceme. Y quizá, si te comportas, puedas probar un poco. —Sonreí con aire burlón.

Él dudó por un instante. Esos ojos de buitre se clavaron en mi rostro, buscando cualquier indicio de un engaño.

—Trato hecho —dijo al fin, con el cuerpo temblando; se sacudía de manera tan sutil que casi pasaba desapercibido.

Era una mala idea. No podía evitar la sensación en la nuca que me advertía que no debía hacerlo. Sin embargo, era el momento ideal para pedirle un favor. Se sentía hambriento, irritado e impulsivo: los ingredientes perfectos para meterse en la cabeza de alguien.

Le di unas palmaditas al cojín de la salediza a mi lado, haciendo un hueco para él.

Se sentó, recargándose en el extremo opuesto del pequeño rincón. La luz de las velas parpadeaba sobre sus rasgos afilados, haciéndolos cambiar a medida que las sombras danzaban sobre su rostro.

Hice lo mismo que él, dejándome caer sobre la pared al tiempo que lo miraba con ojos entornados.

La sangre de su antebrazo era roja y por lo tanto, sabía que no le pertenecía. Fruncí el ceño con frustración. ¿Tenía que ser siempre tan desagradable? ¿No había una forma civilizada de alimentarse, como lo hacíamos en el laboratorio? Era posible que sencillamente no le importara. O tal vez era algo que no podía evitar.

—No hay necesidad de jugar estos juegos infantiles, ¿sabes? Estoy dispuesta a hacerlo de nuevo. Esto puede ser beneficioso para ambos. No soy ajena a un buen trato. —Busqué en su expresión algún tipo de respuesta.

—Mira quién quiere hacer tratos ahora. ¿No era yo un demonio para ti hace unas semanas? ¿Una Criatura? De pronto, parece que tienes una lista de apuestas por hacer. —Sus ojos estaban oscurecidos. O, tal vez, simplemente cansados.

—Quizá el demonio sea yo. —Me incorporé, acercándome—. Puede que en una pelea justa, sea tan letal como tú.

—Lo creo. Tienes un don, solo eres ignorante.

—No por mucho —murmuré—. Quiero saber más.

—¿Qué es lo que quieres saber? Por ahora, soy un libro abierto. —Suspiró, recostándose contra la pared.

—¿Naciste así?

—Sí, pero no ocurre lo mismo con todos nosotros —respondió—. ¿Por qué matas a la gente?

—Yo enveneno a hombres de naturaleza abusiva —lo corregí con severidad—. No lo digas como si fuera lo mismo.

—¿Me consideras abusivo?

—Silas, te *comes* a la gente. Claro que te considero abusivo. —Negué con la cabeza—. ¿Qué querías decir con que no todos ustedes nacen así?

—Algunos nacen, otros se hacen. Es complicado. —Se encogió de hombros.

—Compláceme un momento. —Me acerqué para acomodarme en el mismo lado del rincón.

—Yo soy un purasangre. Dos vípera de raza pura pueden concebir, pero es difícil…

—¿Vípera?

—Sí. Uno de los nombres menos ofensivos que hemos tenido a lo largo de los siglos —aclaró—. De todos modos, aunque la concepción es difícil, el esfuerzo vale la pena: vivimos hasta que morimos de hambre o nos cortan la cabeza —continuó—. Los que son creados no resultan así de resistentes. Es parte del funcionamiento de la sangre: si mueres con el veneno dentro, este corrompe cada parte de tu cuerpo a medida que te intoxica. La diferencia es que los humanos corruptos ven reducida su esperanza de vida a la mitad, pues no poseen la capacidad natural para soportarlo durante mucho tiempo.

—Entonces, ¿podría convertirme en uno de ustedes si muriera después de que ser mordida? —Bajé la mirada hacia mi muñeca vendada.

—Tendrías que morir en las seis horas siguientes al envenenamiento —explicó—, pero sí, te convertirías, aunque no estarías corrupta.

—¿Qué quieres decir con eso?

—Serías lo que llamamos un huésped melifluo.

—Ya lo mencionaste, pero sigues sin responder a mi pregunta.

—Los huéspedes son solo un subproducto de la divergencia de nuestra especie. Por eso, su sangre es la más nutrida, la más

sustanciosa. Técnicamente, se encuentran en un estado durmiente. Por eso creemos que en algún momento, esta mutación aleatoria nos permitió evolucionar.

—¿Durmiente?

—Los huéspedes tienen todas las partes. Sin embargo, su cuerpo las considera órganos adicionales… No recuerdo el nombre exacto.

—Órganos vestigiales —respondí con rapidez, con los ojos abiertos por la sorpresa—. ¿Estás diciendo que, en su estado de pánico previo a la muerte, el veneno hace que el cuerpo reconozca esos órganos?

—Suena correcto. No sé muchos de los detalles técnicos, pero sí. Si te convirtieras, sería imposible distinguirte de aquellos que nacieron así.

—No tengo dientes adicionales —señalé.

Se inclinó, alzando mi barbilla.

—Abre. Te mostraré.

La sangre me subió al rostro recordando la forma en que me había tomado la mandíbula las últimas veces. Sin embargo, abrí la boca. Era un buen momento para poner la confianza a la práctica.

Colocó la yema del pulgar sobre mi paladar. Empujó.

—Au… —murmuré alrededor de su dedo.

—¿Notas esto? —Me llevó la mano hasta el punto que estaba presionando.

Al pasar el dedo por encima, noté una protuberancia en forma de V en mi paladar. Asentí con la cabeza.

—Están ahí debajo. —Retiró el dedo de mi boca.

—Todo el mundo tiene eso. —Fruncí el ceño.

Él sonrió, negando con la cabeza.

—Está claro que no has metido los dedos en suficientes bocas, si es que tal cosa es posible —bromeó.

—Debí haber pinchado la tuya con más fuerza —refunfuñé.

—No has respondido a mi pregunta —insistió—. ¿Por qué demonios te convertiste en envenenadora? Estoy seguro de que no mucha gente le dice a sus padres que su meta en la vida es convertirse en asesino.

—Mi padre me enseñó casi todo lo que sé. Aunque dudo mucho que se imaginara cómo iba a terminar utilizando esos conocimientos. —Me froté la nuca, recostándome contra la pared para ponerme cómoda, con nuestros hombros tocándose en aquel rincón acogedor. Si hubiéramos estado en ese sitio unas semanas antes, quizás me habría sentido en peligro, pero ahora su presencia se sentía diferente, como una hoguera crepitante.

Peligroso y, sin embargo, tan pero *tan* cálido.

—Pero ¿qué te llevó a hacerlo? —preguntó, mirándome con curiosidad.

—No sé bien cuándo empecé. Supongo que hace bastante tiempo… —Suspiré—. Al principio, era algo inofensivo. Los otros niños del vecindario se metían con mi querida amiga Phoebe. Bendita sea esa pobre niña; no sabía cómo defenderse. Siempre tenía miedo de hacer el primer movimiento. La jalaban del pelo y la hacían tropezar en la calle. Así que un día, tomé prestados unos productos químicos del escritorio de mi padre. No sabía para qué servían ni qué efecto iban a tener. No sabía leer todavía. Solo quería que comieran algo desagradable, así que lo eché en la comida de la escuela. —Me estremecí.

—¿Y qué pasó? —aunque su mirada era intensa, tenía un brillo provocador de curiosidad.

—Dos de los niños se enfermaron. El último no lo logró. —Tragué saliva.

—Lo asesinaste. —No lo formuló como una pregunta.

—Sí. No fue mi intención. Fue uno de los pocos accidentes que he tenido en mi vida. —Mi voz se hizo más tenue, como si mi subconsciente me ordenara dejar de hablar.

—¿Qué te llevó a hacerlo de nuevo?

—La gente me necesitaba. Primero fueron amigos, después amigos de amigos y finalmente, se corrió la voz.

—¿Alguna vez lo hiciste por ti misma en lugar de por los demás?

—No me atreví a prestarme ayuda a mí misma hasta que fue demasiado tarde. Entonces me volví descuidada. Un error de

cálculo. Uno que no puedo deshacer, por el cual seguiré pagando cada día de mi vida.

—¿Te corroe por dentro? —preguntó, aunque no había humor en su tono.

—Todos los días, como hormigas cavando túneles en mi interior. A veces, me pregunto cuándo terminarán de devorar mi sistema nervioso por completo para así no sentir el vacío que quede cuando acaben su tarea. —Levanté las rodillas hasta el pecho.

Él suspiró. Tras rodear mis hombros con el brazo, me acercó hacia él, apoyando su cabeza sobre la mía.

—Hay cosas peores que tú. Como yo, por ejemplo. Que te sirva de consuelo.

—No me sirve, pero gracias —susurré.

—¿Phoebe lo sabe?

—Nunca se lo he dicho. Ella cree que fue el karma. —Dejé caer la cabeza sobre su hombro.

Él no me pidió que fuera nada esa noche. Ni su cena ni su conquista. No me pidió que demostrara inteligencia o fortaleza. Simplemente disfrutó de mi compañía. Hacía mucho tiempo que no me sentía tan cómoda y, desde luego, menos aún en presencia de otra persona. Qué irónico que el único hombre capaz de consolar un alma tan adolorida como la mía fuera el peor hombre que conocía.

A la mañana siguiente, desperté acurrucada en el rincón, cubierta con una manta de lana, sin criaturas a la vista. La única prueba de su presencia era el persistente aroma a laurel ahumado en mi cabello, así como una flor de adelfa escondida tras mi oreja.

CAPÍTULO 27

La Envenenadora

Ahí estás, mi flor amarga. ¿Te estabas escondiendo? —canturreó Silas, entrando en la parte trasera.

—Lo único de lo que quisiera ocultarme es de las tareas de limpieza —murmuré mientras tallaba algunos de mis utensilios en el lavabo. Estaba repleto de vasos de precipitados, matraces, varillas agitadoras, placas de Petri y otras miles de cosas que había ensuciado durante el transcurso de las últimas semanas.

Caminaba con sigilo, tocando instrumentos al azar como si quisiera fingir que avanzaba en mi dirección nada más por casualidad.

No eres muy inteligente, Criatura.

Acercándose por detrás, tomó los bordes del lavabo con ambas manos, mirando por encima de mi hombro para mirar el contenido.

—¿Qué es todo eso? —preguntó con sorna.

—Mis herramientas.

—¿En qué las estuviste usado para que quedaran así de sucias?

—En desmembrar ese cadáver que dejaste tirado sobre la tina como si fuera ropa sucia. —Puse los ojos en blanco, apartándome de él. Le acerqué una de las largas sierras para huesos a la mejilla.

Olvidé mencionar la otra mitad del fregadero, la cual contenía piezas de viejas sierras para carniceros, que probablemente eran utilizadas con aves acuáticas o pájaros de caza de gran tamaño, en lugar de con seres humanos. En el costado del fregadero, se encontraban los objetos más pequeños que he descrito anteriormente. Algunas eran herramientas antiguas que mi padre había guardado en secreto para realizar amputaciones: mazos, curetas, cortadores de huesos, tijeras grandes y bisturís.

—Me debes una hoja nueva. Esta se ha desgastado por los huesos. —Bajé el instrumento de vuelta al fregadero.

—Me retracto. Quizá sea yo quien tenga que esconderse de ti. —Se alejó para apoyarse contra la mesa—. ¿Cómo me torturarás el día de hoy?

—Solo serán unas muestras, nada de tortura.

—Lo esperaba con ansias. —Suspiró decepcionado.

—Te pido una disculpa por no tener nada más cruel en mente.

—Quedas perdonada —respondió con una pequeña sonrisa.

Tomé unos frascos que recién había limpiado antes de acercarme al aparato.

Silas ya había empezado a remangarse, sabiendo lo que se avecinaba.

—Esta vez necesitaré otro tipo de muestra —le dije mientras apretaba el torniquete alrededor de su brazo, buscando una vena donde pinchar.

—¿Ah, sí? —Levantó una ceja—. ¿Eso también quiere decir que tendré más *muestras* tuyas?

—No.

—¿Y cómo es eso justo?

—No he dicho que lo sea, pero no te voy a dar más de mi sangre a cambio de una muestra de saliva. —Puse los ojos en blanco.

—Abre la boca. Te puedo dar un poco ahora mismo.

—Silas —le advertí, lanzándole una mirada fulminante mientras introducía la aguja en una vena, bombeando el aparato para extraer la sangre.

—¿De qué otra forma te gustaría?

—En el vaso, de preferencia. —Me incliné y le entregué un frasco de vidrio.

—Eso no es tan emocionante como mi primera oferta.

—¿Puedes cooperar por una vez? —le pregunté con cansancio.

Él murmuró algo, pero me distrajo el tintineo de la campana de la tienda.

—¿No cerraste la puerta al entrar? —Le saqué la aguja del brazo y me apresuré a colocar un paño encima.

—Debí haber estado tan emocionado de verte que lo olvidé —respondió socarronamente.

—Quédate aquí. No he terminado.

—Tengo hambre —siseó con impaciencia—. ¿Adónde vas?

—A recibir clientes.

—¿Cuánto tiempo te tomará?

—Un minuto, varias horas, el día entero… Si hubieras cerrado la puerta con llave, no tendría que recibir a nadie.

Con eso, abrí la puerta y le di la bienvenida a mis clientes. La dejé entreabierta para poder oír si él intentaba meterse con algo que no debía. Me quedé de pie junto al alto mostrador de madera que se extendía a lo largo del extremo opuesto de la habitación. Los gabinetes que tenía delante debían de tener más de cien cajones. Nunca me molesté en contarlos. Solo sabía dónde guardaba cada cosa.

—¿Tiene algo para aliviar el dolor de estómago? —preguntó una mujer. Había venido con su acompañante.

—Además del jengibre, hay un par de cosas que le podría recetar. ¿Podría decirme un poco más acerca del dolor?

Mientras intentaba mantenerme atenta a las necesidades de mi cliente, un roce en mi falda llamó mi atención. Bajé la mirada para descubrir a Silas sentado entre mis piernas con la espalda recargada

en los cajones del gabinete, mirándome. Se inclinó hacia el frente y desapareció bajo mi falda.

—¿Ocurre algo? —preguntó el cliente.

—¡No! Lo siento, creí ver una *rata.* —Le di un golpe en la cara a Silas con la rodilla mientras él seguía con su provocación—. Por favor, continúe.

—Empezó hace unos días… —La clienta comenzó a contarme una innecesaria historia sobre su dolor que no parecía relevante para describirlo. De cualquier modo, era difícil concentrarme con Silas entre mis piernas. Lamió la piel alrededor de mis muslos, subiendo cada vez más, aunque sin acercarse al lugar entre mis piernas.

—¿Y el dolor? —pregunté con voz temblorosa—. ¿Hay alguna sensación en particular que pueda describirme para que pueda recetarle algo?

—Agujas, se siente como agujas —explicó.

Fue entonces cuando lo hizo. Hincó los colmillos en mi muslo, perforándome la carne al tiempo que sujetaba mis piernas en su sitio.

—*Oh* —murmuré—. ¿Ha probado el cannabis o el láudano? Dicen que alivia… los nervios. Suena a un dolor causado por los nervios. —Tragué saliva con dificultad.

—Señorita Lis, ¿se encuentra bien?

—Sí, estoy bien, solo me esfuerzo por adivinar cuál podría ser la causa. —Sonreí débilmente. Silas apretó con más fuerza y enseguida me mordí el labio, sintiendo al fin cómo el veneno liberaba una ola de entumecimiento. ¿Por qué se sentía tan bien? Era como la morfina. Pero no podía ignorar las estrellas que empezaba a ver frente a mis ojos.

—Se ve pálida —dijo el acompañante con preocupación—. ¿Deberíamos volver más tarde?

—Eso… podría ser una buena idea. ¿Podría darle vuelta al cartel al salir? Me parece que voy a desmayarme.

—¡Sí, por supuesto! Pasaremos mañana. ¡Descanse un poco! —La mujer miró extrañada a su acompañante antes de salir de la tienda.

Cuando sonó la campanilla, mis rodillas cedieron al fin. Caí hacia atrás sobre el suelo, empujando mi espalda contra los gabinetes en el estrecho pasillo tras el mostrador.

Él me siguió hasta ahí. El chasquido hizo que su boca vibrara contra mi piel, besando mi muslo al tiempo que mis piernas temblaban entre sus manos.

Cuando levanté la falda, me echó una mirada desde entre mis muslos, entrecerrando los ojos con fastidio conforme yo retiraba la oscura tela que lo cubría.

—¿Qué estás haciendo? —le pregunté. Tiró de mis muslos en respuesta, haciendo que me encorvara contra los cajones de mi gabinete. Pude ver cómo la sangre goteaba por sus labios a medida que se alimentaba de mí.

Al juntar mis piernas con fuerza, el impacto hizo que las soltara. Sin embargo, cuando sus dientes se despegaron de la piel, estos se clavaron aún más en mi muslo. La sangre goteaba entre mis piernas, manchando parte de mi ropa interior.

—Has hecho un desastre. —Resopló, lamiendo la herida para detener el sangrado mientras seguía el rastro con la lengua entre mis piernas, dando lengüetazos en mi piel.

—Vete de aquí —espeté.

—No he terminado. —Me clavó los ojos con ira.

—¿Por qué tienes que ser tan difícil? —Aparté su rostro, poniéndome de pie temblorosamente.

—Porque sé que en el fondo, *muy* en el fondo, te gusta que lo sea —se burló, levantándose al mismo tiempo.

—*Peste.*

—*Arpía.*

—Nos vemos la semana siguiente.

—No, me verás antes. Tengo tres días, ¿recuerdas? —Me guiñó un ojo.

—Claro. —Refunfuñé para mis adentros—. Vete, tengo…

—Trabajo por hacer —terminó la frase por mí—. Lo sé.

CAPÍTULO 28

La Envenenadora

Había veinte tubos de ensayo de cristal apilados en soportes de madera repartidos por el laboratorio. Algunos estaban diluidos con agua en diferentes proporciones, otros eran muestras de control y el resto eran tubos adicionales.

Las ratas capturadas esa mañana arañaban sus jaulas sin cesar. Cada una estaba separada en su propia caja.

Llené cada una de las jeringas limpias con una muestra de control, tres muestras diluidas y también una muestra totalmente concentrada. Con cuidado, inyecté a cada rata entre los omóplatos. Repetí la operación dos veces más, copiando los mismos movimientos. Quince ratas en total.

Mi pluma se movía deprisa en bucles seguros, detallando las observaciones y los tiempos de inyección. Revisaría su progreso más tarde.

—¿Qué tal si añades menos de la solución B y haces la prueba con un mayor volumen de sangre? —preguntó el doctor Hayes.

—Ya intentamos eso. No parece lo suficientemente fiable como para dar el mismo resultado. Creo que ambas soluciones son inestables —dije, observando cómo la mitad de los glóbulos rojos estallaban bajo el microscopio. Las últimas pruebas no habían dado resultados fiables, más allá del hecho de que la sangre se dañaba.

—¿Y ya has añadido un catalizador? —preguntó Viktor, asomándose por encima de mi hombro.

—Sí, esta es la solución al sesenta por ciento —murmuré, ajustando el microscopio para mirar las células de cerca.

Varios estudiantes comenzaron a entrar en el laboratorio cargando libros, equipos y bolsos, lo que nos indicó que nuestro tiempo había terminado.

—¿Qué tal un descanso? —sugirió el doctor Hayes—. Llevas horas con esto. Creo que podemos dejarlo por un rato.

—Probablemente tenga razón. —Suspiré, apartándome del visor y cerrando mi cuaderno—. Necesito un trago.

—Por suerte, quizá pueda ayudarte con eso —dijo el doctor Hayes entre risas.



—Entonces, al día siguiente, Jacek y yo le dijimos al decano que el laboratorio debía estar infestado de roedores y que ellos habían sido los que lo jalaron y por poco incendian el lugar. —El doctor Hayes se rio antes de servirse más bourbon.

—Por favor, dígame que no se creyó ni una palabra de lo que dijeron ese par de tontos. —Viktor balanceaba una copa entre las manos mientras bebía.

—Es sorprendentemente fácil prenderle fuego a las cosas. —Me encogí de hombros, bebiendo a sorbos el líquido color miel de mi vaso.

El doctor Hayes tenía un poco de licor escondido en el cajón inferior de su escritorio. Era agradable sentarse a conversar sin tener

que ir a ningún sitio. Me recordaba a las veces en que mi padre invitaba gente a casa y podía escuchar sus divagaciones sobre su trabajo durante horas. El doctor Hayes a menudo estaba allí, junto con otras personas. Extrañaba ese ambiente relajado, la conversación entre colegas, en lugar de con miembros de la alta sociedad. Era menos agotador; con ellos, sabía que podía bajar la guardia. Me hacía sentir una calidez interior. Y no solo porque estuviera bebiendo.

—¿Alina? —Viktor me dio un codazo en el brazo desde su sitio a mi lado. Nos encontrábamos en las dos sillas frente al escritorio, con el doctor Hayes tras este.

—¿Mmm? —Bajé la vista hasta su mano sobre mi brazo, luego la puse sobre su rostro.

—¿Te encuentras bien?

—Sí, solo un poco nostálgica. A veces los recuerdos pueden ser un tanto abrumadores. Me pierdo en ellos. —Terminé el líquido de mi copa.

—Lo siento. A veces lo olvido —el doctor Hayes sonrió avergonzado—. En ocasiones, cuando sucede algo emocionante, pienso en escribirle antes de acordarme…

—Unos meses después de que falleció —comencé a decir—, todavía lo llamaba mientras preparaba el desayuno para los dos, hasta que caía en cuenta de que había preparado demasiada comida para una sola persona.

—Estaría muy orgulloso de ti, Alina —dijo el doctor Hayes.

—No estoy tan segura. Ya sabes cómo era. Sus muestras de afecto nunca fueron demasiado generosas —Me reí antes de sentir la mano de Viktor acariciando mi hombro en un gesto reconfortante.

—Disculpa mi atrevimiento, pero ¿cómo falleció? —preguntó Viktor.

El doctor Hayes se tensó, mirando en mi dirección. No entendía por qué todos evitaban el tema, como si fuera a llorar cada vez que se mencionaba a mi padre.

—Un accidente en el laboratorio —dije simplemente—. Su asistente era torpe. Murió por algún tipo de exposición.

—Es desafortunado; sobre todo para un químico con tanta experiencia —dijo Viktor, inclinando la cabeza—. ¿El forense dijo qué pudo haber ocurrido?

—No. No leí el informe.

—Ya veo —dijo Viktor apretándome el hombro con suavidad—. Bueno, no dudes de ti misma por culpa de los fantasmas. Tienes mucho de lo que estar orgullosa.

Me encogí de hombros y tras dejar el vaso sobre la mesa, lo empujé con dos dedos hacia el doctor Hayes. Me sirvió otra copa. Todos compartimos un momento de silencio.

—Por los fantasmas. Y por todas las pobres almas a las que deciden perseguir —murmuré, levantando mi vaso con desgana antes de beberme el bourbon, paladeando el ardor en mi garganta. Los hombres hicieron lo mismo.

—¿Qué sigue para tu experimento? —preguntó Viktor—. Has estado trabajando sin descanso.

—No lo sé. Esperaba que se me revelaran más preguntas en el camino.

—De cualquier modo, hazme saber si necesitas más tiempo. El nuevo semestre empieza dentro de un mes —dijo el doctor Hayes.

—Claro —musité.



Todo marchó bien hasta que nos aproximamos al final de la semana.

El olor a podredumbre me asaltó tan pronto entré en el laboratorio del King's College. La causa no era ningún misterio. Mis ratas del día anterior se habían topado con el destino de siempre; lo mismo que había ocurrido en el invernadero se repitió durante las semanas en que estuve analizando su sangre. Por mucho que modificara la fórmula o la dosis, el resultado era el mismo.

Me masajeé la parte frontal de la garganta, recordando ese mismo ardor.

Los cadáveres de las ratas se habían hinchado; sus ojos parecían haberse licuado incluso antes de que las moscas siquiera se posaran sobre ellos. Todos los sujetos de prueba que recibieron la sangre habían corrido la misma suerte.

Mi rostro se contrajo al tiempo que arrojaba uno de los cadáveres a la basura, cubriéndome la boca y la nariz con un paño en un intento inútil por mitigar aquel hedor insoportable. Una jaula menos: quedaban otras catorce.

Al observar una de ellas más de cerca, me di cuenta de que incluso las ratas que no habían recibido la sangre se encontraban en las mismas condiciones. Debía de haber algún tipo de contaminación cruzada.

El laboratorio estuvo a mi disposición durante el día entero. Aunque me gustaría decir que aproveché el tiempo de manera productiva, no fue así. Me senté en la sala con los ojos en la pared, observando las muestras o ignorando la pila de herramientas metálicas que esperaban a ser limpiadas. No pude terminar con el resto de las jaulas debido a mi depresión.

Dejé caer la frente entre mis manos temblorosas.

¡Contrólate!

Presioné las palmas contra las cuencas de mis ojos, buscando aliviar la migraña provocada por mi desazón.

—Alina, tengo el… *Oh, Dios* —Viktor irrumpió en el laboratorio y tan pronto se percató del olor, tuvo que recargarse en la barandilla del balcón para mantener el equilibrio.

—Lo sé, lo sé —me quejé, alzando las manos—. ¡Todas han acabado así! ¡Y les di una sola gota! ¡Apenas una!

—Pero qué horror —murmuró al tiempo que bajaba los escalones. Se acercó a las jaulas, cubriéndose la boca con un pañuelo que sacó de su abrigo.

—No lo entiendo. De acuerdo con la cantidad de la dosis letal, esto solo debería haberlas enfermado. Iba a probar posibles antídotos

para averiguar si sobrevivirían al proceso. —Fruncí el ceño—. Nada de esto tiene sentido.

—No sé qué decirte. —Suspiró—. Quizá no sea posible recibir la sangre sin que los efectos se manifiesten por completo.

—Seguiré haciendo evaluaciones. Por ahora, no más ratas — Suspiré, tomando una de las jaulas para mirar más de cerca el pequeño cadáver.

Algo estaba conspirando en mi contra. No sabía qué poderes estaban en juego, pero ninguno de mis cálculos o conclusiones coincidían con los resultados. Yo misma había hecho los números. Incluso le pedí a Viktor y al doctor Hayes que revisaran mi trabajo. Todo debería haber salido según el plan. ¿Qué estaba perdiendo de vista?

CAPÍTULO 29

La Envenenadora

Resentía un dolor en la columna vertebral semejante al que podría esperarse tras caer sobre un arbusto de rosas, con todo y espinas. Abrí los ojos antes de que mi cuerpo terminara de despertarse. Paralizada sobre la cama, parpadeé hasta despejar la visión borrosa y me asaltó el dolor de cabeza, acompañado de sombras que no dejaban de moverse frente a mis ojos.

Mis dedos se curvaron con debilidad mientras la habitación se aclaraba, tomando forma paulatinamente. El entumecimiento se desvaneció con lentitud, permitiéndome un poco de movimiento.

Al incorporarme, el dolor me asestó otro pinchazo en la espalda y dejé escapar un quejido audible.

Algo se movió en el rabillo de mi ojo.

Frente al extremo de mi cama, la puerta del pasillo se encontraba abierta de par en par. No había nada más que oscuridad tras ese

rígido marco. Durante la noche, mis puertas permanecían cerradas por un solo motivo: mi nefasta aparición.

—¿Silas? —pregunté.

Siguió un momento de silencio. La sensación fue casi peor que si me hubiera respondido.

—Sé que estás ahí —dije hacia el oscuro vacío.

Primero fue uno, luego dos puntos de luz relucieron hacia mí, suspendidos en la oscuridad.

—¿Por qué nunca puedes aparecerte de día? Mientras sigo despierta, de preferencia.

Uno de esos puntos reflectantes descendió, como si inclinara la cabeza. Enseguida volvieron a enderezarse, bajando con lentitud hasta quedar cerca del suelo. Los puntos se hicieron más pequeños, retirándose hacia las sombras.

—¡Silas! —grité, saltando de la cama con un tropiezo. No creía haber descansado tan mal como para que el cuerpo me doliera de esa forma. La frente me latía ligeramente con cada golpe de mis pies contra el suelo de madera—. ¿Adónde vas?

Lo seguí por el pasillo hasta alcanzar el otro extremo, donde había una puerta entreabierta.

Se me estaba formando un nudo en el estómago, y no del tipo que me agradaba sentir. La casa nunca se había sentido tan silenciosa. El aire era pesado, como durante la primera visita de mi Criatura. Esta vez, las cosas volvían a parecerme diferentes, desconocidas.

Al otro lado de la puerta había una habitación vacía.

El chirrido de las bisagras dio fe de cuánto habían pasado sin utilizarse, gritando al ser tocadas al cabo de tanto tiempo. El mobiliario era escaso; apenas unas cuantas piezas, así como un espejo cubierto por una tela. Los espectros de los marcos que alguna vez estuvieron allí se encontraban grabados sobre las paredes, sugiriendo, con su pálido contorno, todos los recuerdos que habían sido arrancados de la habitación. Todos estos detalles parecían insignificantes junto al fastuoso gesto que adornaba el centro del suelo.

La luz de la luna era como un foco en la oscuridad, iluminando una sencilla silla de madera. Debido a mi dolor de cabeza, el contraste resultaba demasiado fuerte como para distinguir los detalles. Por ahora solo podía ver la silueta.

Frotándome los ojos, noté un pequeño charco de humedad reluciente que se formaba bajo la silla.

Mis ojos se acostumbraron a la oscuridad; al fin, pude vislumbrar el origen de ese charco peculiar.

Sobre la silla descansaban uno, dos…, cinco brazos.

Todos ellos, separados de sus dueños originales.

Las extremidades habían sido envueltas con cuidado, recargadas contra el respaldo de la silla, con cada mano posada sobre un cojín. La tapicería, empapada, comenzaba a gotear sobre el suelo. Cada mano estaba decorada con varios anillos antiguos.

El estómago se me retorció en el interior, amenazando con vaciarse en el suelo junto al marco de la puerta. Estos gestos no eran más románticos que los anteriores. Deseé que por una vez me regalara flores y dar por terminada nuestras veladas con eso. Temía que, cuando mi Criatura tuviera suficiente de mí o de sus repugnantes obsequios, mi destino también fuera convertirme en un cadáver.



Mis hortensias se habían teñido de rosa por la cantidad de restos humanos que me había visto obligada a enterrar. Aunque los cuervos hicieron buena parte del trabajo, dejaron algunas sobras para los gusanos, así que debí cerciorarme de que estas permanecieran bajo tierra.

Aplané la tierra con las manos, asegurándome de que nada fuera a asomarse mientras la naturaleza seguía su curso. El suelo se congelaría pronto, así que no tendría que preocuparme de ello por mucho tiempo más.

Hablando de preocupaciones, aquel era un día importante: quería probar unas muestras frescas, así que invité a Silas al laboratorio de la universidad. Aunque aceptó sin rechistar, había una vocecita molesta que no dejaba de darme vueltas en la cabeza.

No estaba segura de si vacilaba por ser vista con él en público formalmente o porque al hacerlo, Silas sin duda conocería a Viktor. No sentía lealtad hacia ninguno de los dos, pero mi situación era única; solo presentarlos bastaría para que alguno de los dos se molestara, por no decir que ambos. También era posible que se llevaran bien, pero teniendo en cuenta la naturaleza de mi Criatura de cabello dorado, me parecía improbable. Fuera cual fuera el resultado, los necesitaba a ambos si quería continuar con mi investigación.

CAPÍTULO 30

La Criatura

—Sin duda, esto es mucho mejor que tu cueva. —Contemplé el gran arco que nos conducía hacia el patio.

Al elevarse sobre la plaza, la arquitectura de estilo griego resultaba bastante imponente. No había visitado el campus del King's College desde su concepción; en esa época, era el lugar perfecto para esconder cadáveres.

—Ya no tenía sentido seguir utilizando muestras viejas. Es más fácil traerte aquí —dijo Alina en voz baja. Su postura encorvada la hacía parecer más baja, más débil.

Apretó la correa de su bolso, retorciéndola con las manos. Si seguía así, el pliegue entre sus cejas corría el riesgo de volverse permanente.

Dio un paso frente a ella y su cabeza chocó contra mi pecho.

—Estás distraída.

—Estoy pensando, eso es todo —murmuró, tratando de esquivarme.

—Lo cual te está *distrayendo*. —Le bloqueé el paso de nueva cuenta.

Ella soltó un hondo suspiro antes de levantar la barbilla hacia mí, con un tic tensando su mandíbula.

—¿Te encuentras… *bien?* —le pregunté, sin que las palabras sonaran del todo naturales. La textura de esa frase me resultaba horrible, quería escupirla. Sin embargo, me esforcé por comportarme, por ser *gentil.*

Valió la pena el trago amargo: sus ojos se suavizaron, aunque también mostraban cierta confusión y, sobre todo, cautela. Para mí, cualquier cambio en su estado de ánimo que no fuera ira profunda representaba una victoria.

—Me encuentro bien, más allá de los brazos que tuve que enterrar esta mañana. —Me lanzó una mirada de reojo al pasar.

—Claro. —Asentí, fingiendo entender su eufemismo, aunque no era así. Había hecho las paces con que quizá nunca podría comprender del todo sus peculiaridades.

Un eco alto reverberaba entre los pasillos mientras los estudiantes corrían de un lado al otro. A juzgar por todo el ajetreo, debíamos de haber llegado entre clases. Cuanto más nos adentrábamos en el edificio, más intensos eran los aromas de la angustia y el estrés.

Noté las miradas de asombro al pasar. Los susurros que se repetían a nuestro alrededor.

En circunstancias normales, diría que me estaban mirando a mí, pero sabía que no era cierto. La miraban a *ella*.

Alina no era de las que rehuían las miradas. Me gustaba que no sintiera vergüenza por ocupar tanto espacio. Eso o padecía de aquella famosa miopatía que le impedía percatarse de los ojos curiosos. En todas las habitaciones en las que entraba, no pedía atención; la exigía. Su bonito rostro era solo la superficie. El aire a su alrededor se tornaba afilado como la navaja de un barbero. Siempre estaba calculando, como un ave rapaz. Ahora, cuando recordaba haberla llamado «cervatillo» el día en que la conocí, me parecía

absurdo: ambos sabíamos que compararla con algo dócil o pequeño sería una horrible mentira.

Finalmente llegamos al laboratorio. A diferencia de los pasillos, este se encontraba vacío, a excepción de unos cuantos estudiantes que recogían sus pertenencias de las mesas de trabajo. Bajamos desde la zona de observación hasta el piso principal por un pequeño tramo de escaleras. Era exactamente el tipo de lugar en el que hubiera esperado que ella pasara su tiempo libre. El espacio era mucho más luminoso, con ventanas más grandes; sin duda más alegre que su cueva.

—Tengo miedo de preguntar qué tipo de experimentos quieres realizar, si es que hace falta cualquiera de estos instrumentos —murmuré, girando la rueda de una de las herramientas. Parecían más bien instrumentos de tortura; de solo pensarlo, mi sangre corrió hasta lugares inesperados.

—Solo necesito muestras frescas —repitió con sequedad antes de abrir su diario, preparando sus apuntes.

Si aquel día parecía menos emocionada por experimentar, no era a causa mía. Su aroma parecía distinto; menos dulce que otras veces. Era como si alguien se hubiera olvidado de añadir sal al caldo; sencillamente, su olor estaba diluido. Aunque no podía juzgar del todo su palidez, parecía tener un tono menos sonrosado.

Sentí un pinchazo en el estómago. Mi apetito había sido provocado lo suficiente a lo largo de la mañana. Saqué un cigarro, prendiendo mi encendedor para quemar la punta. El tabaco era lo único que me mantenía en pie por ahora. Sin él no sabía dónde acabaría; con suerte, no con algo menos apetecible entre los dientes

—¡Silas! —me reprendió.

Frunciendo el ceño, me recargué sobre el costado de una mesa de trabajo.

—¿Qué? —murmuré con el filtro entre los labios.

—¡No fumes! Estamos en un laboratorio real. No puedes encender lo que quieras aquí. Hay combustibles.

Levanté las manos en señal de rendición antes de quitarme el cigarro de la boca. Lo apagué en un pequeño plato de cristal.

—¡No! Esos acabo de limpiarlos. —Apretó la mandíbula mientras dejaba de escribir para mirarme.

Entrecerré los ojos; estaba a punto de soltar la ceniza sobre el suelo, cuando su mirada me dijo que ese era el movimiento equivocado.

Exhalé con irritación por la nariz, abrí la boca y antes de acercarme al bote de basura, lo apagué sobre mi lengua.

—¿Puedo tirarla a la basura, o es este un *recipiente especial* para residuos científicos que debe mantenerse limpio?

Ella rodó los ojos y volvió a su tarea.

—Hazlo rápido. Ya me has hecho tirar mi desayuno —le dije, sentándome a su lado en uno de los bancos.

—El brazo. —Extendió la mano sin mirarme.

—Por favor, Silas. Gracias, Silas. ¿Cómo estás, Silas? Hoy te ves muy apuesto, Silas —bromeé, arremangándome para colocar mi brazo en su mano.

El tacto de Alina era siempre frío: la sensación resultaba agradable, sin duda, pero también me hacía creer que mi temperatura era demasiado alta. Más aún luego de alimentarme. Sus dedos sobre mi piel se sentían como hielo, un escalofrío que calmaba de golpe mis nervios alterados. A menudo, imaginaba que esos dedos rozaban sitios más calientes aún, pero esas imágenes las reservaba para mí mismo.

Siendo la eficiente abejita que era, Alina no perdió el tiempo. Me ató el torniquete alrededor del brazo y con sus ágiles y largos dedos, me clavó la aguja curva bajo la piel. Esta parte siempre me emocionaba, quizá porque sabía que una vez concluida, al fin podría alimentarme. Ella se había vuelto cada vez más rápida.

—Ah, tengo un obsequio para ti. —Me apresuré a sacar una petaca de mi bolsillo y la puse de golpe sobre la mesa.

—No necesito alcohol ahora mismo, aunque quizá lo acepte más tarde. —Sus ojos se mantenían fijos sobre mi brazo y el instrumento. Noté un pequeño tirón en la comisura de sus labios.

—Ojalá fuera licor. No; es saliva. —Le mostré mi sonrisa más arrogante.

Ella me miró, luego a la petaca.

—¿Has llenado toda una petaca con tu saliva?

—No tenía otro lugar dónde ponerla. La última vez que me la pediste, te di una mordida sin que me dieras permiso. Así que decidí darte la muestra extra que pediste. Ahora estamos a mano.

—Tú no decides cuándo estamos a mano. —Apartó la mirada de mí, levantando la petaca llena—. Pero está bien, estamos a mano —murmuró.

Pareció impresionada cuando la levantó. Me había tomado un buen rato llenar la petaca. Debo reconocer que era lo más extraño que le había regalado hasta entonces, lo cual era mucho decir. Aunque esta excentricidad ella sí deseaba tenerla, a diferencia de las otras.

Extrajo la aguja de mi brazo y limpió la punción. Mi estómago se removió con su tacto, aunque se debía sobre todo al hambre que tenía. Desde que le clavé los dientes, no había vuelto a comer nada. Solo la quería a ella…

—¡Alina!

¿Quién demonios era *ese?*

Un hombre alto, de pelo oscuro y unos lentes de armazón ridículos, bajó corriendo las escaleras, eufórico de ver mi sombra.

Ella le sonreía; tan radiante, tan llena de vida. Incluso pude ver un ligero tono rosado iluminar sus mejillas de marfil. Solo entonces me di cuenta de cuánta cordialidad me había estado siendo negada. Sus instantes más fríos estaban reservados para mí.

Al mirarla, sentí que algo se rompía en mi interior. O tal vez era uno de mis dientes quebrándose al apretar la mandíbula.

Odiaba esto.

Quería aplastarla en la palma de mi mano como a una luciérnaga y ver cómo se apagaba la luz.

El hombre se acercó. Su cuerpo se puso rígido, mirándome con esos ojos oscuros.

—Silas, ¡este es Viktor! Te hablé de él el otro día —dijo ella con una mirada acusadora, como si quisiera añadir: *el que te dije que no*

asesinaras, ¿recuerdas?

Su voz sonó asordinada tras el rumor de mi sangre corriendo. No podía ver más que rojo.

—Sí, lo recuerdo. —Me puse de pie y rodeé el escritorio, tendiéndole la mano—. Silas Forbes.

—Viktor Kaskov. —Me estrechó la mano.

El señor Kaskov era más o menos tan alto como yo. Nuestros ojos se encontraban a la misma altura. Aunque su actitud era amistosa, tan pronto entramos en contacto sentí un escalofrío en la columna. Quizás mi juicio fuera parcial, pero lo *odié* desde aquel momento. Su energía no encajaba. Tenía un olor metálico, como el del latón mojado, el cual se debatía con un aroma a madera caliente, a piel especiada. ¿Qué veía ella en este imbécil?

Alina levantó el instrumento para llevarlo al fondo del laboratorio, lejos de nosotros dos. Fue un error dejarnos solos.

—¿De dónde conoces a la señorita Lis? —preguntó Viktor, recargándose en el escritorio de enfrente para observarme como si fuera un ladrón en una panadería. Aunque parecía cordial y amistoso, había una acusación inequívoca en su tono.

—Por nuestro cortejo —dije, sin despegar la mirada de Alina, que cruzaba la sala.

—Así que ella es…

—Mi prometida —dije con tono seco, dejando la mirada sobre él —. ¿Por qué tantas preguntas?

Viktor soltó una risa burlona.

—Porque sé que es mentira. Ella no tiene ningún interés en los hombres. Si la conocieras, por lo menos sabrías eso. —Se rio, mostrándome una sonrisa con hoyuelos—. ¿Cómo la conoces en realidad?

—No se puede culpar a un hombre por intentarlo —le respondí —. Nos movemos en círculos similares.

—Eso parece más plausible que cortejarla.

—Aun así, tengo más posibilidades que tú.

—¿Estás seguro de eso?

—*Absolutamente* seguro.

—Ya lo veremos.

Nuestra discusión fue interrumpida por la reaparición de Alina. Esta vez, traía su diario y ningún aparato de tortura. Parecía enferma: tenía los ojos rodeados por un tono rojizo, como si se los hubiera estado frotando.

—¿Qué te trae al laboratorio? —Aquel marcado acento ruso interrumpió mis pensamientos. Su tono altivo me rasguñaba los oídos.

—Alina me dijo que está llevando a cabo un estudio en el que quizá pueda invertir. —Sonreí cortésmente, aunque no pude reprimir una pequeña mueca de desprecio—. Al igual que mi padre, me gusta apostar mi dinero en muchos caballos. Hoy en día, los productos farmacéuticos son casi tan buenos como los inmuebles.

—¡Qué buena noticia! —Viktor se esforzaba demasiado por fingir júbilo ante mi presencia, lo cual me hizo sentir un poco complacido —. Debes de estar emocionada.

Miró a Alina, con la mirada perdida.

Cuidado con dónde miras, muchacho.

—Sí, es muy emocionante —dijo, aunque había dejado de mirarnos. Cerró los ojos mientras presionaba sus cuencas con la palma de la mano.

—¿Alina? —Me incliné hacia ella—. ¿Qué ocurre?

—Solo es un dolor de cabeza —balbuceó, con el cuerpo tenso de repente.

—¡Alina! —gritó Viktor en cuanto se le doblaron las rodillas.

La rodeé con mis brazos, recostándola en el suelo con lentitud mientras su cuerpo temblaba violentamente. Su piel se tornó casi amarillenta y sus ojos se pusieron más blancos de lo que hubiera creído posible. Posé su cabeza en mi regazo al tiempo que Viktor la giraba hacia un costado. Emitió unos sonidos ahogados y su cabeza se levantó con tanta fuerza que alcancé a ver las venas palpitantes de su cuello.

—Está teniendo un ataque —dijo Viktor rápidamente—. No te muevas, voy a buscar al doctor Hayes.

Tan pronto él se marchó, los espasmos disminuyeron. Solo habían pasado unos treinta segundos, pero cada uno me parecía *tan* largo. Sentir su cuerpo así de tenso entre mis brazos me hizo darme cuenta de lo fuerte que la abrazaba.

Poco a poco, dejó de moverse. Su respiración recuperó un ritmo tranquilo. Ahora, dormía tan plácidamente que era como si nada hubiera pasado.

La miré fijamente. Ahora que respiraba con regularidad, el rubor volvió a sus mejillas y el azul de sus labios desapareció. Lo único que seguía temblando eran mis manos. Levanté una para inspeccionarla. Los temblores que sacudían mis dedos y mi brazo eran tan involuntarios como los chasquidos de mi garganta.

Le sequé el sudor frío de la frente. Apartándole los mechones de pelo que se le pegaban a la mejilla, la observé como si hubiera vuelto de entre los muertos. Quizás debería dejar de bromear con que Alina era un espectro o ella podría decidir convertirse en uno para escapar de mí.

—Si mueres sin mi permiso, nunca te lo perdonaré —le susurré. Aunque se suponía que era un chiste, también tenía mucho de verdad.



CAPÍTULO 31

La Envenenadora

Mi habitación. Veo mi habitación.

Una gravedad invisible me mantiene inmóvil, como si fuera una manta pesada.

Tengo los ojos abiertos del todo. Veo la silla en la esquina de la habitación.

Solo respira.

Un cosquilleo me recorre la columna vertebral y una terrible sensación de vacío invade mis sentidos. Lo único que me queda por hacer es esperar a que termine.

Solo respira.

Es la sensación de estar indefensa mientras tu mente te juega malas pasadas. Mi problema es que algunas sombras en la esquina podrían ser reales.

Estos episodios son cada vez más frecuentes. Lo único que puedo hacer es esperar a que pasen. Me despierto sintiéndome peor que antes de acostarme. Siempre es lo mismo.

Mi cuerpo me pide con desesperación que me mantenga despierta.

Como si quisiera advertirme que, si cierro los ojos, ocurrirá algo aún peor.

Últimamente, sin importar cuánto tiempo pasara lejos de Silas, me sentía cada vez más extenuada. La parálisis del sueño me visitaba todas las noches; no me permitía descansar ni un solo minuto. Por supuesto, cuando cierta Criatura no me molestaba hasta altas horas de la noche, mi cuerpo compensaba esa ausencia por sí solo.

La migraña atravesaba mi cabeza como una flecha en el ojo, volviendo tanto mis momentos de vigilia como los de sueño en una pesadilla febril. Las noches eran tan duras que, debido a mi desasosiego, incluso la parte baja de la espalda sufría algún tipo de daño.

En el mercado, mis dedos saltaban entre las flores y los alimentos frescos. Normalmente, eso me resultaría terapéutico, pero el dolor punzante en mi cabeza hacía que los colores fueran demasiado brillantes y al caminar, el mundo a mi alrededor se movía con retraso. Me pellizqué entre las cejas, frotándome el lado derecho del rostro, con la esperanza de aliviar el dolor. Al recargarme contra el borde de una caja de verduras, me inundó una oleada de náuseas. El sudor frío brotó de mi nuca mientras luchaba contra el invisible punzón de hielo en el costado de mi rostro, debilitándome todavía más.

De pronto, alguien me arrancó de mi postura. Me incliné hacia aquella silueta familiar.

Moras y hojas de laurel ahumadas. Esta vez, no hubo bromas ingeniosas: solo un brazo alrededor de mi cintura.

—¿Qué estás haciendo? A estas horas ya deberías estar en la tienda. —Silas frunció el ceño—. Estuve horas esperando. ¿Dónde estabas?

—Me disculpo. Si hubiera sabido que mi acosador esperaba verme, ¡habría ido corriendo! —Apreté los dientes, resintiendo una gran inquietud.

Me bloqueó el paso, alzando mi barbilla para inspeccionarme. Una mano enguantada me cubrió el lado derecho del rostro,

protegiéndolo de la luz.

Me dejé llevar por la mano, observándolo a través del resplandor de las pestañas blancas sobre mi ojo descubierto.

—Sabes, cuando estás irritada, tus marcas resaltan el hielo de tus ojos —bromeó. Se tensó justo después de hablar, entrecerrando los ojos con recelo.

—¿Qué?

—¿Con quién has estado? —su voz sonaba gélida—. ¿Has estado con él?

—¿A qué te refieres?

—Eres la criatura más capaz que he conocido. No finjas que eres tonta. —Me apartó de la multitud para llevarme a un tranquilo callejón entre dos tiendas.

Tan pronto me soltó, mi cuerpo se desplomó contra la pared.

—No tengo tiempo para esto.

—Lo tienes por todas partes. El aroma. —Me miró entrecerrando los ojos—. ¿Es esto lo que haces cuando te dejo sola?

—Aunque eso fuera cierto, no te pertenezco. —Froté los dientes al tiempo que me masajeaba las sienes. Esa conversación me daba ganas de golpear mi cabeza contra la pared. Cualquier cosa con tal de escapar del dolor. Cerré los ojos en un intento por tranquilizarme.

Traición. Así hubiera descrito la expresión de su rostro. Sin embargo, sabía que eso requería tanto emociones como un participante voluntario. Me ardía el pecho. No estaba segura de qué pensaba él que había hecho, pero algo le molestaba lo suficiente como para pensar que se había cruzado algún tipo de límite.

Por mucho que me hubiera encantado decirle que me había acostado con todos los hombres de su círculo social por mera venganza, había estado demasiado enferma para siquiera alimentarme como una persona normal. A juzgar por todo esto, él realmente me había dado tiempo a solas.

Cuando volví a abrir los ojos, se había esfumado sin una palabra.

Pero qué niño más insolente.



Aquella noche no fue diferente. El dolor persistía a un ritmo insoportable. Empeoraba con el paso de las horas, dejándome indefensa en los rincones oscuros de mi habitación. Solo tras la puesta de sol, cuando las cortinas dejaron de luchar contra la luz que insistía en colarse en mi habitación, sentí un ligero alivio.

Ninguna postura era cómoda. Nada lograba relajar mi tensión. Las almohadas se sentían demasiado blandas o demasiado duras. Las sábanas tenían una temperatura insoportable, adhiriéndose a mi piel húmeda. El sudor frío pegaba cualquier cabello suelto a mi piel, causando que algunos mechones rebeldes sobresalieran en direcciones incómodas.

Podía sentir cómo se hundía la cama mientras mi rostro permanecía enterrado en la almohada.

Tenía visitantes.

Su olor a humo perturbaba mis sentidos, causando que volvieran las náuseas.

Mi mano tomó la navaja de barbero que tenía debajo de la almohada.

Silas apartó algunos mechones de cabello mojado de mi rostro. Yo mantuve los ojos cerrados.

—Puedo oír los latidos de tu corazón. No puedes fingir que estás dormida —me susurró al oído.

Miré por encima del hombro desde mi posición ovillada.

—Si tú puedes fingir que eres un caballero, entonces yo puedo fingir que estoy dormida.

—Me hieres, querida. —Se llevó la mano al pecho en señal de burla—. ¡Mi corazón es tuyo para que hagas lo que desees con él! ¡Incluso si lo atraviesas con una espada!

—¿Tienes que ser tan melodramático? ¿Que acaso no eres tú el mismo que come carne humana y me ha perseguido como a un animal por esta misma casa?

—¿Qué quieres decir? —Jadeó—. ¡Esa es la cúspide del romance! —Su expresión se ensombreció al aproximarse, trepando sobre mí. Me lanzó una mirada de desconcierto—. ¿Por qué hueles así? —Arrugó la nariz con disgusto.

—¿Así cómo…? —Mis palabras se vieron interrumpidas por su mano al tomarme del rostro, obligándome a mirar en su dirección.

El veloz movimiento causó que mi brazo se balanceara hacia él con la navaja, abriendo la almohada en el proceso. Las plumas volaron tras el golpe mortal.

La navaja le cortó el hombro. Entonces la apartó de un golpe, cortándose la mano también. La navaja fue a caer con estrépito en el suelo de madera y él, enseguida, me inmovilizó ambos brazos por encima de la cabeza.

—¡Suéltame!

—¿Es él? —me gritó con los ojos oscureciéndose.

—¿Quién? —balbuceé, empujando con las caderas en un intento por quitármelo de encima. Su peso me impedía moverme. Mi visión se nubló por el dolor de la migraña al tiempo que su figura borrosa se cernía sobre mí.

—No me mientas —su voz sonaba tensa—. Hueles a alguien *más*. ¿Es ese compañero de laboratorio? ¿Alguien que conociste en otro sitio? ¿Un compañero de taberna, tal vez?

Era agotador ser etiquetada solo como la propiedad de un hombre o de otro.

Le escupí en la cara. Él se quedó paralizado, soltando uno de mis brazos para limpiarse.

—Sabes, he sido indulgente contigo. Creí que estábamos empezando a conocernos mejor. Es una pena —dijo bajando la voz. Me tomó del brazo y tiró con fuerza hasta sacarme de la cama—. Si quieres que sea un intercambio, que así sea. Me dejarás alimentarme voluntariamente y, a cambio, no tomaré tu sangre por la fuerza. —Me empujó hacia el frente, alejándome de la cama.

Sus palabras me atravesaron la piel, haciéndome temblar.

—No estoy en condiciones para que te alimentes de mí. —Me froté las muñecas.

Casi prefería cómo era antes. Este cambio me aterraba. Un dolor punzante me martilleaba el interior del cráneo. Volví a sostener la parte derecha de la cabeza, dejando escapar un quejido de profundo disgusto.

—Eso no es problema mío —siseó—. ¡Vamos, Alina! ¿Dónde están todo ese valor y ese coraje?

Dio pasos a mi alrededor, provocándome.

—Necesito agua —dije con voz ronca, sin apartar la mirada de él. No tenía fuerzas para soportar otro de sus juegos o pataletas. Tenía que poner distancia entre nosotros—. También necesito vendas, sobre todo si tendré que soportar tu forma desenfrenada de alimentarte. —Lo miré con ira.

—Está bien, tráelos. —Me hizo un gesto con la mano y tras sacar un nuevo cigarro del bolsillo, se sentó en la silla de la esquina—. No tengo que decirte lo que pasará si intentas huir, ¿verdad? —murmuró, dejando que el cigarro colgara de sus labios mientras lo encendía. El destello de la llama se reflejaba con intensidad en sus rasgos afilados.

Con un asentimiento, salí lentamente de la habitación. El aire se volvió más ligero a medida que me alejaba de él. No entendía por qué seguía mencionando a otro hombre. Aunque deseaba tener la compañía de alguien que no fuera un psicópata que lo consumía todo, realmente no había nadie más. Era una reclusa; el debería saberlo. Eso hacía que toda esta situación fuera aún más extraña. No había visto el laboratorio ni a Viktor desde mi incidente. Todas mis interacciones se reducían a llamadas telefónicas.

No había luz en la cocina, ni siquiera de las farolas, pues había cerrado las contraventanas un rato atrás. La vela a mitad de la barra permanecía encendida para ayudarme a buscar en los cajones.

En el fondo de mi mente, una corazonada me alertó del peligro. Examiné las jeringas y los cuchillos del cajón. Tomé con fuerza el mango del cuchillo largo para trinchar carne. Quizá Silas había

decidido que prefería no seguir esperando, que iba a acabar conmigo esa misma noche. Todo mi cuerpo me exigía que ignorara la presencia amenazante en la esquina.

Algo no estaba bien. Nada de esto estaba bien.

Me rodeó un hedor dulzón, nauseabundo, semejante al de la primera vez que olí el líquido de embalsamar en un laboratorio. Se me erizaron los vellos. Si mi corazón seguía latiendo a ese ritmo, se me iba a salir del pecho. Giré la cabeza para echar un vistazo con el rabillo del ojo.

Dos puntos de luz azul me observaban desde la esquina. Sin embargo, no se trataba de mi espectro habitual.

Si salía corriendo, ¿iba a perseguirme?

Mi primer pensamiento fue correr hacia la otra criatura peligrosa que había en la casa. Sin duda, por eso creyó haber olido a alguien más en mí, porque de hecho había alguien más *aquí*, conmigo. La pregunta era: ¿desde cuándo?

Cerré el cajón con lentitud al tiempo que tomaba un cuchillo y una jeringa. Trataba de pasar desapercibida, de que la cosa que había en mi cocina no se percatara de que la había visto. Era extremadamente difícil caminar mientras me convencía a mí misma de actuar con discreción, de moverme a un paso calmado.

Entre los latidos de mi cabeza y los de mis oídos, no lograba concentrarme. Veía estrellas. Sentía ganas de vomitar. Estaba atrapada entre ser asesinada por la cosa que se había aparecido en mi casa o por el depredador que me esperaba arriba. Una situación imposible: era como tener que elegir entre dos carniceros. Solo era cuestión de saber cuál tenía los cuchillos más afilados.

Mis pasos por las escaleras eran cautos. ¿Cuál era el ritmo normal? ¿Iba demasiado lento? ¿Quizás demasiado rápido? La sombra se movió por el rabillo de mi ojo, asomándose en la entrada de la cocina. Mientras subía, la figura de Silas apareció en lo alto del segundo tramo de escaleras. Me detuve en mi sitio.

—Pensé que habías huido. Resulta que has decidido volverte perezosa. ¿Dónde está ese brío que tenías cuando nos conocimos?

Seguro que la mancha roja de las escaleras te inspiraba a acelerar el paso —bromeó, mirándome con ansias.

—N-no lo recuerdo —repuse temblorosa. La ansiedad me impedía respirar—. Debes estar pensando *en otra persona*.

Parecía ofendido por mis palabras.

—¿Me estás diciendo que conoces de memoria la nomenclatura binomial de todas las plantas, pero no recuerdas nuestra primera noche juntos? Serías una pésima romántica, Alina —dijo con crueldad.

¿Cómo se lo hacía saber sin decir nada? No tenía intenciones de ser masacrada por ninguno de ellos, pero de entre los dos, él era mi mejor esperanza.

Le di una sonrisa trémula.

—Silas, *amor mío*, por favor, ¿podemos descansar esta noche? Estoy muy cansada. Tú también debes de estarlo. —Intenté respirar hondo, pero solo conseguí tragar con dureza. Bajo el peso del pánico, cada palabra me arrebataba el aire de los pulmones

Las alarmas debían de estar sonando en su cabeza; su actitud gélida se volvió aprensiva.

De todas las adaptaciones evolutivas posibles, me hubiera gustado que tuviera algún tipo de telepatía.

—Los dos hemos tenido un día muy largo. Quizá deberíamos pasar un rato juntos. Solo nosotros dos. —Rompí el contacto visual solo para desviar la mirada hacia la cocina. Luego volví a mirarlo.

Un ruido estrepitoso resonó en la cocina.

Los ojos de Silas se movieron hacia el sonido antes de regresar lentamente hacia mí. No había manera de saber qué era, pero no podía ser nada agradable.

La cocina estaba vacía cuando entramos, con los restos de una copa de vino esparcidos por el suelo. No hablamos, ni siquiera nos dimos una mirada.

El silencio era doloroso. No se dijo ni una palabra en toda la noche.



Silas no se iba. Desde aquella noche, se quedó adherido a mi costado con firmeza, como una sanguijuela. No tenía un solo momento para mí sola.

¿Qué era peor: no poder dormir por el miedo a lo desconocido o que cada uno de mis movimientos fueran abiertamente vigilados? Por el amor de Dios, ni siquiera me dejaba bañarme sin vigilar sentado en la esquina. De no ser por mis protestas, se hubiera quedando mirándome dormir desde la cama. Era como un niño al que no se podía dejar solo. Era exasperante y solo conseguía que lo odiara más.

A donde iba, mi perro del infierno me seguía.

Me daba un poco de espacio cuando interactuaba con los clientes en la tienda, pero esa era prácticamente la única privacidad que tenía permitida. Supuse que lo hacía para evitar que la gente se distrajera por tener a una celebridad entre ellos, aunque los rumores comenzaban a esparcirse. Estaba conmigo todo el tiempo, así que era natural que la gente especulara. Cada vez que surgía un nuevo rumor, podía contar con que Phoebe me lo contara por teléfono o en la tienda. Tampoco a ella me dejaba verla demasiado; una excusa tras otra era inventada para que todo se quedara en llamadas telefónicas o breves visitas.

—No, ya te dije que no ha pasado nada. Tengo un encargo del que no puedo hablar —mentí, pegada al teléfono colgado en la pared.

Silas se encontraba en un rincón, mirando por la ventana con aire furioso, moviendo la pierna nerviosamente al tiempo que yo hablaba con Phoebe.

—Te dije que no era de fiar —murmuró ella a través de la estática —. Está metido en todo tipo de negocios turbios. No me importa lo bueno que sea el sexo. ¡No vale la pena!

—Y eso, ¿cómo lo sabes? —bromeé, aunque sentía curiosidad por su respuesta.

—¡Alina! ¡Qué asco! ¡No lo conozco de esa manera! Aunque hemos tenido algunos encuentros desagradables. ¡Siempre es conmigo con quien la gente se queja de su comportamiento! —explicó—. No entiendo por qué las chicas siguen volviendo con ese demonio. ¡Es un desvergonzado!

—Lo entiendo, lo entiendo. —Lo miré, con la mente perdida en su rubia cabeza.

—Deberíamos escaparnos al campo este fin de semana. ¿Qué te parece?

Los ojos de Silas se clavaron en mí al oír esas palabras.

—¡No hace falta que me lo repitas! —chilló Phoebe—. ¿Nos vamos a Sussex?

—Sí, ¿por qué no invitamos a algunas personas? Hagamos una pequeña reunión íntima. Algo relajante; divertido —dije, como intentando convencer a Silas de que estaría a salvo porque me encontraría rodeada de personas. No es que necesitara su permiso; era más bien mi forma de pedirle que mantuviera cierta distancia.

—Me encargaré de ello. Te llamo dentro de una hora con los detalles. Compraré los boletos de tren. ¡Oh, esto será genial para nosotras! —Colgó el teléfono con emoción.

—No creo que sea una buena idea —dijo Silas desde el rincón.

—¿Por qué no? Me alejaré de esa ciudad en la que se halla mi *otro* acosador, acompañada de testigos y una tiránica amiga que no dejará de vigilarme. ¿Qué más se puede pedir?

—No te vas a ir de mi vista.

—Y tú no vas a detenerme —respondí—. ¿Sabes?, haces muchas amenazas en vano. Aunque me has causado una conmoción cerebral y una interesante colección de moretones a lo largo de nuestros encuentros, nunca llevas a cabo tus feroces amenazas de devorarme. —Me reí—. Pero qué mal depredador eres.

—¿Es esta una estrategia suicida para pedirme que te haga daño? —Arqueó las cejas—. Sabía que estabas mal de la cabeza cuando

decidí perseguirte, pero nunca pensé que fueras ese tipo de maníaca.

—No es un desafío, pero eso me lleva de vuelta a mi punto: no puedes detenerme, no lo harás. Pero confío en que estarás entre las sombras, tanto si te pido que me dejes en paz como si no. —Le lancé una sonrisa sarcástica antes de que se desvaneciera. Mi cabeza seguía latiendo con fuerza, al igual que durante las últimas semanas, pero el dolor empezaba a disminuir. Cerré los ojos y, frotándome el rostro, me di media vuelta antes de alejarme.

—¿Adónde vas? —Intentó ponerse delante de mí, pero lo aparté.

—Por medicina. —Fue lo único que alcancé a murmurar, dirigiéndome hacia la cocina—. Sé que sufres ansiedad de separación, pero no tienes por qué seguirme a todas partes.

—Por supuesto que sí, *amor mío* —me devolvió mis palabras agregándoles un filo venenoso.

Mis hombros se tensaron por la vergüenza. No necesitaba que me lo recordaran.

Era evidente que mi reacción le divertía.

Aunque era de noche, la casa estaba más iluminada que nunca. Silas había encendido todas las lámparas de gas para que no quedara ningún rincón a oscuras. Pensé que lo había hecho más por su propia tranquilidad que por la mía.

En la cocina, rebusqué en el armario hasta dar un frasco de tintura de flor fantasma. Aunque fueran un tipo de seta, más bien parecían pequeñas flores blancas. Tenían propiedades analgésicas muy potentes. Solía preparar un líquido con ellas cada pocos años. Para mi consternación, no quedaba ni siquiera lo suficiente para adormecer a un ratón.

Recargándome en la barra, presioné suavemente las palmas de las manos contra las cuencas de mis ojos.

Silas se acercó a mí.

—¿Qué ocurre ahora?

—No queda medicina. —Suspiré derrotada. A ese paso, nunca saldría de este eterno agujero. Lo más irónico de todo era que, debido al olor, ni siquiera había consumido una gota de alcohol en las últimas semanas. Pero qué injusto.

—¿Por qué no intentamos algo? —me dijo, pasando un dedo por mi hombro.

—Por mucho que me acaricies, eso no va a quitarme el dolor de cabeza —le dije con tono seco, sin dejar de presionarme los ojos.

—Nunca lo sabrás si no lo intentas. —Se encogió de hombros—. Me refería a otra cosa, pero quizá deberíamos probar eso también, solo para ser exhaustivos.

Aparté las manos de la cabeza. Lo miré fijamente, levantando una ceja para pedirle que se explicara mejor. Aunque estaba actuando de manera detestable, mi estado actual no me permitía el lujo de ser exigente con los remedios.

Me tocó la barbilla y la levantó, dejando sus labios suspendidos sobre los míos.

Mi cuerpo se estremeció con su tacto. Sin importar nuestra historia juntos, nunca podía anticipar si sería brusco o gentil conmigo. Era como un viento cambiante, impredecible. Aunque tal vez no me mataría, no descartaba que me hiciera daño si lo hacía enojar lo suficiente. Cuanto más aprendía sobre lo que era capaz de hacer, más le temía. A medida que el miedo se intensificaba, también lo hacía mi deseo de llevarlo al límite. Debo admitir que no fue el más sensato de mis instintos; si quería manipular la situación a mi favor, primero tenía que averiguar cuáles eran sus intenciones.

Su lengua se deslizó fuera de su boca e instintivamente me aparté. Me tomó el rostro con más fuerza.

—Te duele la cabeza, ¿verdad? Déjame intentar algo. —Sonrió con aire burlón, moviendo deprisa las dos puntas de la lengua.

Considerar su oferta no sería lo más descabellado que había hecho hasta ahora. En todo caso, no perdía nada con intentarlo, aunque ceder a su petición supondría un pequeño golpe para mi ego. No era tan loco pensar que, si él había sido capaz de impedir que me envenenara, también podría curar una migraña fantasmal. A regañadientes, me incliné hacia él.

—Abre la boca para mí. —Usó el pulgar para jalar mi labio hacia abajo.

Yo cedí vacilante.

Unió sus labios a los míos. Su mano se desplazó a la nuca para sostener mi cabeza. Recorrió mis labios con su lengua húmeda, pidiendo entrar.

Hice una mueca de desagrado por la humedad antes de quitármela de encima.

—Succiónala. —Inclinó la cabeza hacia mí.

—¿Disculpa?

—Mi lengua, succiónala. —Me dio una sonrisa amplia—. ¿Recuerdas cuando me mordiste?

—Oh, lo recuerdo perfectamente. —Lo miré con ira.

—Bueno, ¿de qué otra forma vas a sentir alivio? También podría escupirte en…

—No es necesario. Acabemos de una vez.

Era un método extraño. Hubiera preferido que escupiera en un vaso.

Se inclinó sobre mí, dejando salir su larga lengua por la boca, con las dos puntas divididas curvadas en la parte inferior colgando sobre mis labios.

Al abrir la boca, un rubor de vergüenza inundó mi rostro.

Cuando me puse de puntillas para meter su lengua en mi boca, él la retiró con brusquedad, fuera de mi alcance.

—Eres una rata, ¿acaso estás jugando conmigo? —Le di un golpe en el pecho.

—No, solo quería verte así un poco más. —Una atractiva sonrisa se posó sobre su rostro. Volvió a ofrecerme su lengua.

Alargando el cuello a regañadientes, metí la punta en mi boca. La succioné con suavidad, lo cual le arrancó un sonido a Silas.

¿Acaba de gemir?

A través de las pestañas, estudié su reacción, su atención dedicada solo a mí.

Me sostuvo más de cerca y se inclinó, permitiéndome tomar un poco más.

Nuestras lenguas se entrelazaron sin descanso. Volví a succionarla, dándole un mordisco cuando se acercaba demasiado a

la parte posterior de mi garganta.

Él parecía nervioso por mis movimientos.

Odiaba que tuviera razón al decir que su saliva era la cura milagrosa para las migrañas. Podía sentir las palpitaciones atenuarse con el paso de los minutos. A medida que mi mente se aclaraba, me pregunté más sobre la vulnerabilidad en su reacción.

¿Podría ser que las bocas de su especie fueran más sensibles, dado que era el único lugar que contenía el antídoto contra su propio veneno? Este descubrimiento despertaba en mí una curiosidad bastante lasciva.

Cuando me aparté, su lengua se deslizó fuera de mi boca, volviendo al lugar de donde había salido.

—Ven. Quiero averiguar algo. —Lo jalé del brazo.

Luego de guiarlo hasta el acogedor brillo de la sala, me detuve frente a la repisa de la chimenea. El fuego crepitaba, iluminando nuestras figuras en la noche.

—Abajo —le ordené, señalando el suelo.

—No lo creo —respondió con obstinación.

Me incliné, jugando con el borde de su camisa.

—¿Esperas que me suba encima de ti? Ponte de rodillas, Silas.

Sus ojos se agrandaron ante mi petición mientras me obedecía con lentitud. La expresión de su rostro estaba llena de intriga. Me gustaba verlo así. Se sentó de rodillas enfrente de mí, a mi disposición.

Pasé el pulgar por su labio inferior antes de tomar la comisura. Acerqué mi rostro, inclinándome sobre él.

—Abre —susurré.

Alargó el cuello para besarme, acariciando mi mano sobre su mejilla. No hacía falta ser un intérprete profesional para darse cuenta de lo mucho que lo deseaba, de lo mucho que se estaba conteniendo cuando nuestros labios se encontraron.

Presioné mi lengua contra su paladar. Su lengua acarició la mía, pidiendo más, sintiendo más, saboreando más.

A medida que nuestro beso se intensificaba, rodeé su cuello con mis brazos. Me dejé caer sobre su regazo mientras él se sentaba sobre

los talones.

Era evidente su lucha entre el placer y la moderación que con tanta obediencia practicaba. Me llenaba de alegría lograr que una criatura como él gimiera por mí, que me suplicara sin decir una palabra.

Volvió a separar nuestros labios para mirarme. Supe que quería decir algo, pero le costaba dar con las palabras. Cuando quiso continuar el beso, le di un empujón en el pecho.

—Hay otra cosa que quiero.

—Lo que sea —susurró, deslizando las manos por mi espalda.

—Quiero ver más.

Me miró con interés.

—¿Eso significa que podemos probar otra cosa? Ya que esta noche estás tan *interesada* en la observación. —Para ese momento, él me había quitado la parte superior del vestido.

Teniendo en cuenta sus palabras, no estaba segura de qué otra cosa podría querer probar. No creía haber visto nada más allá de sus antebrazos. Imaginarlo sin ropa me hacía sentir excitada. No me molestaría ver un poco más. Por motivos estrictamente *educativos*, por supuesto.

Incluso cuando recordaba lo duro que había sido conmigo en el pasado, me preguntaba cómo se sentiría si utilizara esa agresividad de una forma más agradable.

Cuando se humedeció los labios, comprendí que probablemente se había percatado de mi excitación. Me acarició el rostro con una mano que enseguida llevó hasta mi nuca, jalándome hacia el frente hasta que quedé sobre él. Sus labios estaban prendidos a los míos y los mordían con voracidad.

Jadeé, frotando mis caderas contra las suyas. Podía sentir que se había puesto duro. A juzgar por el bulto, mi cuerpo no conocería el dolor hasta que él decidiera usar eso conmigo.

Mis manos se deslizaron hasta su camisa, desabrochando los botones. Él levantó la vista hacia mí al tiempo que dejaba marcas en mi cuello, a lo largo de mi garganta y entre mis pechos. Al parecer,

dejar marcas era habitual para él. La camisa pronto se deslizó de su cuerpo. Recorrí su torso con mis manos: leí sus músculos definidos como si fuera braille, explorando aquel territorio desconocido.

Dejó salir un chasquido grave, profundo. En aquel momento, no estaba segura de si esa comunicación no verbal era una muestra de cariño o de depredación. Quizás solo era la prueba de que un estímulo había llamado su atención, como cuando algunas especies de gatos utilizan la comunicación *prusten* para resoplar entre sí o como cuando los murciélagos chasquean los dientes por la noche.

Me agaché entre sus piernas en el suelo. Cuando empecé a desabrochar sus pantalones, me agarró la mano. En lugar de dejarme seguir, se limitó a mirarme fijamente. ¿Por qué parecía tan preocupado?

—Me has rechazado en cada oportunidad. ¿Estás segura de que ahora quieres hacerlo? —Observó mi expresión, analizándola con cuidado.

—Tengo curiosidad —susurré—. ¿De qué tienes miedo?

Respiró con dificultad. Me acarició la frente con un dedo antes de tomar mi rostro entre las manos.

—Tengo miedo de que no podré detenerme.

No supe si lo decía con sinceridad, pero aprecié que al menos se mostrara un tanto vulnerable. La idea de que alguien fuera incapaz de contener su deseo carnal por mí hizo que se me encogiera el corazón.

Lo ignoré, inclinándome para quitarle los pantalones y enseguida, la ropa interior.

Cuando saqué el pene, este prácticamente se precipitó hacia mí. Pude ver por qué estaba tan nervioso.

La vacilación no se debía al tamaño ni al grosor. En esos aspectos, superaba todo lo que podía haber imaginado. Era realmente extraordinario. Me daba miedo ponerle un número porque, sinceramente, nunca había visto nada tan… *grande*. Lo único lógico era que no fuera humano. Esa era la única explicación posible para lo que tenía ante mí.

Me mordí el labio y levanté la vista hacia él.

Él seguía mirándome. Esperando una reacción de mi parte, lo que fuera. ¿Era posible que le importara lo que pensaba?

Volví a centrar mi atención en su longitud, dejando unos roces prolongados con las puntas de mis dedos. Era de una estatura inhumana. Estaba impresionada, por decir lo menos, aunque pensé que colocar eso siquiera cerca de una vagina sería una tortura.

Al inclinarme, presioné los labios contra la punta, aplastando mi lengua a lo largo de la hendidura. Él se estremeció y pude ver cómo salía de su trance.

Mi mano se deslizó por su longitud aterciopelada mientras pasaba mi lengua por el costado. La humedad empezó a gotear desde la punta hasta caer en mis papilas gustativas. El sabor se mezcló en mi lengua mientras lamía, hasta que finalmente introduje la punta en mi boca.

Con un gruñido, dejó caer la cabeza hacia un lado, observándome trabajar bajo la cálida luz. Los sonidos que emitía me bastaron para sentir ese nudo en el estómago. Empujó más profundamente al interior de mi boca, tocando la parte posterior de mi garganta, lo que casi me provoca una arcada.

Se estremeció al oír el sonido antes de relajarse de nuevo.

¿Por qué parece tan nervioso?

Lo saqué de mi boca, dejando que la saliva se acumulara en la punta y la utilicé para lubricar el resto del miembro. Al examinarlo, noté algo extraño. Supe que él se había dado cuenta en ese mismo momento, pues se tensó físicamente.

A lo largo de la parte inferior de su pene, cerca de la base, pude ver un patrón. Parecían tres formas de «V» apiladas unas sobre otras, cada una de aproximadamente un centímetro y medio de largo.

Al igual que sus colmillos, la base del pene tenía una serie de espinas plegadas. A simple vista, eran casi idénticas a su piel, a excepción del color negro degradado en la punta, similar a las pequeñas púas de un puercoespín. Se plegaban a ras de la piel de tal forma que ni siquiera podía advertirlas al tacto.

—¿Qué es esto? —pregunté pasando el dedo por encima.

—No iba a hacerlo. —Se estremeció de nuevo.

—¿Qué son?

—No las uso —desvió la mirada—. No quería que pensaras que las usaría…

—¿Para qué son? —pregunté una vez más—. No me hagas repetirlo otra vez. —Entrecerré los ojos al mirarlo.

—Son para… —murmuró algo que no pude oír.

—No te entendí bien.

—Para aparearse. —Apartó la mirada. Era la primera vez que lo veía sonrojarse.

—¿Me estás diciendo que tienes espinas? —Una sonrisa maliciosa apareció en mi rostro—. ¿Como un gato?

—No lo sé. —Me miró con ira—. Siempre han estado ahí.

A decir verdad, esta nueva característica me hacía preguntarme qué más hacía su cuerpo durante el apareamiento. Es común que algunos mamíferos posean espinas como estas para asegurarse de que sus parejas no escapen al engancharse en sus carnes. Ahora, sentía curiosidad por saber qué adaptaciones habrían desarrollado las hembras de su especie para tolerar esa clase de crueldad.

Apareamiento. La palabra sumió mi mente en lo más profundo de mis instintos primitivos.

Volví a mi posición inicial, cubriendo toda su longitud con mi boca.

Jadeó. Tomó un puñado de mi cabello, pero esta vez me separó la cabeza a la fuerza.

—¿Por qué no te molesta? —preguntó mientras sus rasgos afilados se retorcían con preocupación. Su respiración se había acelerado; su pecho se movía con rapidez.

—Eres fascinante —dije con una sonrisa, deslizando su miembro de vuelta en mi boca.

Aflojó su agarre en mi cabello mientras dejaba escapar otro suave gemido, gozando cada sensación. Incluso con la punta en la parte posterior de mi garganta, se encontraba solo a medio camino.

Intenté ir más profundo, moviendo la cabeza de arriba abajo.

Usé mi lengua para explorar la superficie suave y salada. Alcé la vista hacia él, pero no me estaba mirando; había cerrado los ojos al tiempo que dejaba caer la cabeza. Sus caderas seguían el ritmo de mis movimientos al tragar.

Nuestro ritmo se aceleró; sus embestidas en mi boca se volvieron más bruscas, más urgentes. Su pene golpeó mi paladar antes de deslizarse por mi garganta.

Solté un grito ahogado en cuanto él aceleró el ritmo, recogiendo mi cabello para ver todo lo que hacía. De pronto, una oleada cálida inundó mi boca. Me atraganté.

Él me soltó de inmediato.

—Lo siento, lo siento. —Entró en pánico, incorporándose deprisa.

Escupí al suelo y tosí un poco más. Bajé la mirada hacia su pene. Ahora las espinas estaban erectas. Se curvaban como púas, posiblemente para quedarse fijas en lo que se hubieran enterrado al momento de la liberación. Temblaban al flexionarse, como si estuvieran molestas por no poder engancharse a nada, su único propósito. También alcancé a ver que algo goteaba de las espinas: un líquido ámbar mezclado con el semen.

—¿También tienen *veneno?*

—Es para el dolor. Las espinas inyectan algo para el dolor, o eso creo —se apuró a decir, intuyendo las preguntas que se agolpaban en mi mente—. No sé los detalles. Solo sé que son similares a las de mis colmillos —admitió.

—Qué considerado. —Me arrastré hasta él para mirarlo a los ojos —. ¿Qué más puedes hacer?

Me miró molesto.

—Nada que te incumba.

—¿Y si tuviéramos relaciones? ¿Eso… —hice un gesto hacia abajo — no es eso algo que tendría que saber?

—Ya te lo dije. Nunca las he usado. —Me miró con furia—. Por muy cruel que creas que soy, nunca le haría eso a un humano.

—¿Pero se lo harías a otra cosa? —sugerí.

—Oh, no. Tan solo lo estoy reservando para alguien *especial* —dijo con tono burlón, subiéndose los pantalones antes de abrocharlos nuevo.

Suspiré. Recargué la cabeza en su hombro, mirando el fuego que se consumía en la chimenea.

Nos quedamos sentados mientras las yemas de sus dedos recorrían mi espalda.

Ahí estaba de nuevo, esa sensación de calidez. No era normal sentir eso por alguien capaz de matarme. Quizás era el peligro lo que hacía que fuera tan intenso. Posiblemente se debía a alguna especie de química inusual, pero nunca había conocido a un hombre tan interesante. Tenía sentido que ni siquiera fuera humano: rara vez me había sentido tan satisfecha o entretenida.



—¿Qué edad tienes?

—Hubiera creído que las mujeres, de entre todas las personas, sabrían que no se debe hacer esa pregunta. —Silas se rio, pasando los dedos por mi cabello. Apoyé mi espalda sobre su pecho, entre sus piernas, disfrutando el agua tibia.

—No creo que las reglas se apliquen para quienes tienen cientos de años de edad. O al menos, eso deduje en cuanto empezaste a hablar de la peste negra. —Lo miré por encima del hombro y le soplé un puñado de espuma al rostro.

Él puso los ojos en blanco. Tomando mi cabello entre sus manos, empezó a trenzarlo con lentitud.

—¿Sabes hacer trenzas?

—Claro que sí. Tengo hermanas.

Mis ojos se abrieron por completo.

—¿Hay más como tú?

—No se parecen en nada a mí, pero tengo algunos recuerdos de cuando era más chico. Ellas me enseñaron. Y después, yo le enseñé a

una de las más jóvenes.

—Eso es… muy dulce, en realidad. —Sonreí con aire burlón—. No te imagino como hermano mayor.

—Soy el mayor de los hijos de mi padre.

—¿Sigues en contacto con ellas?

—Solo con una. Las demás se han dispersado por el mundo. Hace tiempo que no sé nada de ellas.

—¿Podré conocerla?

—¿Por qué le hablas a la tumba de tu padre? Pensé que no creías en lo sobrenatural —cambió de tema.

—Tampoco pensé que fuera posible que tú existieras, pero aquí estás —respondí, frotando distraídamente la piel sobre mi clavícula —. Antes dijiste que eras un purasangre, ¿no es cierto?

—Sí —dijo con lentitud, curioso por saber adónde quería llegar con mi pregunta.

—Las espinas —comencé—. ¿Tienen algún papel? No me explicaste el proceso de reproducción.

—No creí que fuera necesario. —Sonrió, colocando la trenza sobre mi hombro antes de rodearme la cintura con los brazos—. Las espinas sirven para mantenerte en tu sitio —me dijo al oído.

—En teoría, si lo hiciéramos…

—No. Los vípera no pueden reproducirse con los humanos.

—Ah —murmuré, recargándome sobre él mientras observaba sus manos.

—Pero —comenzó—, si te convirtieras, sería diferente. Eso solo porque eres una anfitriona.

—Ya veo. —Acaricié sus antebrazos con los dedos.

Silas me dejó asimilar esa nueva información. Acarició mi espalda, masajeando mis músculos tensos. Al descender hasta la parte baja de la espalda, hizo presión.

Solté un grito. Giré la cabeza hacia él.

—¿Qué demonios? —gruñí.

Me miró sorprendido y levantó las manos.

—¡No he hecho nada! —Frunció el ceño. Volvió a colocar las manos con delicadeza sobre el mismo lugar. La piel se me erizó al

sentir su tacto—. ¿Tienes alguna herida que no pueda ver?

—No lo sé. Me duele desde hace unas semanas.

Empujó mi torso hacia adelante para inspeccionarlo mejor. Su cuerpo se tensó al pasar las manos por mi columna vertebral.

—¿Qué? —pregunté mirando por encima del hombro.

Inclinándose sobre el borde de la tina, tomó un pequeño espejo de mano de la mesita. Lo apuntó hacia esa zona de mi espalda para que pudiera verla.

Dos pinchazos verticales se alineaban con mi columna en las vértebras inferiores. Todavía estaban irritados, como si solo hubieran pasado unos días desde que fueron hechos.

Se me heló la sangre. Le lancé una mirada acusadora, pero Silas parecía igual de enojado, con la mirada fija en los pinchazos.

Esto no era obra suya.

—Te vas mañana. Puedo acompañarte a casa de la señorita Aston —dejó el espejo sobre la mesita antes de salir de la tina—. Vas a tomar ese tren con ella lo antes posible. Les compraré dos boletos para un tren que salga más temprano. —Se envolvió la cintura con una toalla, dejándome aún más confundida que antes.

CAPÍTULO 32

La Criatura

No tenía una sola duda de quién se había estado alimentando de Alina. Solo había un vípera que prefería nutrirse de líquido cefalorraquídeo. Habría supuesto que, por lo menos, tendría cosas más importantes que hacer que molestar a mi sombra.

Un hombre llamado Luka Novikov: el Reparador.

Esa era su firma; si se hizo conocida, era solo porque tenía la costumbre de darle una probada a los objetivos de las situaciones que se le pagaba generosamente por solucionar. Su nombre era frecuente en la nómina de mi padre.

No era solo que sus métodos fueran de una naturaleza despiadada, sino que tener el nombre en su lista significaba que la muerte estaba cerca. Y no sería rápida. No sabía que mi padre lo hubiera contratado para encontrar a la Envenenadora; sin embargo, esa parecía la única explicación para que hubiera puesto sus ojos en Alina.

Él lo sabía. Y su fecha de entrega estaba cerca.

Eso explicaría por qué su hedor se había impregnado en ella. Llevaba días, tal vez incluso semanas, alimentándose de Alina mientras dormía.

Luka era un desquiciado. Había sido parcialmente responsable de muchas atrocidades a lo largo de la historia. Siempre estaba susurrando al oído de los humanos depravados que ostentaban el poder. Había utilizado su locura para alimentarse durante décadas. Muchos vípera más viejos lo habían hecho su protegido, dándole libertad para desatar el caos en contra de quien quiera que les resultara desagradable; al final, se volvía en contra ellos o hallaba un nuevo amo. Una vez fuera de su jaula, era difícil saber qué se le estaba pagando para reparar y, peor aún, qué otra clase de caos iba a desatar en el proceso. Incluso había escuchado que no se molestaba en usar el veneno con sus víctimas: un acto de violencia brutal, sin sentido.

¿Cómo pude permitir que esto sucediera? Por eso era mejor que me mantuviera en contacto *cercano* con mi pequeño proyecto. Aunque iba a odiarme por ello, ella no podría ni imaginarse la mitad de lo que ese hombre le haría antes de entregarla a mi padre. Incluso si era accidental, el envenenamiento de los miembros del nido no sería tomado a la ligera.

Mi talentosa Alina, si tan solo supieras lo buena que realmente eres en tu trabajo.

La ansiedad se amplificaba con cada tic-tac de mi reloj. El tren llegó a la estación. Pude ver a mi obsesión de pie en el andén, con su cabello negro como los cuervos.

No era difícil distinguir a alguien que parecía estar siempre de luto, especialmente con un rostro tan singular. Siempre me pregunté por qué Alina hacía eso. Por inquietante o desagradable que fuera, también me resultaba entrañable. Mi sombra favorita, siempre escondiéndose del mundo en los rincones más interesantes. Aquellos que nadie se molestaba en mirar.

Era como un cometa que solo aparecía cada cien años: feroz, brillante y devastador para todo lo que se interpusiera en su camino.

Hubiera querido esconderla del resto del mundo: llevarla a algún sitio donde pudiera alimentar su curiosidad sin juicios ni interrupciones. Solo quería que la luz volviera a esos ojos implacables.

Llevaba un traje azul oscuro con ribetes de piel negra en las mangas y el cuello, así como un sombrero a juego, también con ribetes de piel negra. Parecía que hoy también había decidido ponerse esmeraldas en las orejas. En ese momento, la veía conversar con Phoebe, mi campana de iglesia menos predilecta.

Phoebe traía puesto algo rosa. No me molesté en observar con más detenimiento. No podía dejar de devorar a Alina con mis ojos, siguiéndola con la mirada mientras entraba en el vagón del tren.

Entré por la parte trasera del vagón para mantener la distancia. Aunque prometí que la dejaría en paz, no pensaba perderla de vista. Nunca.

Se sentaron una frente a la otra junto a la ventana, en una de las mesas con asientos individuales.

Aunque me quedé a la vuelta de la esquina, me senté al final de la fila. Así al menos podía observarlas desde la distancia. Alina se encontraba de espaldas a mí, hablando con su locuaz acompañante.

Los ojos de Phoebe se encontraron con los míos mientras la miraba con fijeza. Le hice un gesto descarado con la mano y enseguida, volvió a centrar su atención en Alina. No iba a decirle que me encontraba ahí. Sabía lo que le convenía. Su actitud defensiva me resultaba entretenida. Parecía un hecho del destino que compartiéramos nuestra adoración por la misma curiosa criatura.

CAPÍTULO 33

La Envenenadora

—¿Esto es nuevo? —Mis ojos recorrieron la gran casa de campo de ladrillo.

—Relativamente. Mi padre la compró hace un año. Dijo que quería cambiar de aires —Phoebe hizo una pausa—. No está muy lejos de la casa de campo de tu familia, ¿verdad? —preguntó antes de morderse el labio al comprender que no debía haber tocado un tema delicado.

—Sí, no está lejos. Quizá unos treinta minutos.

Había pasado un año en aquel sitio tan formidable. Era el único hogar al que podía ir para escapar del mundo que no dejaba de observarme. Estaba consciente de lo cerca que estábamos de él.

—Vamos adentro para que te instales. —Con una sonrisa, le hizo un gesto a sus lacayos para que trajeran nuestros baúles y me tomó del brazo.

La mansión Caldor era sin duda fascinante. Las enormes ventanas con canceles de trama cruzada se extendían desde el suelo hasta el techo, como en una catedral. Era un edificio antiguo: su

belleza guardaba muchas historias acerca de su creación. En una antigua casa inglesa como esa, la arquitectura estaba repleta de detalles históricos. Al caminar por los amplios salones, resultaba difícil no sentirse como un miembro de la realeza. En la parte trasera había un invernadero con un salón de cristal que daba a una gran sala circular con una cúpula de vidrieras verdes. La sala estaba decorada con cómodos muebles que la convertían en el lugar perfecto para pasar el día, sin importar la estación. La tapicería era de un tono salvia a juego con el de las vidrieras. Había macetas con plantas repartidas por toda la sala. Si Phoebe me lo permitiera, podría quedarme ahí para siempre.

—¿Está todo en orden? Sabes que puedes contármelo si no te encuentras bien —la voz de Phoebe me arrancó de mis pensamientos.

—Sí, todo en orden. ¿Por qué no iba a estarlo? —La miré con cansancio.

—Aunque te he visto trabajar duro en el pasado, nunca te había visto tan agotada. —Arrugó sus delicadas cejas—. ¿Es por Silas? ¿Te está molestando?

—¡No! No pasa nada. He tenido un poco de parálisis del sueño. Creo que solo estoy un poco enferma —le aseguré.

Nos tomamos nuestro tiempo en el almuerzo y después, dimos un paseo por los jardines. Había un precioso mirador en una península rodeada por un estanque artificial. La zona estaba rodeada de sauces y altas flores de estanque. Solo hacían falta dos cisnes blancos nadando por ahí para completar la imagen.

Los amigos de Phoebe llegaron cerca del mediodía. Con el avance de la tarde, nos reunimos en el acogedor invernadero. Reconocí algunos rostros, aunque no demasiados. Me quedé en el sofá, limitándome a observar por el momento. El ruido de fondo —los sonidos animados del ambiente— era perfecto para que mi mente divagara, sumergiéndome en una profunda disociación. En el rincón, Phoebe había clavado sus garras en una pobre alma, así que parecía tener la noche para mí sola.

—Para ser alguien que las odia, te veo en muchas fiestas. —Un acento encantador se abrió paso entre las voces que me rodeaban.

Viktor se acercó con un par de amigos suyos. Él se dejó caer a mi lado en el sofá de dos plazas. Sus compañeros se sentaron en las dos sillas frente a nosotros.

—No sabía que ibas a venir. —Sonreí con cansancio—. ¿Qué tal el viaje?

—Oh, solo decidí unirme. Estos son mis amigos, Nikolai y Boris. —Señaló a sus compañeros.

Incliné mi copa hacia ellos en un gesto de bienvenida.

—Encantada de conocerlos. ¿Estudian con Viktor?

Nikolai le dio una breve mirada a Viktor antes de volver a posar los ojos sobre mí.

—Sí, lo conocemos desde hace mucho tiempo. Lo suficiente como para saber que no es alguien que estudie en lo absoluto —bromeó. Al parecer, los dos hombres tenían un acento similar al de Viktor.

—¿Qué ocurre con tu rostro? —preguntó Boris de repente, recostándose en su silla con una sonrisa burlona.

—Boris… —Viktor le dirigió una severa mirada de advertencia. Enseguida dijo unas palabras en ruso.

Apreté los dientes.

—No le ocurre nada. Es poliosis. Afecta el pigmento del cabello y la piel —dije con naturalidad mientras daba un lento sorbo a mi bebida.

Viktor volvió a decir algo en ruso. Boris se rio, soltando algún comentario que no pude entender antes de inclinar nuevamente la cabeza hacia mí.

—¿Es contagioso?

—Hubiera pensado que un estudiante de Medicina como tú no sería tan descerebrado. —Apreté la mandíbula—. ¿Estás seguro de que es Viktor el que no estudia?

Yo volteé hacia Nikolai. Intentando contener la risa que se me escapaba, hizo un movimiento de la cabeza hacia su compañero,

como si le preguntara: *¿De verdad vas a tolerar que una chica te trate así?*

Al mirar a Viktor, noté que algo había cambiado en su rostro. Parecía increíblemente estoico, como si Boris caminara sobre un hielo fino que se agrietaba con rapidez.

Boris se puso de pie, sin molestarse en continuar la conversación.

—Será mejor que corra a consolarlo mientras se cura las heridas con bourbon —Nikolai suspiró—. Ha sido un placer conocerte. —Me dedicó una cálida sonrisa antes de hacerle a Viktor un cortés gesto de la cabeza.

—Lo siento mucho. Ya sabes cómo pueden ser algunos hombres —me tranquilizó Viktor, dejando caer el brazo en el respaldo del sofá a mis espaldas—. ¿Qué te trae por aquí?

—Solo quería alejarme del ruido, eso es todo. —Me encogí de hombros e inspeccioné el líquido de mi copa al tiempo que la inclinaba—. Es agradable ver un rostro conocido.

—Me alegro de ser una luz en el camino. —Se inclinó hacia mí mientras observábamos a la gente.

Un fonógrafo tarareaba una melodía al tiempo que los murmullos daban vida a la noche. El aire estaba lleno con el sonido de risas y copas tintineando.

Con cada momento que pasaba, el techo se volvía más interesante. Incluso con las vidrieras de por medio, era fácil ver las estrellas debido a la ausencia de contaminación lumínica. Era hermoso; me recordaba a mis épocas de soledad. Sentía un nudo en el pecho al tiempo que mi corazón se tornaba apesadumbrado, hundido por el peso de la nostalgia. Había pasado tantas noches mirando al cielo, hablándole al abismo para pasar el tiempo.

Todos los ojos estaban puestos en mí.

Viktor me había estado observando fijamente a través de sus pestañas entornadas. Se acercó y con el tacto más tierno, me dio un beso.

Me derretí en sus brazos sin pensarlo, saboreando la suave caricia.

Se apartó un instante, recorriendo mis pestañas con el pulgar al tiempo que me acariciaba el rostro.

—Eres tan hermosa cuando miras al universo. Me pregunto cómo se sentiría ser visto con tanta adoración como la que tienes por lo desconocido —susurró contra mis labios.

—Viktor, yo… —Mi corazón se rompió al escuchar sus palabras, sabiendo que eso nunca sería posible. ¿Por qué sentí que estaba traicionando a Silas tan solo por escucharlo?—. No puedo —susurré.

Aunque sus ojos ámbar parecían llenos de dolor, asintió como si entendiera mis razones.

—Lo sé. —Se apartó—. Pero me hubiera castigado cada instante que pasara sin decírtelo. —Suspiró, poniéndose de pie—. Espero que disfrutes la velada. Volveré a la ciudad dentro de unos días. ¿Te veré por aquí?

—Aquí estaré. —Mi rostro se sonrojó ante su triste sonrisa—. Todavía nos quedan algunas cosas por terminar en el laboratorio.

Se llevó mi mano a los labios para despedirse. Se detuvo por un momento, como si quisiera retener incluso el más mínimo contacto.

—Entonces te veré pronto.

Me dejó en ese sofá para que mis pensamientos se siguieran fermentando en mi cabeza, de por sí exhausta.

La culpa, la nostalgia y las ansias me rodearon como fantasmas que se aferraban a mi alma. Un dolor espectral. ¿Y si estaba dejando que Silas arruinara algo que estaba destinado a ser? Mis sentimientos por ambos eran completamente diferentes, pero no podía evitar el vacío en mi pecho. Lo único que era capaz de hacer era llenarlo con otra cosa; de preferencia, con el dulce entumecimiento del whisky.



CAPÍTULO 34

La Envenenadora

El aire fresco de la mañana bastó para despertar mis sentidos. Una fina capa de niebla se posaba sobre el estanque, extendiéndose hasta la línea de árboles que rodeaba el campo y esperando ser evaporada por el sol. El cielo había cobrado un suave resplandor azul y púrpura, y las aves cruzaban a toda prisa el lienzo que se extendía ante nosotras. Podía escucharse cómo los mirlos despertaban al resto de las criaturas del bosque. Todo era perfecto: este lugar era el paraíso.

—Después, deberíamos ir al pueblo a comprar algo dulce. Conozco una pequeña panadería que es perfecta. —Apretándome el brazo, Phoebe parloteaba casi tanto como los mirlos.

—No diré que no a los dulces. —Tomé una profunda bocanada de aire fresco mientras me dejaba empapar por los olores del otoño que se avecinaba.

—¿Qué tal la pasaste anoche? Vi que te llevaste un pequeño capricho al sofá de dos plazas. —Sonrió con aire burlón, al parecer

encantada de que hubiera hecho algo más que enfurruñarme sola en el rincón.

Mi corazón volvió a dar un salto en mi garganta de esa forma tan extraña. Intenté olvidar. Necesitaba olvidar a ambos hombres antes de poder racionalizar los sentimientos que tuviera por cualquiera de ellos.

—Preferiría no hablar del tema, si no te importa.

—Espera, ¿qué sucedió? ¿Lo he interpretado mal? —balbuceó—. Pensé que tú…

—Me besó. Le dije que no estaba interesada.

—¡Es justo tu tipo! ¿Por qué le dijiste que no? —exclamó—. Estudia Medicina. Le interesan todas esas cosas raras de la ciencia. ¡Lo conocí en la fiesta en el jardín! ¡Se le veía tan dulce buscándote! ¡Tu propio príncipe azul!

—¿Qué? —pregunté entrecerrando los ojos.

—Que él estaba buscándote…

—No, lo otro.

—¿Que lo conocí en la fiesta en el jardín?

—Pensé que lo conocías de antes. ¿No fuiste tú quien lo invitó?

Me miró con preocupación. Entonces dijo:

—No, supuse que era alguien que tú conocías, ya que sabía tu nombre y dijo que había acordado verse ahí contigo.

—Phoebe, lo conocí el mismo día que tú. —Fruncí el ceño.

—Quizás solo sea un admirador de tu trabajo.

—Supongo que es posible. Dijo que había leído mis artículos. —Suspiré—. Lo siento, Phoebe. No quiero asustarte. Debo de estar teniendo algún tipo de ataque de paranoia. —Me reí nerviosamente mientras caminábamos juntas hacia la glorieta.

Las flores que rodeaban el estanque se habían marchitado. Me detuve un momento para mirarlas, antes de distinguir un líquido negro como la tinta en el agua cristalina.

Adentrando la mirada en la maleza, descubrí dos ojos pálidos que me miraban fijamente. El sonido que dejé salir debió de ser por completo desconocido, pues más tarde no lograba recordarlo. Mi

primer instinto fue tomar a Phoebe del rostro. Cubrí sus ojos, alejándola de la orilla del agua.

—No mires, no mires —mi voz temblaba mientras ella intentaba quitarme la mano de los ojos.

Había una cabeza en el estanque.

La cabeza de Boris.



Conforme la gente despertaba de su letargo alcohólico, el descubrimiento hizo que la mañana se tornara incómoda. Una vez que se difundió la noticia, los asistentes intercambiaron miradas de sospecha. El peso de lo sucedido flotaba en el aire como la niebla que cubría el exterior. Phoebe había desaparecido en sus aposentos. Supuse que aquello había sido demasiado duro para ella. Ojalá hubiera podido cubrir sus ojos más deprisa para ahorrarle aquella imagen. ¿De qué servía yo si no era capaz de protegerla de los horrores que me perseguían?

Solo había una persona lo suficientemente atrevida como para hacer eso; en ese instante, estaba enojada con él, sobre todo por ese tan poco sutil descubrimiento de que seguía vigilándome. ¿Debía tomarlo como una advertencia? ¿Había visto lo que ocurrió con Viktor? Si aún tenía la esperanza de que no hubiera sido así, era porque el cuerpo de Viktor no se encontraba en el estanque.

Retirándome a mi habitación, me tranquilicé con respiraciones calmadas, paseándome de un extremo al otro. Me agobiaba un intenso calor, a pesar de que mi vestido era de una fina seda sin mucho peso. Me recogí el cabello en un chongo para que no aumentara el bochorno.

En el espejo, un reflejo triste me devolvió la mirada. El frío azul de sus ojos era pálido; esa mujer parecía haber visto demasiadas cosas en su corto paso sobre la tierra. Ya no me reconocía a mí misma. Habían pasado tantas cosas desde mi regreso. Me

preguntaba si habría sido mejor quedarme en el campo. Quizá fue egoísta de mi parte volver a la civilización. Era un peligro para todos los que me rodeaban.

Para cuando avanzó la noche, mi tensión no había disminuido en lo más mínimo. Lentamente, mi depresión se había transformado en algo nuevo: rabia. Ya le había dejado claro que debía dejarme en paz, por mi propio bienestar mental. Era como si se empeñara en asegurarse de que nunca conciliara el sueño.

Parte de esa ira iba dirigida hacia mí misma. Me sentía fatal por haber cedido a los avances de Viktor, por haberlo besado. Sin embargo, me preguntaba si las cosas habrían funcionado entre nosotros si Silas nunca me hubiera puesto las manos encima. Un romance típico, aburrido y sano. Algo que podría florecer con dulzura. Una vida estable. Al mismo tiempo, si alguna vez sentaba cabeza, corría el riesgo de deprimirme; sobre todo ahora que sabía lo emocionante que era estar con Silas. Por más obsesivo o aterrador que pudiera ser, él había encendido algo en lo más profundo de mi ser que ahora me era imposible ignorar. O quizá solo fuera adicta a la adrenalina.

Mi cena se enfrió. Por mucho que quisiera comer, había perdido el apetito. Tan pronto me excusé de la mesa abarrotada, mi frustración se manifestó en forma de lágrimas. Era responsable de demasiadas muertes inocentes. En ese punto, me pregunté si la cifra alguna vez se acercaría al número de almas culpables que había tomado.

Contuve mis emociones hasta que me encontré a salvo tras la puerta de mi habitación. Tras cerrarla de golpe, dejé caer la frente contra la madera. Un sollozo de frustración brotó de mi garganta mientras luchaba por recomponerme, dando suaves golpes con la frente sobre la puerta.

—Te ves absolutamente radiante cuando te enojas —me susurró Silas al oído.

Algo más se apoderó de mí; era como si una tensión insoportable hubiera reventado el arco de un violín. Al darme vuelta, le di una

fuerte bofetada en el rostro. Debía de desconocer los alcances de mi fuerza, pues el golpe lo hizo trastabillar.

—¡Eres el *peor* siguiendo instrucciones! ¡He conocido a *niños* con un mejor control de sus impulsos que tú! —espeté.

—Puedo explicarlo…

—¿Qué necesitas explicar? ¡No puedes *matar* a cualquiera que me insulte! ¡Si asesinaras a todos los hombres que dicen cosas semejantes a Boris, la mitad de los hombres que he conocido estarían en el Támesis a estas alturas!

—No permitiré que nadie te hable de esa forma. —Entrecerró los ojos—. ¿No crees que se lo merecía?

—Soy perfectamente capaz de ocuparme de ello sola. Si quisiera verlo muerto, lo hubiera hecho yo misma. —Me froté las sienes como para evitar una migraña—. ¿Acaso olvidas quién soy? Me pones en peligro cuando intentas manejar las cosas por mí. ¿Hace cuánto decidiste que soy incapaz de valerme por mí misma?

Se acercó a mí.

—¿Dices que puedes valerte por ti misma? ¿Estás segura de ello? Porque, si no me falla la memoria, me parece que últimamente te has metido en bastantes problemas. —Se cernió sobre mí. El aire entre nosotros se tornó denso—. No podía soportar lo *patética* que te veías llorando en esos escalones, suplicándome que te salvara del monstruo de tu cocina.

Me quedé boquiabierta, incapaz de encontrar las palabras para responder. Solo sentía desprecio.

Suspiró, negando con la cabeza.

—*No*, no, eso no es lo que quise decir.

—Creo que has dicho suficiente —susurré—. Vete.

—No.

—Silas, voy a gritar.

—No lo harás.

Respiré hondo y se apuró a cubrir mi boca con la mano, sofocando el chillido que formé con cada gota de ira que había en mi interior.

—¡Por el amor de Dios, Alina! —Me apartó de la puerta, empujándome sobre la cama con tanta fuerza que golpeé la cabecera con un estruendo.

—¡Aléjate de mí! —le grité, incorporándome hasta que mi espalda quedó contra la cabecera. Sostuve la parte posterior de mi cabeza que latía con fuerza en un intento por aliviar el dolor. Tragándome las lágrimas, intenté no mostrar que me dolía o que el golpe me había asustado.

—¿Ya terminaste? —preguntó cansado.

—¿Y tú?

—Depende. ¿Sigues enojada?

—Obviamente.

—Entonces no; aún no he terminado. —Se arrastró a gatas sobre la cama hacia mí.

Extendí el pie para darle una patada. Entonces me tomó del tobillo, obligándome a bajarlo. Su cuerpo se alzó encima del mío.

Normalmente, intentaba salir del conflicto dándome caricias, besos o lamiendo alguna parte de mi cuerpo hasta lograr que me calmara. Esta vez no fue así. Esta vez, se dejó caer antes de atraerme hacia él en el abrazo más cálido que hubiera sentido jamás.

Se me cortó la respiración tan pronto me rodeó con sus brazos. Colocó una mano en mi espalda y con la otra, sostuvo mi rostro contra su cuello. Un temblor se apoderó de mi cuerpo mientras intentaba convencerme de no llorar.

No te derrumbes. No te derrumbes frente a él.

Aunque el silencio me enfurecía aún más, no pude evitar rendirme. Era embriagador; mi peor adicción. Hundí la cabeza en su cuello, rodeada por sus fuertes brazos. Una mano me acarició la cabeza, alisando mi cabello hacia atrás. Su barbilla descansaba sobre mi cabeza. Así debía de sentirse una mosca atrapada en una planta carnívora, disolviéndose lentamente hasta que no le quedaba nada que ofrecer.

—No soporto verte llorar —dijo en voz baja—. El olor me quema el interior de la nariz.

El comentario me hizo esbozar una breve sonrisa. Sin embargo, no pude contenerme más. Las lágrimas brotaron tan rápido como estaban cambiando mis sentimientos.

Se apartó para mirarme. Con el pulgar, me secó las lágrimas del rostro.

—Adoro tus ojos, incluso cuando están rojos por las lágrimas. —Me acarició la mejilla con la mano—. Nunca había visto que alguien mirara con asombro a un ser tan miserable como yo —susurró mientras apoyaba su frente contra la mía—. Por eso, tus ojos siempre serán preciados para mí, sea como sea que se encuentren. Lo único que deseo es meterme dentro de tu cabeza. Ver el mundo como tú lo ves.

Me llevó un rato procesar sus palabras. Me abrumaban de maneras a las que no sabía cómo reaccionar.

—Silas…

—No sabía lo que era el miedo hasta que te conocí, Alina —me interrumpió—. ¿Sabes lo horrible que fue verte en esas escaleras, preguntándome qué podría haberte asustado tanto como para gritar *mi nombre?*

El dolor en su voz era desesperado; me suplicaba que lo entendiera.

—Me di cuenta de que no eras tú la que me asustaba —susurró al fin contra mis labios, mirándome a través de sus pestañas—. Lo que me asustaba era lo que me pasaría si te perdía.

¿Lo decía en serio?

Solía contemplar el mundo con asombro y romanticismo infinitos; sin embargo, nunca creí que alguien más pudiera mirarme de la misma manera: ser el horizonte desconocido de otra persona, un sitio que suplicaba ser explorado. Nunca creí que alguien pudiera deleitarse en reconstruir mi ser. Sentí que las lágrimas brotaban nuevamente de mis ojos. Todo esto era demasiado.

—Quiero irme a casa —mi voz se quebró en un sollozo, a pesar de mis esfuerzos por mantenerla firme—. Por favor, llévame a casa, Silas.

—Shh. —Me abrazó con más fuerza, como si fuera a escaparme si me soltaba—. Solo tienes que quedarte aquí un poco más, solo mientras soluciono esto. ¿De acuerdo? Luego te llevaré a donde me pidas —dijo en voz baja. Tiró de las mantas para cubrirnos, abrazándome con fuerza.

Estaba envuelta en un capullo. Su aroma ahumado dejó de ser una advertencia para convertirse en un consuelo. Esas notas de moras y laurel pesaban sobre mis sentidos a medida que los calmaban. Su abrazo había dejado de ser predatorio, aunque la parte lógica de mi cerebro me decía que debería seguirlo siendo. Esto *debería* aterrorizarme. Debería causarme ganas de matarlo, pero el impulso se desvanecía con el abrazo. Nadie había matado nunca por mí. Cada vez me resultaba más difícil seguir enojada por ese gesto. Sin importar lo que eso dijera de mi ética, lo encontraba romántico. Sin embargo, no me gustaba que él se ocupara de las cosas por mí. Prefería hacer mi propio trabajo sucio.

No supe si esa noche Silas durmió en lo absoluto. Lo único que supe fue que no se separó de mi lado en ningún momento.

Eso era lo único que importaba.

CAPÍTULO 35

La Criatura

Vigilarla a lo largo de la noche, con ella acunada entre mis brazos, no se sentía del todo correcto. En ocasiones, cuando se removía, pensaba en soltarla para escapar, pero entonces recordaba que no había entrado a escondidas en sus aposentos. Ella se encontraba entre mis brazos por su propia voluntad.

La noche anterior, cuando me gritó, sentí una opresión en el estómago y el pecho. No fue agradable, incluso si muchas veces antes sí lo había sido. Toda la situación la estresó hasta el punto de hacerla estallar. Se había vuelto más inestable con el paso de los días. No había duda de que su estado mental había sufrido daños. Yo había creído que una escapada al campo le resultaría relajante, pero, en lugar de eso, la hizo deteriorarse aún más deprisa. A su alrededor, la gravedad pesaba más de lo habitual.

Ella necesitaba estar sola. Tenía que alejarla de ahí. Socializar no le hacía bien. Necesitaba un lugar donde relajarse.

Esa mañana, cuando al fin conseguí separarme de ella, el resto de los huéspedes ya se encontraban despiertos. Algunos caballeros se habían dispersado por la sala, tomando el té de la mañana mientras intentaban recuperarse de la resaca. Una figura de cabello oscuro en el sofá llamó particularmente mi atención.

—¿Está ocupado este asiento? —Más que una pregunta, era un anuncio de que me iba a sentar. No necesitaba el permiso de ese payaso.

Tomé asiento frente a mi conocido de cabello oscuro.

—Ahora lo está —dijo Viktor con una sonrisa forzada—. ¿Qué te trae por este rincón en particular?

—A decir verdad, creí que podría ser agradable la compañía —dije con sarcasmo.

—¿Empezando el día algo tarde?

—Ah, bueno… Salir demasiado pronto de los aposentos de una dama sería inapropiado. Pensé en llevarle el desayuno. —Sonreí—. ¿Nadie te ha *retenido* en la cama en esta hermosa mañana?

—Pareces bastante espabilado para haberte levantado hace tan poco. —Bebió su té, ignorando mi comentario anterior mientras echaba un vistazo a la pila de papeles sin encuadernar en su regazo.

—¿Quién dijo que me fui a dormir? —Sonreí con aire burlón—. Algunos tendemos a pasar la noche entera ocupados.

—¿Ella también estaba al tanto de eso o te gusta hacerlo mientras duerme? —Sus ojos se posaron en mí.

—¿Eso es lo que te dices a ti mismo, para sentirte mejor por haber sido rechazado? —Sonreí con inocencia.

—Estás pisando terreno peligroso.

—¿Disculpa?

—No importa. —Una sonrisa volvió a aparecer en su rostro al tiempo que me entregaba la pila de papeles que había estado anotando—. Dáselos a Alina cuando vuelvas a la habitación, ¿de acuerdo? —Se levantó, dándome una palmada juguetona en la mejilla antes de marcharse de la sala.

¿Qué demonios había sido eso? ¿Terreno peligroso? ¿Respecto a qué?

Los papeles que tenía en la mano parecían ser un informe de laboratorio. No era algo que acostumbrara leer por diversión; sin embargo, pronto distinguí su nombre en la portada, justo al lado del nombre *de él*. Era un recordatorio repugnante de que no tenía permitido asesinarlo, por más irritante que fuera. Solo podía esperar que Alina se cansara y él pasara a un segundo plano. Ella era como un gato: jugaba con muchas cosas interesantes hasta que se aburría. El caso de Viktor no sería diferente. Se desharía de él una vez que terminara con su investigación.

CAPÍTULO 36

La Envenenadora

Los sinuosos senderos de la finca Caldor ofrecían algunos de los paisajes más hermosos que hubiera visto jamás. Atravesaban campos infinitos en los que las flores silvestres se mudaban por una hierba dorada durante el otoño. Los senderos que conducían al bosque pasaban por encima de riachuelos, espaciados por gruesos árboles ideales para despejar la mente. Al finalizar el día, las puestas de sol encendían las hojas con un resplandor dorado. El camino principal que conducía a la ciudad se hallaba al otro lado de la zona boscosa.

El antiguo pueblo inglés parecía congelado en el tiempo, al igual que sus tiendas, tabernas y mercados. Incluso en sus momentos más ajetreados, resultaba más apacible que mi mercado favorito de Londres.

Phoebe y yo llegamos a caballo. Más tarde habría una caza del zorro, pero aparte de eso, era un día perfectamente tranquilo. Pensamos que nos vendría bien pasar un rato lejos de la muchedumbre. Desde que encontramos a Boris, la relación entre nosotras se había vuelto incómoda. Le hice prometer a Silas que no habría más sorpresas a menos que fuera absolutamente necesario. Le advertí que, si seguía dejándome cosas muertas, iba a terminar por caer enferma. Se mostró reacio, pero al final accedió.

Aunque Phoebe no lo sabía, Silas había decidido quedarse en la finca conmigo. Como se dice a menudo, era mejor pedir perdón que permiso. Phoebe no necesitaba saber por qué estaba él ahí en *realidad*.

Le dije que, si buscamos pasar desapercibidos, no debía dejar que lo vieran demasiado cerca de mí. Era innecesario seguir llamando la atención mientras averiguábamos la identidad de mi segundo acosador. Se resistía a dejarme sola, pero tenía que darme un poco de espacio para evitar que se extendieran más rumores. Ya habían surgido suficientes desde aquellos días en casa en los que no se separaba de mi lado.

Hasta ahora, Phoebe me había informado que la gente pensaba que teníamos un matrimonio concertado, que me había embarazado de él o bien que yo era una bruja, porque un hombre como él no podía querer a una mujer con un estilo de vida tan poco tradicional y, además, sin pedigrí alguno. Las historias se habían convertido en nuestra nueva forma de entretenimiento. Phoebe parecía cada vez menos sensible al respecto, pues le aseguré que nuestra relación era estrictamente profesional.

Aunque mi relación con Silas era complicada, cada vez lo odiaba menos, sobre todo después de lo ocurrido la noche anterior. Por desgracia, había sido testigo de todas sus facetas y, sin embargo, algunos sentimientos me eran imposibles de evitar. Me hubiera gustado pensar que él estaba cambiando a causa de mi compañía, pero quizá era adelantarme demasiado.

Lo necesitaba, me gustara o no. Sabía que no me lo estaba contando todo. Si se sentía realmente preocupado, entonces algo iba

mal. Recientemente, el acoso por diversión se había convertido en acoso por necesidad. ¿Por qué siempre terminaba atrayendo a hombres tan extraños?

—¿Sabes? Cuando volvamos a la ciudad, habrá una gala benéfica. Mi padre va a prestar parte de su colección al museo para una nueva exposición —dijo Phoebe con entusiasmo—. ¡Me encantaría que vinieras! Estarán todas las personas del museo. Estoy segura de que mi padre podría recomendarte, si haces algún contacto. Asistirán muchos hombres del departamento de ciencias naturales. —Me guiñó el ojo de forma sugerente.

Puse los ojos en blanco mientras ajustaba las riendas de mi caballo.

—Iré, pero no para eso. —Di un golpecito a mi caballo con el talón para que apretara el paso.

—¿No te interesa encontrar a alguien? ¡Podrías cabalgar hacia la puesta de sol mientras hablas de insectos o de lo que sea que a ustedes los científicos les guste conversar! —Ella se rio, empujando a su caballo hacia el frente hasta alcanzarme.

—Hay cosas más importantes que perseguir que los hombres. Los hombres abundan. No es difícil encontrarlos. A veces, incluso ellos te encuentran a ti.

Ella negó con la cabeza al tiempo que cabalgábamos por el camino, acercándonos a la finca.

Los hombres estaban calentando con sus caballos, jugando un partido amistoso de polo en el patio trasero.

Alcancé a distinguir un destello de cabello dorado flotando sobre un semental castaño que se lanzaba hacia la pelota. Su fuerte brazo usó el palo para golpearla con fuerza, prácticamente inclinando el cuerpo sobre el costado de su montura. La pelota golpeó la red. Se escucharon algunos vítores y quejidos cuando Silas tiró de las riendas, dando la vuelta. Me miró a lo lejos, dedicándome una sonrisa burlona antes de girar hacia el resto de los jugadores.

Ya podía sentir la mirada de Phoebe.

—¿Qué? —Sonreí tímidamente.

—¿Solo por negocios? —preguntó ella levantando una ceja.

—Sí, estrictamente negocios —le aseguré con una sonrisa poco convincente.

—No sabía que estuviera en nuestra lista de invitados —dijo, apretando los dientes—. Y yo misma hice la lista. A menos que haya pasado algo por alto.

—Dijo que venía con Jonathan, el que trabaja para una de las adquisiciones de tu padre —mentí.

Aunque parecía estar considerando esa posibilidad, al final no la convenció.



Me negaba a mirar el agua, temerosa de encontrar más ojos inesperados mirándome de vuelta.

Estaban sirviendo el té en la glorieta para las damas que asistían al evento. Era un buen día para tomar el aire fresco, para realizar actividades tranquilas. Miré el líquido color miel de mi taza, agitando la cucharilla al tiempo que removía los fragmentos de hojas en el fondo.

—¿Es cierto? —dijo una voz.

Mi mente salió de su trance. Al levantar la vista, descubrí muchos pares de ojos que me miraban, esperando ansiosos una respuesta.

—Disculpen. Estaba absorta en mis pensamientos. ¿Qué decían?

—Silas Forbes —dijo una muchacha de cabello negro—. ¿Es como dicen que es?

—¿Y cómo dicen que es? —Le di un sorbo de mi taza.

—Dicen que tiene mucho talento para… los asuntos carnales. —Ella sonrió con aire burlón. El resto se unió a ella en una fila de risitas descaradas.

Mi rostro cargaba una expresión tensa.

—No lo sé. El señor Forbes y yo no nos hemos involucrado más allá de nuestra relación profesional. —Dejé la taza sobre la mesa. Le

arrojé un vistazo incómodo a Phoebe, quien se negaba a mirar en mi dirección.

—¿Para qué proyecto de ciencias te puede haber contratado? ¿Para hacerlo como los animales? —bromeó una mujer con descaro.

—¡Clarissa! —gritó Phoebe—. Esperaría más de ti, pero sin duda sabes de lo que hablas. ¿Cómo es ese dicho? «Si parece un pato y grazna como un pato…». Pero qué predecible —espetó. Juraría que su lengua podía destrozar a una mujer más rápido que el carnicero más reputado.

—Solo estamos bromeando, Phoebe. —Suspiró otra mujer.

—No finjas que lo preguntaste con buena intención —se burló Phoebe.

La mesa estaba en silencio; todas alternaban la mirada entre las dos.

—Si les gusta creer en los rumores, entonces adelante —dije al fin, levantándome de mi asiento para excusarme.

Puse mi mano sobre el hombro de Clarissa al pasar y acerqué mis labios a su oído.

—Ningún insulto te hará sentir mejor por el hecho de que un hombre como él prefiera a una mujer con un poco más de… sustancia. —Mis palabras estaban cargadas de malicia; las dejé caer con todo su peso antes de volver a casa.

Quizás no fue lo más inteligente alimentar los rumores sobre Silas y yo. Sin embargo, tampoco era como si pudiera hacerlos desaparecer. ¿Qué importaba un rumor más? De todos modos, nadie sabía cuál creer. Según otro de sus chismes, una fuente confiable había confirmado que él me estaba cortejando; aunque esa fuente no era yo, eso estaba claro.



La sala de estar era iluminada por una luz tibia. Las altas ventanas habían sido pintadas por la lluvia que caía, haciendo trazos sobre el

cristal. El sonido me arrullaba, sentada a solas en una silla decorativa. No había visto a Phoebe desde la discusión en el jardín. Imaginaba que en ese momento estaría molesta conmigo. Las personas se movían nerviosamente a mí alrededor, mirándome mientras se reunían para continuar con sus cuchicheos.

La energía de esas miradas inquietas cambió en cuanto una figura alta se abrió paso entre la multitud y se sentó a mi lado.

—¿Por qué una chica hermosa como tú está sentada sola? Me parece un desperdicio de tan buena compañía —susurró Silas con tono juguetón.

Las personas que nos rodeaban lanzaron miradas curiosas; sin embargo, yo solo podía mirarlo a él.

—Bueno, pensé que era la mejor manera de lograr que todos conservaran sus cabezas —dije con sarcasmo, haciendo chocar mi vaso con el suyo antes de permitir que el resto del whisky se deslizara por mi garganta—. La gente me rehúye como a la peste.

—Ah, eso es porque les dije que estabas embarazada de mi hijo demoníaco y que, además, te habías comprometido conmigo en secreto. —Sonrió con aire burlón.

—¿Así que tú también has oído los rumores?

—¡Por supuesto! Yo mismo inicié algunos. Sentía que me estaba perdiendo algo —bromeó—. La mitad de ellos no sonaban tan mal.

—Me gusta el que dice que soy una bruja; creo que es el más convincente. ¿La boticaria y un hombre diabólico que la sigue como si fuera su secuaz personal? Yo diría que es bastante plausible.

—Bueno, sin duda me has hechizado. —Se rio—. ¿Tienes más trucos bajo la manga? ¿Todavía te queda alguna de tus *pociones* especiales por probar?

—Sigue así y tal vez prepare una especialmente para ti. *De nuevo*.

—Me agradan tus venenos. Les he tomado el gusto. —Se inclinó hacia mi oído—. Y no es lo único a lo que he tomado el gusto.

—¿No deberíamos mantener la distancia?

—Sabes muy bien que eso me resulta tan imposible como ser vegetariano. —Deslizó el brazo detrás de mí, dejándolo caer en el

respaldo del sofá—. ¿Qué tal si vamos a un lugar más privado?

—La gente se dará cuenta —susurré contra mi vaso—. Hablarán.

—Ya lo hacen, así que, ¿qué más da?

—¿Estás sugiriendo que nuestro cortejo sea público?

—¿Por qué no?

—¿No crees que sería malo para tu reputación?

—Eres inteligente, una asesina con habilidades únicas y más hermosa de lo que jamás hubiera podido imaginar. Creo que le harías bien a mi linaje.

—Muy gracioso —respondí con sarcasmo—. Ten cuidado. Casi se podría decir que suenas sincero.

Se recostó en el asiento, observando a la gente que daba vueltas a su alrededor.

—Sabes, nunca he sentido la necesidad de tener humanos cerca. Son tan frágiles, tan dependientes. —No apartó la mirada de la multitud—. Muchos de mi clase, incluido mi padre, prefieren tenerlos como mascotas. Especialmente a los humanos como tú.

Estudié su expresión imperturbable; sin embargo, él no me miró mientras hablaba. Luego me tomó de la mano y tras ponerse de pie, me llevó hacia el fondo de la sala.

—Siempre pensé que no tenía sentido poseer algo que, siendo tan delicado, podía romperse si se usaba de forma incorrecta. No entendía cómo ese esfuerzo valía lo mismo que un almuerzo, el cual bien se podía encontrar al aire libre para más tarde ser desechado; siempre habría más. —Me hizo salir por la puerta, en dirección al estanque, lejos de las miradas indiscretas—. Ahora entiendo lo que es obsesionarse, dedicarse a poseer a alguien. Lo suficiente como para luchar contra el impulso de encerrarte para que nadie pueda volver a posar sus ojos errantes sobre ti.

Un resplandor en su mirada me hizo creer que su última afirmación no era una broma. Desde el momento en que nos conocimos, había visto cómo la obsesión se apoderaba de él. Sabía hasta dónde sería capaz de llegar *a causa* mía, pero ¿hasta dónde llegaría *por* mí?

—¿Por qué me dices esto? —pregunté con rigidez en la voz.

La escarcha había comenzado a formarse en la hierba mientras caminábamos por la orilla del estanque. El invernadero brillaba con un intenso color naranja sobre el azul oscuro que rodeaba la noche.

—Lo digo en caso de que necesite convencerte. —Me miró a través de esas pestañas rubias angelicales, deslizando el dedo por mi brazo antes de entrelazar nuestras manos—. Te quiero toda, no solo tu sangre. Quiero cada pedazo de carne que se aferra a tus huesos y más. Quiero poseer cada expresión que cruza ese bonito rostro. Cada cabello de tu cabeza me pertenece. Ninguna parte de él puede quedar sin ser tocada por mis manos.

—No te pertenezco —le recordé.

Al escuchar esas palabras, una sonrisa burlona se dibujó en sus labios, como si aceptara el desafío. Una expresión carnal se instaló en ese rostro tan llamativo.

—Si eso es lo que crees, entonces tal vez seas una tonta después de todo, Alina —dijo con suavidad. Tomó mi mano, levantándola para hacerme girar. Luego de cruzarla sobre mi pecho, me abrazó contra él, mientras su otra mano rodeando mi cintura. Llegaban hasta nosotros los sonidos amortiguados de la música en la distancia. Su aliento acariciaba mi nuca mientras besaba mi piel con suavidad. Se balanceó conmigo, acariciando mi cuerpo.

Su obsesión era peor de lo que pensaba. Había asumido que se debía a mi supuesta sangre especial de la cual tanto hablaba, pero ahora sabía que era mucho peor. Nunca me dejaría en paz. No le importaba que el público lo supiera; eso significaba aislarme del resto. Si la intimidación fallaba, si otro hombre intentaba quedarse con lo que él consideraba suyo, no dudaría en enviar partes de su cuerpo hasta mi puerta.

—Eres un tonto si crees que le puedo pertenecer a alguien. —Tan pronto me liberé de sus brazos, él me volvió a atrapar. Me sostuvo con fuerza al inclinarme hacia abajo.

—Dices eso, pero llegará un momento en que te lo pediré. Y entonces dirás que sí. —Me levantó hasta que nuestras narices se tocaron.

—Pero qué fantasías tienes. —Arqueé una ceja—. Me temo que es poco probable.

Él se rio entre dientes. Me acarició la mejilla con suavidad, incluso diría que con cariño.

—Ya lo veremos, mi querida sombra.



CAPÍTULO 37

La Envenenadora

—Veo que te han gustado los pasteles —murmuró Phoebe.

—Sabes que no puedo resistirme a nada que tenga cítricos. —Mordí mi cuarta tartaleta de la mañana.

Disfrutábamos del desayuno al aire libre con el resto de los huéspedes.

Mientras miraba el pastel fijamente, mi fachada se derrumbó, apagando mi sonrisa como una llama en una mecha mojada. Había dedicado tanta energía a *verme* feliz en lugar de serlo realmente. El peso de mi situación me arrebataba el apetito y cada vez que lo recordaba, me deprimía todavía más. La sensación siempre se manifestaba de forma repentina.

—¿Melancólica? —preguntó Phoebe al notar mi actitud.

—Melancólica —respondí.

Tenía suerte de que Phoebe entendiera mis estados de ánimo: podía leerme más rápido que sus folletines románticos. En la alta

sociedad, había que ser inusitadamente buena leyendo a las personas.

Clarissa, la muchacha de cabello negro del otro día, nos miró furiosa, susurrando con malicia entre el resto de las debutantes. Tan jóvenes y tan volubles. Era difícil culparlas; yo había sido idéntica no muchos años atrás. Se habían sentado en una manta de picnic junto al estanque, con sus sombrillas. Aunque no era necesario ser la mejor leyendo a las personas para saber que ella no era mi más grande admiradora, sabía los suficiente para esperar un sinfín de rumores desagradables en los próximos días.

No había visto a Silas en toda la mañana; lo cual era extraño, pues normalmente se hacía notar tan a menudo como podía. Toda esa plática sobre la posesión la noche anterior; en aquel momento, su actitud arrogante me era insufrible. ¿Tan difícil le resultaba ser agradable por una vez?

Mis pensamientos se vieron interrumpidos por el ruido sordo de los cascos de los caballos tirando de un carruaje hasta la entrada de la finca. Miré a Phoebe, pero ella se limitó a posar los ojos sobre el carruaje, como si no esperara a nadie en particular.

Fue entonces cuando apareció ese familiar destello rubio. Salió del carruaje, observando a los madrugadores. Esos ojos grises finalmente se posaron sobre mí, causando que una hermosa sonrisa surgiera en su rostro al acercarse.

—Aston. —Silas le dio un saludo a Phoebe, pero no apartó la mirada de mí—. Alina, tenemos una cita.

Miré a Phoebe, confundida. Ella me devolvió la mirada igualmente perpleja, sumando un toque de preocupación en el rostro.

—¿Qué cita? —Volví a mirarlo al tiempo que su sombra bloqueaba el sol matutino.

—Una que no querrás perderte. —Me tendió su mano enguantada.

—¿Por qué tienes que robarme a mis amigas cada vez que te aburres? —Phoebe refunfuñó y tomando un sorbo de té, miró a Silas por encima del borde de la taza.

—¿Robar? Me das demasiado crédito. —Él puso los ojos en blanco—. Te la devolveré más tarde… quizás.

Tomé su mano y me levanté.

—¿Y mis cosas?

—No las necesitarás. Haré que las envíen de vuelta a Londres —respondió, comenzando a guiarme lejos de ahí.

Intercambié una mirada de incertidumbre con Phoebe. Enseguida, noté que el resto de los invitados nos observaban. Supe que la voz se correría hasta todos los tabloides de Londres antes de que estuviera de vuelta en la ciudad.

Me indicó cortésmente que entrara en el carruaje, antes de hacer lo mismo. El cochero cerró bien la puerta y el vehículo se puso en marcha.

Nos sentamos uno frente al otro en silencio.

El coche estaba tapizado en piel oscura con ribetes rojos. Las partes exteriores habían sido pintadas de un elegante negro con detalles dorados. Aunque nunca antes había viajado en algo tan caro, prefería recorrer kilómetros en un sillín lateral antes que quedarme atrapada con él, aunque era un poco tarde para eso.

—¿Adónde vamos?

—Tantas preguntas. —Se recostó en el asiento—. Actúas como si te estuviera secuestrando. Solo intento ser amable.

—¿Tú? ¿Amable? —Me reí—. No creo que hagas nada sin segundas intenciones.

—Tienes razón. —Tamborileo el suelo del carruaje con el zapato —. Es evidente que intento engañarte para que dejes esas fiestas pretenciosas y esas conversaciones inútiles sobre dietas que *tanto te gustan* para así tenerte egoístamente para mí solo —dijo con dulzura.

—Bueno, las aves de carroña se darán un festín con tu numerito. Sabes bien que esas chicas van a hablar. —Lo miré con ira, mordiéndome las uñas nerviosamente.

—Todo es parte del plan. —Sonrió—. Te lo dije, quiero que todo el mundo lo sepa, te guste o no. Desempeñarás tu papel, si sabes lo que te conviene.

—¿Por qué todas tus confesiones suenan como amenazas? —Fijé la mirada en el paisaje que se deslizaba por la ventana.

Hizo una pausa, como si estuviera reflexionando mi pregunta. El silencio se prolongó durante un rato; quizá incluso renunció a dar una respuesta adecuada. Pasamos el camino entero mirando por la ventana, lanzándonos miradas cautelosas.

Al cabo de un largo viaje, llegamos a otra finca. Mientras más nos acercábamos, esta se parecía más a un castillo. Había muchos carruajes aparcados en la explanada lateral, donde los caballos estaba siendo cuidados. Llegamos a la entrada. Nos detuvimos y la puerta se abrió para nosotros al llegar.

Silas salió primero y me tendió la mano.

La tomé a regañadientes y miré hacia arriba, estudiando la estructura que tenía ante mí. Parecía más una fortaleza que una casa.

Silas intentó en vano ocultar cualquier atisbo de satisfacción en su rostro.

¿Qué diablos estaba tramando?

Cuando nos acercamos al inmenso arco de entrada, alguien comprobó nuestros nombres antes de dejarnos pasar. Había sobre todo hombres que iban de un lado al otro hablando, hojeando documentos y señalando las numerosas exposiciones repartidas por los pasillos. En algunas salas se daban presentaciones con espectadores. Aunque había algunas mujeres, todas parecían estar acompañadas por un hombre que no se alejaba demasiado de ellas.

La emoción disipó cualquier aversión previa.

Me había llevado a una exposición *privada*.

—¿Por qué? —le pregunté.

Sus ojos se habían fijado en mí desde antes de que lo mirara, prestando atención a cada uno de mis movimientos.

—Hay una luz que aparece en tus ojos cuando miras algo que te interesa. Quería verla un poco más. —Se encogió de hombros—. Tu lugar está aquí, no en una casa aburrida rodeada de gente que no te entiende.

La sangre me subió a las mejillas. No había ni rastro de burla o sarcasmo en su voz. Quizá podía confiar en que estaba siendo sincero.

CAPÍTULO 38

La Criatura

La gente se agolpaba alrededor de las diferentes exposiciones del recinto. Todos parecían hambrientos, ansiosos por absorber cada palabra, por analizar lo que se decían unos a otros. Se mostraban pequeños modelos mecánicos de inventos o patentes en proceso, las cuales se promocionaban entre los muchos asistentes. Eran en lugares como estos donde los negocios se encontraban con la ciencia.

Si bien todo resultaba fascinante, nada podía distraerme de estudiarla a ella. Nunca la había visto tan animada. Era como si la vida hubiera vuelto a su semblante recientemente decaído. Todos los pensamientos inútiles abandonaron su mente, renovándose con preguntas que bullían con más intensidad que una casa del té a las cuatro de la tarde. Esos bonitos ojos azules parecían incapaces de asimilar la información que tenía ante sí con rapidez suficiente. Me recordó a la forma en que me había mirado esa noche, exigiendo saber a dónde habían ido a parar mis colmillos. Juraría que, de ser

capaz, me habría diseccionado ahí mismo. Y tal vez yo se lo habría permitido. Por eso nunca podría soñar con alejarme de ella.

—¡Alina! —Un acento ruso se abrió paso entre la multitud.

No él…

Ella giró la cabeza para ver quién la llamaba. Una amplia sonrisa se dibujó en sus labios y su brazo se deslizó lejos del mío.

Me giré para descubrir a *Viktor*. Sus ojos ámbar parecían suaves al acercarse hasta que se posaron en mí. Un destello siniestro brilló en ellos antes de desaparecer tan rápido como había surgido, centrando su atención en mi querida sombra. La rodeó con sus brazos en un abrazo, mirándome por encima del hombro de ella con una sonrisa burlona en el rostro.

Te arrancaré esa cara de satisfacción y me la pondré encima en tu funeral.

—Si hubiera sabido que vendrías, habría preparado un itinerario con todas las conferencias a las que deberíamos asistir —le dijo con dulzura, seduciéndola con un tono familiar—. ¿Has visto ya algunas de las nuevas patentes en la sección farmacéutica?

—¡Acabamos de llegar! —dijo Alina emocionada antes de volver a mirarme; al ver que mi actitud había cambiado, su expresión se tornó preocupada—. Silas ha tenido la amabilidad de traerme —me presentó con torpeza, antes de volver a mi lado.

Buena chica.

—¿Te gustaría unirte a nosotros, Viktor?

No.

—¡Por supuesto! —Sonrió Viktor, uniéndose a su lado.

—Cuantos más, mejor. —Esbocé una sonrisa forzada, sin despegar mi atención de él.

Mientras nos acercábamos a lo que parecía ser la sección de biología, descubrí algunas ilustraciones de plantas y unas botellas alineadas en una de las exhibiciones. Había unos hombres poco elegantes, vestidos de forma cuestionable, conversando animadamente acerca de un diagrama mientras sostenían un par de tinturas.

—Alina, ve tú. Creo que me quedaré por aquí —le dije, tomando un folleto de la mesa situada a la entrada de la sala, antes de colocarlo en su mano y guiarla hacia el frente. Ella me miró con fastidio, pero pronto centró su atención en las numerosas y tentadoras distracciones.

Viktor se adelantó para seguirla, pero lo tomé del brazo y lo empujé hacia la pared, alejándolo de la multitud.

—Déjala en paz —le advertí.

—¿Qué pasa? ¿Temes que se marche conmigo si la pierdes de vista? —bromeó Viktor, recargándose contra la pared mientras la seguía con la mirada.

—Tengo plena confianza en su capacidad para abrirse paso entre la multitud sin que la secuestre su repugnante colega.

—¿Secuestrar? Estaba pensando en pedirle amablemente que viniera conmigo. Solo porque tu conciencia es un asco, no significa que la mía también lo sea —se burló—. Puedo ser bastante encantador cuando hace falta.

—Más bien desagradable.

—Entiendo que estés molesto, pero no hay necesidad de desquitarse con ella. Trabajamos juntos, te guste o no.

—A todo esto, ¿qué estudias? —murmuré—. Me cuesta creer que seas estudiante.

—Aunque me halaga que no te parezca del tipo escolar —se río —, estudio Ortopedia. —Lo miré con las cejas arqueadas—. El estudio de los huesos. Aunque mi vocación es la columna vertebral. —Su mirada se hundió en la mía mientras hacía una pausa. Una sonrisa diabólica le marcó un hoyuelo en la mejilla—. El líquido cefalorraquídeo es casi tan valioso como la sangre para el cuerpo, ¿lo sabías?

Es él. Es Luka.

Me alejé abruptamente, abriéndome paso entre la multitud hasta que encontré a mi sombra de pie frente a unas plantas. Aunque estaban en medio de una discusión, no podía permitir que ella pasara ni un minuto más ahí. Ojalá hubiera sabido que el peligro la

había seguido, a pesar de mis esfuerzos por alejarla de los que buscaban a la Envenenadora.

—Alina, nos vamos. —La tomé de la mano y la saqué de la multitud, lejos de la presentación.

—¿Qué fue eso? No hace falta que seas tan grosero. —Me miró con furia.

—Disculpa. No puedo evitarlo —murmuré distraídamente, guiándola hacia la salida.

Por encima de mi hombro, pude ver al tercer miembro de nuestro pequeño grupo. Esos ojos oscuros nos siguieron desde la esquina del salón, aunque no había desprecio en ellos. Levantó una ceja antes de mirar su reloj con sorna. Luka Novikov se dio vuelta, desapareciendo entre la multitud.

La empujé hacia el primer carruaje que encontré estacionado.

—Creí que podríamos pasar más tiempo ahí —se quejó.

Saqué una caja rectangular de madera del bolsillo de mi abrigo. Cuando se la ofrecí, perdió por completo el hilo de sus pensamientos.

—Ábrela —le dije.

Sus delicados dedos sostuvieron la caja con delicadeza. Vaciló, sin duda recordando todas las otras veces en que le había dejado «obsequios». Aunque todas esas veces el verdadero obsequio era su reacción.

La caja de madera oscura solo medía treinta centímetros de largo. Tuve que pedir un favor para conseguirla, pero sabía que genuinamente era lo único que le podría gustar.

Desenganchó la caja, abriendo con cuidado. Ocho pequeños frascos llenos de líquido descansaban sobre el terciopelo del interior.

—¿Qué es esto?

—Ocho de los venenos más mortíferos que se conocen en el mundo —le respondí—. Tengo amigos en lugares interesantes. Pensé que quizá te podrían servir para tu investigación. —Me incliné sobre ella, sentados uno al lado del otro, mirando el contenido de la caja.

Parecía como si me hubiera arrodillado frente a ella para darle un anillo. Sus delicados dedos acariciaron los frascos con admiración. Algo en su mirada me decía que estaba gozando del momento. Nada podía distraer su atención. Cerró la caja y tras ponerle llave, la apretó contra su pecho.

—Cambia la dirección. Quiero probar algo. —Una sonrisa maliciosa se posó en esos bonitos labios; su mente trabajaba a toda velocidad.

No importa que me llamaran un tonto enamorado, pero adoraba a esta mujer por completo.

—No hace falta que lo repitas —dije, golpeando la pared del carruaje para cambiar de rumbo.

CAPÍTULO 39

La Envenenadora

—¡Por favor! Solo pruébalas. Dijiste que no funcionarían. Solo quiero que me digas cómo se sienten o, si acaso, a qué saben —le pedí.

—No creí que quisieras usarlas conmigo. Pensé que habíamos superado eso —se quejó.

Varias cucharas de metal se encontraban alineadas sobre la mesa de té. Nos habíamos sentado en el suelo, con una pila de cojines y viejas mantas de piel bajo nosotros. Permanecíamos cerca de la chimenea que nos calentaba sin cesar. Habíamos llegado a la casa de campo de mi familia. Aunque no era especialmente pequeña, contaba con apenas unas diez habitaciones. Representaba un pequeño retroceso, pero era el lugar más cercano al que podíamos acudir. Buena parte de los muebles y espejos seguían cubiertos con sábanas. Me llegaron viejas memorias de tiempos peores; sin embargo, ahora tenía compañía y todos los fantasmas del pasado parecían estar desapareciendo.

Le acerqué una cuchara.

—Dijiste que no te mataría, ¿por qué dudas, entonces?

—Sabes, estoy empezando a tomarme esto como algo personal. —Puso los ojos en blanco.

—No seas un niño. ¡Pruébala! —Fruncí el ceño, empujando la punta de la cuchara contra su boca.

Él la abrió a regañadientes y enseguida, logré colocarla al interior.

Con mi pluma en la mano, esperé a ver qué ocurría.

Su rostro se retorció con el sabor. Chasqueó la lengua contra el paladar.

—Sabe a… clavos.

—¿Clavos?, ¿te refieres al dolor o al sabor metálico?

—Ambos. —Hizo una mueca—. Recuérdame que nunca te deje cocinar para mí. —Tomó un sorbo de mi whisky para pasarse el sabor.

—Sé cocinar perfectamente bien. Mientras no me hagas enojar, me abstendré de incluir cianuro en la receta. —Terminé de escribir mi nota antes de tomar la siguiente cuchara—. Ahora esta.

—Ya hemos probado cuatro —protestó.

—Sé un buen chico. —Lo miré con severidad—. Aceptaste ser mi sujeto de prueba —le dije con tono tajante. Me incliné, susurrando a su oído con voz seductora—: Ahora abre la boca.

Suspiró antes de inclinarse hacia el frente, cerrando los labios en torno a la cuchara para tragar de nuevo. Apretó los ojos con una mueca de disgusto.

—Si existe un Dios, no quiero saber por qué habría creado algo similar. —Se atragantó, bebiendo el resto de mi whisky para deshacerse del sabor.

—¡Era mío! —refunfuñé—. Ahora dime qué sabor tiene.

—Como carne podrida abandonada al exterior en una tarde de verano.

—¿Crees que podría…? —Me quedé callada un momento, pensando en cómo formular mi petición.

—¿Podrías qué? —Recargó los codos en las rodillas, descansando la cabeza entre ambas manos. Sus ojos siguieron los trazos de mi pluma.

—Quiero más muestras —dije sin rodeos.

—Puedes succionarme como una sanguijuela. A mí no me importa.

—No, sangre no —sugerí—. Otras muestras.

—¡Ah! Adelante, *por favor.* —Sonrió con aire burlón—. Se me ocurren un par de muestras que podría darte ahora mismo. —Se escuchó un ligero chasquido. Silas ronroneó, *literalmente*.

Le lancé una mirada de advertencia.

—No me refiero a eso —murmuré—. Pero necesito muestras de tus… otros colmillos.

—Ah, sí. Y si no mal recuerdo, me ofreciste una generosa recompensa a cambio de dejarte observarlos. —Jugueteó con la manga de mi camisón.

—Quizá podría volver a hacerlo, si confiara en tu palabra. —Dejé la pluma—. Quizá podríamos llegar a otro acuerdo.

—Tienes mi atención.

—Antes dijiste que no solo querías mi sangre, sino todo de mí. —Comencé, volteándome hacia él para evaluar sus reacciones—. No quiero darte nada de eso sin recibir lo mismo a cambio.

Eso solo hizo que su arrogante sonrisa se hiciera más amplia aún.

—¿Qué propones?

—Acceso a mi cuerpo a cambio de acceso al tuyo —afirmé—. Puedo extraer de ti cualquier muestra que desee. Carne, sangre, cualquier materia orgánica que solicite. Sin excepciones. De esa manera, no tendremos que seguir negociando.

Se inclinó hacia mí mientras hablaba.

—¿Y cuándo sugieres que dé inicio este trato?

Las palabras se agolparon en mi garganta, reacias a salir.

—Ahora mismo —susurré.

Busqué alguna reacción en su rostro; la sangre que llenaba el blanco de sus ojos indicaba que estaba dispuesto a aceptar.

En cuanto jaló mis piernas, caí de espaldas sobre la pila de pieles y cojines debajo de nosotros.

Solo llevaba puestos los pantalones. Bajo el cálido resplandor de las llamas, su esbelto torso dejaba al descubierto cada línea de su físico. Tenía el cuerpo que debe tener cualquier depredador alfa: un poder absoluto que, sin embargo, nunca utilizaba conmigo a plenitud. A veces me preguntaba qué tanto se estaba conteniendo.

Abrió mis piernas. Me subió la tela por los muslos, luego por el estómago, el pecho y, finalmente, por encima de la cabeza.

—¿Estás segura de que quieres esto? —Sus ojos se posaron en los míos.

Asentí.

—No. —Colocó el pulgar en la cintura de sus pantalones, los desabrochó y se los bajó. Sujetó su grueso pene con la mano mientras lo sacaba, acariciando su intimidante forma mientras me miraba como si esperara una protesta de mi parte—. Quiero oírte decirlo. ¿Me deseas?

—Sí. —Tragué saliva, sin saber dónde fijar la mirada.

Se inclinó entre mis piernas y me apoyé sobre mis codos para mirarlo. Aplastó la lengua entre mis muslos y me estremecí. Me lamía, me succionaba, moviendo la mano a lo largo de su miembro. Daba la impresión de gozar cada instante que podía.

—Pensé que ibas a alimentarte. —Me estremecí.

—Lo haré —murmuró, mirándome desde entre mis piernas—. Pero dijiste que podía tomarlo todo. Y eso es exactamente lo que pienso hacer.

Sus palabras me oprimieron el pecho. Subió para besarme el abdomen, el espacio entre los pechos y el cuello, succionando mi piel antes de llevar su boca a la mía. Sus manos tocaban todo lo que podían, sin dejar nada sin explorar, justo como me había prometido tantas veces antes que lo haría.

Coloqué mis manos sobre su torso, sintiendo el calor que emanaba de su cuerpo antes de percibir otro tipo de calor entre mis piernas.

Deslizó un solo dedo en mi interior, empujando con suavidad para tantear el terreno.

El beso fue tan tierno, tan cuidadoso, que solo pude corresponderlo con la misma suavidad. Le di mordiscos juguetones en el labio y recorrí su lengua con la mía. De vez en cuando acariciaba su paladar, rozando los colmillos ocultos. Ya podía sentir la humedad que su ávido tacto causaba entre mis piernas.

Soltó un gemido al añadir un segundo dedo. Curvándolo en mi interior, me hizo arquear la espalda hacia él. Lentamente, los movió dentro de mí antes de aumentar el ritmo y la intensidad. Me miró con los ojos entornados mientras hacía más profundo nuestro beso, utilizando la otra mano para acariciarse a sí mismo.

Poco a poco, introdujo un tercer dedo. Los separó con suavidad para asegurarse de que pudiera soportar algo un poco más grueso. Aunque me estremecí con la nueva incorporación, rodeé su cuello con mis brazos y lo abracé con fuerza. Cuando retiró sus dedos de súbito, no pude evitar un suspiro de decepción.

—No te adelantes. —Me besó el hombro—. A menos que quieras que te rompa.

—Deja de alardear —susurré, aunque casi deseaba que lo intentara.

Presionó la punta de su pene contra mí, alineándolo con mi vulva.

Bajé los ojos para mirar. Sin embargo, él me tomó el rostro y me obligó a mirarlo a él en su lugar.

—No mires. Te dolerá más si lo haces. —Se apuró a unir nuestros labios mientras empujaba lentamente hacia adentro.

Su boca asordinó mi grito. Me retorcí bajo su peso. Sus manos me tomaron de la cintura, clavando los dedos en mi piel.

—*Silas*… —no pude decir nada más. No se me ocurriría un solo pensamiento coherente.

Empujó hasta llegar al fondo y sentí un pinchazo agudo. Se me llenaron los ojos de lágrimas e incliné la cabeza hacia atrás. Nunca había sentido algo tan grande dentro de mí. El calor no ayudaba a relajar mi tensión. Mi cuerpo luchaba por adaptarse; tenía miedo de moverme. Ignorando sus consejos, miré hacia abajo; ni siquiera había entrado por completo todavía.

Dios mío, ¿cómo es esto soportable?

No estaba segura de poder aguantar más, incluso si deseaba hacerlo. Aunque eso me tranquilizó cuando recordé las peligrosas espinas en la parte inferior de la base. Ahora entendía por qué no podía usarlas con nadie: aunque lo intentara, no creía que pudiera alcanzarme con ellas.

Tras una larga pausa en la que me dejó adaptarme un poco, se retiró y empujó con firmeza una vez más. Mi respiración se entrecortó en un gemido mientras escondía mi rostro en su cuello.

—Tranquila —su voz sonaba tensa mientras movía las caderas, sacándolo lentamente antes de volverlo a introducir.

—Me duele —me quejé suavemente, con las piernas temblorosas.

—Lo sé, lo sé. —Me tranquilizó—. Déjalo salir, llora por mí. —Aceleró el ritmo. La humedad resbalaba por su pene, permitiéndole moverse con más facilidad.

Mientras empujaba, sentí que poco a poco me iba acostumbrando al grosor, lo que le permitía penetrar más profundamente con cada movimiento, aunque el dolor no desaparecía. No me quejé. Descubrí que el dolor era parte de lo que lo hacía tan intenso.

Al dejarme caer, me aferré a la manta de piel que tenía debajo mientras él hacía descender sus caderas entre mis piernas. Me besó el cuello; lo succionó dejando dulces mordiscos en la piel. Una vez más, me pidió permiso, mirándome con expectación.

—Por favor… —le supliqué.

Al escuchar mis súplicas, dejó que sus colmillos se movieran hacia adelante, flotando justo encima de ese punto caliente en mi cuello. O bien dudó o tuvo problemas para hacer ambas cosas a la vez.

—*Por favor*, Silas. —Lo deseaba con todas mis fuerzas—. Muérdeme.

La sensación de agujas atravesando mi piel fue tan rápida como aguda. Dejé salir un grito.

El dolor fue peor de lo que esperaba. Mis venas ardieron, acompañadas por la sensación de unos largos dientes penetrando

profundamente en mi carne.

Dejó salir un gruñido grave mientras se alimentaba. La sangre fluía rápidamente desde mi interior, dejándome con una sensación de vacío al escaparse. Mi cuerpo se estremeció, conmocionado por el dolor que me atenazaba el cuello. Apretó la mandíbula. Abrí la boca, sin saber si de ella saldría un grito de dolor o un gemido de placer.

Una oleada me embargó al sentirlo apretar la mandíbula con más fuerza. No era tan distinto al entumecimiento que produce el alcohol sobre una herida reciente, seguido del fervor del delirio alcohólico. El opio, la absenta, la cocaína…; nada se comparaba con la sensación que me producía la mordida. Aunque el dolor se desvanecía de mi cuello con lentitud, todo lo demás podía sentirlo con más intensidad que nunca.

Sus embestidas se hicieron más fuertes, lanzando una punzada eléctrica a través de mi columna con cada penetración.

Las lágrimas se deslizaban por mi rostro con un éxtasis puro. Era como si toda la sangre que perdía hubiera sido reemplazada por morfina. Todo mi cuerpo era sacudido por temblores.

Soltó mi cuello; sangre goteaba por su barbilla mientras lamía la herida. Tras colocarse sobre sus talones, me sentó sobre su regazo. Empujó mis caderas con fuerza hacia su grueso pene.

Grité, inclinando la cabeza hacia atrás y clavando mis uñas en sus hombros para afianzarme mientras mis caderas se frotaban contra él. Era como perseguir el efecto de una droga, buscando sumergirme en él por completo, sin importar el riesgo de ahogarme. Anhelaba que llenara cada uno de mis rincones. Quería más y más. Antes de percatarme de ello, toda su longitud se encontraba en mi interior.

—¿Qué se siente? —se burló de mi tono anterior—. Descríbelo.

—C-calor —tartamudeé—. Estoy ardiendo.

—¿Qué más? —murmuró en mi oído, empujando nuevamente mis caderas hacia abajo.

Dejé escapar un gemido lujurioso. Le arañé la piel con las uñas.

—No digas que te duele. Sé que no es lo que sientes —canturreó.

Mi boca estaba abierta, pero no era capaz de articular respuesta alguna. Me costaba mucho trabajo pensar. Era cruel pedirme que pensara en un momento como ese. Dejé caer mi frente contra la suya, renunciando a encontrar mi propia voz.

Se deslizó fuera y tras levantarme, me puso a cuatro patas. Alineó la punta de su pene con mi entrada una vez más; ahora, sin embargo, se quedó completamente quieto.

—Suplícamelo.

Lo miré por encima del hombro. Bajé el torso para que mi cara tocara el suelo, empujando mis caderas hacia él.

Él se apartó de nuevo.

—¡No! Tú mejor que nadie deberías saber cómo pedimos las cosas. —Sonrió con aire burlón—. Quiero oírte suplicar.

—Por favor —supliqué—. Por favor, lo… necesito dentro. Me siento tan vacía. —Gemí, mirando por encima del hombro desde el suelo—. Quiero gritar tu nombre hasta quedarme sin voz.

Sus ojos cargaban un brillo psicótico. Había estado esperando esto, verme como una gata en celo. Esto era exactamente a lo que se refería cuando decía que quería poseerlo todo. Lo último que le faltaba era mi maldita mente y ahora, me había empujado por el precipicio de la locura. No me importaba, siempre y cuando me diera lo que ansiaba.

No pudo contenerse más y empujó con fuerza hasta penetrarme por completo. Esa posición le permitió llegar más profundo de lo que creía posible; mi estado de relajación lo acogió hasta el fondo.

Me estremecí, aferrándome a la manta de piel en el suelo frente a mí para evitar que la fuerza me empujara hacia delante.

Empujaba con tanto vigor que me hacía preguntarme si era posible que me causara moretones en el interior del cuerpo. Su cuerpo musculoso se alzaba sobre mí, convirtiéndome en un charco jadeante en el suelo.

Temí que su voracidad me hiciera derretirme en más de un sentido.

Mi cuerpo se entumecía de placer a medida que él seguía alcanzando ese sitio profundo y oculto. Él era todo lo que podía

sentir. Cada embestida, cada caricia, cada agarre. Cada sensación me hacía perder aún más la cabeza. Los sonidos que salían de mi boca me sorprendían; nunca en mi vida había oído ruidos tan obscenos.

Dándome la vuelta, colocó mis piernas en torno a su cintura. Su expresión parecía tan nerviosa como decidida. Uno podría suponer que todavía se estaba conteniendo.

No sé, si yo podía evitarlo.

Mis caderas se movieron hacia él. Gemí, abriendo la boca para decir algo, pero lo único que pude articular fue su nombre.

Sus movimientos se volvieron más bruscos, más hambrientos, más desesperados. Se estaba acercando.

Podía sentirlo.

Su miembro completo se clavó hasta el fondo, en lo más profundo de mí. Una sonrisa apareció en mis labios. Moví mis caderas contra él, siguiendo sus movimientos. Mis ojos se encontraron con los suyos por un instante, suplicando más.

—No me mires así —dijo sin aliento, la piel brillando por el calor —. No podré detenerme.

Le mostré una sonrisa ebria, dominada por el veneno y la lujuria.

—Entonces no te detengas. —Gemí, asegurándome de sostener su mirada mientras él tomaba uno de mis pechos y me tocaba por encima del lugar donde me estaba penetrando con la otra.

Su respiración se aceleró. Empujó con más fuerza, levantando mis caderas para penetrar más profundamente.

—¡Silas! —grité, rodeando su cintura con las piernas. Cerré los ojos con fuerza.

Él se inclinó sobre mí y me rodeó la cintura con los brazos.

Con un último empujón, se introdujo en mí todo lo que pudo, sujetándome el cuerpo para que no pudiera retorcerme.

Un dolor agudo me atravesó la pared vaginal.

—¡Para! —grité instintivamente, pero el dolor se desvaneció tan rápido como llegó. Lo único que podía sentir era el latido de su pene, su semen caliente goteando en mi interior.

Mi respiración se aceleró, inconsciente de cuánta energía había utilizado para este esfuerzo. Nuestros pechos se movían con pesadez

uno contra el otro.

Su abrazo se hizo más fuerte mientras escondía su rostro en mi cuello.

—Tú…

—Lo siento —susurró, besándome la piel del hombro hasta el cuello, enredando los dedos en mi cabello para mantenerme en mi lugar, empujando sus caderas firmemente contra las mías.

—Dijiste que no lo harías —susurré.

—*Mentí* —dijo en voz baja.

—¿Por qué?

—Porque eres mía. —Los chasquidos surgieron de su garganta mientras su pene aún palpitaba dentro de mí. Inclinándose hacia atrás, me miró a los ojos. El aire que nos rodeaba era embriagador. Mi conciencia daba vueltas en un torbellino vertiginoso.

Me costaba mantener el contacto visual. Me tomó del rostro para obligarme a mirarlo.

—Dijiste que eran para tu…

—Pareja —completó él, recargando su frente contra la mía.

—Pero yo…

—Ahora lo eres —emitió un murmullo de satisfacción.

—¿Desde cuándo?

—Desde que *dije que lo eras*.

—¿Y cuándo fue eso?

—En el momento en que intentaste envenenarme. La primera vez. Creo que la elección es adecuada.

—¿Hablabas en serio cuando mencionaste la línea de sangre?

—¿Por qué iba a bromear con eso? —Se rio entre dientes—. Aunque, por mucho que me encantaría hacerte parte de mi linaje, ambos sabemos que eso no funcionaría, *científicamente hablando*.

—Entonces, ¿qué sentido tiene un gesto como ese?

—Es para que tu cuerpo sepa cuál es su lugar.

Cambió nuestras posiciones. Quedé encima de él, con mis caderas a horcajadas, esperando a que sus espinas se retrajeran dentro de mí.

Al mirar hacia abajo, descubrí pequeñas gotas de sangre mezcladas con el semen que se acumulaba al exterior.

—¿Qué te dije sobre mirar? —Me tomó de la barbilla.

—¿Cuánto tiempo tardarán en soltarme?

—Treinta minutos. Quizás una hora.

—¿Una hora? No me extraña que nunca las uses. ¿Quién querría estar atrapado contigo durante una hora?

Un escalofrío me recorrió la espalda al pensar en el dolor; su recuerdo se desvanecía de mi mente con rapidez, siendo reemplazado por una vehemencia más intensa que la anterior. Era como si hubiera bebido diez veces más láudano de lo recomendado. La morfina palidecía en comparación con lo que fuera que había en esas espinas.

Nos cubrió con una de las mantas de piel y me abrazó con fuerza. El fuego crepitó, dando chisporroteos, reduciéndose al simple resplandor de las brasas.

¿Estaba loco? ¿Por esto necesitaba mi permiso? Aunque me tomó por sorpresa, no dejaba de sentirme halagada. Para una criatura que había pasado toda su vida sin interesarse por este tipo de cosas, resultaba humillante elegirme precisamente a mí, la mujer que había intentado matarlo en múltiples ocasiones. Quizás por eso le gustaba. No podía estar segura. Solo podía concentrarme en el calor de su cuerpo; en sus manos rodeando mi cintura mientras me sumergía en la dulzura de la noche.



Me senté en la salediza de mi antigua habitación, contemplando el jardín delantero a través del ventanal abierto. Un largo sendero de tierra se extendía hacia la niebla, bordeado de árboles delgados a cada lado. El aire olía a nieve. El invierno se acercaba con rapidez. A estas alturas, todas las flores debían de haber muerto en mi invernadero, al igual que mis hortensias rosas.

—¿Qué te preocupa tanto a estas horas de la madrugada? —susurró Silas con voz grave, apenas despierto, mientras se deslizaba a mi espaldas en el rincón del ventanal para abrazarme por detrás.

—Todo.

—¿Te han estado molestando los fantasmas?

—Solo uno.

—Espero que te refieras a mí.

—Por desgracia, no.

—Cuéntame.

—Pasé un año entero aquí, a solas —le dije—. Me trae recuerdos desagradables.

—¿Es aquí donde ocurrió tu accidente?

Lo miré por encima del hombro con ojos cansados.

—¿A qué te refieres?

—Dijiste que cometiste un error. Uno que no deja de perseguirte. No hace falta ser demasiado brillante para deducir que ocurrió durante tu exilio.

—¿Por qué lo das por hecho?

—Porque te castigas a ti misma cuando haces algo malo o ves que alguien más lo hace. Te he visto. Tu exilio fue un castigo.

—No es así.

—Miénteme todo lo que quieras, pero, por favor, no te mientas a ti misma —murmuró, colocándome unos mechones sueltos de cabello detrás de la oreja. Se recargó contra la salediza antes de rodearme la cintura con los brazos. Al sentarme entre sus piernas, me besó la nuca con dulzura—. Ahora cuéntamelo.

—Fue un error. No era el momento apropiado. —Me mordisqueé las uñas.

—Habla con franqueza. —Colocó sus palmas sobre mis manos y entrelazó nuestros dedos para calmar mi nerviosismo.

—Envenené al asistente de mi padre —dudé.

—¿Por qué lo hiciste?

—Issac vivía con nosotros mientras mi padre realizaba sus investigaciones en esta casa. Este lugar está más cerca de Oxford; ahí es donde trabajaba su asistente. Estaban investigando algo nuevo.

Mi padre no hablaba mucho al respecto —comencé. Él me dejó tomarme mi tiempo—. Yo solía dormir arriba. Él tomó una habitación libre y mi padre se quedó en la suya. —Tragué saliva—. Era tarde. Sentí que actué demasiado despacio. Estaba distraída; no me encontraba lo suficientemente alerta. Debí haberme despertado antes. No sé por qué no lo hice. Ojalá ni siquiera me hubiera despertado. Casi siento que habría sido mejor, que me habría hecho menos daño no saberlo. —Mi voz temblaba.

—Alina. —La voz de Silas retumbó con gravedad—. ¿Qué te hizo?

—Me desperté. No se lo conté a mi padre, pero debería haberlo hecho. No sé si me hubiera creído. Me convencí a mí misma de que podría haber sido un sueño, que era una manifestación de mi propia mente, que tal vez yo lo quería…

Silas me dio la vuelta, tomándome del rostro con ambas manos para mirar mis ojos, que debían encontrarse enrojecidos y vidriosos.

—¿Te tocó?

—Me tomó esa noche mientras dormía, al igual que la noche anterior. Y la anterior a esa. Quién sabe durante cuánto tiempo. —Temblaba entre los brazos de Silas—. Puse arsénico en el vino —sollocé.

—Shh… No llores por él —susurró, besando cada lágrima que se deslizaba por mi mejilla.

Me abrazó con fuerza, levantando mis rodillas para sostenerme en su regazo. Me costaba mucho calmar mi respiración. Cada vez que intentaba tomar aire, sentía un nudo en el pecho. En esos momentos, mi único consuelo era ese: el cálido abrazo de la criatura más fría que hubiera conocido.

—Hiciste lo que tenías que hacer —dijo Silas con firmeza, dándome un beso en la cabeza—. No te engañes a ti misma pensando que lo que hiciste no fue lo necesario.

Asentí con la cabeza, rodeando su cuello con los brazos antes de enterrar el rostro en su pecho para ocultar mi vergüenza. Aunque sus palabras eran alentadoras, no lograron sacudir la profunda

depresión, el odio que sentía hacia mí misma por lo que había hecho, por las consecuencias de mis decisiones.

CAPÍTULO 40

La Envenenadora

La cantidad de tiempo que pasaba en el laboratorio resultaba vergonzosa.

Decidí realizar algunas pruebas en mi trastienda. Silas había estado pidiendo que nos reuniéramos en la tienda en lugar de hacerlo en la universidad. Supuse que en ese momento, lo único que necesitaba en la universidad era al doctor Hayes o a Viktor. Además, había algunas cosas que podía realizar en casa.

Silas insistió en que me quedara con él en su propiedad mientras el peligro siguiera presente. Aunque apenas salía de mi laboratorio, a veces me quedaba dormida en el escritorio para poder seguir trabajando durante días sin parar.

Había vuelto a mi condición de ermitaña; ni siquiera recordaba cuándo había abierto la botica por última vez. Un efecto de compulsión me conducía por un sendero de pruebas y experimentos con las muestras que Silas me había entregado, manteniéndome ocupada durante días enteros. Perdí la noción del tiempo en ese estado de manía.

A juzgar por mis notas, deduje que sus colmillos traseros contenían un analgésico, un relajante muscular y, también, un afrodisíaco.

Su sangre era similar al veneno de serpiente, que corroe la carne al tiempo que provoca hinchazón. Yo era dolorosamente consciente de ello.

Luego estaba el líquido dorado que brotaba de sus… otros colmillos: sus espinas. De acuerdo con el conocimiento de Silas, así como mis propios aprendizajes de aquella noche, este contenía algunas de las mismas propiedades que el veneno de su boca.

Cuando lo probé en sapos hembras, al día siguiente estas pusieron huevos. Cada una de ellas, sin excepción. Lo probé en diez sapos diferentes. Su efecto resultaba potente en algún tipo de hormona; mi teoría de que servía para estimular la reproducción era correcta. Al principio, esto me hizo sentir nerviosa. Sin embargo, más tarde recordé que él había dicho que aquello era imposible si no pertenecía a su especie. Hasta donde sabía, estaba a salvo.

Mis mejillas se pusieron rojas cuando los recuerdos aparecieron ante mí. Me recargué en el escritorio, encogida de vergüenza mientras me cubría el rostro, como si hubiera alguien ahí que pudiera juzgarme.

Su pareja.

¿Por qué me resultaba tan vergonzoso recordarlo de esa forma, teniendo en cuenta todo lo que sabía sobre su biología? Me sentía nerviosa cada vez que descubría un nuevo uso para las sustancias químicas de su cuerpo. Quería más. Quería repetirlo todo hasta olvidarme incluso de cómo hablar. Sin embargo, ni siquiera me había recuperado de la última vez; el dolor me impedía sentarme con comodidad.

Tomé una respiración profunda y volví a mirar mi muestra de solución. La había estado probando con la sangre para averiguar cómo funcionaba. Al purificarla, neutralizó buena parte de la sangre, incluso la descompuso. La reacción era inestable, por lo que los resultados variaban desde descomposiciones lentas hasta la explosión total de las células sanguíneas. Esto restauró mi fe en mis

habilidades, a pesar de los resultados decepcionantes de las pruebas del laboratorio de la universidad.

Mi corazón se sentía en conflicto respecto a mi veneno especial para los seres como él. No me había molestado en preguntarle qué opinaba al respecto, pues yo misma no sabía qué opinar. No lo usaría contra él. No; lo utilizaría para mis propios fines, si acaso. Pero, al parecer, tenía otro admirador secreto del que preocuparme. Un dolor fantasma latía en la parte baja de mi columna. Era una trasgresión impensable. Alguien me estaba robando algo más preciado que el oro: mi autonomía. Por desgracia, no era la primera vez.

Esto era inaceptable. La próxima vez que esta sombra se colara en mi casa, estaría preparada. Todos se arrepentirían de haberme puesto la mano encima, pues se las cortaría sin pensarlo dos veces. Esta vez no iba a titubear. Silas tendría que perdonarme por las atrocidades que estaba a punto de cometer contra los miembros de su especie. A fin de cuentas, era gracias a él que tenía la capacidad de hacerlo.

Me dolía el cuerpo entero, más allá de las perforaciones de sus colmillos.

Mezclé las muestras de las espinas con las de los colmillos. Después, las destilé hasta obtener al menos un frasco de veneno puro. Al ser atravesado por la luz, el líquido ámbar dejaba un reflejo dorado. Me mordí el labio inferior a medida que mi mente se desviaba hacia preguntas menos convencionales acerca de su uso. No había forma de saber si podía utilizarse con fines medicinales o recreativos sin alguien que lo probara. Si tenía tanta confianza en mi trabajo, era necesario intentarlo yo misma.

Tomé una aguja limpia y un torniquete de uno de los cajones. Me senté frente al pequeño tubo de cristal en mi mesa de trabajo. Saqué el corcho con el pulgar, sumergí la jeringa en el veneno y lo hice subir lentamente hacia el cilindro de cristal. Tras inspeccionar el líquido, me subí la manga para prepararme. Solo había quince mililitros en la aguja: la cantidad precisa que calculaba me había

inyectado Silas aquella noche. Aunque esta vez la sustancia estaría más concentrada.

Tras agitar el frasco y expulsar unas gotas de la punta, presioné la aguja contra mi brazo, perforando la vena con lentitud. Una adormecedora sensación de alivio me invadió la extremidad tan pronto el líquido se vació en mi interior. Me recosté en la silla y, con hastío, dejé caer la jeringuilla sobre la barra.

Mi cuerpo y mi mente se sentían igual de ligeros que el polen en la brisa de verano. Mis hilos de pensamiento se disipaban tan rápido como surgían, apenas un destello de sensaciones más que pensamientos concretos. Era como estar recostada en un campo de flores altas en un día perfectamente soleado con una temperatura excepcional. Como ver las nubes arrastrarse por el cielo mientras escuchaba el susurro de la hierba con una brisa apacible. ¿Era esto la paz? Me sentía tan feliz que, si hubiera muerto en ese momento, habría estado completamente satisfecha. De hecho, si hubiera estado al borde de un acantilado, habría saltado solo para asegurarme de que eso fuera lo último que sintiera en mi vida.

El zumbido del teléfono de la tienda me devolvió violentamente a la realidad.

Me incorporé con lentitud. Los colores eran un poco más brillantes; el mundo se movía un poco más lento mientras caminaba hacia el teléfono. Cuando levanté la mano para tomar el auricular, noté que mi mano dejaba un ligero rastro detrás, con un tenue contorno de aberración cromática a su alrededor.

—Hola —dije en voz baja.

—¿Has llegado bien? ¿Dónde estás? Quiero verte esta noche —la melódica voz de Phoebe chirrió al teléfono.

—Estoy en la tienda. He tenido una inspiración repentina —dije —. No volveré a casa esta noche.

—¿Dónde te vas a quedar si no es en tu casa ni en la mía?

—Me quedaré con Silas —dije con lentitud.

—Con Silas. —No era una pregunta, sino más bien una declaración de su decepción.

En mi confusión, olvidé responder, dejando que la frase flotara en el aire.

Entonces ella colgó.



CAPÍTULO 41

La Envenenadora

—¿Qué sentido tiene traer comida si no piensas comer? —murmuré, dándole un mordisco a uno de los bocadillos mientras hacía una anotación en mi cuaderno.

—No consigo que me sepa a nada —dijo Silas, mirando al parque mientras daba otra calada a su cigarro—. Podría comerlo, pero sería como probar polvo de arroz crudo.

—Entonces, ¿por qué fumas o bebes?

—Solo puedo saborear cosas quemadas o amargas. Como el café o el licor, por ejemplo. —Levantó el cigarro para enfatizar sus palabras—. Ah, y la carne. Cuanto más cruda, mejor.

Bajé la mirada hacia mi cuaderno, sopesando su respuesta. Aquel día habíamos decidido ir al parque. Como se había corrido la voz, no había necesidad de ocultar nuestra cercanía. Me encantaba mi laboratorio, pero a veces era demasiado sofocante.

Había miradas sobre nosotros en todo momento, incluso si intentaban no mirarnos. Demasiados extraños nos saludaban al pasar. Silas conocía a algunos de ellos, pero el resto eran un misterio

para nosotros dos. En ocasiones, olvidaba que Silas era una especie de celebridad, pues era el fundador de su propia empresa y utilizaba su fortuna para fines tanto filantrópicos como empresariales; eso sin contar que se le consideraba uno de los solteros más codiciados de nuestros círculos.

Aunque me había acostumbrado a visitar el parque con una contraparte vestida de rosa, al sentarme junto a Silas, caí en cuenta de que nuestras preferencias al vestir coincidían a la perfección.

Habíamos traído una manta y una cesta de picnic repleta de cosas para comer. Él estiraba las piernas, cruzándolas al frente. Iba vestido de negro con un cuello alto abotonado en el costado. También llevaba un par de lentes de sol circulares con cristales tintados para proteger sus claros ojos del escaso sol londinense.

Habíamos colocado nuestra manta en la sombra, así que no nos hacían falta otros accesorios. Aquel día me había puesto un traje negro de paseo con el cuello alto, pero como no distaba demasiado de lo que habitualmente llevaba, las nuevas marcas en mi cuello no eran un problema.

Pensándolo bien, nos veíamos bastante a juego. Qué molestia.

—¿De verdad tenías que vestirte de negro? —refunfuñé, mirando su ropa.

—Por supuesto. De otro modo, ¿cómo le haremos saber a los niños que nosotros somos los espectros que acechan en este parque? —Puso los ojos en blanco, recargándose sobre los codos—. No me gustan las reglas sobre los colores.

—¿A qué te refieres?

—Creo que se le presta demasiada atención a la diferencia entre tonos. Todos me parecen iguales.

—¿Puedo preguntarte algo? —Lo miré entrecerrando los ojos.

—Por supuesto.

—¿Mis libros son del mismo color? —Levanté dos libros.

—Sí.

Un libro era magenta; el otro, naranja.

—¿Eres daltónico? —le pregunté con un tono divertido.

—No —murmuró, entrecerrando los ojos para mirar los libros—. Quizás. No lo sé.

Mientras entornaba los párpados, la sangre llenó el blanco de sus ojos. Estos se oscurecieron al mirar los libros.

—Ah… son de colores diferentes.

—¿La sangre que corre hasta tus ojos te ayuda a ver mejor?

—Sí, puedo ver con más claridad, distinguir más texturas y, obviamente, más colores.

—¿Cómo diferencias los colores normalmente?

—Con la práctica, con las diferencias sutiles o identificando los colores más habituales a partir de lo que otras personas dicen de ellos. Por lo general, los sentidos más agudizados me abruman cuando no los estoy usando para cazar. Demasiados colores y texturas a la vez. Al final, se convierten en un dolor de cabeza.

—Comprendo. —Asentí con la cabeza, anotando algo en los márgenes de un libro.

—*Quid pro quo* —dijo Silas.

Levanté una ceja con recelo antes de asentir con la cabeza en señal de aceptación.

—Tu padre —comenzó—. Evitas el tema cada vez que alguien lo saca a colación.

Me puse tensa. Los trazos de mi pluma en el libro se tornaron más agresivos.

—Eso es porque no hay nada que contar.

—¿Cómo murió?

—Por los riesgos del trabajo. Háblame de la estructura social de tu especie. ¿Son animales gregarios o individuales?

—Ambos. ¿Qué riesgos?

—Era químico. No sé; debió tocar algo que no debía —respondí —. ¿Cómo pueden ser ambas cosas a la vez?

—Tenemos nidos, guaridas y a veces simplemente nos quedamos en nuestro propio mundo. Es una cuestión de preferencias personales. —Dio otra calada al cigarro—. ¿Lo viste morir?

—¡Sí! —exclamé ahogándome. Le quité el cigarro de la boca, le di una larga calada y lo arrojé cuando me quemó los dedos al terminar

—. Ya basta de hablar de él, por favor. —Suspiré.

Silas me miró fijamente durante un largo rato. Parecía que iba a decir algo, pero no lo hizo.

—¿Cuál es la diferencia entre una guarida y un nido? —pregunté sin despegar la vista de mi libro.

—La clase social y el dinero —respondió crípticamente.

—Eso no es una respuesta —espeté.

—Las guaridas son como tabernas. Comida, un lugar para dormir; todo lo que un hombre humilde podría necesitar. —Me miró por encima de sus lentes de sol—. Suelen estar destinadas a los corruptos o los purasangre de clases más bajas. Mantener esos lugares en funcionamiento es un esfuerzo comunitario. La gente recurre a ellos por necesidad. Es una caridad desorganizada, llena de las personas más impulsivas que te puedas imaginar.

—¿Corruptos?

—Sí, humanos que fueron corrompidos por el veneno. Sigue el hilo, cariño —refunfuñó—. Los nidos son semejantes, excepto que son más bien como las sociedades de exploradores: exclusivos y a menudo, limitados a las clases más altas. Hace falta ser invitado.

—¿Entonces la diferencia es si eres rico o pobre?

—No necesariamente. Pero así suele ser. —Se encogió de hombros —. No, los nidos están dirigidos por familias que se conocen desde antes incluso de que yo naciera. Reúnen sus recursos para compartirlos solo con un pequeño séquito. Un nido es como una etiqueta general para referirse a familias vinculadas por las mismas propiedades.

—¿Tú tienes un nido?

—Sí.

—¿Dónde está? ¿Qué familias lo forman?

—No puedo decirte eso —se rio—. Si acaso, es por tu propio bien.

—¿Qué clase de cosas esconden ahí?

—Cosas bonitas como tú —bromeó.

—Lo digo en serio.

—Yo también. Esconden anfitriones. Es imprescindible tener una colección de calidad. —Sus ojos me recorrieron de arriba abajo—. De

hecho, me sorprende que no te hayan atrapado antes que yo.

—Llévame a uno. —Cerré el libro de golpe—. Quiero verlo con mis propios ojos.

—¿Quieres ir a una guarida? —se burló al escucharme.

—Sí. Y a un nido también.

—No irás a ninguno de los dos. ¿Me escuchas? Ni se te ocurra ir a buscarlos —me advirtió.

—No me hables como si fuera una niña. Puedo valerme por mí misma. —Lo señalé con mi pluma mientras metía el libro bajo mi brazo.

—Alina. —Me tomó del brazo—. Promételo.

Murmuré algo a regañadientes, liberando mi brazo de su agarre.



Los callejones del puerto se encontraban tan lúgubres como de costumbre. Casi todos los recortes de prensa daban noticia de algún incidente ocurrido en esos rumbos. Tenía sentido que la guarida se hallara precisamente en este lugar. Para mí, era un terreno de caza conocido. Hacía tiempo que sospechaba que uno de esos callejones sin salida podría ser una guarida. Reduje las posibilidades a algún punto cerca del puerto, no tan lejos del burdel.

Descanse en paz, señora de la casa.

De acuerdo con los periódicos, se sospechaba que los cadáveres habían sido abandonados en esta zona. Nadie se molestó por investigar, pues buena parte de las víctimas eran mujeres con vidas promiscuas: codiciadas en un principio y más tarde ignoradas por completo.

Me acerqué al callejón donde debería estar la puerta, pues también había una en la parte delantera del edificio. Algunas figuras permanecían en la calle, tomando el aire nocturno o fumando con rapidez. Llevaba mi mejor atuendo de clase trabajadora: una sencilla blusa de manga larga con una falda marrón. Aunque se asentaba

más arriba en la cintura, con ese largo, incluso las puntas de mis botas eran visibles. Qué vergonzosamente impropio.

La grasa para zapatos se aferraba tanto a mis pestañas como a mis cejas, ocultando los vellos blancos que podían delatarme como alguien en particular. También llevaba el cabello despeinado. Era como pasear en ropa de noche por la ciudad. Me sentía demasiado vulnerable.

Pasando junto a las siluetas que me miraban con lascivia desde la oscuridad, llamé a una puerta de madera, que se abrió con un crujido. Los ruidos del interior se escaparon hasta el callejón, mezclados con una tenue luz roja.

—¿Negocios? —preguntó una voz ronca.

—Soy una… ¿Anfitriona? Soy una anfitriona —dije sin mucha convicción.

—No pareces muy segura, cariño.

—Es… Es mi primera vez —bajé la voz—. Por favor, déjame entrar. —Mi voz temblaba mientras miraba a las figuras que estaban en el callejón.

La puerta se abrió un poco más.

—Gracias —susurré. La tensión aumentó a medida que me adentraba en la guarida. A mi paso, el estrecho pasillo estaba abarrotado con numerosas habitaciones apenas separadas por delgadas cortinas. Mi atención se vio capturada por el movimiento, así como por los pequeños fragmentos de imágenes que aparecían al avanzar. En una habitación, vi cómo una mujer en una silla permitía que tres, cuatro, incluso tal vez cinco hombres se aferraran a ella para alimentarse. Era difícil ver en la penumbra. En otras habitaciones, distinguí pipas siendo pasadas de mano en mano y cuerpos inertes amontonados unos sobre otros. Era peor de lo que esperaría incluso de un burdel; tan insalubre, tan lleno de tabú. Aunque tal vez así me lo parecía porque yo no necesitaba consumir carne humana para sobrevivir.

En el centro del edificio había una gran sala con un salón más pequeño hundido en el medio. La plataforma estaba rodeada por

una zona de asientos que encajaba a la perfección, ocupada por un grupo de personas. A los lados había unas escaleras que conducían a una zona de observación alrededor de los bordes. El lugar parecía haber sido un teatro en ruinas, reacondicionado en algo formidable.

Entre las mesas, las mujeres caminaban semidesnudas con sangre fresca goteando desde el cuello hasta los senos, como si de esa forma buscaran atraer nuevos clientes. Sus largas piernas se movían con lentitud. Sus cuerpos estaban decorados tan solo con medias y un corsé; sin embargo, estas prendas parecían ser utilizadas más como adorno que por su funcionalidad. La privacidad era opcional a la hora de alimentarse: había parejas por todas partes, enredando sus cuerpos entre sí. Todos los asientos se encontraban ocupados, repletos de víperas y anfitrionas. El aire estaba lleno con los sonidos de risas, hombres borrachos y succionamiento de la sangre, serpenteando entre la muchedumbre.

Me sentía como una mosca en la pared, aferrada al borde de la guarida, limitándome a observar. Al frotarme la nuca, me sorprendió la sensación de mi propia piel. La blusa que había elegido no tenía cuello alto, así que mi pecho estaba al descubierto. Me di cuenta de lo mucho que extrañaba mi armadura; esas prendas que me mantenían a salvo, escondida. Las vestimentas que hacían que la gente apartara la mirada al verme.

Aunque las actividades eran caóticas, el ambiente era en su mayoría positivo. No había necesidad de ocultar nada; todos los participantes actuaban como si se encontraran en un club. Era extraño que estuvieran tan relajados, aunque estaba segura de que las sustancias de aquellas pipas tenían algo que ver.

Ese pensamiento parecía haber hechizado todo cuanto me rodeaba. Algo estaba sucediendo en la zona del salón, justo en el centro.

Con silbidos, los hombres le ordenaron acercarse a una de las mujeres que los alimentaba. Intercambiaron algunas palabras entre dientes antes de que ella se pusiera de rodillas. Tenía un mal aspecto: estaba pálida y delgada, con una mirada muerta que me hizo sentir

un escalofrío en lo más profundo. Tres hombres se agolparon a su alrededor, cercándola como perros.

La situación poco a poco acaparó la atención de los demás. Los presentes se quedaron en silencio, observando, como si supieran lo que estaba a punto de suceder. Nadie parecía molesto; era, más bien, como el silencio que se produce antes de que comience un espectáculo.

Los tres hombres se abalanzaron sobre ella. Sin embargo, quedaron ocultos tan pronto una mano me cubrió los ojos y un cuerpo fuerte tiró de mí.

Un grito fue sofocado abruptamente. Después vino un golpe sordo. Entonces, comenzaron los sonidos de desgarros.

Entré en pánico en medio de los brazos que me sostenían. Arañé la mano que cubría mis ojos, temblando tan solo a causa de los ruidos.

—No mires —me susurró Silas al oído, abrazándome con fuerza contra su pecho—. Por eso no puedes aventurarte en lugares tan peligrosos sin mí. —Recargó la cabeza en mi hombro—. La gente que vive en estos sitios me haría parecer un santo.

—Déjame verlo —susurré—. Necesito saber.

Aunque los ruidos húmedos de desgarramiento continuaban, nadie parecía estar haciendo nada al respecto.

Después de que los ruidos cesaron, el clamor de la multitud volvió a ser el de antes. La mano se apartó, permitiéndome observar el resultado.

Nada podría haberme preparado para lo que vi. Me recordó a las disecciones que se realizaban en las universidades, aunque tan solo había visto ilustraciones de estas en los libros.

El cuerpo de la mujer había sido desollado por completo, con la cavidad torácica desgarrada y la carne arrancada de su cuerpo como una flor. Su caja torácica se encontraba abierta, apuntando hacia el techo al igual que un par de mandíbulas abiertas. No había nada dentro. Estaba vacía.

Su cabeza se encontraba inerte. Hubiera querido imaginar que no había sufrido dolor, pero la expresión de su mandíbula rota indicaba todo lo contrario. A juzgar por el extraño ángulo de su cuello, estaba claro que no se trataba de una fractura limpia.

—Alina, mírame —me susurró Silas al oído, pero mis ojos seguían fijos en aquel punto del suelo. La gravedad de la situación me abrumaba. Tenía el estómago revuelto. Apenas lograba pensar con claridad.

Si esto era lo que hacían los corruptos, entonces no podía evitar la imagen mental de lo que haría el nido de Silas cuando me encontrara. ¿Y si se daban cuenta de que estaba aquí? ¿Y si todos se enteraban de quién era? Silas había dicho que mi veneno se estaba volviendo infame dentro de estos círculos. ¿Qué pasaría cuando lo descubrieran? Mi cuerpo temblaba con fuerza, los dedos de mis manos y pies estaban gélidos por el pánico.

Unos dientes afilados se hundieron en mi cuello. Me estremecí, clavando mis uñas en el brazo de Silas, que rodeaba mi cintura.

—Auch, Sil… —Me mordió con más fuerza y grité.

Me succionó con más agresividad, enredando posesivamente su otra mano en mi cabello. Tiró de mi cabeza hacia un lado para acceder mejor, arrancándome un gemido. Mi cuerpo dejó de temblar a medida que su veneno calmaba la electricidad en mis nervios. Al percibir mi pánico, debió haber temido que montara una escena.

Me soltó el cuello, luego lamió el lugar de la herida.

—Dime cuando hayas tenido suficiente.



La Criatura

Tal vez algún día entendería por qué se hacía eso a sí misma.

Parecía estar a punto de desfallecer o de vomitar, y por una vez, no era porque estuviera jugando con ella, sino a pesar de eso.

Mi brazo la sostenía mientras su respiración se estabilizaba. Se había forzado a mirar esa abominación en el suelo debajo de nosotros solo para demostrarse algo a sí misma. No había duda de que más adelante, utilizaría esto para alimentar su venganza contra lo que fuera que considerara injusto.

Cuanto más aprendía sobre ella, más comprendía que Alina pensaba que era capaz de salvar el mundo. Tanto su rígida rutina como sus piadosas creencias eran un tormento para ella misma: un castigo por no haber hecho más, por no saber más.

Algún día aprendería que sin importar lo que hiciera, no podía salvar a todos los cervatillos ni podía castigar al lobo solo por alimentarse. Le gustara o no, esta era la otra cara del orden natural que tanto admiraba.

Me pasé la lengua por los labios, limpiando el sabor que aún me quedaba de ella. Aunque parecía más calmada, podía ver en su mirada distante que aquello no sería suficiente para sacarla de ese círculo vicioso.

—Dime cuando hayas tenido suficiente —le dije con cautela.

—Nunca será suficiente —sus palabras eran apenas un susurro—. Nada de lo que haga será suficiente.

Eché un vistazo a la escena que estaba en proceso de ser limpiada, al cuerpo que estaba siendo raspado del suelo de madera. La sangre añadía un brillo resbaladizo a la mancha oscura de este.

—Entonces ahí tienes tu respuesta. —Suspiré y tomándola entre brazos, caminé hacia la puerta trasera. Ella dejó caer la cabeza en mi pecho, sin emitir un sonido. Había esperado que permitirle escaparse para ver este lugar la disuadiera de emprender sola esta clase de excursiones, pero quizá había conseguido todo lo contrario.

CAPÍTULO 42

La Envenenadora

No recordaba cuándo había comido por última vez.

Al cabo de unos días de estar probando el veneno conmigo misma, noté que mi apetito había disminuido. Era como si la desilusión de volver a la realidad me hiciera sentir que todas mis acciones eran inútiles. Nada podía satisfacerme lo suficiente.

El lado bueno era que mi piel se sentía más suave, mi cuerpo más descansado y los dolores y molestias habían desaparecido. El veneno podía utilizarse de muchas formas maravillosas, lo cual me motivó a seguir adelante. Qué irónico que una criatura tan vil pudiera producir algo que aliviara el dolor de los demás.

Pronto podría reanudar los pedidos especiales para mis clientes. En general, parecía que mi vida regresaba a la normalidad.

Cuando se suponía que debía estar haciendo otra cosa, como descansar por las noches, hasta el empapelado de los muros terminaba por parecerme interesante. Cada vez que intentaba dormir, me descubría tomando notas al interior de mis sueños, solo

para despertarme a toda prisa, anotando esos pensamientos antes de que se evaporaran.

No podría decir cuántas noches había pasado en la casa de Silas. La pérdida de la noción del tiempo era un desafortunado efecto secundario del veneno en su forma más concentrada. A pesar de esta pequeña desventaja, era un alivio sentirme lejos de mi cuerpo; apacible como el agua que corre por un río.

Un paseo por el jardín de Silas era la mejor manera de calmar mi inquietud. El aire frío me acariciaba la piel, dándome pellizcos en el rostro. El rocío de medianoche empapaba el tejido de mi vestido y mis manos no encontraban nada que hacer, salvo mordisquearme las uñas. Aunque el jardín se había quedado sin flores, la vegetación seguía brindando una sombra reconfortante bajo la que podía refugiarme. Con la hora de las brujas aproximándose, acepté que el sueño no me visitaría en ningún futuro próximo.

El crepitar del fonógrafo atravesó el aire. Desde la ventana del salón, se escuchó el suave zumbido de un vals. Cuando me giré, descubrí la ventana iluminada, abierta para dejar que la música flotara tranquilamente hacia el patio trasero. Desde el interior, un cálido resplandor iluminaba el césped y se extendía a lo largo del terreno. La suave melodía del piano, combinada con el ritmo ascendente y descendente del vals, era el acompañamiento perfecto para esos momentos. Un baile era la forma perfecta de describirlo.

Una mano me acarició la cintura. Mi Criatura me rodeó con los brazos.

La mano de Silas rozó mi mejilla, acariciando mi piel con el pulgar. Sus ojos eran suaves, con una calma que me recordaba al bosque antes de una lluvia intensa: una quietud serena, pero también una advertencia para aquellos que sabían mirar con cuidado.

Me incliné brevemente hacia su mano. Sin embargo, enseguida me aparté para rodearlo a mi vez. Negándose a darme la espalda, él siguió mis movimientos.

Se acercó, tocando la parte inferior de mi brazo para extenderlo.

Me tomó la mano con delicadeza, mientras su otra mano permanecía sobre mi cintura.

Su mano en la mía, nuestros dedos entrelazados con suavidad, encajaban como dos piezas talladas en la misma piedra. Si unos meses antes me hubieran dicho que estas manos se verían envueltas con tanta ternura, lo habría descalificado como patrañas.

Bailábamos al ritmo de un compás de tres por cuatro, entrando y saliendo de la luz que la ventana esparcía por el jardín.

Él bailaba con elegancia, aunque sin duda tenía muchos más años de práctica. Sus movimientos se acompasaban con los míos de una forma tan natural que parecía que podríamos seguir de así para siempre, atrapados en un mismo momento fluido que se fundía con el siguiente a la perfección.

Se inclinó hacia mí sin dejarse de mover, como si quisiera estar más cerca, aproximando mi cintura hasta que no quedó más espacio entre nosotros. Entonces nuestro baile no pudo continuar. Su ansia de cercanía superó el deseo de seguir danzando, como si fuera demasiado pedir ambas cosas a la vez.

Levanté la cabeza para mirarlo. Nuestros alientos helados se entremezclaron mientras nos quedábamos así, saboreando el momento.

En aquel momento no éramos nadie. Yo no era la hija de un químico, una boticaria o una asesina. Él no era una criatura, un caníbal o un hombre.

Me puse de puntillas para unir nuestros labios. Lo besé con dulzura. Él dejó escapar un suave gemido, un dulce suspiro de deseo. Yo hice lo mismo. Sus brazos rodearon mi cintura al tiempo que los míos se enroscaban en sus hombros, entrelazando mis dedos en su suave cabello dorado.

Si él fuera algo que se pudiera consumir, temía no estarlo saboreando lo suficiente, temía estarlo devorando con tal avidez que no me restaría nada para el final. Solo me quedaba la necesidad de poseerlo.



La Criatura

Esa fue la primera vez que ella me besó. Que *realmente* me besó.

Hasta ese momento, no me había dado cuenta de que yo siempre daba el primer paso. Era un instante que iba a saborear por siempre, con la esperanza de recordar cada detalle. El cosquilleo a lo largo de mi cuero cabelludo se extendió tan pronto ella entrelazó sus dedos en mi cabello.

Quería más que solo tenerla cerca. Quería que se metiera bajo mi piel, que hiciera un hogar en mi caja torácica, porque mi corazón solo podía latir por ella. No me permitiría siquiera un latido de mis aurículas si este no era por mi querida sombra, mi elegida, mi *Alina*.

Mis manos se deslizaron por su espalda, sobre los pulcros botones de su escote, desabrochándolos uno a uno, aunque me costaba no precipitarme. Si había algo que ella me había obligado a ejercitar, era la paciencia.

Se dejó caer hacia atrás, jalándome para que bajara con ella hasta el suelo. El sabor de sus labios resultaba tan dulce, tan *vivo* entre los míos. Era el sabor de las muchas otras cosas que aprendería a amar. Antes, lo que más me gustaba era el aroma de las cerezas o el sabor amargo de las almendras —el cual pronto descubrí que pertenecía al cianuro—, o bien el polen de las maravillosas flores del día. Ahora, era el sabor de su nombre en mi lengua o del mío en la suya.

Sus manos se desenredaron de mi cabello. Dejó salir un gemido grave conforme me deleitaba con sus labios, mordiendo suavemente su labio inferior cuando me separaba para respirar. Sus delicados dedos jalaron los botones de mi camisa.

Le deslicé el vestido por los hombros, bajándolo por su torso hasta dejar sus pechos al descubierto. Pasé mis manos por ellos; me encantaba sentir cómo encajaban a la perfección, como si estuvieran hechos únicamente para mi tacto. Su cuerpo estaba destinado a ser

sostenido por mis manos, a ser tomado solo por mí. Si la hubiera esculpido en arcilla con mis propias manos, tendría miedo de volver a tocarla, temeroso de la perfección que había creado. Imaginaba que eso era lo que Dios —si es que existía— había sentido al crearla. Estaba tan enamorado. Ella me había hecho comprender por qué la gente creía en esas cosas.

Me sentía demasiado impaciente como para que ella me desnudara. Solo le había desabrochado unos cuantos botones cuando me aparté y, enseguida, hice bajar el vestido por el resto de su cuerpo. Ella apretó las rodillas en un intento por esconderse de mí.

Tras desabrocharme los pantalones, me toqué a lo largo del miembro. Se estaba volviendo doloroso negarme el alivio a mí mismo mientras contemplaba el cuerpo que tenía frente a mí. Ella se cubrió el pecho con los brazos.

—No —le supliqué—. Quiero verte.

—Tengo frío —susurró, aunque sabía que no era esa la causa.

—Entonces déjame darte calor. —Separé sus muslos y me incliné para besarla de nuevo, colocando mi cuerpo entre sus largas piernas. Empujé la punta hacia dentro, sintiendo la tibieza que rodeaba mi pene.

Ella se estremeció antes de relajarse de nuevo, moviendo sus manos sobre la hierba.

Tomé sus dos manos y las sujeté por encima de ella con una mano y con la otra, levanté una de sus piernas sobre mi cadera mientras bajaba las mías, hundiéndome más en su interior.

—Silas —susurró temblorosa. Tan pronto empecé a moverme, su muslo tembló bajo mi tacto.

—Dilo otra vez —le susurré al oído, dejando un rastro de besos hasta su mandíbula que después seguí hasta el frente de su garganta, envolviendo la piel de esa zona con mis labios.

—¡Silas! —gritó ella. Al succionar su piel sensible, la vibración de mi nombre en su garganta se sentía como miel, como nata dulce entre mis labios.

Temblé al penetrarla, sintiendo cómo su calor me envolvía. Al tocar el fondo, alcancé el punto clave, lo que me hizo saber que la

había llenado por completo. Solo sería para mí mientras siguiera con vida. Mi pene palpitaba, dedicado a la única tarea de complacerla.

—Alina —susurré—, dime qué quieres. —Aceleré el ritmo, hundiéndome en ella tan profundamente como me lo permitía.

—Te… quiero a ti —susurró, incapaz de concentrarse en sus palabras al tiempo que mis movimientos se volvían más bruscos. Levantó las caderas, intentando moverse conmigo.

—Me tienes. —Mi mano en su muslo se deslizó por debajo de ella, sujetándole las caderas mientras empujaba.

Su piel brillaba en la noche, como la luz de la luna. Las gotas de rocío se esparcían por su cabello negro azabache como estrellas en el cielo. El azul de sus ojos se suavizaba solo para mí: mi mundo entero, tal como lo conocía.

Solté sus manos, colocando las mías en sus caderas. Me senté sobre mis talones para disfrutar de la imagen de mi pene entrando y saliendo, de su cuerpo expuesto ante mí en el suelo.

Era *mía*. Toda ella.

Si tenía algún derecho sobre algo invaluable, era sobre ella.

—Alina. —Jadeé. El sonido de sus gemidos inundaba mis sentidos con un timbre embriagador que me hacía desear hasta la última dosis de ese opio mortal.

Ella entrelazó los dedos en la hierba. Su largo torso se arqueó cuando levanté sus caderas más alto, sentándome sobre mis rodillas y empujando tan profundo como podía. Esta vez, se relajó lo suficiente como para que llegara hasta el fondo, pero sabía que no duraría mucho más.

De pronto, se inclinó hacia el frente y con un beso, me empujó hacia atrás para tumbarme en el suelo. Intercambió nuestras posiciones, sentándose a horcajadas sobre mis caderas. Me mordió el labio con fuerza, haciéndome sangrar. Mantuve nuestros labios unidos para evitar una situación semejante a la del jardín botánico. Mi lengua se deslizó por el corte de mi labio y a lo largo de los suyos.

Ella movía sus caderas sobre mi pene, tratando desesperadamente sentirlo más adentro, de usarlo para obtener todo

el placer que fuera posible. Gimió contra mi boca y me aparté, deseoso de oírla. Sus dulces gemidos hacían que contenerme fuera casi imposible. Esperaría a que ella terminara; le dejaría usarme para lo que quisiera. Le daría todo, mi cuerpo, mi mente y mi alma —si tuviera una—. Todo era suyo para que lo tomara.

Me recargué sobre mi codo y con una mano en su cadera, hipnotizado por sus movimientos. Si ella me lo permitía, la adoraría de esta forma todos los días por la eternidad. Su cuerpo se elevó con confianza sin dejar de mover las caderas, utilizándome con las manos sobre mi pecho. Intenté permanecer quieto, sin interrumpirla. Ella cerró los ojos e inclinó la cabeza hacia un lado mientras se desplazaba hacia el frente encima de mí.

—Alina… no puedo aguantar mucho más. —Jadeé, moviendo sutilmente mis caderas al ritmo de las suyas.

—Entonces no te contengas —susurró, inclinándose hasta mi pecho. Me mordió el cuello con tono juguetón.

Si tenía su permiso…

La giré, colocando una de sus piernas sobre mi hombro y la otra entre las mías propias. Me incliné sobre ella de costado en la hierba y le tomé el rostro, girándolo hacia mí.

—Eres mía —le susurré al oído, esbozando una sonrisa mientras la penetraba con más fuerza—. Nunca te librarás de mí.

Esos ojos azules me miraron suplicantes. A ratos, se giraban hacia atrás.

Justo así. Así es como te gusta sentirte.

La miraba boquiabierto. La fuerza de mis embestidas me impedía sujetarle el rostro, así que la tomé del pelo y puse mis brazos contra el pasto a los lados, retorciendo su torso mientras la penetraba por completo con cada embestida, obligándola a recibir todo de mí.

Era inútil seguirme conteniendo. En cuanto alcancé el orgasmo, mis espinas se clavaron en su carne.

Ella se estremeció cuando las espinas la atravesaron. No me alegraba que sintiera dolor, pero se sentía tan bien estar dentro de ella de este modo. Incluso las partes involuntarias de mi cuerpo ansiaban hundirse en su interior. Podía sentir no solo mi pene

latiendo, sino también las espinas que se clavaban en ella, llenándola de veneno.

Alina emitió lo que pareció ser un gemido. Intenté consolarla besando su piel ardiente, mientras el aire fresco contrastaba con nuestros cuerpos que ardían. Su pierna se resbaló de mi hombro y tras engancharse a mi cintura, me atrajo hacia ella.

Nunca pensé que podría llegar al punto de desear a alguien más allá de la simple hambre. Morir de ansias por ella sería más doloroso que el hambre real. Preferiría perecer. Me había vuelto completa y patológicamente adicto a ella.

CAPÍTULO 43

La Envenenadora

Estaba tan cerca. Tan increíblemente cerca.

Nuestra visita a la guarida me había dado una nueva perspectiva sobre los seres con los que estaba lidiando: una plaga impulsiva, abusiva, desordenada, sin control sobre sí misma y sin lugar en la sociedad. Eran antinaturales, por lo que el título de «corruptos» me parecía apropiado. Aunque Silas insistía en que había una diferencia entre los corruptos y los purasangre, yo no estaba tan segura de ello. A mi parecer, unos simplemente habían tenido más tiempo para perfeccionar sus técnicas que los otros.

Mi hipótesis de trabajo era que en el fondo, todos eran iguales. Imaginaba que tanto los jóvenes víperа como los humanos corruptos compartían un nivel semejante de control de sus impulsos. Era lógico, teniendo en cuenta que ambos experimentaban las mismas sensaciones al principio, pero a medida que envejecían, los jóvenes víperа al menos tenían el privilegio de recibir orientación en esos «nidos» de los que había hablado Silas.

Casi sentí alivio al recordar lo difícil que era concebir de acuerdo con Silas. Esa debía ser la única razón por la que su especie no era aún más prevalente. Elaboré muchas listas de apellidos relacionados entre sí, agrupándolos por región y limitándome a los apellidos de clase B y C con riqueza generacional, pero sin infamia. Esa era la única forma en que se me ocurría que pudieran pasar desapercibidos, sin que al menos una persona se percatara de su existencia. Si se mantenían confinados en estos nidos, no sería tan difícil sobrevivir sin llamar la atención.

Lo que me llevaba a los anfitriones melifluos. Eran una parte fundamental de lo que hacían para alimentarse de forma más o menos civilizada, salvo que fueras Silas y dejaras cadáveres a tu paso, al parecer por mera diversión.

Y luego estaba esa otra sombra que observaba cada uno de mis movimientos; el oscuro espectro que se ocultaba en mi cocina, alimentándose de mí sin que me diera cuenta. La parálisis del sueño había sido mi única molestia durante ese período, apenas un efecto secundario del veneno, mientras el hombre se alimentaba de mí. No debía de ser un corrupto, sino alguien como Silas, que sabía cómo pasar desapercibido sin levantar sospechas.

Se me erizaron los pelos de la nuca; me froté con la mano, intentando quitarme de encima la sensación. Hojeando las páginas del libro, tomé notas y redacté reacciones hipotéticas para mi nueva iteración del veneno. Me aseguraría de que esta vez funcionara, por mi propio bien y por el bien de todos los que pudieran tropezarse con estos enfermizos insultos a la naturaleza.

—Siempre que te veo tienes la nariz metida en un libro o en una lupa. —Una risa encantadora resonó en mi oído. Viktor se dejó caer en la silla frente a mí, en el escritorio de la biblioteca—. Te dañarás los ojos si sigues así. —Encendió la lámpara de escritorio que había junto a nosotros en la larga mesa. La biblioteca había instalado una docena de estas lámparas hacía poco. No se me había ocurrido encenderla, pues aún había luz de día cuando llegué.

—Gracias. —Lo miré de reojo.

—¿En qué está trabajando esa brillante mente tuya? ¿Química?

—Recargó los codos en la mesa y se inclinó hacia el frente, apoyando la barbilla en la mano.

—Sí, es algo pequeño. —Tamborileé sobre el papel con mi pluma —. ¿Eres bueno con las reacciones, por casualidad?

—Lo puedo intentar. —Levantó un hombro con indecisión, tomó mi cuaderno y me quitó la pluma de la mano. La estudió durante un minuto antes de mirarme por encima de sus lentes—. ¿Sigues trabajando en la toxina y el antídoto?

—Sí.

—La estructura es inestable —señaló—. Con esto, el antídoto provocaría una reacción mayor que una simple descomposición. Destruiría el veneno y posiblemente la materia circundante. ¿Qué intentas hacer con ello?

—Precisamente eso —respondí con claridad.

—¿Así que estás convirtiendo el antídoto en un arma?

—Quiero considerar todas las posibilidades —le expliqué. Él asintió con una sonrisa, como si le resultara divertido.

—¿Qué?

—Nada, solo admiro tu mente. —Se encogió de hombros—. ¿Ya has probado esto?

—Un poco, pero todavía no está listo. —Tomé mi cuaderno de vuelta y recuperé mi pluma.

—¿Qué pasará cuando lo esté? —Su voz había perdido el tono de curiosidad. Sonaba más como un desafío.

—No lo sé —respondí con sinceridad, cerrando mi libro y guardando mis notas antes de ponerme de pie.

—¿No te estás quedando en tu casa? —preguntó de repente—. Fui a llevarte unos artículos, pero noté que el correo se había acumulado.

—No, hacía falta un poco de mantenimiento —mentí—. Me estoy quedando en casa de un amigo.

—Un amigo —repitió, dejando que las palabras flotaran en el aire. Sabía que quería hacer más preguntas, pero era demasiado educado para ello.

No insistió más.

—Sí, quizá una semana o dos. No estoy segura de cuánto tiempo puedan durar las reparaciones.

—Entiendo. —Hizo una pausa—. Entonces, ¿en dónde te puedo dejar los documentos?

—No estoy segura… Lo mejor es que los guardes, a menos de que puedas traerlos a la tienda esta semana.

—¿Irás a la gala dentro de unos días?

—Si ningún imprevisto me lo impide, sí. —Puse los ojos en blanco—. Phoebe prefiere que vaya. Cree que me está ayudando a socializar, como si fuera un cachorro recién nacido.

Él se río ante mi comentario.

—Es una buena amiga, aunque sus métodos sean tediosos. Por lo que he visto, solo quiere lo mejor para ti.

—Tiene una forma poco habitual de demostrar su amor.

—Ese tipo de amor es siempre el más puro.

—Yo no iría tan lejos.

—Bueno, déjame acompañarte a casa. —Se levantó, tendiéndome la mano.

—No creo que sea una buena idea.

—¿Por qué no?

—Es solo que…

—¿Es por él? —Había un matiz de rencor en su tono.

Dudé en responder; sin embargo, él había sacado sus propias conclusiones.

—No te preocupes, comprendo. —Asintió con la cabeza—. Es solo un gesto, nada más. Déjame acompañarte a casa. No me lo perdonaría si desaparecieras a mitad de la noche, como les ocurre a tantas otras.

Sus palabras me inquietaron: sonaban vagamente amenazadoras. Quizá era celos lo que estaba percibiendo o resentimiento por el hecho de que ahora estuviera con Silas. Fuera lo que fuera, se desvaneció más rápido de lo que tardó en aparecer.

CAPÍTULO 44

La Envenenadora

El veneno había consumido mi noche entera, prolongando mi trabajo hasta la mañana. Estuve haciendo ajustes y pruebas hasta que salió el sol. Convencí a Viktor para que me llevara en carruaje a mi tienda en lugar de a casa de Silas, para evitar un altercado. Tenía demasiado trabajo que hacer; necesitaba tener mis herramientas a la mano mientras las ideas aún estaban frescas en mi mente.

Había llegado al punto en el que al añadir la solución a la sangre, gran parte de las células se incineraban por el calor químico. No era perfecto en lo absoluto; resultaba increíblemente inestable, pero, para los fines a los que estaba destinado, era suficiente. En ocasiones, provocaba que todas las células sanguíneas se quemaran y en otras, únicamente las hacía coagular. Cualquier reacción era mejor que ninguna.

Tenía cinco pequeños frascos en mi bolso. Si mi segunda sombra hacía su aparición esa noche, podría ponerlos a prueba.

Sentí mariposas en el estómago al fantasear con sentirme un poco menos indefensa ante estas criaturas. Ahora tenía una ventaja.

—¡Alina! —Una voz aguda me arrancó de mis profundas reflexiones.

Sostuve la pluma sobre el papel, como dejando mi marca en el cuaderno, para después dirigir mi atención a la lunática pelirroja que tenía enfrente.

—¡No te encontré en la tienda y tenemos que acudir a nuestra cita con la costurera! —Phoebe se detuvo frente a la mesa de la cafetería donde me había sentado—. No conviertas esto en un hábito. ¡Ni siquiera llamaste esta mañana! ¡El hecho de que tengas un juguete nuevo con el que entretenerte no significa que puedas ignorar a tu mejor amiga!

—No me había percatado de la hora —le expliqué, estudiando a la díscola ninfa frente a mí. Miré el pequeño reloj que llevaba en mi muñeca—. Todavía nos quedan treinta minutos.

—¡Sí, pero no hemos podido dar nuestro paseo matutino!

—Vamos a dar un paseo juntas ahora.

—¡No es lo mismo! —Levantó las manos con frustración—. Vámonos. El tiempo corre. —Me sacó rápidamente de mi asiento, tomó mi libro y me arrastró fuera.

—¿Qué se te ha metido en la cabeza, Phoebe?

—La pregunta más importante es: *¿quién* se ha metido en la tuya?

—¡No es justo! —repuse—. No es asunto tuyo.

—¡Alina! —exclamó, deteniéndose a mitad del pasillo para mirarme—. Estás permitiendo que un hombre, nada menos, te aleje de la vida que has construido para ti. Hace cuatro meses, me habrías llamado loca si te dijera en qué te ibas a convertir. —Me dio un golpecito en el pecho con la esquina de mi libro.

Nunca la había visto tan consumida por la ira.

—Phoebe…

—¡No! ¡No me trates con condescendencia! —Ella alzó la voz. Los peatones nos echaron un vistazo breve al oír la conmoción.

Nos miramos en silencio. El pecho de Phoebe se agitaba en un arranque de ansiedad.

La rodeé lentamente entre mis brazos, apretando con fuerza antes de recargar mi cabeza contra la suya.

Aunque su cuerpo estaba tenso, cedió ligeramente, dejando caer la cabeza sobre mi pecho.

—Lo siento —susurré con suavidad—. Nunca te abandonaría. No era mi intención que pareciera así.

Ella se quedó en silencio, lo que significaba que tenía que tranquilizarla de alguna manera.

—Mi ausencia no tiene que ver con Silas. Ni siquiera le permito verme mientras trabajo —le dije—. Estoy cerca de lograr algo grande. Algo nuevo. Algo que ayudará a mucha gente. —Me aparté para sujetarle los hombros con los brazos extendidos—. La culpa es mía por ensimismarme de esa forma. Prometo no volver a hacerlo.

Ella murmuró algo entre dientes antes de asentir con renuencia.

Lo tomaría como una aceptación de mi disculpa.



—¿Qué pensarías del color bermellón? —preguntó Phoebe mientras me miraba envuelta en la tela. Alrededor de mi cuerpo, la costurera pellizcaba y sujetaba con alfileres un vestido verde oscuro, señalando los lugares que debía entallar o ajustar con un dobladillo.

—¿No será demasiado llamativo?

—¡De eso se trata! Es una gala. ¡Es el mejor momento para lucir estampados y colores atrevidos!

—¿Vas a llevar algo que no sea rosa? —pregunté arqueando las cejas.

—¡Voy a llevar amarillo! —dijo con tono alegre.

Tras bajar del pequeño podio, me miré en el espejo. Me gustaba la forma en que el verde oscuro iluminaba mis ojos. Era el único color, además del negro, con el que me sentía cómoda, aunque un tono tan sombrío resultaría demasiado lúgubre para una gala. Antes no me habría importado, pero ahora sabía que debía integrarme un poco

más de lo habitual. Nada llamaba tanto la atención como las prendas de luto.

—¿Qué te hizo enojar hace rato? ¿Por qué odias tanto a Silas? —le pregunté de súbito, dirigiéndome a su reflejo en el espejo.

—¿Por qué todo el mundo odia a los hombres presuntuosos? Estoy harta de que se meta en cosas que no le incumben —murmuró, mientras un rubor se extendía por sus pálidas mejillas.

A Phoebe no le permitieron tener muchos amigos durante su infancia; incluso en su edad adulta, mantuvo un círculo reducido Me tenía a mí: eso era todo en lo que respecta a relacionarse con personas que no fueran parientes de sangre. Solo se nos permitía ser amigas debido a la relación comercial entre nuestros padres, así como a la frecuencia con la que el mío visitaba su propiedad.

Una oleada de culpa me apretó el pecho cuando comprendí que ella había pensado que la estaba abandonando. Pude entender el odio que sentía hacia cualquiera que intentara alejarme de ella. Cuanto más lo pensaba, más sentido tenía su pánico para mí.

—Esta noche será divertida. Podemos pasar a recoger los vestidos después del té, ¿qué te parece? —Ella me sonrió, asintiendo con la cabeza.

—Es un buen plan.

El resto de los preparativos lo hicimos en casa de Phoebe. Queríamos llegar juntas y además, ella me prestaría algunas de sus joyas para la ocasión.

Mi vestido sin mangas tenía un escote cuadrado. La silueta se ajustaba a mi alta figura, ciñendo todas las curvas para resaltar cintura y caderas. La tela verde oscuro había sido decorada con pequeños toques de negro y dorado a lo largo tanto de los dobladillos como de todo el diseño. En la parte trasera, tenía una sutil cola con un elegante fruncido, el cual permitía que la tela se plisara antes de caer hasta el suelo. Llevaba guantes negros que combinaban con el vestido y Phoebe me prestó un collar de esmeraldas con pendientes a juego. Esta vez, me recogí el cabello, lo cual hacía ver más largo mi cuello y mi figura. Estaba un poco indecisa respecto a las marcas de mordiscos en mi cuello, pero

habían sanado lo suficiente como para que no se notaran demasiado, ocultas por una cinta de terciopelo atada con cuidado en la parte posterior.

El atuendo de Phoebe era mucho más llamativo que el mío, por decir lo menos. Era un vestido amarillo cálido con un escote cuadrado similar al mío. Las mangas eran largas, con una multitud de botones en la parte delantera. La tela amarilla se fruncía antes de caer por los lados, dejando al descubierto una enagua lavanda que llegaba hasta el suelo. El ribete de la cola amarilla detrás combinaba con el suave color púrpura. Una bonita prenda a la última moda, sin duda adecuada para ella. El amarillo complementaba su cabello color fresa. Llevaba pendientes de oro con amatistas. En ese momento, se estaba ajustando un par de guantes blancos.

—¿De qué catálogo es este? —La miré de pies a cabeza para asegurarme de que ni un cabello estuviera fuera de lugar.

—Elegí varios y le dije al sastre que los combinara. —Esbozó una sonrisa radiante—. ¿Te gusta?

—Es llamativo, muy acorde contigo. —Sonreí—. ¿Crees que estamos listas?

—¡Deberíamos estarlo! —Se encogió de hombros, echándose encima un abrigo antes de darme uno a mí.

Me puse el abrigo negro y la seguí hacia la puerta. Antes de salir, me detuve y tomé mi pequeño bolso del perchero que contenía mi navaja y mis tinturas: los artículos esenciales para toda salida nocturna.

CAPÍTULO 45

La Criatura

Se podría pensar que poner tantos objetos de valor en una sola habitación podría implicar alguna clase de riesgo. Supongo que nadie lo pensó cuando organizaron este circo. Debían haber suficientes cuadros y obras de arte como para alcanzar un valor de millones. Sin embargo, estaban ahí, sin apenas una cuerda para impedir que los clientes curiosos los tocaran.

El museo había cerrado buena parte de las salas, limitando el evento a una sola ala. Aun así, me desconcertaba la facilidad con que estos preciados objetos le eran confiados a los asistentes únicamente porque estos habían pagado por ellos. Lo único rescatable de esta exposición excesivamente pretenciosa era el licor de cortesía.

Le di un largo sorbo a mi copa. El líquido apenas alcanzaba a quemarme, aunque debajo alcancé a saborear las notas picantes del whisky. Este tipo de eventos eran tan aburridos… No comprendía por qué mi padre insistía en que asistiera. Sabía que no le gustaba que pasara tanto tiempo fuera del nido, así que venir a este evento

frívolo era lo mínimo que podía hacer para que me dejara en paz. No me hacía demasiada ilusión la próxima reunión familiar.

Un marcado acento ruso se abrió paso entre el bullicio.

—Sabes, deberías sonreír más. Estás espantando la comida.

Incliné la cabeza hacia un lado. El escurridizo Reparador había decidido hacer acto de presencia.

—Parece que hoy en día dejan entrar a cualquiera —dije con desdén, devolviendo mi atención a la multitud conforme aumentaba el número de asistentes.

—¿No puedes pasar una sola velada sin estar tan amargado? —Luka observó a un grupo de mujeres que pasaba frente a nosotros y se inclinó los lentes antes de quitárselos, guardándolos en el bolsillo de su chaleco—. Tantos aperitivos deliciosos. ¿Crees que sepan mejor o peor después del alcohol?

—Luka —le advertí.

—En realidad, Viktor me gusta más. —Sonrió, con una chispa demencial en sus ojos ardientes. Sin aquellos horrendos lentes, el ámbar desprendía un brillo rojizo bajo la luz—. Sonará mucho mejor cuando se derrame con torpeza de los labios de tu mascota.

Mi mano salió disparada hasta él. Lo tomé del cuello, clavándole los dedos en la piel.

—Si le pones un dedo encima, te prometo que cuando te busquen no encontrarán ningún cadáver.

—Ah, también eres gracioso. Tu padre no me había dicho que tuvieras un sentido del humor. —Sonrió—. Me temo que ya es demasiado tarde para eso. Además, ella tiene unos efectos tan encantadores… —Se inclinó hacia mí, echándose a reír—. No me había divertido tanto desde… —Se tocó la barbilla, fingiendo pensar —. Bueno, desde 1476.

—Si decides seguir por ese camino, ni siquiera te quedarán manos con las que tocarla —amenacé.

Luka levantó mi trago de la barra.

—Entonces arráncamelas. —Se bebió el líquido restante de un trago y deslizó el vaso por la barra hacia el mesero—. No las necesito para lo que tengo pensado.

Se soltó de mis manos, guiñándome un ojo antes de perderse entre la multitud.

Me pasé la mano por el cabello, rascándome el cráneo con frustración. A juzgar por el tono de nuestro intercambio, no me quedaba mucho tiempo. Había interrumpido su acceso a Alina trasladándola, haciéndola quedarse conmigo o distrayéndola con suficientes muestras como para hacerla desaparecer de su vista durante horas. En realidad, ella tenía suerte de tenerme: sin la protección de ese horario meticuloso, nada le impediría destriparla.

Paseé mis ojos por la multitud, perdiéndole la pista tan pronto se adentró en el mar de gente. En su lugar, mis ojos se posaron en otra figura de cabello oscuro. Mi hermosa sombra lucía un costoso vestido verde, acompañada de la tonta charlatana de su amiga.

¿Es que acaso está intentando matarla?

Empujé los cuerpos a mi alrededor para abrirme paso, pero perdí a Alina de vista.

El destello de un vestido amarillo se movió entre la multitud. Tomé a Phoebe del brazo y tiré con tanta fuerza que por la forma en que me miró, me pregunté si se lo habría dislocado.

—¿Por qué tienes que ser tan salvaje? —espetó Phoebe, arañándome la mano con que le sujetaba el brazo.

—¿Qué hace Alina aquí? —No era tanto una pregunta como una exigencia.

—Yo la invité. ¿Por qué otra razón estaría aquí?

—El Reparador está aquí —comencé a decir.

—¡Sí! He oído que estaba en la ciudad. Yo también sé cosas, ¿lo ves? —Puso los ojos en blanco—. Ha venido por un envenenador. Por eso papá nos ha llamado a casa. Espero que lo utilice como ejemplo.

—Phoebe —dije con voz tensa mientras me pellizcaba el puente de la nariz—, Alina es la Envenenadora. ¿Cómo puedes ser tan ciega?

Su rostro no podía estar más pálido.

—Yo no lo había…

—¿Pensado? ¿Tú no *pensaste?* Ah, sí, estoy perfectamente al tanto de eso —me burlé—. ¿Cómo es posible que no supieras que ella ha estado elaborando venenos en su tienda todo este tiempo?

—¡No es culpa mía que ya no me cuente nada, ahora que está tan ocupada contigo! —espetó, clavándome el índice en el pecho—. ¡Podrías habérmelo dicho!

—¡Pensaba que lo sabías! —le grité—. ¡Quizá te lo habría contado si *tú* le hubieras dicho la verdad!

—Ella me odiaría.

—Nunca nos perdonará a ninguno de los dos si Luka la alcanza primero… —Me detuve para mirar a mi alrededor—. ¿Dónde está?

Phoebe se mordió el labio y miró a su alrededor, pero no pudo ver nada por encima de la multitud.

—Si la encuentras antes, llévala a tu casa y no la dejes irse —le ordené, soltándole el brazo para abrirme paso entre la multitud, buscando frenéticamente ese vestido color verde oscuro.

CAPÍTULO 46

La Envenenadora

—Parece que el destino hace que nos sigamos encontrando —murmuró Viktor—. Me alegran tanto estas coincidencias.

—Ah, no creo en las coincidencias de ese tipo. —Agazapada en la esquina, le di un sorbo a mi copa. Durante toda la noche, me bombardearon personas que no conocía, pero que claramente sí me conocían a mí. Me hicieron más preguntas sobre mi vida «romántica» que sobre mi trabajo. Me alegró hallar a alguien que, por lo menos, no buscaba hacerme un interrogatorio.

—Quizá deberías. Nunca se sabe. —Se encogió de hombros.

—¿Dónde están tus lentes?

—No creí que fueran a juego con mi atuendo de esta noche. —Me tomó del brazo—. Ven conmigo. Silas me pidió que te lleve con él.

—¿Llevarme con él? —Fruncí el ceño ante su forma de expresarse, pero lo seguí de todos modos—. ¿Por qué no vino él mismo a buscarme?

—Porque es un animal y no puede hacer las cosas él mismo, por supuesto. —Sonrió con aire burlón.

Viktor me llevó a un ala distinta, la cual albergaba ejemplos medievales de dormitorios pertenecientes a algunas figuras importantes, cuyos nombres aparecían en las fichas.

—Sabes, tienes suerte. —Viktor soltó mi brazo. Se volteó hacia mí, tomándome de las manos conforme me conducía a través del ala cerrada, caminando hacia atrás para no romper el contacto visual conmigo.

—¿Por qué lo dices?

—Vas a poder vivir cómodamente. Eso es más de lo que la mayoría puede decir. —Suspiró—. Muchos suplicarían por esa posición, incluso matarían por ella. Claro, siempre y cuando te sometas.

—¿A qué te refieres? —Lo miré con ira—. ¿Estás hablando de los rumores sobre mi vida amorosa?

Inclinó la cabeza hacia mí.

—Oh, no. Pero sin duda podrá ver lo buena anfitriona que eres si alguna vez decide visitar su hogar. —Una sonrisa de maldad apareció en su rostro. Sus ojos tenían un fuego tan intenso que el hombre frente a mí parecía irreconocible.

A medida que su sonrisa se ampliaba, alcancé a distinguir el destello de sus largos dientes.

En ese momento todo hizo sentido. Él nunca estuvo ahí por mi compañía. Solo me llevó a casa aquella primera noche para averiguar dónde vivía. Por eso, durante las semanas que siguieron, sentí tanto dolor.

Este monstruo se coló en mi casa. Y prácticamente le di las gracias por ello, invitándole a volver.

—Viktor —dije, con un atisbo de pánico en mi voz. Él me tomó con más fuerza.

—La verdad, suena mejor cuando lo dices así. —Se inclinó hacia mí, empujándome contra la pared—. Aunque no se siente del todo sincero. Soy Luka; prefiero que grites mi verdadero nombre.

Mis ojos se abrieron por completo cuando me cubrió la boca con la mano.

—Escucha con atención, *dorogaya.* —Se inclinó hacia mí—. Esto te va a doler. Si gritas, haré que te duela aún más —susurró, mostrando sus colmillos. Eran diferentes a los de Silas: más largos y más gruesos, como una pesadilla hecha realidad.

Antes de que pudiera reaccionar, dos pares de ávidas agujas se clavaron en mi hombro.

Grité contra la palma de su mano cuando un dolor ardiente recorrió mi cuerpo. No siguió ningún entumecimiento, tan solo la sensación de mis músculos y mi conciencia desvaneciéndose. Lo último que recuerdo fue la sensación de unos dientes hincándose en mi carne al tiempo que mi visión se oscurecía.



CAPÍTULO 47

La Envenenadora

Las sacudidas del carruaje sobre el accidentado camino me devolvieron lentamente la conciencia. Aunque abrí los ojos, seguía sin ver nada. Las fibras de lana ásperas me rozaban el rostro y se metían en mi boca. Llevaba una capucha en la cabeza, pero no notaba ninguna otra prenda sobre mi cuerpo.

Una cuerda me ataba las muñecas y los codos a la espalda, al igual que las rodillas y los tobillos. Ahora estaba segura de que me habían quitado la ropa. Yacía de lado y una pesada bota descansaba sobre mi cadera.

¿Me está utilizando como reposapiés?

El carruaje se detuvo, sacudiendo mi cuerpo y arrancándome un quejido debido al dolor en el hombro. A medida que recuperaba la lucidez, dicho dolor me hizo más consciente de mi cuerpo.

Tras un momento de silencio, el aire frío me golpeó al abrirse la puerta. La presión de la bota desapareció, solo para que unos brazos robustos jalaran con fuerza de las cuerdas que me sujetaban. No

pude evitar una mueca de dolor cuando me levantaron, poniéndome en manos de alguien más.

—Ah, me alegra que hayas podido unirte a nosotros desde el reino de los sueños —dijo Luka con voz asordinada por la tela de lana.

Me hubiera gustado darle una réplica ingeniosa, pero no me quedaba energía para ello.

Era como si estuviera sumida en una especie de sueño febril; paralizada.

Tan pronto estuvimos en el interior, el olor dulzón y empalagoso de las flores abrumó mis sentidos. Di un traspié. Era demasiado dulce: como si tuviera el propósito de disimular otro aroma.

—Si vomitas encima de mí, te dejaré caer —me amenazó.

Me hizo subir unas escaleras. Conté treinta y cinco escalones, un rellano y, enseguida, veinticinco escalones más. Empujó una puerta con la cadera y luego la cerró de una patada tras de sí.

Giré la cabeza, desesperada por distinguir algo. Me soltó y mi espalda golpeó el suelo con un fuerte ruido sordo.

—¡Maldición! —grité con el cuerpo rígido. Me quedé sin aliento al caer sobre mis brazos inmovilizados.

—Que esto sea o no una maldición, depende enteramente de ti. —Me arrancó la capucha de lana de la cabeza.

Tardé un segundo en enfocar la vista sobre la figura oscura que se cernía encima de mí. Tan pronto me incorporé, me puso una bota en el pecho.

—Buenos días —dijo Luka con dulzura—. Bienvenida al nido.

Me negué a responder.

Se inclinó. Me tomó el rostro con la mano, obligándome a sumir las mejillas.

—He dicho buenos días. ¿Qué se responde?

Lo miré en silencio.

—*Alina* —aunque su tono era dulce, tenía un matiz venenoso—, no creo que quieras que sea tu entrenador. Eso nunca termina bien.

—No soy un perro, demonio.

—Respuesta incorrecta. —Acercó su bota a mi hombro lesionado y lo presionó.

Grité de dolor. Las lágrimas brotaron de mis ojos a la fuerza.

—Intentémoslo de nuevo. *¡Buenos días, Alina!* —dijo con entusiasmo, esbozando un gesto de deleite carnal.

—Buenos… días —logré articular con dificultad.

—Buena chica. —Se quitó la bota e inclinó la cabeza hacia mí con inocencia fingida —. Oh, no te desanimes, pequeña. Pronto te acostumbrarás a cómo son las cosas por aquí —dijo antes de abrir la puerta de golpe.

Tres criadas entraron revoloteando con cuencos y sábanas limpias.

Él se agachó y tras sacar un cuchillo de su cintura, lo colocó debajo de una de las cuerdas.

—Te recompensaré quitándote estas ataduras. Pero si no te comportas, no tendré ningún problema en volver a atarte —advirtió.

Asentí con renuencia.

En cuanto cortó las cuerdas, estas se deslizaron por mis extremidades. Me levantó y se sentó en el borde de la cama conmigo entre sus piernas.

—Suéltame.

—Es por tu seguridad y la de los demás. Tengo que asegurarme de que no le hagas daño al personal, pequeña salvaje —tarareó, dándome golpecitos juguetones en la nariz

«Impasible» era la forma más educada en que podía describir mi expresión en esos momentos. Él se limitó a reír, colocándome de tal modo que mi espalda quedara contra su pecho y mi rostro hacia las criadas.

Empezaron a usar paños húmedos para limpiarme el cuerpo. Dejaron un cuenco con un líquido lechoso a mi lado. Olía a vainilla y se sentía suave sobre la piel. Luego de frotarme el cuerpo, una de las criadas me untó un líquido encima. Miré mi brazo, justo donde lo había puesto, examinando la sustancia aceitosa; olía como flores. Al terminar, dos criadas se marcharon. Una sola se quedó; esta vez,

removió un objeto que tintineaba dentro de la caja que tenía enfrente. Metió la mano y sacó lo que parecía un *collarín* de oro.

Mis ojos se agrandaron. Me moví para levantarme, pero los brazos de Luka me rodearon la cintura, sentándome de nuevo con firmeza.

—¡Suéltame! —grité y, girándome, le di una bofetada en la cara.

Él tomó la muñeca con que lo había golpeado y apretó.

—¿Qué acabamos de decir acerca de tu comportamiento?

La presión de sus manos hizo que mi pánico se agravara. Mis ojos se dirigieron hacia la criada, que trajo consigo unas piezas de metal.

—¿Qué es esto, la Edad Media? —gruñí.

—Oh, no lo veas así. Piensa en ello como decoración.

La criada me colocó el collarín plano alrededor del cuello. El metal era de un dorado llamativo y en la parte superior tenía unos afilados motivos de flores de lis que sobresalían hacia arriba. Estaba diseñado de tal modo que era imposible bajar demasiado la cabeza sin que se me clavara en la piel. Era más decorativo que práctico, como una forma de asegurar que pudiera ser fácilmente inmovilizada o manipulada. Había un aro en la parte delantera del collarín, como para enganchar una correa. Cuando la criada terminó, le entregó la llave a Luka antes de recoger sus cosas y dejarnos a solas.

Podía sentir la avidez de su mirada sobre mí, así que me negué a mirarlo de vuelta.

—No puedes estar enojada conmigo para siempre. Soy el único amigo que tienes aquí. —Sentí su aliento sobre las punciones de mi hombro.

—Me mentiste.

—¿Yo, mentir? No, debes estar pensando en otro hombre —replicó—. Yo creía cada palabra que te dije. ¿Podría él decir lo mismo?

Me mordí las uñas, insegura de si debía responder con sinceridad. Si Luka podía engañarme, estaba segura de que Silas también era capaz de hacerlo.

—Lo dije todo en serio —susurró, mientras sus dedos recorrían la parte delantera de mis caderas.

—Fingiste ser un estudiante para acercarte a mí. Aprendiste acerca de los temas que estaba estudiando solo para poder traicionarme al final. —Lo miré con ira—. ¿Cómo puede ser eso justo?

—Bueno, no mentí. Como te dije —explicó con sencillez—, fui estudiante. Y he sido médico desde antes de que se estudiara medicina en las universidades. —Me tomó la mano, observando mis dedos manchados de rojo—. Así que podrás imaginar que no me costó demasiado averiguar quién eras. Aunque admito que no esperaba que fueras una mujer.

Retiré la mano con disgusto.

—Nunca has estado en peligro. Nunca lo has estado en toda tu vida —dijo con tono seco—. El señor Astor, o supongo que tú lo conoces como el señor Aston, te mantuvo oculta. Imagínate su sorpresa cuando le informé que el infame envenenador al que había estado persiguiendo era su tesoro escondido.

—¿Qué estás diciendo? —pregunté con voz temblorosa.

—¿Tu amiguita no te lo ha dicho? —se burló—. ¡Ahora me siento afortunado de ser yo el que te lo diga!

—¿Decirme qué?

—El señor Aston te mantuvo cerca todos estos años porque sabía que eras una anfitriona. ¿Por qué crees que su hija tenía permitido tener una única amiga? ¿Crees que una chica tan sociable como ella estuvo sola toda su niñez por una preferencia personal? Ella suplicó tener al menos una amiga. Y era la manera perfecta de vigilarte.

—Eso no puede ser cierto. Crecimos juntas. Tenemos la misma edad. Ella no es una de ustedes —dije casi entre dientes—. Estás mintiendo.

—Eso es porque, aunque tenemos que nacer y crecer, resulta que dejamos de hacerlo a los veinticinco. —Se rio—. Ella es su hija más reciente.

—¿Reciente?

—Sí, bueno, ya conoces a su hijo mayor. —Arqueé las cejas, esperando que continuara—. ¿El chico dorado tampoco te lo ha dicho? Hoy no es un buen día para ser Alina, ¿verdad? —Sacudió la cabeza.

A medida que las piezas encajaban en mi mente, me castigaba hacia mis adentros por haber sido tan ciega. Lo que me había parecido rivalidad o desagrado, en realidad eran solo dos *hermanos* interactuando entre sí. Su familiaridad mutua ahora tenía más sentido que nunca. ¿Cómo no me percaté de lo que había detrás de las bromas que se hacían?

Eso explicaría la vacilación de Phoebe respecto a que pasara tanto tiempo con él.

Ambos lo sabían. Y no me dijeron una sola palabra.

—Ella no tenía forma de saber que esto iba a pasar. —Intenté buscar por lo menos una excusa para Phoebe.

—Pero él sí lo sabía. —Trazó pequeños círculos en mi brazo—. Ha sabido quién soy desde ese día en la exhibición.

Sentí un vuelco en el estómago seguido de un pinchazo en las entrañas. La ira crecía en mi interior con cada nueva revelación. Todos mis recuerdos se veían mancillados por lo que ahora sabía, mostrándome las cosas bajo una luz completamente distinta. ¿Por qué todo el mundo me ocultaba cosas como si fuera una niña que necesitaba protección? Si hubiera sabido antes esos detalles tan importantes, habría podido protegerme a mí misma. Ahora no me servían de nada.

Luka me dejó caer de su regazo.

—¡Bueno! Con eso se terminan mis obligaciones del día. Te quedarás aquí esta noche; te traerán la comida —explicó, mirándome desde la puerta—. Bienvenida a casa —dijo antes de cerrar la puerta y una vez que la encajó en su sitio, echó el cerrojo.

Con la habitación para mí sola, finalmente miré a mi alrededor. Parecía más apropiada para una mascota mimada que para un ser humano. Había pocos muebles, entre ellos una silla frente a la amplia ventana, la cual no parecía que se pudiera abrir. Aparte de

eso, había una cama, así como un montón de almohadas y mantas de lana dobladas cuidadosamente sobre la tumbona. Ni siquiera se me concedió la decencia de un espejo.

Las paredes eran grises y vacías, con algunas grietas en la pintura, testimonio de su estado de abandono. Esta era una prisión dispuesta de improviso.

Me acerqué con timidez a la ventana. Mirando hacia el exterior, descubrí un campo que rodeaba la finca hasta llegar a la línea de árboles. Luka salió por la puerta principal acompañado de alguien mientras fumaba. Reconocí al otro hombre como Nikolai, su supuesto compañero. Este me descubrió por el rabillo del ojo, saludándome con un gesto inocente antes de volver a su conversación.

Al verlo, mi rostro se contrajo con repugnancia. Me volví hacia la habitación. Tomé una de las mantas de lana dobladas en la tumbona para envolverme con ella. Mi mente intentó reconstruir mis pasos. ¿Dónde estaba mi ropa? Necesitaba mi bolso con el veneno. No sabía cuál sería mi plan, pero no podía permanecer desarmada por mucho tiempo.

Tras arrastrarme hasta la cama, me quedé mirando las pequeñas grietas de la pintura mientras intentaba pensar.

¿Qué es real? ¿Qué es lo que realmente sé ahora?

El verdadero nombre de Viktor era Luka. Luka era un psicópata a sueldo. Silas y Phoebe eran hermanos. Phoebe había sido una víbora todo este tiempo, aunque era más joven que los otros. Me habían sumado a una colección de anfitrionas en su nido. Ahora mismo me encontraba en un nido. Estaba en el campo, en una de las propiedades del señor Aston, que también era su padre. El señor Aston también me había estado preparando para este destino, ya fuera por misericordia o por malicia.

Dejé salir un quejido, sosteniendo mi cráneo que latía con fuerza. Era demasiado para asimilarlo de golpe, pero estaba haciendo lo posible por aclarar mis ideas antes de enfrentarme de lleno a la realidad.

Lo único que me tranquilizaba era saber que no iban a matarme, según lo que me había explicado Luka. Aunque eso no significaba que no fueran a turnarse para hacerme pedazos. Lo peor de todo, era que no podía confiar en ninguna de las personas que hubiera esperado que vinieran a rescatarme.

Todas las personas en mi vida me habían estado ocultando sus secretos.

Ya no conocía a ninguna de ellas.



Aunque la situación estaba lejos de ser ideal, el colchón parecía caro, así que dormí como un tronco. Estuve dormida desde el momento en que me dejaron sola hasta la mañana siguiente, abrazando el sueño mientras la depresión me envolvía las extremidades, drenando toda mi energía. Era inútil ignorar la sensación de impotencia. El pábilo se había extinguido al final de mi vela metafórica: no quedaba cera por quemar. Más valía aprovechar la oportunidad para descansar.

Mientras yacía ahí, en silencio, las criadas entraban y salían, recogiendo las bandejas de comida sin consumir. No me moví de mi lugar en la cama y las criadas tampoco me molestaron.

De repente, sentí un agudo pinchazo en mi hombro herido. Me giré con brusquedad, atrapando esa pálida mano en el aire.

Ella gritó ante el movimiento repentino.

—Phoebe. —Mis ojos se abrieron por completo

—Alina…

—¿Qué has hecho? —Mi expresión se torció en agonía.

Ella evitó mi mirada.

La tomé del brazo para atraerla hacia mí.

—¿Me escuchaste? —grité.

Se veía patética. Como un perro al que han atrapado haciendo algo que no debía. ¿Cómo podía ser tan débil como para permitirles hacer algo así? Después de todo lo que había hecho por ella, ¿no era

capaz de confiar en mí? ¿De decirme la verdad? Aunque mis emociones se estaban apoderando de mí, no sentía ninguna empatía por ella. Le apreté la muñeca con más fuerza.

—M-me estás haciendo daño —dijo con voz tensa.

—Bien. Te lo mereces —respondí con desdén—. Ya que te crees *tan* capaz que ni siquiera te molestaste en advertirme del peligro, ahora vas a sacarme de aquí. —Mis palabras cortaron como una gélida navaja.

Podía sentir cómo se esforzaba por frenar sus propios razonamientos.

—No puedo —susurró, incapaz de mirarme.

—¿Cómo que no puedes? —la reprendí, incorporándome rápidamente.

—No sé qué hacer. Nos están observando. Escuchando —dijo en voz baja, mirándome con simpatía.

—Necesito que encuentres mi bolso. —Me incliné hacia ella para hablar en voz baja.

—¿Lo que te preocupa ahora mismo es tu *bolso?*

—No, dejé algo en su interior. Unos tubitos de cristal de un centímetro y medio —le expliqué, mostrándole el tamaño entre mis dedos.

—Está bien, de acuerdo. Lo intentaré. No sé dónde lo han puesto…

—Averígualo —espeté al tiempo que soltaba su muñeca.

—Alina —comenzó a decir—, no puedes fingir que yo era la única que guardaba secretos.

—No creas ni por un segundo que Silas no va a descubrir un cuchillo en su pecho tan pronto le ponga las manos encima. Puedes estar tranquila.

—No me refiero a él. —Ella frunció el ceño—. ¿Por qué no me dijiste que eras una envenenadora?

—Por la misma razón por la que tú no me dijiste que eras una de esas cosas. ¡O que Silas era tu hermano!

—*Medio* hermano —corrigió. Sus ojos encontraron la marca de la mordedura en mi hombro—. Podría haberte ayudado.

—Me vas a ayudar ahora. Es lo mínimo que puedes hacer después de todo esto. —Ella quiso protestar, pero se contuvo. La tensión entre nosotras era palpable, como manteca fría—. ¿Por qué no me lo dijiste? ¿Tan poca confianza tienes en mí? —le pregunté.

—Alina, no lo sabía.

—Nos conocemos desde que tenemos uso de razón. ¿Cómo es posible que nunca haya salido el tema?

—Me dijeron que me ibas a abandonar si te enterabas. Mi padre dijo que todo era por tu seguridad. —Su labio tembló—. Dijo que si te lo contaba, saldrías lastimada y que sería culpa mía. Cuando nos hicimos mayores, ya era demasiado tarde para contártelo.

—Te habría escuchado.

—Sé que lo habrías hecho. —Suspiró—. Pero eras demasiado importante como para arriesgarme a perderte. Pensé que no le hacía daño a nadie guardándomelo para mí. —Me tomó las manos entre las suyas—. Debes comprender que por culpa de Silas, no se me permitía tener amigos fuera del nido. Ni siquiera vivía en el nido de manera permanente. Le rogué a mi padre que me dejara tener una sola amiga y él me permitió verte. No te podía perder. Eres todo lo que tengo.

Podía verlo en sus ojos. Sin embargo, su vergüenza era tan grande que le impedía decirme todo lo que quería. La rodeé con los brazos, ella me abrazó de vuelta. Las lágrimas caían sobre mi hombro y la escuché sollozar.

—Lo siento mucho, Alina. No tenía que haber acabado así.

—Lo sé, te creo —le dije en voz baja, abrazándola con fuerza—. Saldremos juntas de aquí. Empezaremos de nuevo. Nos alejaremos de este lugar.

Era imposible seguir enojada con ella. No lo admitiría en voz alta, pero ambas habíamos guardado nuestros secretos por motivos similares. Todo lo que hacía era para proteger a las personas como ella, a los seres puros y bondadosos de este mundo.

Después de un rato, se levantó en silencio.

—Volveré en cuanto averigüe dónde están tus cosas. Solo… no llames la atención por ahora. —Se acercó a la puerta y me miró una última vez antes de cerrarla tras de sí.

Después de eso, no pude conciliar el sueño. Volví a morderme las uñas, elaborando un plan en mi cabeza. Mi única arma era el veneno, que podía o no ser eficaz. ¿Es que acaso tenía que envenenar a todo el mundo para salir de este problema? ¿Podría Phoebe organizar nuestra huida? Tenía que pensar, pero era imposible hacerlo con el estómago vacío. Además, se me estaban terminando las últimas reservas de adrenalina.

Mi estado de ánimo se estaba volviendo irascible. Comenzaba a resentir la abstinencia de mi nueva automedicación; quizá tomarla no había sido la decisión más acertada, aunque no podía haber previsto mi situación actual. Otro error que no hubiera cometido de haber conocido el panorama general de las cosas.



CAPÍTULO 48

La Envenenadora

Las paredes se cerraban cada día más.

Juraría que la habitación era mucho más grande cuando llegué. Habían pasado siete días desde entonces. Era como si cada vez que dejaba caer los párpados, alguien moviera las paredes un par de centímetros. También habían pasado siete días desde la última vez que vi un rostro conocido. A las criadas, las únicas que me hacían compañía, les tomó varios días confiar en mí lo suficiente como para dirigirme la palabra.

A lo largo del día me hacían alternar entre tres cuartos distintos: la habitación, una pequeña sala con una mesa para comer y un cuarto de baño. Esa mañana me sirvieron granada, bayas, queso añejo, galletas y unos huevos.

Aún no me habían dado ropa.

—¿Entonces estás diciendo que los puestos de anfitriona son voluntarios? —Picoteé la granada de mi plato, frotándome la piel del cuello, irritada por el collarín.

—¡Sí! Se contrata a las anfitrionas para que sirvan a un nido o

a una persona. Se les paga muy bien y pueden vivir cómodamente —respondió la criada.

—Entonces, ¿qué hago aquí? —pregunté mientras observaba a la criada rubia sentada frente a mí.

—Por desgracia eso no lo puedo responder. No porque no quiera, sino porque simplemente no lo sé. Es algo inusual.

Era tan amable como para acompañarme a comer cuando se lo pedía. Ninguna de ellas parecía al tanto de lo que ocurría. Era como si estuvieran recitando de memoria un manual sobre cómo responder a mis preguntas.

—¿Por qué no he visto a nadie? Ya ha pasado una semana.

—Nos dijeron que no podíamos dejar que nadie te viera mientras te recuperabas y te acostumbrabas a la rutina. —Sus palabras sonaban como si las hubiera estado practicando.

Asentí con la cabeza en señal de aceptación, como si me hubiera convencido.

—Ya no tengo apetito. Estoy lista para volver. —Le sonreí, sosteniendo el pequeño cuchillo de queso en la palma de mi mano mientras lo posaba sobre mi regazo.

Me llevaron de vuelta a la habitación. Una vez que cerraron la puerta con llave, metí el cuchillo dentro de la funda de la almohada. Me tranquilizó saber que no estaba completamente indefensa, aunque sabía que si me mantenían encerrada ahí, era tanto por mi seguridad como por la de ellos.

Por lo que había averiguado a través de las criadas, tanto las anfitrionas como los víperas tenían horarios sumamente estrictos. Se hacía sonar una campana para indicar cuándo podían alimentarse de las anfitrionas y, si alguno resultaba dañado, eso podía significar el exilio del nido o la pérdida de uno o dos dedos, dependiendo de la gravedad.

Me tranquilizaba saber que, aunque seguía siendo un rehén, mi título de anfitriona me proporcionaba cierta protección.

Aunque hacía tiempo que había desaparecido, el efecto del veneno que había usado en mí misma me dejó con la sensación de estar hundiéndome en un vacío. Hasta ahora, nunca me había visto

obligada a confrontar las consecuencias de mi dependencia a las sustancias. La vida era extremadamente dura cuando no se usaba nada para suavizar sus golpes.

Me tiré sobre la cama, hundiendo el rostro en su suavidad. Un grito desgarró mi garganta, amortiguado por la almohada mullida. Todo lo que podía hacer era seguir la rutina, tan simple como era. Estaba confinada entre cuatro paredes durante las horas que hicieran falta hasta la siguiente vez que me dieran de comer, me dieran un baño y así sucesivamente.

Un ruido agudo rasgó el aire y me despertó con un sobresalto.

—¡Bienvenida de nuevo al mundo de los vivos! —exclamó Luka.

Con un chirrido, arrastró una silla de madera por el suelo hasta la esquina.

—No deberías estar aquí. —Me incorporé rápidamente—. Sé que no te está permitido. Las criadas me lo dijeron.

—¿Ah, sí? —No me prestó atención alguna; se imitó a examinar la posición de la silla. En su mano tenía una fina fusta trenzada. La balanceó hacia arriba y esta silbó al cortar el aire. Inspeccionó la lengüeta plana de piel en su extremo.

—No puedes alimentarte de mí. Ni siquiera puedes tocarme sin permiso. Ahora soy una anfitriona, ¿no es cierto? Te vas a quedar sin un dedo.

—¿Y quién crees que es el encargado de cortar dedos, eh? —Se giró sobre sus talones para mirarme. Me di cuenta de que su atuendo también era un tanto ecuestre. Botas altas de montar de piel brillante con pantalones oscuros y una camisa holgada.

—¿Estás jugando conmigo?

—¿Qué te hace pensar que estoy jugando? Es hora de una lección.

—¿Una lección?

—Bueno, tenías razón a medias sobre lo de ser una anfitriona. También eres un rehén. Un rehén al que quizá haya que… quebrar un poco. —Sonrió con aire burlón.

—Estás enfermo. ¿Por qué sonríes cuando dices eso?

—Porque esto será más divertido para mí que para ti. —Se acercó al borde de la cama, hundiendo la rodilla en el borde del colchón antes de arrastrarse con lentitud hacia mí.

—Eres un sádico.

—Lo dices como si fuera algo de lo que debiera avergonzarme —dijo lentamente. Sus movimientos se detuvieron por un momento antes de abalanzarse.

Saqué la hoja de debajo de la almohada. Le corté la mejilla mientras me tropezaba hacia el otro lado de la cama.

Se quedó quieto, acariciando el corte reciente con el dedo. La sangre formaba una línea nítida; él inspeccionó las gotas frescas en su mano. Una lenta sonrisa se posó en su rostro antes de que sus ojos se clavaran en mí, entornándose hacia su presa.

—Hoy estás tomando las decisiones más terribles y deliciosas.

Volvió a lanzarse, saltando por encima de la cama. Me tomó por el cuello, haciendo que las puntas afiladas del collarín se clavaran bajo mi mandíbula.

—Luka, no…

—Muy tarde para eso. —Sonrió con malicia, empujándome hacia la esquina junto con la silla.

Se oyó un suave chasquido. Sentí cómo se aliviaba la presión de mi cuello al tiempo que el collarín caía al suelo. Lo miré a través de mis pestañas mientras me frotaba el cuello con la mano.

—No pongas esa mirada esperanzada —dijo con tono seco—. Necesito que te concentres en este ejercicio. No puedo permitir que te distraigas con nada además de tu tarea.

—¿Qué quieres decir?

Tomó un tarro de cristal del suelo y vació su contenido delante de la silla.

Cientos de granos de arroz se esparcieron por el suelo, imitando el sonido de una lluvia suave. Sospeché que ese sonido sería lo único reconfortante de la actividad.

—Arrodíllate.

—¿Arrodillarme?

—Sí, Alina, me has oído bien. De rodillas sobre el arroz —ordenó Luka.

Miré el arroz esparcido por el suelo. ¿Qué era eso?

Antes de que pudiera pensarlo más, Luka me dio una patada en la parte posterior de las rodillas, luego otra, hasta que estas se fueron a posar sobre la superficie rugosa.

Grité, temblando por el impacto del movimiento. Los pequeños granos de arroz se clavaron en mi piel con la fuerza de mi propio peso.

Luka me rodeó, sentándose en la silla. En esa posición, no estaba frente a él; desde donde estaba sentado, tenía una buena vista de mi perfil lateral. Recargó la larga fusta sobre sus rodillas y me miró.

—Ponte de rodillas, derecha —ordenó, dándome un ligero golpecito en el trasero con el extremo de la fusta.

Al ponerme recta, sentí cómo el arroz rozaba contra los huesos de mis rodillas. Tropecé ligeramente hacia el frente y mis manos tocaron el suelo.

¡Fwip!

Su fusta golpeó mi mano. Me aparté del suelo con un susto.

—He dicho derecha; no hacia delante ni hacia atrás. —Me miró con malicia, ladeando la cabeza. Era como si esperara que hiciera todos los movimientos equivocados, sin decirme cuáles eran estos en primer lugar. Yo tenía que averiguar las reglas sobre la marcha.

—No puedes castigarme cuando no sé qué quieres que haga —espeté, apretando los dientes y mirando fijamente a la pared, negándome a verlo de frente.

—Te di instrucciones bastante claras.

Me puse de rodillas lo más recto posible; sin embargo, el arroz me impedía mantenerme firme. Me incliné ligeramente hacia atrás para ajustar mi posición sobre la superficie rugosa.

¡Fwip!

Me azotó la parte posterior de los muslos, arrancándome un grito. Podía sentir el ardor marcando una línea recta justo donde me había golpeado la fusta.

Lo mismo ocurriría si me inclinaba demasiado hacia delante.

¡Fwip! ¡Fwip!

Me golpeaba tanto la parte posterior como la anterior de los muslos para mantenerme recta. Cuando bajé la mirada hacia mis muslos, pude ver líneas rojas surgiendo en los lugares donde me había golpeado, grabándose en mi piel para que lo recordara.

Al cabo de un rato, me volví *bastante* buena. Me mantenía recta, quieta, en calma. Si me concentraba en la pared al frente, dejándome llevar, olvidaba el dolor que se incrustaba en mi piel, quemándome la carne. El control de la respiración era fundamental si quería desconectarme de todo lo demás. Dejó de golpearme con la fusta. No había nada que criticarle hasta que decidió cambiar las reglas de nuevo.

Aunque conseguí que dejara de golpearme con la fusta, eso no detuvo las punzadas en mi cabeza. El dolor era lo único en lo que podía concentrarme, a menos que me disociara de él, lo cual ponía en riesgo mi postura. Lentamente, el mareo se apoderó de mí. Ya no pude ignorar el dolor y con él, llegó otra sensación. Era como si mi cuerpo estuviera compensando mi situación inundando cada rincón con endorfinas. A medida que esperaba, el dolor y el entumecimiento parecían florecer, haciéndose más intensos. Tal vez al comienzo era la adrenalina lo que me mantenía en pie, pero ahora todo se mezclaba. No podía distinguir el dolor de lo que fuera que estaba sintiendo.

—Lo estás haciendo muy bien, Alina —me felicitó Luka.

Lo miré. Se veía borroso, mi vista nublada. No podía hablar: si lo hacía, perdería la concentración.

—¿Quieres que nos detengamos con el arroz? —me preguntó, casi con amabilidad.

Asentí lentamente.

—¿Cómo pedimos las cosas? —canturreó, levantándose de su asiento. Me rodeó hasta quedar delante de mí, arrodillándose frente a mi rostro. Su fusta recorrió suavemente las marcas rojas de mis muslos, haciendo que mi piel se estremeciera.

—Por favor —logré articular con voz entrecortada.

—¿Por favor qué? —preguntó, inclinando la cabeza como si hubiera algo que lo confundiera en mis palabras.

Me removí en mi lugar con desesperación.

—*Por favor*, déjame pararme del arroz. —Mi voz temblaba.

—¿Crees que te lo has ganado?

—Sí. —Asentí con la cabeza—. ¡Por favor, he hecho todo lo que me has pedido!

—No todo. —Sonrió—. Te recompensaré, pero te quedarás encima del arroz.

—¡No! —Temblaba—. Por favor, haré lo que sea. ¡Solo déjame levantarme!

—Palabras peligrosas, Alina —me advirtió y poniéndose de pie, caminó alrededor de mí hasta quedar a mis espaldas—. Te pediré una cosa más. Y entonces podrás levantarte.

—Lo que sea —espeté temblando y apretando las manos contra los muslos.

Oí dos rodillas posándose en el suelo. Entonces él me empujó hacia el frente.

Mi voz se entrecortó cuando mis palmas golpearon la madera cubierta de arroz.

—¿Luka? —pregunté con voz temblorosa—. ¿Cuál es la última cosa?

Un objeto duro y cálido empujó entre mis piernas, moviéndose entre mis muslos con caricias constantes y provocadoras.

—No… —Sollocé.

Se inclinó hacia el frente, colocando sus manos sobre las mías mientras su cuerpo se cernía sobre mi espalda por detrás. Todo mi cuerpo estaba perdiendo el control, temblando como un animal acorralado.

—Déjame entrar —me susurró al oído—. ¿No quieres tu recompensa por haber sido tan buena conmigo?

Temblé con más fuerza. Sentí mareos; solo podía concentrarme en el arroz esparcido bajo nuestras manos, sobre la madera.

Pasó su lengua por mi cuello; parecía estar saboreando mi sudor, el regusto de las endorfinas que recorrían mi cuerpo.

—Prométeme… que no habrá más —susurré.

—No habrá más después de esto, lo prometo —dijo contra mi piel, deslizando el calor entre mis piernas. Hizo presión contra mi vulva—. Dime cuando estés lista.

Asentí con la cabeza, tragando saliva con dificultad al tomar conciencia de la fricción que me rodeaba. El calor de sus manos, el arroz rozando mis rodillas y sus suaves labios recorriendo mi piel… Todo era demasiado.

—No, necesito que lo digas —bajó la voz, dándome mordiscos en el hombro donde antes había dejado su marca.

—Estoy… Estoy lista.

—¿Para qué?

—Tu pene —dije con voz entrecortada—. Por favor, solo ponlo dentro.

—Buena chica —sus palabras sonaban ansiosas, hambrientas.

Al empujarse hacia el frente, entró en mí. Tanto el calor sofocante que emanaba de su cuerpo como la fricción por estar totalmente desprevenida me hicieron sentir algo diferente; era como si en comparación con la dureza que había estado soportando, este tipo de dolor fuera casi dulce.

Apreté los puños. Él entrelazó sus dedos con los míos, apretando mis manos con más fuerza todavía. Era demasiado íntimo. Todo esto estaba *mal*. Sin embargo, estaba dispuesta a llorar en los brazos de quien fuera que pudiera detenerlo.

Me dio suaves besos en la nuca y esa ternura me hizo sonrojarme con un estremecimiento. En cuanto mis codos cedieron, bajé el pecho hasta el suelo. Solté las manos de Luka, tratando de recuperar un poco de control.

Él se rio entre dientes. Se inclinó hacia delante, acariciándome la espalda con las manos para luego descansar una en la nuca y la otra en la cintura mientras empujaba. Cada vez que entraba en mí, hacía que mi cuerpo se sacudiera. Mis rodillas y mi pecho rozaron el suelo y los granos se me clavaban en la piel.

—¿Qué tal se siente, Alina? ¿Es lo que esperabas o preferías que siguiera actuando inocente? —bromeó.

Sacudí la cabeza, negándome a darle una respuesta.

Su mano se deslizó a lo largo de mi cuello, peinando mi nuca con los dedos antes de tomar un puñado de mi cabello; tiró de él hasta que mi espalda chocó contra su pecho.

—Te hice una pregunta —susurró—. Pero como no quieres responder en voz alta, deja que lo haga por ti.

Movió su otra mano sobre mi cintura y la llevó hacia delante, posándola sobre la parte inferior de mi estómago.

—En estos momentos, te odias a ti misma porque sabes que te gusta. Me sientes muy adentro de ti. —Presionó mi abdomen, empujándose más profundamente en mi interior—. Lo peor es que me quieres tener justo aquí, enterrado en tu vientre. Y me suplicarías que me apareara contigo si pudieras, que lo soltara todo adentro de tu cuerpo, pero eres demasiado terca para dejar que ese pensamiento tome la forma de una súplica en tus dulces labios. —Jadeó, empujando más rápido al tiempo que se estampaba contra mí.

Grité, clavándole las uñas en los muslos mientras me cogía como si fuera un animal.

Me tiró del cabello con más fuerza, presionando su mejilla contra la mía e impidiendo que me despegara de él.

—Oh, Alina…, eres tan suave. Tu carne es tan blanda, tan dulce por dentro y por fuera. Me causará un gran placer destrozarte. —Gimió y mordiéndome el cuello, empujó mi abdomen con más violencia. Luego de recargarse en sus rodillas, me hizo sentarme sobre él. Lo sentía palpitar, llenándome con su semilla.

Temblaba más que nunca en mi vida. Aunque las lágrimas caían sin cesar de mis ojos, no me atrevía a emitir sonido alguno. Cuando bajé la mirada, pude ver sus espinas estirándose cerca de mis muslos, ansiosas por entrar, mi carne apenas fuera de su alcance. Me tranquilizó que me hubiera ahorrado ese dolor tan vergonzoso; sin embargo, me sentí culpable por agradecerle algo tan mínimo después de lo que me había hecho pasar.

Me soltó en cuanto terminó, dejándome caer de su regazo.

Me ovillé en el suelo. La vergüenza de sentir siquiera una pizca de placer por lo que acababa de ocurrir me dio la impresión de estar viviendo una experiencia fuera de mi cuerpo. Cada parte de mí me resultaba repugnante y al mismo tiempo, vibraba con una intensa emoción. Era como vivir lo de Isaac de nueva cuenta. No podía soportarlo. Todo era mi culpa.

—Qué vista tan encantadora. —Sus brazos rodearon mis piernas y mi cintura, recogiendo mi cuerpo inerte para acercarlo a su pecho. Nos llevó a la cama, acomodándose contra el cabecero; ahora se portaba con delicadeza. Volví a sentir esa sensación familiar que solía tener cuando estaba cerca de…, bueno, de Viktor. Sentí como si hubiera muerto; un amigo que nunca fue real, ahora relegado a mi memoria. En mi cabeza, era como si Luka hubiera asesinado a Viktor, lo cual me hizo extrañarlo aún más. Pero mi cuerpo no sabía esto, lo cual volvía todo aún más confuso.

Me quedé mirando un hilo suelto de la manta mientras Luka… ¿me lamía?

Me dobló la pierna hacia arriba, lamiendo los cortes y rasguños de mis rodillas. Conforme recorría mi cuerpo, su lengua provocó un entumecimiento en mis heridas. Besó mis palmas con suavidad antes de lamer los cortes en forma de rejilla que me irritaban la piel. Era extraño encontrar consuelo en ese gesto mientras me acunaba contra su cuerpo.

Mi cabeza se recargaba contra su pecho. Era como si hubiera estado corriendo; me sentía completamente agotada, mental y físicamente. Mi cuerpo ni siquiera tenía energía suficiente para temblar, estremecerme o apartarme de su tacto.

Ni siquiera el crujido de la puerta logró llamar del todo mi atención. Lo único que quería era cerrar los ojos. Y eso fue lo que hice.

—Ah, llegas un poco tarde. Pero quizá la próxima vez.

Hubo una larga pausa. Sin embargo, no hicieron falta palabras para que supiera quién había entrado a la habitación. Oprimida por el peso de la humillación, me dieron ganas de hundirme en el colchón, como si este fuera arena movediza.

—Tienes… exactamente treinta segundos… para explicarte. —Las palabras sonaban dolorosas en la garganta de Silas, como si estuviera conteniendo una furia tan formidable que podría tener proporciones bíblicas.

—Entrenando a la nueva mascota, por supuesto. Lo pasamos de maravilla, ¿no es cierto, Alina?

Negué con la cabeza. Sentí cómo el calor subía por mi cuello hasta las orejas.

—Veinte segundos…

—No seas tonto, Silas. Ambos sabemos que no me pondrías un dedo encima mientras tenga a tu preciada posesión entre mis manos. Me basta un movimiento de la muñeca en su cuello para terminar con ella —dijo Luka con tono alegre, como si estuviera contando una broma sin importancia. Luego me cambió de posición en su regazo, de tal modo que mi espalda quedó contra su pecho.

Apreté los ojos con fuerza mientras él me separaba las piernas, abriéndolas para mostrarle a Silas lo que había hecho. Temblé cuando sentí el semen caliente derramarse entre mis muslos. Lo único que pude hacer fue soltar un quejido. Luego, me tapé la boca con las manos para ahogar el sollozo.

—El jardín, en diez minutos.

—Suena como una cita —ronroneó Luka, cerrando mis piernas de vuelta.

Una vez que terminaron sus palabras, el ambiente quedó cargado de una espesa tensión. O no tenían nada más que decir o no querían decirlo delante de mí. El tiempo que pasó me pareció una eternidad. Quería estar sola. Quería que los dos me dejaran en paz, en lugar de utilizarme para sus estúpidos juegos.

Mi deseo se cumplió cuando mi mente se sumió en la oscuridad. Ni siquiera alcancé a escuchar el portazo antes de sumirme en lo más profundo de mi mente.

CAPÍTULO 49

La Criatura

Todos los métodos de tortura olvidados por el tiempo desfilaron frente a mis ojos. Cortarle los dedos o el pene no bastaría para saciar la rabia que sentí cuando vi lo que había hecho con ella.

Mi pobre Alina fue obligada a soportar a esa *bestia*. Me estremecí físicamente al recordar la mezcla de sus olores llenando la habitación, ardiendo como si hubiera corroído mi nariz y garganta.

Quería causarle la sensación de estar muriendo una y otra vez, sin posibilidad de alivio; al igual que Prometeo, con el ave de presa que devoró sus entrañas cada día de aquel miserable sufrimiento eterno al que llamaba su existencia.

Sin importar qué tan violenta imaginara la muerte de Luka, no me sentía satisfecho. Nada lograba calmarme. Veía rojo; esto no iba a terminar hasta que la realidad coincidiera con el filtro color ira con que la estaba mirando.

—Todo esto me parece bastante romántico. ¿Seguro que no estás coqueteando conmigo? —bromeó Luka mientras salía al jardín desde detrás de un seto cuidadosamente recortado.

Descubrí mi puño golpeando el costado de su cara. Oí un crujido que pudo ser su mandíbula o mi nudillo; me encontraba demasiado aturdido para diferenciarlo. Ahora, mis extremidades se movían solas, casi por instinto.

Lo golpeé de nuevo, pero esta vez él levantó los brazos y mi puño se estrelló contra sus antebrazos.

—Qué temperamental. —Se rio Luka.

—Te voy a arrancar las extremidades y te voy a golpear a muerte con ellas —gruñí—. ¿Me escuchaste? Me aseguraré de que estés lo suficientemente vivo como para sentir todo lo que te haga.

—Ahora sí me estás emocionando. Esto es un poco más mi estilo. —Sonrió con aire burlón—. ¿Qué demonios te ha molestado tanto? No será nuestra nueva mascota, ¿verdad?

—No es una mascota —dije entre dientes, tomándolo por el cuello antes de empujarlo contra el seto. Podría arrancarle la cabeza y dejarla aquí mismo, regando el jardín con su sangre.

—Uh-uh. —Chasqueó la lengua en señal de desaprobación. Me tomó de las muñecas, apretando—. Te olvidas de quién eres, Silas. —Me apartó las manos de su cuello y me dio un empujón alejándome de él—. ¿Por qué te alteras tanto por un simple bocadillo?

—No te la habrías cogido si realmente la consideraras un simple bocadillo —le espeté.

—Tienes razón. Admito que me he encariñado bastante con nuestro pequeño cuervo. Pero yo no fui tan idiota como para aparearme con ella. —Se burló—. ¿En qué estabas pensando? ¿Que vivirían felices para siempre? ¿Que ella te prepararía el desayuno por la mañana y la cena cuando volvieras a casa por la noche?

—Por supuesto que no, pero tiene el potencial de ser más poderosa que nosotros dos juntos. Sé que tú también lo ves. —Caminé en círculos a su alrededor mientras él imitaba mis movimientos—. Su sangre es más potente que la de cualquier cosa

que mi padre haya guardado aquí en secreto. ¿Te imaginas en qué se convertiría si se transforma?

—Es posible, pero ¿con qué propósito? Se rumorea que desde hace tiempo planeas quedarte con el nido de tu padre. ¿Pensabas empezar por ella? —preguntó divertido—. ¿Querías crear un ejército desde cero?

—No finjas que le tienes lealtad a mi padre. Irás a donde sea que el dinero te llame —dije con desdén. Me abalancé de nuevo hacia él, encajándole los nudillos en el estómago.

Me tomó de los hombros y se arrojó hacia atrás. Luchamos sobre el césped bien cortado, levantando tierra y hierba al forcejear.

—Aunque eso sea cierto, tampoco tengo por qué serte leal a ti. —Tras tomarme del cabello, me dio una mordida en el cuello.

Siseé, le mostré los colmillos e intenté morderlo de vuelta. Sin embargo, una vez que sus dientes me soltaron, me sujetó a un brazo de distancia.

Lo arañé. Él me mordió la mano y me dio otra patada.

Mordiscos, rasguños, patadas, arañazos… Íbamos a destrozarnos el uno al otro. Ninguno de los dos podía ganar; poseíamos la misma fuerza, el mismo vigor. Al final, nos quedamos en el suelo, ensangrentados y cubiertos de golpes. El sol se había escondido para entonces. Lo único que podíamos hacer era mirarnos con odio, observando las heridas que nos habíamos infligido. Nos sentamos en silencio en extremos opuestos del jardín, rodeados por el follaje que temblaba con la brisa fresca, sin energía para continuar con esta lucha inútil.

—Me aseguraré de que nunca conozcas la paz —le prometí.

—Nunca he conocido tal cosa —respondió Luka.

Aquella mañana fui a verla, aunque ella no estaba lo suficientemente consciente como para percatarse de ello. Nunca la había visto tan

abatida, tan distante. Incluso mientras descansaba, era evidente que había perdido algo. Algo se había roto en su interior. Las criadas me dijeron que no estaba comiendo, lo cual parecía ser cierto, a juzgar por su palidez. El suave rosa de sus labios y mejillas se había tornado en una tez apagada. Este lugar la estaba envenenando. Necesitaba sacarla de ahí. Sin embargo, Luka no dejaba de vigilarme, esperando tener la excusa para destrozarme justo como yo tan desesperadamente quería destrozarlo a él.

Me senté en el borde de su cama mientras la luz matutina se colaba por la ventana, arrastrándose lentamente por el suelo con el paso de las horas. Solo quería verla, asegurarme de que estaba viva, de que no iba a desaparecer; aunque, sin duda, de cierto modo estaba desapareciendo. No podía aguantar mucho más en un lugar como este. Era antinatural.

Tras recostarme frente a ella, le acaricié el cabello con los dedos. Aunque no se despertaba, todavía estaba respirando. Lo que fuera que Luka le había hecho la había agotado lo suficiente como para sumirla en un sueño profundo.

Atesoraba cada instante a su lado, incluso uno como este. Quizás algún día podríamos recordar este momento con orgullo por haberlo dejado todo atrás. Irnos a algún lugar lejano, donde nadie nos pudiera encontrar. Quería vivir en paz el tiempo que me quedaba con ella. Esos serían mis años favoritos.

Luka no tardaría en darse cuenta de mi ausencia en las plantas principales de la construcción. Tenía que volver cuanto antes.

—Todo terminará pronto, te lo prometo —le susurré, acariciando su rostro antes de besarle la frente—. Solo un poco más… Todos van a sufrir por esto.



Las plantas bajas del nido eran sofocantes; cada día era idéntico a una reunión de primavera. Todos vestían prendas tan caras como

ligeras, dando una impresión de pureza a pesar de la morbosa realidad de la congregación. ¿Qué tan frívolos tenían que ser para llevar puesto su mejor traje de domingo mientras aún quedaba carne humana entre sus dientes?

Había flores en cada rincón; elaborados arreglos en las mesas, jarrones a lo largo de los pasillos, junto a la puerta. Todo para enmascarar el olor metálico de la sangre.

El aroma era peor que si se hubieran dejado el hedor de los fluidos corporales ser. Además, no había necesidad de guardar las apariencias ante nadie. Era inútil fingir ser criaturas civilizadas.

Los sirvientes se afanaban en preparar la comida, aunque gran parte de esta no era para los vípera. Además de las anfitrionas, se preparaban otros productos importados. La carne humana era un negocio en auge para los paladares menos refinados, pero las anfitrionas eran el platillo básico del menú. Sospechaba que debían haber unas veinte chicas repartidas por toda la propiedad.

La casa era luminosa; sus tonos crema y colores claros le daban un aspecto casi estéril.

Este nido albergaba a veinte familias, incluida la mía, aunque mi padre era el único que permanecía entre sus muros. Por más que les gustara aparentar modernidad, los nidos funcionaban como cortes de la época romántica. Quizás me gustaría más la idea de un nido si no fuera tan insensible. Fingían que el trato que le daban a las anfitrionas era justo, incluso progresista, pero hacían la vista gorda ante las crueldades habituales de mi padre. *Cobardes*. Se suponía que todos estaban del mismo lado, pero el único lado que de verdad tomaban era el propio.

Entré en la cocina con la intención de prepararme una taza de café. Sin embargo, cierto salvaje de cabello oscuro ocupaba toda la estancia.

—¡Silas! ¿La riña de anoche te abrió el apetito? —Luka sonrió; las heridas en su rostro le brindaron un instante de alegría al amargo momento.

—Sí, ahora muévete —murmuré, pasando a su lado para servirme café del sifón sobre la barra. Al mover el brazo, todavía podía sentir los arañazos y mordiscos que me había dejado en el hombro.

—¿Cómo estaba ella esta mañana? —preguntó con una sonrisa burlona—. ¿Viste todas esas bonitas marcas que le dejé? Deberías haberla visto. Estuvo magnífica.

—Si vuelves a mencionar su nombre, te arranco la lengua de la boca.

—¿Quieres hacerme qué en la boca? —Levantó la voz, causando que algunos ojos se tornaran hacia nosotros.

—Cállate —susurré, dándole un empujón en el pecho.

Algunos de los otros vípera miraron en nuestra dirección con recelo.

—Ten cuidado; aquí nadie te profesa lealtad. Estás rodeado por algunos de los vípera más antiguos que has conocido. No les des motivos para deshacerse de ti. —Levantó las manos en señal de rendición.

Di un paso atrás, volviendo a mi taza de café. Me recargué en la barra mientras daba un sorbo. Concentrarme en el sabor amargo era más fácil que intentar interrogar a Luka con tantos ojos posados sobre nosotros. Mientras el nido permaneciera concentrado e intacto, él también estaría a salvo.

—¿Cuándo volverá mi padre?

—Dentro de un par de semanas, posiblemente. —Luka se encogió de hombros, recargándose en la barra junto a mí—. ¿Por qué? ¿Nervioso de ver a papá?

—No —me limité a responder, sumiéndome en mis pensamientos.

—Sin duda le encantará saber que su hijo se acostaba con su anfitriona y con la Envenenadora al mismo tiempo. Eso debería hacerte ganar algunos puntos con él —dijo con sarcasmo.

—No puede esperar que lleve un registro de todas las cosas que él cree que son suyas.

—No, pero ahora tiene más sentido que no la hubieras encontrado antes. —Luka se rio—. Quizá la escondió para protegerla de *ti*.

—Tonterías.

—La escondió a plena vista, justo al lado de tu hermosa hermana.

—Si vuelves a hablar de cualquiera de ellas, no dudaré en hacer una escena. —Mis ojos se hundieron en él—. Phoebe está fuera de los límites. Mi padre te cortará la cabeza si te metes con su favorita.

—Estoy seguro de que el gran señor lo entenderá. Si te mato ahora, quizá me la conceda como recompensa.

—A ella no le gusta la compañía de los hombres —dije con franqueza—. Sus gustos son menos ortodoxos; es bastante bostoniana. No encontrarás tanta alegría en esa conquista como piensas.

—¡Ah! Yo que pensaba que nunca visitabas a tu hermana menor porque en todo este tiempo no habías visto la joya que llevaba a su lado.

—Eso no es cierto. Conozco bien a mi hermana y la visito a menudo, a solas. Me prohibió asistir a sus fiestas porque no le gusta que «persiga a sus invitadas», como ella dice. Además, es fácil pasar por alto una sombra como Alina, que rara vez decide asistir.

—¿Pensabas que tu hermana no tenía amigas?

—Sabía que tenía una amiga —suspiré—. Me dijo abiertamente que me la había ocultado. ¿De cuántos hombres se alimentó Phoebe solo porque molestaban a su amiga? Mi hermana tardó años en dejar el hábito de entrometerse en su vida amorosa. Se parecen más de lo que quieren admitir. No supe que Alina era esa misma amiga sino hasta después.

—Lo único que he oído es que tú y tu hermana tienen los mismos gustos en cuanto a mujeres.

Rodé los ojos con desdén antes de alejarme. No tenía sentido permitir que se burlara de mí. Solo estaba ahí para provocar, en espera de que algún tipo de conflicto le diera la excusa para

destriparme. Tenía un nuevo plan para salir de este desastre; uno en el que podía utilizar a Luka.



CAPÍTULO 50

La Envenenadora

La rutina era tan estricta que resultaba difícil distinguir los días entre sí.

¿Había pasado una semana o apenas unos días? Lo único que cambiaba era el menú. Todo lo demás era idéntico siempre.

Me seguían limitando al segundo piso. A veces alcanzaba a oír gente debajo; sonidos de celebración, historias, bebida, comida, baile y música.

Así debían sentirse los osos en hibernación. Todos los días eran igual de insulsos, cubiertos por el mismo tono de blanco, sin nada que los diferenciara. Lo único que podía hacer era dormir.

No se me permitía tener ningún objeto; nada que me pudiera reconfortar. Solo me quedaba esperar a mi próximo invitado, aunque era raro que recibiera visitas. Parecía un juego de azar mortal: ¿me tocaría Phoebe, las criadas o una de las dos criaturas que me torturaban?

Ovillada en medio de la cama, la noche era como cualquier otra: tranquila, con un cauce de pensamientos y ensoñaciones hasta que se

fundían entre sí. De vez en cuando, soñaba que había escapado y corría por un largo campo, mis piernas llevándome hacia la libertad y el viento azotándome el cabello contra el rostro.

Entonces despertaba y volvía a dormirme entre llantos. Esto ocurrió muchas noches.

En medio de mi sueño, la cama se sumió de un lado, luego del otro.

Manos, un par… No, dos pares.

Sobre mi costado, un par de cuerpos me apretaban entre ellos.

Podía sentir unos labios contra los míos. Suaves, familiares. Los besé con suavidad, sabiendo que eran los de Silas. Era tan real, se sentía tan cálido. Sus dedos dejaron un rastro ardiente sobre mi piel que me hizo estremecer.

El cuerpo a mis espaldas no podía ser otro que el de Luka. Los suaves rizos de su cabello me hacían cosquillas en el cuello mientras me besaba la piel, dejando que su labio inferior se deslizara hasta mi hombro. ¿Podría ser esto un sueño o solo deseaba que lo fuera?

Silas bajó de mis labios hasta mis pechos, tomando mi pezón con suavidad entre sus dientes antes de envolverlo entre sus labios. Una descarga eléctrica me recorrió el cuerpo en cuanto me mordió.

Las manos de Luka rodearon mi cintura, acercando mis caderas mientras me succionaba el cuello. Su mano bajó hasta tocarme entre las piernas. En ese momento, Silas le soltó a Luka un siseó agresivo.

Abrí los ojos de golpe. No era un sueño.

Sus caricias se volvían más bruscas y posesivas con el paso de los minutos. Era como si ambos estuvieran jugando a ganarle territorio al otro, dejándome atrapada en medio mientras sus manos marcaban lo que era de cada uno.

—Paren… —apenas logré susurrar antes de que Luka hundiera sus colmillos en mi hombro.

El dolor fue como ningún otro. Era como si no tuviera el veneno necesario para adormecerme, o como si no le importara no usarlo. Conociendo lo sádico que era, lo segundo era más probable.

Parpadeé hasta aclarar mi visión borrosa. Miré fijamente a Silas.

¿Cómo has podido dejar que esto ocurra?

—Lo siento. —Silas me sostuvo las mejillas entre las manos con una expresión de lástima en el rostro. Entonces, sus dientes afilados como agujas me perforaron el otro hombro, brindándome un poco de alivio de la mordedura de Luka.

El sonido que salía de mí era lastimero; un gemido similar al que soltaría un gatito herido mientras un par de cuervos picotean sus heridas. Sentirme completamente indefensa, a merced no de uno, sino de dos animales, bastaba para hacerme llorar. Mi situación no dejaba de empeorar con el paso de los días.

—¡Quítense de encima! —grité, aunque no me quedaban más lágrimas. Había llorado durante días a solas en mi habitación, que más bien era una celda. Intenté incorporarme.

Las mandíbulas de Luka me apretaron con más fuerza al tiempo que me rodeaba con los brazos.

Aunque me permitieron sentarme, uno se quedó delante y el otro detrás, sin dejarme escapar de su mortal abrazo. Tragué saliva, mirando el techo fijamente; las grietas y hendiduras tenían un aspecto sutil contra el tono cáscara de huevo de la pintura que intentaba cubrirlas.

Mis brazos cubrieron mi pecho desnudo y todo lo que podían.

Ya nada era mío. Ni mi cuerpo, ni mis palabras. Intenté ovillarme; sin embargo, no me dejaban hacerme más pequeña de lo que ya era.

La mano de Luka se acercó demasiado a Silas y este se apartó solo para mostrar esos colmillos ensangrentados, crispándose hacia Luka mientras siseaba. Luka soltó mi cuello para responderle con otro siseo, haciéndome estremecer entre los dos.

Sus ávidas manos me tomaron para sujetarme entre ambos al tiempo que me drenaban. Empecé a ver estrellas en el techo y mi visión se fue reduciendo hasta que solo vi oscuridad. Sin embargo, aún podía oír sus ruidos al consumirme, sus dientes en mi carne, sus manos sobre mí.



Esa mañana, me desperté en la pequeña habitación para descubrir a las criadas afanadas en dejarme limpia y recompuesta. Todo ese alboroto respecto a los cuerpos de las anfitrionas me pareció más lógico cuando pensé en cómo el ganado enfermo o herido podría perjudicar la salud de los consumidores. Ahora comprendía que las anfitrionas eran indispensables, así que quizá aún tenía forma de negociar con estos dos animales. Por lo que pude deducir, en este nido la alimentación no era un derecho, sino un privilegio. Por eso no les importaba mantenerme alejada de los demás. ¿Para quién me estaban reservando?

Se sorprendieron al ver que estaba despierta. ¿Por qué todas parecían tan asustadas? Cuando intenté incorporarme, las criadas se apresuraron a impedirlo, insistiendo en que me quedara quieta.

Cuando me llevé la mano al hombro, me estremecí; ambos estaban sumamente adoloridos.

Los recuerdos de la noche anterior volvieron a mi mente. Sentí mi rostro ardiendo de vergüenza e ira. Esos animales *egoístas*.

El crujido de la puerta me devolvió a la realidad.

—No estaré interrumpiendo, ¿verdad? —Un hombre mayor entró en la habitación, tan alto y desgarbado como un espantapájaros.

Sentí ganas de llorar.

—¿Doctor Hayes? —susurré.

—Ah, Alina; ojalá pudiera decir que me alegra volver a verte. —Una sonrisa incómoda le tensó el rostro—. Déjennos solos —les ordenó a las criadas, que salieron una luego de la una.

—Lo sabías —le espeté—. Lo supiste todo este tiempo y no dijiste nada.

—Por favor, controla tus emociones. Sé que es un cambio difícil. —Acercó un taburete, tomando asiento junto a la cama—. Escuché que pasaste una noche complicada.

Lo ignoré.

—¿Por qué no me avisaste? ¿Por qué no me lo dijiste?

—Intenté desviar el curso de tu pensamiento, pero fuiste demasiado obstinada —afirmó con seca naturalidad—. Incluso

intenté contaminar tu pequeño experimento. Tú eres la razón por la que estás aquí. Tú decidiste husmear donde no debías. —Me miró con desdén antes de apartarse el cabello para examinar mi cuello—. Veo que te dieron una buena bienvenida.

—Eres tan cruel como ellos. —Aparté su mano—. Trabajas para ellos por voluntad propia.

—Me pagan para asegurarme de que su fuente de alimento no sufra, no resulte herida y goce de la mejor salud posible —explicó, ignorando mis protestas al tiempo que examinaba el otro lado de mi cuello—. Tengo curiosidad por saber qué defines como «cruel».

—Me secuestraron.

—Eres la única, Alina. —Suspiró, inclinándose hacia el frente antes de colocarse los auriculares del estetoscopio en los oídos—. Estas anfitrionas están aquí porque así lo han elegido —explicó mientras colocaba la fría pieza de su instrumento sobre mi pecho—. Deberías haber dejado de envenenar a la gente cuando Luka clavó la cabeza de la *madame* en tu puerta —continuó—. Ahora toma aire —ordenó con tono rutinario.

Obedecí su instrucción.

—¿Alina? —Una vocecita sonó desde la puerta—. Oh, lo siento. No me había dado cuenta de que el examen seguía en curso —balbuceó la ninfa pelirroja.

—No hay por qué disculparse. Ya terminamos. —El doctor Hayes se quitó el estetoscopio y tras envolverlo, lo guardó en su bolso médico negro—. No la pierdan de vista. Sería imprudente dejarla sola, en caso de que reciba más visitas. Lo mejor es que una criada se quede con ella. —Se levantó de la silla.

—No hace falta. Yo me quedaré con ella. —Phoebe le sonrió con torpeza mientras él se marchaba, cerrando la puerta tras de sí.

—¿Lo encontraste? —Me aclaré la garganta adolorida, frotándome el rostro con frustración.

—Sí —susurró, acercándose a mí. Colocó un pequeño tubo de cristal en mi mano.

—¿Dónde está el resto?

—Los tengo escondidos. Pensé que deberías guardar uno aquí por si acaso. —Tomó mi mano—. ¿Qué hacemos ahora?

—No lo sé.

—¿Cómo que no lo sabes? ¿Qué quieres decir con que no lo sabes? Pensé que tenías un plan —insistió apretándome la mano con ansiedad.

—No lo había pensado tan a fondo. Lo único que sé es que voy a tener que usarlo. Cuando lo haga, lo sabrás. —Moví los ojos de la tintura a la mano que ella estaba apretando—. No será seguro para ninguna de las dos. Tendremos una diminuta ventana de oportunidad para salir de aquí. Tú piensa nuestra ruta. Tú eres la que es buena planificando cosas.

—No sé por dónde empezar.

—Piénsalo. Si eres capaz de organizar bailes y galas tan sofisticadas, también puedes planear una ruta de escape para nosotras. Elige cualquier lugar, con tal de que sea lejos de aquí.

—De acuerdo —dijo en voz baja. Esa mirada de preocupación en su rostro me causaba náuseas. ¿Era capaz de llevar esto a cabo? Solo esperaba que Phoebe pudiera idear un buen plan cuando llegara el momento.

CAPÍTULO 51

La Envenenadora

Ser vigilada como una mascota era peor que la soledad.

Bajamos las escaleras, donde varios hombres y mujeres, vestidos con sus mejores trajes de té y atuendos informales, estaban sentados a las mesas o descansando en las áreas comunes. Sus voces se acallaron en cuanto me vieron. Al mirarlos, sus ojos me parecieron llenos de voracidad. Me miraban como si fuera un animal de circo por el que habían pagado una fortuna para ver. Tuve que hacer un gran esfuerzo para no gritarles, ya de por sí presa de la irritación.

Lo único bueno de todo esto era que habían tenido la gracia de concederme un poco de ropa. Me permitieron ponerme un sencillo vestido blanco de té; sin embargo, dejaron el abrasivo collarín dorado en su lugar.

Antes de que me sentaran en una silla en la esquina, hice un inventario mental de cuántas botellas de vino había esparcidas por la sala de estar. También me fijé en dos criaturas en específico que se encontraban en mi proximidad. Ambas parecían sorprendidas de

que estuviera ahí; probablemente se preguntaban qué había hecho para convencer a mis captores de que me dejaran salir de mi ordenada cajita.

Sus miradas me dieron comezón en la piel. Necesitaba tomar algo. Con nostalgia, miré cómo el resto de las figuras bebían y reían juntas en aquella reunión informal. Vacilante, me acerqué con sigilo a una pequeña mesa decorativa en la que se habían colocado bocadillos de fruta y queso para las anfitrionas.

Las otras anfitrionas llevaban el mismo vestido blanco, aunque sin mis elaboradas restricciones.

Miré fijamente la variedad de frutas. Tomé una rodaja de manzana, la inspeccioné.

—¿Necesitas algo más fuerte? —Una mano con una copa apareció frente a mí.

Tomé la copa con lentitud, mirando al hombre a mi lado; no podía ser otro que Silas.

—¿Crees que mi perdón se puede comprar con alcohol? —le pregunté con desdén. Podía sentir cómo se me crispaba el ceño por la ira. Empezaba a detestarlo; era egoísta e insaciable por encima de todas las cosas.

—Es posible. —Sus ojos me recorrieron de arriba abajo, evaluando el daño de la noche anterior.

—¡Oh, qué alegría que me lo preguntes! ¡Estoy mucho mejor después de que el médico me cosiera las heridas que me hicieron esos dos animales cuando me atacaron en mi propia cama! ¡Qué amable y caballeroso de tu parte preguntarlo! —dije con sarcasmo, apartándome de él para observar lo que ocurría en el salón.

—Alina —comenzó él.

—Te odio, Silas. Quiero que sin importar qué pase a continuación, lo sepas. —Dejé que el vino afrutado desapareciera por mi garganta antes de decidir que era momento de volver a respirar.

—Sé que me odias. —Se inclinó hacia mí—. Luka no me habría dejado entrar en la habitación a menos que él también viniera.

—¿Has pensado que quizá no deberías haber venido? —le espeté —. ¿Has considerado que si no hubieras sido tan egoísta, yo no estaría aquí? —alcé la voz.

—Alina, por favor, baja la…

—¿La qué? ¿La voz? ¿Ahora nos asusta la opinión pública? ¿Como si me diera miedo que me vieran *contigo?* —le grité.

Luka se asomó por el rabillo de mi ojo.

—¡No! —grité, lanzándole la copa a la cabeza, aunque se apartó a tiempo y esta se rompió en la pared a sus espaldas.

Los invitados al salón se quedaron boquiabiertos, murmurando. ¿Cómo se atrevían a mostrarse *sorprendidos?* ¿Por qué nadie me ayudaba? ¿Por qué no les alarmaba que una mujer maltratada, apresada con un collarín, estuviera encerrada en el piso de arriba?

—Ya fue suficiente —dijo Luka en voz baja mientras me tomaba del brazo.

—¡Discúlpenos! ¡Lo tenemos todo bajo control! —dijo Silas a la concurrencia mientras me tomaba del otro brazo.

Los dos me arrastraron hacia la parte trasera de la finca y me llevaron al jardín.

El jardín era una especie de laberinto de setos altos. Un lugar perfectamente privado para hacer pedazos a estos dos.

—¿Qué? Lo siento, ¿acaso esto les da *vergüenza?* ¿Cómo creen que me siento al ser tratada como ganado en cautiverio? —grité, liberando mis brazos de sus manos al tiempo que retrocedía. Me quedé en medio del césped mientras las dos criaturas me miraban con cautela.

—Alina, el nido está lleno de víperas más viejos y más fuertes que no dudarán en matarte si te comportas de esa forma. Si no hubiéramos estado ahí, quién sabe lo que te habrían hecho —dijo Silas con calma, acercándose a mí.

—¡No estaría aquí si tú tampoco lo estuvieras! ¿Entiendes cómo funciona? Ustedes dos son la fuente de todos mis problemas.

—Bueno, técnicamente, yo solo estoy involucrado porque tú estabas envenenando al nido —corrigió Luka—. Y tú estás *aquí*

porque era un castigo menor que *asesinarte*.

—No puedes atacar así, sin más. Creen que eres una salvaje. Si una anfitriona se vuelve peligrosa, la eliminan —me reprendió Silas —. Tienes que cooperar.

—¿Como lo hice anoche? ¿No fue eso suficiente cooperación? ¡Incluso cuando confío en ti, te alimentas de mí durante tanto tiempo que casi me matas! —les espeté—. Los dos son unos imbéciles.

—La cena valió toda la pena. —Sonrió Luka.

—No estás ayudando —soltó Silas.

No podía soportarlos. Su sola presencia hacía chirriar cada uno de mis sentidos. Tomando una profunda respiración, solté el grito más terrible que pude arrancar de mi garganta.

Silas corrió hacia mí. Me cubrió la boca con la mano.

—Ve a calmar al nido. Yo me encargo de esto —le ordenó a Luka mientras me arrastraba hacia el laberinto de setos.

Me sacudí entre sus brazos. Tiré de él con violencia, mordiendo su mano hasta que me soltó, colocándome contra un seto espinoso.

—Alina, no puedo ayudarte si sigues comportándote así —me suplicó.

—¿Cómo? ¿Como un animal? —Lo miré con ira.

Había algo en sus ojos que parecía sincero, como si estuviera preocupado por mí. Sin embargo, no me creía ni una sola de sus palabras.

—Necesito más tiempo. Por favor, confía en mí —susurró, recargando su cabeza contra la mía.

—¿Cuánto tiempo más? ¿Cuántas horas de tortura piensas hacerme soportar mientras espero a que mi caballero andante venga en mi rescate? —Me burlé—. ¿Vas a dejar que Luka me coja de nuevo o vas a alimentarte de mí mientras te miras las manos preguntándote qué hacer? Ya estoy harta de esperar.

—Es complicado.

—Quizá para ti —respondí con desdén—. Voy a salir de aquí y cuando lo haga, no quiero volver a verte nunca más.

—No lo dices en serio.

—Ah, pero claro que sí —Me eché a reír—. Me suicidaré si esa es la única forma de alejarme de ti y de este horrible lugar.

—No lo harías.

—Haría lo que fuera necesario. —Me aparté de él—. Lo sabes.

Él tiró de mí hacia atrás.

—Solo dices estas cosas porque estás enojada.

—¡Suéltame, bestia antinatural! —le grité—. No voy a aceptar órdenes de una criatura tan abominable que tiene que mantenerme encadenada para que no me marche.

—No lo dices en serio —dijo apretando la mandíbula—. Di que no lo dices en serio.

—Debí haberte diseccionado para venderle tu cadáver a los museos. —La furia hirvió en mis palabras—. Me habrían aplaudido por matar a semejante bestia. El mundo, a su vez, habría sido un lugar mejor si hubiera eliminado tu mancha antes. Ahí empezaron mis errores en lo que a ti se refiere, Criatura.

El dolor en sus ojos era diferente a todo lo que había visto antes. Así solía imaginar que se vería si le clavaba la espada en el corazón. Esto era tanto por su bien como por el mío. Simplemente no podíamos existir juntos mientras mi propósito fuera acabar con estas cosas, que sin duda eran antinaturales. *Nosotros* dos juntos éramos antinaturales. Si salía con vida de ese sitio, tenía que alejarme *por completo*.

CAPÍTULO 52

La Envenenadora

—Aline, despierta —susurró Phoebe, dándome suaves golpecitos en el rostro.

Con un quejido, me di vuelta en la cama, rodeando entre mis brazos su cálido cuerpo junto al mío. Se había negado a permitir que una criada se quedara conmigo, haciéndome compañía para así evitar más cenas desastrosas.

—¿Estás bien? —preguntó, dejando caer la cabeza sobre mi pecho.

—Por ahora, sí, estoy bien —murmuré, frotando mi rostro contra la almohada mullida.

—Pareces un muerto viviente. —Phoebe retiró las sábanas para examinarme.

—Creo que ese es el mejor cumplido que me has hecho en los veinte años que te conozco. —Me reí débilmente.

No había visto mi reflejo, aunque estaba segura de que tenía un aspecto tan sombrío como lo describía Phoebe. Cansada, fatigada, adolorida, golpeada y con una herida que nunca terminaba de curar.

Había soportado mucho estos últimos meses. Esta era la recta final. Podía sentirlo.

—Te esperan abajo esta noche. —Phoebe recorrió el moretón de mi hombro con el dedo —. Creo que será el mejor momento para actuar. Todos estarán borrachos, alimentándose o bajo los efectos de alguna sustancia.

—Si tú lo dices, te creo —respondí mientras ella me estudiaba con un gesto de preocupación—. Estaremos bien. No me mires así —dije para tranquilizarla, aunque no estaba tan convencida de ello.



Había una inmensa variedad de frutas y verduras de colores. Granadas, bayas, camotes cocidos y vegetales de hortaliza. También había dos bandejas de carne: una con merlán al limón y la otra con carne roja cortada en láminas. Olía de maravilla. Entonces, mis ojos se posaron en la preciosa pila de naranjas dispuestas en un cuenco. Entendí por qué las chicas no querían marcharse. Realmente era el paraíso, si venías por tu propia voluntad. También había una gran jarra de vino tinto en el centro.

Por fin, algo con lo que adormecerme.

Hasta ese momento, no me había percatado de lo hambrienta que estaba. Antes de comer, vertí una generosa cantidad de vino en mi copa. Había tantos alimentos a mi alrededor que me sentí abrumada a la hora de decidir qué comer primero. Elegí quedarme con la carne roja y el vino. Dejaría la naranja para el final. Me bebí el vino a toda prisa; la ligereza en mi cabeza me golpeó como un tren a toda velocidad. Sin embargo, me hizo sentir un poco más animada. En general, mi cuerpo se sentía relajado: había descansado mejor y, sobre todo, estaba listo para abandonar ese horrible lugar.

Bajé la mirada con lentitud hasta el profundo color púrpura de mi copa. El vino era un anticoagulante: me di cuenta de que todo lo que

teníamos delante estaba compuesto por ingredientes que aumentaban el volumen sanguíneo.

Tomé unas rodajas de naranja de la mesa. Un cosquilleo en la nuca me advirtió de que me estaban observando.

Al mirar por encima de mi hombro, descubrí a Silas rodeado de tres anfitrionas, pero sus ojos estaban puestos solo en mí. Había tanto odio en ellos. Lo podía comprender.

Se hallaba sentado con una chica en cada uno de sus muslos, así como una tercera entre sus piernas, tocándole el pecho. Le adulaban, suplicándole que les diera una mordida.

Conforme se desarrollaba la escena, me pregunté qué pretendía: ¿se suponía que eso debía hacerme sentir algo?

Me dedicó una sonrisa pícara antes de centrar su atención en una de las mujeres que tenía en su regazo. La tomó del cuello, obligándola a exponerlo ante él. Se humedeció los labios y sin apartar la mirada de ella, miró en mi dirección mientras hundía los dientes en su piel.

Ella jadeó, aferrándose a él.

¿Qué pretende?

Miré al otro lado de la sala, donde mi otro admirador secreto observaba divertido mientras bebía una copa de vino.

Los dos podemos jugar este jueguito estúpido.

Tomé un cuenco de cerezas de la mesa y me dirigí al otro lado de la habitación.

—¿Está ocupado este asiento? —le pregunté a Luka con dulzura.

—Depende. ¿Llevas algo afilado encima? —Me miró de arriba abajo antes de notar mi cuenco de fruta. Sus ojos regresaron a los míos con una mirada de curiosidad.

—Lo tomaré como un no —murmuré, sentándome en su regazo.

Luka me miró antes de echarle un vistazo a Silas, en el extremo opuesto de la habitación.

—¿Qué quieres?

—No finjamos que te importa la respuesta a esa pregunta, si es que puedes obtener algo a cambio. —Arranqué una cereza de su

tallo con los dientes. No tenían hueso, lo que hacía que su intenso sabor fuera aún más delicioso.

—En eso tienes razón —dijo riendo—. ¿Entonces eres del tipo exhibicionista?

—¿Eso te parecería menos excitante? —pregunté, llevándome otra cereza a la boca.

—Todo lo contrario. —Se inclinó hacia mí, atrapando la cereza entre mis labios con los dientes. Deslizó su lengua bífida hacia afuera antes de acortar la distancia entre los dos. Hizo rodar la pequeña fruta roja entre nuestras lenguas.

Desde el otro extremo, podía sentir cómo cierto par de ojos azules se hundían en mí. Silas no era precisamente sutil. No tenía a nadie más a quien culpar: él había empezado todo esto.

Si conseguía provocar una pelea entre los dos, sería como matar dos pájaros de un tiro. Podría librarme de ambos; solo tenía que aguantar un poco más.

Luka soltó una risita ahogada mientras me arrebataba la cereza, apartándose para masticarla. Miró a Silas y al ver su cara, se rio divertido.

—Tenías razón. Es más divertido cuando hay un *voyeur*.

—No suelo equivocarme —le susurré, dándole mordiscos juguetones con la oreja.

—No seas arrogante —me advirtió, mirándome de nuevo—. Ya estás agitando dos panales a la vez.

—Bueno, ¿qué gracia tiene estar secuestrada si no puedes jugar con tus secuestradores? —pregunté con fingida inocencia.

—La diferencia es que uno solo de nosotros puede convertirte en una pila de pedazos de carne si así lo quiere. Imagínate lo que haríamos los *dos* —replicó. Sus ojos se estrecharon de forma amenazante, aunque mantuvo una agraciada sonrisa en el rostro.

Lo ignoré, poniéndome otra cereza en la boca al tiempo que echaba un vistazo a lo largo de la habitación. Silas se había ido. Me dejé caer del regazo de Luka y le quité la copa de vino de las manos para beber.

—No respondo bien a las amenazas —murmuré—. Donde hay humo, hay fuego también.

Por suerte, descubrí a Phoebe junto a una pequeña barra de cocteles, de espaldas a mí.

—¡Phoebe! —susurré mientras me acercaba, girándola por el hombro.

Ella se sobresaltó. Mis ojos se abrieron por completo.

Tenía marcas rojas alrededor del cuello, así como una fila de moretones que desaparecían bajo el dobladillo de su vestido rosa.

—Él lo sabe —dijo Phoebe con voz entrecortada, los ojos enrojecidos—. Encontró las otras muestras. —Intentaba contener el llanto.

—Shh… —La abracé, recargando su cabeza contra mi pecho. Por el rabillo del ojo, noté que Luka se acercaba. Me apresuré a girar el rostro hacia ella.

Mientras mi rostro estaba escondido, saqué de mi manga el diminuto tubo de media pulgada que ella me había dado antes. Me lo metí en la boca.

—Pero qué conmovedor.

Estiré el cuello para ver a Luka de pie frente a nosotras.

—Ya conoces las reglas —le advirtió Silas, recargándose en el umbral del área común.

—No finja que le importan las reglas ahora, señor Forbes —Se burló.

Cerré los ojos. Necesitaba cerrarlos por un minuto. Me aferré a Phoebe. Dudé en soltarla, disfrutando de su perfume, la suavidad de su cabello y la temperatura de su cuerpo contra el mío. No sabía si sería la última vez que la vería.

—¡Por aquí! —Luka me tiró bruscamente del brazo hacia la otra habitación y se dejó caer en el sofá rojo con ribetes de caoba—. Siéntate ahí. Ya conoces las reglas, uno a la vez —le ordenó a Silas.

Silas se sentó frente a nosotros. Phoebe se quedó junto a la puerta.

El resto de los invitados se encontraban absortos en sus anfitrionas, demasiado ocupados para darse cuenta de cualquier

conmoción, aunque sospechaba que este tipo de descaro no era nada nuevo en una fiesta donde el alcohol se servía junto a la sangre.

—Te has estado portando mal, ¿no es cierto? —Luka me sentó en su regazo, colocando mis piernas a cada lado de sus caderas. Lo miré en silencio—. ¿Te ha comido la lengua el gato? —Jugó con un mechón de mi cabello entre sus dedos—. Parecías muy feliz de estar en esta misma posición hace un momento. ¿Qué cambió?

Aparté el rostro.

—Es decepcionante. Creí que estábamos fortaleciendo nuestros vínculos. ¿Qué tal si compartimos algunas cosas sobre nosotros mismos? —dirigió su vista a Silas—. ¿Te contó lo que pasó en su casa de campo?

Me quedé en silencio, mirando hacia Silas. Aunque parecía intrigado, su expresión revelaba algo más. ¿Desprecio? ¿Celos? ¿Algo peor?

—Sí —dijo Silas.

—¿Incluso la parte sobre su padre?

Silas se quedó en silencio.

—Debo ser el portador oficial de malas noticias —Luka pareció retorcerse—. ¿Qué decía el informe del forense de tu padre? ¿Arsénico?

Dejé caer una mirada furibunda sobre Luka. Debía mantener la compostura. Solo tenía que esperar un poco más. Mi labio inferior temblaba; negué con la cabeza.

—Fue interesante descubrir que envenenaste tanto a tu padre como a su asistente. ¿Estabas celosa de que finalmente tuviera un hijo? —Me provocó Luka—. También me pareció interesante lo que escribiste en tu diario ese día: «Treinta y cinco horas, veintinueve minutos y quince segundos». ¡No podía creer que hubieras cronometrado cuánto tiempo tardó en morir! Pero qué mórbida.

Clavé los ojos en la distancia. Sin embargo, no pude evitar ver la expresión del rostro de Phoebe; estaba completamente petrificada, inmóvil, en un estado que nunca antes había visto. No quería averiguar qué expresión había en el rostro de Silas.

—Jugar con veneno antes de una tormenta no fue muy inteligente de tu parte, ¿verdad? Bastante descuidado, Alina. Aunque supongo que fue un error de principiante. —Se rio—. Ah, sí; encontré tu pequeña colección. Tu amiga no supo ocultarlos tan bien. —Sus ojos se clavaron en mí, interrogándome—. Dime, ¿a cuál de nosotros habrías envenenado primero? ¿A Silas o a mí?

Sentí cómo la ira se apoderaba de mí. El llanto nublaba mi visión.

—Oh, no te pongas tan triste. Deberías estar agradecida de que no te rompa ese bonito cuello después de tu travesura. —Sonrió, subiéndome el vestido al tiempo que se desabrochaba los pantalones.

—¡Luka! —gritó Silas, poniéndose de pie—. ¡Ya basta!

—¡Eh, eh! ¡Tú quédate quieto! —Luka me tomó de la nuca para llevarme hacia su pecho.

Negué sutilmente con la cabeza hacia Silas. Nuestras miradas se cruzaron.

Entonces, él se percató de que yo estaba *en silencio*.

—¡Ah! —me reprendió Luka, tomándome del rostro para que lo mirara de nuevo. El fuego ardía en las brasas de sus ojos; su sonrisa mostraba esos dientes afilados como garras letales—. No lo mires a él. Mírame a mí.

Silas se sentó de nuevo con vacilación, mirándome nervioso.

—Tengo que saber cuáles son tus métodos, Alina. Lo has vuelto bastante obediente —dijo Luka con aire presuntuoso, sosteniendo mi rostro con más suavidad que antes—. Ahora, ¿en qué estábamos?

Me subió la falda del vestido, dejando al descubierto los moretones que la fusta me había dejado en la parte posterior de los muslos. Todo esto era un espectáculo repugnante pensado para provocar a Silas; Luka sabía que estaba a salvo detrás de mi carne, que esta le servía de escudo.

Su ansia de poder sobre los demás era un vicio desafortunado; eso lo volvía la víctima perfecta para lo que estaba a punto de hacer.

Me incliné hacia el frente, sujetando la tela de su camisa entre mis dedos. Mis labios rozaron su pecho con timidez, luego la parte delantera de su garganta y al final, la curva de su cuello.

—Eso está mucho mejor. —Sonrió con aire lascivo, convencido de que había obtenido su enfermiza victoria. Sin embargo, sabía que toda su atención estaba puesta en Silas. Podía suponer que el dolor que le infligía al otro le excitaba más que el cuerpo en su regazo.

Predecible.

Apreté los dientes contra el minúsculo tubo, causando que este reventara en mi boca con un crujido.

—¿Qué fue eso?

Hundí los dientes en su cuello y apreté mi mandíbula con fuerza, dejando que el cristal y el veneno se mezclaran con la herida fresca que estaba abriendo. Su sangre me llenó la boca al tiempo que me aferraba a él.

Dejó salir un chillido animal a la vez que me empujaba al suelo, arrancándome un trozo de piel en el proceso.

El aire escapó de mis pulmones. Luchaba por recuperar el aliento, escupiendo los trozos de cristal mezclados con la carne a la vez que sangre negra goteaba de mis labios.

Luka soltó un grito lleno de angustia. No sonaba ni remotamente humano. Se abalanzó sobre mí antes de que el cuerpo de Silas se interpusiera. Ambos se mostraron los dientes, desgarrándose el uno al otro con violencia.

El ardor en mi boca me indicaba que no me quedaba mucho tiempo; se me cerraba la garganta, me costaba respirar. Intenté concentrarme en estabilizar mi cabeza, que no dejaba de dar vueltas.

En medio del alboroto, otros invitados se agolparon a nuestro alrededor, sobre todo cerca de los dos animales en medio de la sala.

Lo último que vi mientras me arrastraban por el suelo fue a las dos figuras atacándose mutuamente. El rostro de Luka parecía estar ardiendo. La sangre inundó sus ojos, deslizándose por sus mejillas en forma de lágrimas. La piel cerca del lugar donde lo había mordido agonizaba, tornándose roja a medida que se extendía por su rostro. Nunca me había preguntado cómo olía la carne quemada, pero después de esa noche, sin duda lo recordaría.

No estaba segura de si era la falta de oxígeno en mi cerebro, las toxinas que restaban en mi cuerpo o la satisfacción de que mi veneno

hubiera funcionado, pero sentí consuelo al pensar que esa monstruosidad ardiendo podría ser mi última obra maestra.

CAPÍTULO 53

La Envenenadora

¿Qué había sido de las dos criaturas? Me importaba poco; ahora, no eran más que una de las tantas cosas que había dejado atrás. Si la suerte así lo quería, ambos hombres habrían perecido.

La punta de mi cigarro se encendía con cada bocanada. Contemplé la forma en que el barco se alejaba del muelle. Entre mis manos, apretaba el papel arrugado con mi nuevo destino.



Nueva York. Un nuevo comienzo.

Bueno, tan nuevo como podía serlo después de todo lo sucedido. Ahora tenía un nuevo propósito. No solo había nuevos sujetos con los que entretenerme, sino también un nuevo veneno que perfeccionar.

Por el bien de Silas, esperaba que me diera por muerta. Era lo mejor para ambos. ¿Se sentiría traicionado si supiera que estaba viva? *Traición;* me preguntaba si, después de todo este tiempo, él era capaz de sentir algo como eso.

—¿Piensas entrar? —preguntó Phoebe, ajustándose el chal de lana mientras se acercaba a mí en la parte trasera de la terraza.

Suspiré e incliné la cabeza hacia atrás. Dejé que el humo saliera por mi nariz, mirándolo desaparecer en el cielo gris que, a cambio, dejó copos de nieve sobre mis pestañas.

—Sí. —Suspiré, tirando el cigarro por la borda—. Es tiempo. Vamos.

Lentamente, la tierra a mis espaldas se convirtió en un horizonte infinito de agua, fundiéndose junto con el recuerdo de mi antigua vida.

Era bueno desaparecer por un tiempo.

Ahora me dirigía hacia el oeste.

Acerca de la autora

I. V. Ophelia proviene de un pequeño pueblo de Nueva Inglaterra, Estados Unidos, y reside en la ciudad de Nueva York desde hace poco más de media década. Es conocida por su serie de vampiros góticos victorianos, *The Poisoner.* Cuando no está escribiendo, Ophelia dedica la mayor parte de su tiempo a ser artista, es coleccionista de vestidos del siglo XIX, madre de animales, acaparadora de muebles antiguos, viajera del mundo y, en general, una amenaza.

Título original: *The Poisoner*

© 2024, I. V. Ophelia
© de conformidad con Lunar Literary Agency.

Traducido por: Giacomo Orozco
Ilustraciones de interiores: Baya de Oro
Diseño e ilustración de portada: © Nim Ben-Reuven

Derechos reservados

© 2026, Editorial Planeta Mexicana, S.A. de C.V.
Bajo el sello editorial PLANETA M.R.
Avenida Presidente Masaryk núm. 111,
Piso 2, Polanco V Sección, Miguel Hidalgo
C.P. 11560, Ciudad de México
www.planetadelibros.com.mx

Primera edición impresa en México: marzo de 2026
ISBN Volumen: 978-607-39-3828-0
ISBN Obra Completa: 978-607-39-3827-3

Primera edición en formato epub: marzo de 2026
ISBN Volumen: 978-607-39-4060-3
ISBN Obra Completa: 978-607-39-4057-3

No se permite la reproducción total o parcial de este libro ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito de los titulares del *copyright.*

Queda expresamente prohibida la utilización o reproducción de este libro o de cualquiera de sus partes con el propósito de entrenar o alimentar sistemas o tecnologías de Inteligencia Artificial (IA).

La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Arts. 229 y siguientes de la Ley Federal del Derecho de Autor y Arts. 424 y siguientes del Código Penal Federal).

Si necesita reproducir o imprimir algún fragmento de esta obra diríjase al CeMPro (Centro Mexicano de Protección y Fomento de los Derechos de Autor, http://www.cempro.org.mx).

TE DAMOS LAS GRACIAS POR ADQUIRIR ESTE EBOOK

Visita Planetadelibros.com y descubre una nueva forma de disfrutar de la lectura

Regístrate y sé parte de la comunidad de Planetadelibros México, donde podrás:

- Acceder a contenido exclusivo para usuarios registrados.
- Enterarte de próximos lanzamientos, eventos, presentaciones y encuentros frente a frente con autores.
- Concursos y promociones exclusivas de Planetadelibros México.
- Votar, calificar y comentar todos los libros.
- Compartir los libros que te gustan en tus redes sociales con un sólo click

Planetadelibros.com

Planeta

EXPLORA DESCUBRE COMPARTE

Table of Contents

Portadilla
Índice
Dedicatoria
Nota de la autora
Fetiches
Prólogo
Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25
Capítulo 26

Capítulo 27
Capítulo 28
Capítulo 29
Capítulo 30
Capítulo 31
Capítulo 32
Capítulo 33
Capítulo 34
Capítulo 35
Capítulo 36
Capítulo 37
Capítulo 38
Capítulo 39
Capítulo 40
Capítulo 41
Capítulo 42
Capítulo 43
Capítulo 44
Capítulo 45
Capítulo 46
Capítulo 47
Capítulo 48
Capítulo 49
Capítulo 50
Capítulo 51
Capítulo 52
Capítulo 53
Acerca de la autora
Créditos
Planeta de libros